Eugenia Dalmau

TÚ TAMBIÉN PAGARÁS



SIETE MUJERES. UN PASADO QUE LAS UNE.
UN VIAJE QUE LO CAMBIARÁ TODO.

JENTAS

TÚ TAMBIÉN PAGARÁS

Eugenia Dalmau
Tú también pagarás
Título original: Tú también pagarás
Copyright © Eugenia Dalmau, 2025. Reservados todos los derechos.

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1402-4

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Queda prohibido el uso de cualquier parte de este libro para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial sin autorización previa de la editorial.

First published in 2025 by Jentas A/S.

1

Actualidad

«¿Por qué mi madre me habrá mentido? ¿Estará relacionado con lo que la prensa llamó *La Tragedia del Nilo* ? ¿Será Egipto la clave?», me pregunto por enésima vez mientras miro la ecografía que tengo en la mano. Es de hace veinte años y en la imagen se ve un bulto que empieza a parecerse a un feto. Así que podría ser yo. O, mejor dicho, tendría que ser yo. Solo que las fechas no encajan. Calculo que hay un error de ocho semanas.

No se me habría ocurrido relacionarlo con los sucesos de Egipto si esta mañana no hubiese aparecido un escritor— bastante mono, por cierto— buscando información sobre ese tema. ¿Será una señal? Creo que sí, tiene que serlo.

Aunque tampoco me parece raro que sienta curiosidad por aquella historia y que quiera escribir sobre ella. Según mi madre, los extraños acontecimientos que sucedieron unieron para siempre los destinos de siete mujeres, que apenas se conocían.

Y, ahora que lo pienso con tranquilidad, me doy cuenta de que los cambios más importantes en su vida se produjeron a la vuelta del viaje: se divorció de Varis y mediante inseminación se quedó embarazada de mí, las dos cosas a la vez. Supongo que todo aquello la afectó más de lo que yo había imaginado. Por lo que me contó, le hizo ver la vida de otra forma y espabilarse para disfrutarla al máximo. Me dijo que el comentario de una de aquellas mujeres ante la visión de un cadáver se le había quedado marcado a fuego: «Qué curiosa es la vida. Nunca sabes cuándo va a ser la última vez que bebes, o que te miras en el espejo, o que te cepillas los dientes...».

Además, ella fue una de las testigos principales y la publicidad que le dio el caso le sirvió de trampolín para triunfar en el mundo de la fotografía. Hasta entonces se había dedicado a realizar fotos para anuncios y reportajes, pero, cuando varias agencias le ofrecieron la posibilidad de escribir la crónica de los hechos ocurridos en el Nilo, no tuvo ninguna duda y aceptó. Aunque eso lo hizo para quitarse de

encima al montón de periodistas y cotillas que no paraban de darle la matraca. De paso, le vino bien para darle mayor visibilidad a su obra, y vaya si lo consiguió. En opinión de los expertos, su capacidad creativa logra que las imágenes cobren una dimensión única y llena de magia, y ahora sus fotografías se cotizan a precio de oro en el mercado del arte.

Le podría haber preguntado por la ecografía hace tres días, cuando la encontré por casualidad. Estaba buscando en sus carpetas fotos de mi infancia para un trabajo que me piden en la facultad y, ¡zas!, ahí estaba. Lo siguiente que hice fue contar las semanas. Ella me dijo que había nacido dos meses antes de tiempo, pero, si yo era el bebé de la imagen, tuve que nacer cuando correspondía. Por eso, enseguida llegué a la conclusión de que me había soltado una trola. ¿Por qué? Ni idea. Pero ese no era el momento de empezar a preguntar. Se iba a un viaje de tres semanas por Europa y estaba de los nervios.

Cada vez que acude a una de sus exposiciones, se pone histérica, y ahora tiene siete en distintas ciudades en poco tiempo... ¡Madre mía! Menos mal que su novio la acompañará unos días. Total, que me he tenido que quedar con la duda. Pero desde esta mañana me muero por saberlo.

A primera hora, justo cuando me estaba poniendo los pendientes, he escuchado el telefonillo. Como sabía que Gladis —la señora colombiana que vive con nosotras desde que nací— estaba en la cocina, no he hecho ni caso y he continuado arreglándome. Después he cogido el patinete. En ese momento Gladis me ha dicho que un joven había preguntado por mi madre, pero que, como no lo conocía, le había pedido que se marchase. Me ha parecido genial. Pero, una vez en la calle, me ha tocado a mí.

No he recorrido ni un metro con el patinete cuando he notado que me cogían del brazo. Para no perder el equilibrio, he tenido que poner un pie en el suelo.

—¡¿Eres idiota o qué te pasa?! —le he gritado al chico que me tenía sujeta por la manga, moviendo el brazo para liberarme de su mano—. ¿Tú flipas o qué?

—Perdona, no quería asustarte. Te estaba llamando, pero parece que con el casco no me has oído; y no quería que te escaparas. —Lo ha dicho con voz suave, como si quisiera que confiara en él, pero también me he dado cuenta de que se ha colocado junto a la rueda delantera, lo cual me cortaba el paso.

Me he puesto en modo alerta y me he fijado en que tendría unos veinticinco años y que era más alto que yo. Llevaba unos vaqueros y una camisa azul claro que le quedaba genial con su piel morena. Me ha mirado con ojos de pena a la vez que me sonreía como tonteando.

Yo le he puesto cara de enfado, aunque él no me desagradaba, más bien todo lo contrario. Pero mi mente ha deducido en un segundo que debía ser el pesado del telefonillo que buscaba a mi madre.

—Solo necesito que me atiendas un minuto. Eres Lucía, la hija de Julia Soler, ¿verdad? Quería hablar con ella respecto a la... —me ha parecido que dudaba mientras se rascaba los pelillos de la incipiente barba— «tragedia» que tuvo lugar en el Nilo hace veinte años. Dentro de poco será el vigésimo aniversario.

Mi madre ya me contó que a su vuelta de Egipto se vio agobiada por periodistas y curiosos, incluso asistió a alguna entrevista en radio y televisión. Normal; los sucesos parecían sacados de una novela de Agatha Christie. Pero hace casi veinte años que nadie se acerca a molestarla por ese tema, y menos a su casa.

—Mira, no sé quién eres y desde que tengo uso de razón me han inculcado que no hable con desconocidos. Tampoco sé cómo has conseguido esta dirección ni cómo sabes mi nombre y, si no te apartas de mi camino, chillaré hasta que venga la policía. —He colocado un pie en la base del patín—. De todas formas, si te interesa esa historia, lo mejor que puedes hacer es leerte el reportaje que escribió Julia Soler. Quizá encuentres algo que pueda ayudarte.

—Me llamo Gabriel Lafont y soy escritor —me ha dicho apartándose a un lado—. Estoy escribiendo una novela basada en los hechos que ocurrieron entonces. Creo que se produjeron errores y se culpó a la persona equivocada. —He comenzado a acelerar y él

se ha dado prisa en endosarme un papel, que he cogido por inercia. No sé por qué, pero, en lugar de tirárselo a la cara, me lo he guardado en el bolsillo del pantalón—. Te dejo mi teléfono..., por si cambias de opinión.

—No lo haré.

Tengo la sensación de que no me ha oído. Ya estaba un poco lejos de él cuando lo he dicho, pero casi mejor, porque no puedo controlar mis pensamientos y quién sabe si al final me dará por llamarlo.

¿Estarán relacionados Egipto y la ecografía? ¿Ya estaría embarazada cuando llegó allí? Así llevo todo el día. Mi cabeza da vueltas sin parar. Las mismas preguntas resuenan en ella, igual que esa música deprimente de los tiovivos, que se detiene un momento para que suba otra tanda de niños y, ¡pam!, vuelve a empezar. Una pesadilla, vaya.

Y todo porque me hace una ilusión loca tener un padre, aunque nunca se lo haya dicho a mi madre. Pero no porque la gente se haya metido conmigo o me hayan hecho *bullying* en el colegio, no, qué va, tan solo es que siempre he querido tener uno. No comprendo por qué la familia es algo tan importante para mí. A lo mejor, sin darse cuenta, me lo ha transmitido mi madre, porque ella también echa de menos tener una. Aunque sus motivos y los míos son diferentes: a ella le gustaría pertenecer a otra, con la que mantener un trato normal, y a mí, además, tener un padre.

Recuerdo noches en las que mi madre salía con algún hombre y yo me quedaba con Gladis esperándola con ilusión. A la mañana siguiente me despertaba contentísima y corría hasta su dormitorio para abalanzarme sobre su cama y despertarla preguntando: «Mamá, ¿te ha gustado el señor? ¿Voy a tener un papá?». La respuesta siempre fue negativa hasta que, pasados unos años, dejé de preguntar.

Quizá a la mayoría de los hijos de madres solteras les importe un pimiento no tener padre, conozco casos en los que es así. Pero no es el mío, y encontrar la ecografía ha puesto mi mundo patas arriba. No tengo la misma ansiedad que cuando era niña, de acuerdo, pero no puedo negar que me anima creer que no soy fruto de un espermatozoide desconocido.

Tengo varias personas a las que acudir para saber qué le ocurrió a mi madre para que su vida diese un vuelco tan espectacular; una es ella, claro, pero ahora mismo está fuera y, de todas formas, quiero que sea la última en darme su versión. He de tener argumentos por si intuyo que me vuelve a mentir. En cualquier caso, estoy decidida a saber si tengo un padre y, si es así, por qué me lo ha ocultado.

2

ME VOY A EGIPTO

Veinte años antes

Las puertas del aeropuerto se abrieron para cederle el paso y, durante unos segundos, Julia vio su imagen reflejada en el cristal. A pesar de que en Madrid ya refrescaba, concluyó que de poco le iba a servir el abrigo tres cuartos que llevaba sobre la camisa blanca; en Egipto, a principios de octubre, el calor era sofocante. Hasta los vaqueros y los botines le iban a sobrar.

Se quitó las gafas de sol, se pasó la mano por la melena ondulada en un acto inconsciente y enseguida tiró del asa de su maleta para acelerar el paso. Frente a la pantalla que indicaba las salidas y los horarios de los vuelos del día buscó la ubicación del mostrador de Egyptair con destino a Luxor para facturar el equipaje. Localizó los números que se correspondían con la línea aérea sin problemas y hacia allí se dirigió con más calma.

Imaginaba que, tras los atentados del 11S —que habían complicado los controles de seguridad en los aeropuertos— y sobre todo la Guerra de Irak —que apenas hacía seis meses que había comenzado—, muchos turistas habrían desistido de su idea de viajar, o al menos habrían cambiado de destino para evitar países que pudieran considerarse conflictivos. De ahí deducía que no habría muchos pasajeros. Otro asunto era el precio; según le había explicado la organizadora del *tour* , se trataba de un viaje al más alto nivel, al que solo tenían acceso las personas que podían permitirse pagarlo.

Pero cuando vio, ya cerca del mostrador en cuestión, una larga cola de gente que cual pitón reticulada se alargaba unas decenas de metros formando suaves curvas, la invadió la certeza de que su intuición le había fallado. Era un vuelo chárter y en el avión no iba a estar sola.

Resopló a la vez que cruzaba los dedos para que Elvira o Sole hubiesen sido previsoras y se encontraran en los primeros puestos

de la fila. Solo las había visto una vez en su vida, pero al menos podía identificarlas.

Sobrepasó la hilera de turistas, unos con sombreros de paja y la mayoría con bermudas y sandalias, a pesar del frío exterior, y recorrió la cola con lentitud mientras escrutaba los perfiles de las señoras que le parecían firmes candidatas a pertenecer a su grupo.

A pesar de que estaba de espaldas, en una cabeza coronada por un pelo blanco y muy corto le pareció reconocer a Sole. Hablaba con otra mujer, alta y estrambótica, con el cabello negro recogido en un moño, que miraba al resto de los viajeros con aire de desdén. En su rostro había algo que a Julia le resultó familiar.

Iba a acercarse a ellas cuando se sobresaltó al escuchar el sonido de su móvil. Se detuvo para sacarlo del bolso, pero, al comprobar que se trataba del número de su marido, le salió una mueca de hastío y quitó el sonido sin más. Estaba cansada de sentirse controlada, y si Varis había contratado un detective para que la siguiera hasta Egipto, peor para él, la estupidez le saldría muy cara. Sin embargo, la llamada le había causado indignación y sus pulsaciones se aceleraron. No estaba segura de que Varis se atreviera a saltarse el acuerdo al que habían llegado, pero, por si acaso, estaría atenta ante cualquier señal.

No esperaba encontrarse con emocionantes aventuras viajando con un grupo de jubiladas, pero no eran emociones lo que buscaba. Le habían bastado unos segundos para darse cuenta de que aquel viaje fortuito —que había estado a punto de rechazar por descabellado y precipitado— le caía como un rayo de sol en el gélido mes de enero. Tenía que tratarse de una señal del destino para que se alejara de Varis y, por supuesto, de su propia familia, a la que por su crueldad hacía años había bautizado como «familia de pega». Llevaba demasiado tiempo sufriendo y concluyó que la compañía de un grupo de extrañas le vendría de perlas para no regodearse en su dolor.

***

Tan solo dos semanas atrás, el suplemento semanal para el que trabajaba la había enviado a un círculo de lectura para hacer las

fotos del reportaje que saldría el próximo domingo sobre la escritora Juana Nievas. Allí, por casualidad, conoció a la presidenta del club, una mujer septuagenaria y vivaracha, de pómulos elevados y piel estirada. En su cara resaltaban los labios, abultados, incluida una hinchazón en la parte superior derecha, con unas comisuras que se tensaban ligeramente hacia arriba. Por la boca tan gruesa —que contrastaba con los ojos pequeños y oscuros— a Julia le vino a la cabeza la imagen del pez napoleón. La mujer se presentó como Elvira López y, por la verborrea que empleaba, resultaba evidente que le gustaba ejercer de relaciones públicas.

—Oh, veo que sabes hacer unas fotos maravillosas. Te felicito —elogió a Julia—. He visto cómo has hecho posar a Juana, y, encima, con esos paraguas y esos focos sobre ese fondo tan blanco... Precioso. —Dejó pasar unos segundos, en los que aprovechó para ladear la cabeza y pardear. Luego añadió—: Vas a pensar que soy una impertinente, pero siempre he querido tener alguna foto de estudio y, como dicen que preguntar no es ofensa... No sé, tal vez no te importaría hacerme una. Si te supone alguna molestia, no te preocupes, lo entiendo.

En las pocas veces en las que alguien había osado hacer tal sugerencia, Julia había enviado de buenas maneras al caradura a tomar viento, pero en aquella ocasión estuvo a punto de echarse a reír. Se recogió la mata de pelo castaño que le caía por debajo de los hombros en una coleta, dispuesta a reanudar su trabajo, y le soltó, no sin cierta ironía:

—Molestia, ninguna. Está todo preparado y sería una lástima que, teniendo de modelo a una mujer como tú, desperdiciáramos la ocasión. Ya has visto cómo lo ha hecho Juana, así que muévete con naturalidad y, si quieres, también puedes sentarte en el taburete. El resto ya lo hago yo.

Julia colocó la cámara frente a sus ojos y comenzó a disparar fotos. Elvira, quien a pesar de llevar unos tacones altos seguía siendo menuda, sonreía poniendo morritos y cambiaba de postura sin parar. Se movía tanto que de vez en cuando el vestido, que le llegaba medio palmo por encima de la rodilla, se le subía de tal manera que Julia tenía que darle un toque de atención para que se

lo bajase. No quedaba elegante que a una señora se le viera la ropa interior, y menos en una de sus fotos.

Justo en el momento en el que iba a dar por terminada la sesión, Elvira levantó la mano para que se acercase otra de las mujeres, que contemplaba la escena en segundo plano.

—Sole, hazte una foto conmigo. No tenemos ninguna en la que salgamos juntas.

La interpelada, una señora de pelo corto y blanco, negó con la cabeza. Lucía unas gafas de ver redondas, de montura dorada, y conjuntaba su falda gris por debajo de la rodilla con un jersey marrón de cuello vuelto y mocasines muy planos. Si no fuera por los ostentosos anillos que mostraban sus dedos —uno de ellos con aspecto de sello que daba la sensación de haber pertenecido a un obispo—, a Julia le habría parecido la modelo perfecta para hacer de monja vestida de paisana.

—No, no, Elvira, gracias. Ya sabes que odio salir en las fotos —le respondió Soledad con timidez.

—Mira, Sole, hoy no te insisto, pero en el viaje a Egipto no te voy a consentir que no salgas en ninguna foto. No querrás parecer una apestada. —Recorrió unos pasos y se dirigió a Julia, quien ya se deshacía de la cámara y la guardaba en el maletín—. En quince días nos vamos a un crucero por el Nilo. ¿No te gustaría venir? Iremos en un barco de lujo y el hotel de El Cairo es una auténtica maravilla. Lo pasaremos muy bien y creo que todavía queda alguna plaza libre.

Julia levantó la cabeza con perplejidad. Se colocó el poncho de flecos con parsimonia y así se dio tiempo para recapacitar la propuesta. Lo último que se habría imaginado era que una desconocida —que, pese a que no lo aparentaba, podría ser su madre— la invitara a compartir un viaje. Algo sacaría aquella mujer con esa oferta, fue lo primero que pensó, y a punto estuvo de rechazarla por tratarse de una idea disparatada. Pero en un instante su pepito grillo le chivó que tal vez un viaje era lo que necesitaba y el destino se lo estaba sirviendo en bandeja de plata. Dudó antes de contestar:

—Tendría que hablar con la directora de la revista y con mi marido... Casi mejor dame tu teléfono y en un par de días te digo

algo.

Soledad, que hasta ese momento se había mantenido apartada, se aproximó a ellas.

—Una chica joven en el viaje. ¡Qué ilusión! ¡Vente! De las seis jubiladas que vamos, solo conozco a otra más. Así que no te sentirás desplazada —la animó, tocándose un grueso crucifijo de oro que le caía sobre el pecho. Julia volvió a pensar que la cruz, unida a su piel pálida, sin apenas arrugas y sus facciones afables, de no haber roto un plato en su vida, la convertían en una auténtica vendedora de biblias. Le besó ambas mejillas y se presentó—: Soy Soledad Contreras, pero todo el mundo me llama Sole.

—Y yo, Julia Soler. Encantada de conocerte. —Si a los treinta y ocho años la trataba de chica joven, lo menos que podía hacer era ser amable con aquella mujer.

En ese instante, sin decirlo en voz alta, determinó que se acababa de convertir en un nuevo miembro del equipo.

Le costó otra buena bronca con Varis, que se puso fuera de sí al comentarle sus intenciones dos noches después, pero estaba decidida a marcharse y no iba a consentir que, una vez más, él le aguara la fiesta:

—Pero ¿qué hostias se te ha perdido a ti en Egipto? Y encima pretendes que me trague que te vas con una pandilla de jubiladas. —Las gotas de sudor que se habían formado en el nacimiento del oscuro pelo de Varis comenzaron poco a poco a resbalar por su frente. Había engordado de manera ostensible en los últimos tres años y el exceso de grasa corporal favorecía que su temperatura aumentase con rapidez en situaciones que le creaban angustia. Julia tenía que hacer esfuerzos por reconocer en el hombre que tenía enfrente al joven de músculos bien torneados, además de inteligente y mirada segura, con el que se casó—. ¿No será que te vas con algún fulano a echar polvos?

—Eso lo puedes averiguar fácilmente. Pregúntaselo al tipo ese que contratas de vez en cuando, o muchas veces, no sé, y él podrá aclarártelo. Pero yo en tu caso me ahorraría el dinero —Julia levantó los hombros con indiferencia—, te estoy diciendo la verdad.

—Si contraté los servicios de un detective, fue porque me diste motivos para ello —dijo Varis, tratando de calmar sus nervios—. No lo olvides, por favor.

—Y no lo olvido, pero ya han pasado dos años y tú deberías hacer un acto de conciencia para darte cuenta, de una vez por todas, de que tienes un problema, y ese problema se hace cada día más grande. Por eso quiero alejarme de ti. —Julia, sentada en el sillón del salón, cerró los ojos como si rememorase algún episodio feliz de su matrimonio—. Más enamorada no me pude casar y los primeros años fueron maravillosos, pero los últimos están siendo una pesadilla y no he parado de darte oportunidades. Además, si te enteraste de mi infidelidad, fue porque yo quise que así fuera. Hacía tiempo que sabía que me tenías vigilada, que habías puesto escuchas en el teléfono de casa, que hurgabas en mi agenda, que intentabas acceder a mi ordenador, y entonces no tenías ningún motivo. Pero vamos a dejarlo porque de esto ya hemos hablado muchas veces. Tienes un problema y para solucionarlo necesitas un psiquiatra que te quite ese sentimiento de culpa.

—Lo único que me pasa es que trabajo mucho por ti y sufro de estrés. El bufete de abogados me importaría una mierda si no estuvieras tú, así te puedo dar la vida que te mereces.

Angustiado ante la posibilidad de perder a su esposa, Varis trataba de que viera las muchas cosas que hacía por ella. Pero, para Julia, su marido seguía sin afrontar el problema y siempre daba la misma respuesta. Ahora ella solo quería zanjar el asunto cuanto antes.

—Bueno, yo me marcho a Egipto. Nos vendrán bien unos días separados para recapacitar sobre nuestra situación, sobre todo a mí; aunque no me escuchas nunca, tengo otros problemas que también me están afectando. Intento explicarte lo que me ha hecho la familia de pega que tengo y no te molestas ni en disimular que no me prestas atención.

A la mañana siguiente, pese a la oposición de Varis, Julia pidió unos días libres en el trabajo, llamó a Elvira y confirmó su asistencia.

3

EN EL AEROPUERTO

Todavía con el teléfono en la mano, Julia se aproximó a la pareja. Parecía que charlaban de forma animada, pero la realidad era que se parecía más a un divertido monólogo por parte de Sole que a una distendida conversación. Su compañera se mantenía con aire digno y escrutaba de reojo y con disgusto al hombre que, delante de ella, se sacaba un grumo de cera del oído.

—Hola, Sole —la saludó Julia con una sonrisa—. Qué suerte haberos encontrado a esta altura de la cola. ¡Cuánta gente! Y eso que dicen que, debido a la guerra, los países árabes y alrededores se han visto perjudicados como destino turístico. Hay más valientes de lo que imaginaba.

Vestida con sobriedad, como dispuesta a evangelizar a un grupo de infieles, y con el colgante de la cruz que llevaba el día que se conocieron, Soledad se dio la vuelta y se ajustó las lentes para examinarla de arriba abajo. En sus dedos llenos de anillos destacaba el sello que debió pertenecer a algún ilustre cardenal.

—Ay, Julia, hija, qué bien que estés aquí. ¡Pero qué guapa estás! —Miró hacia el móvil que Julia llevaba en la mano—. Y tan moderna, en todo. Yo no sabría utilizar uno de esos teléfonos que ahora lleva la gente joven para hablar por la calle.

—Pues, aunque apenas lo uso, yo tengo uno —intervino la mujer de aspecto distante—. Y sí, eres muy mona.

Lo dijo de tal manera que Julia no supo si lo decía en serio o había alguna nota de ironía. Aunque se fijó mejor y le pareció que sus ojos traslucían ausencia.

—Perdón, qué tonta soy, os voy a presentar —se excusó Sole—. Cayetana Iranzo, esta es Julia Soler.

Tras los besos de cortesía, Julia le preguntó:

—¿Cayetana Iranzo? ¿La cantante de ópera? —Por eso su cara le resultaba familiar, aunque hacía años que había dejado de cantar y por eso le había costado reconocerla—. Su voz era prodigiosa.

—Tú lo has dicho bien: era. No recuerdo la última vez que una nota salió de mi garganta. —Miró hacia el infinito y, con la yema del índice, rozó una de las perlas que pendían de su oreja. Volvió de su abstracción para decirle de modo enérgico—: Y no me hables de usted, que me haces sentir vieja, y no lo soy tanto. Todavía me quedan unos años para cumplir los setenta.

—Venga, Cayetana, no te pongas melancólica, que ahora nos vamos de viaje y lo vamos a pasar de rechupete. —A continuación, Sole se dirigió a Julia—: Tengo que animarla de vez en cuando porque parece mentira que, con lo grande que ha sido, se derrumbe a la primera de cambio. Y, total, solo hace diez años que no canta y todo el mundo se acuerda de ella. ¿Sabes? Yo era enfermera hasta que me jubilé hace siete años, me he pasado la vida trabajando con el doctor Domingo, pero hace dos me salió la posibilidad de cuidar y acompañar a esta gran mujer, y ya ves, aquí estamos, dispuestas a descubrir los misterios que encierra el Nilo.

—Soledad, estoy segura de que la chica no necesita tantas explicaciones —la cortó Cayetana—. Y los misterios del Nilo los vas a descubrir tú; yo ya he estado en varias ocasiones. Eso sí, Egipto es una maravilla a la que no me importa volver una y mil veces. —Al decir esas últimas palabras, los ojos castaños se le iluminaron. Pero fue cuestión de un segundo. En el acto cambió de actitud, que se volvió más arisca, y prosiguió—: Lo que no soporto en absoluto es tener que aguantar esta absurda cola y estar rodeada de chusma cuando me aseguraste que sería un viaje de lujo.

—Será que el vuelo es chárter, pero el crucero y los hoteles seguro que son de cinco estrellas. Al menos, eso es lo que me aseguró Elvira —dijo Sole en tono de disculpa, mientras avanzaban medio metro de cola. Eso las situaba muy cerca de la cinta que hacía de pasillo para acceder al mostrador.

—¿Y dónde está Elvira? —preguntó Julia para relajar el ambiente.

—Llega tarde, como siempre. Y eso que es la organizadora. En el coro de la parroquia donde cantamos los martes también hace lo mismo. —Sole levantó los hombros para indicar que Elvira no tenía remedio. Con mirada astuta, continuó—: Aunque creo que en breve dejará de cantar y ya no tendrá la oportunidad de llegar tarde.

No tuvo que dar más explicaciones al ser interrumpidas por una mujer de apariencia vivaracha, con una sonrisa que no se le quitaba de la boca y un gorrito de pescador color arena, que dejaba ver parte de su corta melena salpicada de mechas doradas. Se colocó junto a ellas y se dirigió a Cayetana:

—Perdone que la moleste, ¿es usted Cayetana Iranzo?

La aludida irguió la espalda de forma sutil y asintió con la cabeza, devolviéndole la sonrisa. Su ego acababa de engordar un par de kilos.

—¡Lo sabía! —exclamó la desconocida—. En casa guardamos todos sus viejos discos y ahora la escuchamos en el *compact disc* . No se imagina la alegría que me llevé cuando Elvira me dijo que venía al viaje. ¡Una diva del bel canto! Bueno —continuó sin perder la sonrisa, mirando a las otras dos—, también estoy encantada con las demás, por supuesto. Y, ya que vamos a pasar una semana juntas, voy a presentarme: me llamo Inés del Olmo y conozco a Elvira de las clases de pintura.

Quizá por su delgadez y su estilo desenfadado a la vez que con clase, y por su humor, a Julia se le representó en la mente la figura de la Pantera Rosa. Le dio dos besos a la nueva compañera, como acababa de hacer Sole, y tras unos minutos de charla intranscendente, resolvieron que debían tutearse.

—He venido con Matilde —las informó Inés bajando la voz—. Igual la conocéis, es Matilde Gómez del Real y Córdoba, la vidente. Bueno, ella se define como astróloga. —Inés las ponía en antecedentes mientras el altavoz del aeropuerto les recordaba que mantuvieran controlados los equipajes en todo momento—. Y ahora mismo me voy a buscarla, que por el dolor de rodillas se ha tenido que quedar sentada.

A los pocos minutos volvió acompañada de una mujer, a la que, por la evidente cojera, le costaba caminar. Llevaba las cejas finamente depiladas y el pelo, corto y blanco, cuajado de mechas de un rosa chillón. La túnica que vestía le llegaba hasta las pantorrillas, de manera que encubría los kilos que le sobraban. Como accesorio, una larga bufanda a rayas que, con un par de vueltas, le tapaba el cuello. En su juventud tuvo que ser atractiva, pero, por las arrugas

de su cutis y la flacidez de sus mejillas, quizá porque ahora le interesaban otros asuntos más místicos, se apreciaba que el aspecto físico le traía sin cuidado.

—Esta maldita artritis se presenta en los momentos más inoportunos. Pero ya me he tomado la pastilla y dentro de poco se me pasará —comentó Matilde con voz grave y profunda antes de saludarlas.

Los ojos de Sole se entrecerraron con suspicacia, mientras que Cayetana examinaba a la nueva integrante del grupo con descaro. Julia, por su parte, se limitó a sonreírle y a hacer algún comentario acerca de lo bien que se lo pasarían. Pero, como las demás, había reconocido en Matilde a la famosa pitonisa o vidente o lo que fuera, de familia aristocrática, que vivía a caballo entre la capital y Marbella. Entre sus clientes, se comentaba, se encontraban personajes de las más altas esferas. Y, a pesar de que no era muy dada a prodigarse en actos sociales, más de una vez había salido en revistas del corazón.

—¿No es fantástico viajar en un grupo en el que hay dos celebridades tan flamantes como Cayetana y Matilde? —expuso la Pantera Rosa con una sonrisa jovial.

Pero ninguna respondió. Les acababa de llegar el turno de facturar y una a una fueron ocupando los puestos frente a los mostradores.

Le estaban dando la tarjeta de embarque cuando Julia, que se había quedado la última por si tenía que ayudar con algún trámite a alguna de sus compañeras, escuchó unas voces resolutivas que destacaban sobre el estruendo de las conversaciones y carcajadas que profería el gentío de la fila: «Perdonen, déjennos pasar. Vamos con ellas». Giró la cabeza y su vista se topó con la figura de Elvira. La seguía una mujer de melena rubio platino, no muy alta, embutida en un pantalón vaquero al que le faltaban un par de tallas. Como guinda del atuendo, una blusa de tirantes de exagerado escote, que mostraba un canalillo de piel agrietada por el que se intuían unos voluminosos y descolgados senos. Saltaba a la vista que en su juventud había disfrutado de un gran atractivo sexual, pero, pensó Julia, la edad no perdonaba, y la flacidez y los kilos tampoco. Quizá, si se hubiese puesto sujetador, iría más apropiada.

Las dos avanzaban por entre la cola, con algún que otro empujón y la subsiguiente queja. En una última carrera por alcanzar el mostrador, Julia escuchó el repiqueteo de sus tacones sobre el suelo, igual que un niño aporreando las láminas de un xilófono. Así consiguieron situarse a su lado.

—¡Hemos llegado a tiempo! ¡Qué suerte que te hayamos pillado todavía aquí, Julia! Por los pelos —exclamó Elvira. Sacó su pasaporte, se lo tendió a la azafata y se dirigió a ella con superioridad. A pesar de que le habló en voz baja, Julia escuchó sus palabras—: Soy de la agencia, bueno, ya sabe..., que tengo asiento asignado. —Enseguida se giró hacia su compañera—. Vamos, Lola, dale también el tuyo y así tenemos tiempo de tomarnos un café tranquilamente. He de presentarte a Julia y al resto del grupo.

—¡Ay, espera que coja aire! —El tríceps flácido y abultado de Lola bailaba al son del movimiento de su brazo al escarbar dentro del bolso—. Llevo tantas cosas que no sé dónde lo he metido. —Al cabo de unos segundos, comentó—: Por fin, no lo he perdido, aquí está. Esto me recuerda a los famosos versos de Roberto Juarroz: «Si has perdido tu nombre, recobraremos la puntada de las calles más solas para llamarte sin nombrarte... Solamente si has perdido tu pérdida, cortaremos el hilo para empezar de nuevo» — les recitó con los ojos cerrados. Al abrirlos, entregó el pasaporte y miró a Julia, saliendo del éxtasis—. Es un poema maravilloso, ¿no te parece? Por cierto, soy Lola Robles, como ves, una enamorada de la literatura.

Aunque no sabía quién era Roberto Juarroz, y mucho menos conocía los versos, Julia, con hipocresía, la felicitó con la mejor de sus sonrisas. Le dijo que era una poesía preciosa y que la pasión que había puesto al recitarla la convertía en exquisita. Pero se arrepintió nada más terminar los comentarios. Solo esperaba no haberse extralimitado y que aquella aspirante a declamadora con delirios de Anita Ekberg no le diese la tabarra durante el viaje.

Mientras Elvira les metía prisa para reunirse con el resto, Julia hizo un repaso mental de las que durante una semana iban a ser sus compañeras. Concluyó que aquellas mujeres, que no se conocían entre ellas, eran lo menos parecido al grupo de jubiladas que había imaginado.

4

SIETE DAMAS

Gracias a la intervención de Cayetana —miembro exclusivo de la empresa que gestionaba el aeropuerto y de la mayoría de las compañías aéreas—, las acomodaron en una sala vip. Apenas había gente y no tuvieron problema en escoger una mesa apartada, junto a una de las esquinas. Sin parar de parlotear, dejaron caer sus cuerpos sobre los mullidos sillones, y enseguida Elvira, que acababa de ver en la pared frontal un mostrador con comida y bebida, propuso tomar algo para hacer más llevadera la espera. Los periódicos y revistas que también se ofrecían no le interesaron en absoluto.

—Cayetana, ¿podemos coger algún tentempié? Bueno, quiero decir... si son gratis... —titubeó.

Cayetana, asintiendo, la fulminó con la mirada. Elvira se sintió al mismo tiempo aliviada, ya que podía comer de gorra, pero también sofocada. No quería que ninguna pensara que era una interesada, así que añadió:

—No os penséis que lo pregunto por el dinero, es que me armo un lío enorme cada vez que me dicen los importes en euros. Yo todavía pienso en pesetas. —Se sintió satisfecha con su explicación, sin embargo, no pudo evitar preguntar—: ¿Las bebidas con alcohol también están incluidas? En ese caso, me tomaré una copita de vino, para relajarme de la tensión del día.

Todas decidieron hacer uso del bar. Sole cogió una botella de agua con gas y le llevó una copa de champán a Cayetana. Por su parte, Inés llenó dos copas de vino blanco y le ofreció una a Matilde; la rodilla todavía le dolía y prefería quedarse sentada junto a Cayetana. Lola eligió un refresco de cola, mientras que Elvira, que intentaba pasar inadvertida, echaba un buen chorro de ginebra a su martini. Julia pensaba que todavía le quedaba un buen trecho hasta el destino y también agregó unas gotas de ginebra a su zumo de tomate.

Apenas se conocían, pero el efecto del alcohol provocó que algunas lenguas comenzaran a desatarse. Al poco, Julia había desentrañado las conexiones que unían a aquellas mujeres: la promotora del viaje, que al parecer no era el primero que organizaba, era Elvira, sin lugar a dudas. Conocía a Sole del club de lectura, así como del coro de la parroquia, y esta, que hacía las veces de dama de compañía y enfermera de «la Diva», la había convencido para que se apuntara. Se intuía, por algunos comentarios y por la poca alegría que desprendía su cara, que Cayetana atravesaba una etapa depresiva.

A pesar de que Lola odiaba guisar, acudía a clases de cocina con Elvira.

—Hace el esfuerzo porque a los hombres, además de en la cama, también se los conquista por el estómago —comentó Elvira como de pasada, terminando de engullir unos pasteles salados que asimismo había considerado oportuno coger del mostrador—, ¿verdad, Lola? Eres todavía muy joven, y con Toni muerto...

Lola se estaba poniendo unas gotas de colirio en los ojos. Reincorporó la cabeza a su estado vertical y se pasó un pañuelo de papel por el lacrimal. Con naturalidad, soltó:

—Todo cierto. Hace dos años que murió mi marido y, aunque todavía me queda vitalidad para rato, la menopausia comienza a hacer estragos. Aunque eso tú lo sabes bien, Elvirita, ya que tienes siete años más que yo, y la experiencia es un grado. Como bien me dices, a esta edad no disminuye la libido femenina; son los hombres los que deben enfocar su energía en los juegos preliminares, cosa que la mayoría no hacen.

—Tienes razón, querida. En ti el deseo sexual no ha disminuido. Eres eternamente joven.

Si los dardos envenenados que, de manera subliminal —o no tanto —, se habían enviado mutuamente les habían afectado, ninguna lo dejó entrever. El rostro estirado de Elvira no se inmutó ni un ápice mientras le daba un buen trago al martini y Lola continuó secándose la cara, lo que originó el movimiento oscilante de sus pechos.

—Y yo que estaba convencida de que la menopausia se producía a los cincuenta años... cincuenta y cinco como mucho —puntualizó

Inés con su simpatía habitual. Aunque resultaba innegable que no aparentaban la edad que tenían, Lola, a tenor de la fecha de nacimiento que indicaba su pasaporte, había cumplido los setenta y, por lo que acababa de decir, Elvira tenía siete más.

Nadie se pronunció a ese respecto, sin embargo, a Julia no le pasó desapercibida la mueca de disgusto que había puesto Sole al escuchar los comentarios. Quizá no solo su vestimenta delatara su beatitud y también su pensamiento rayara en el puritanismo. Cayetana miró hacia otro lado con ostentación para que resultara evidente que aquella conversación le parecía de lo más ordinaria.

Respecto a Inés, quien coincidía con Elvira en la misma escuela de pintura, hacía años que era amiga de Matilde. Empezó acudiendo a su consulta como clienta desesperada en busca de clarividencia; el porvenir de una hija descarriada la llevaba por el camino de la amargura, y después también quiso saber de su marido. Y todas aquellas visitas, en las que de paso aprovechaba para desahogarse, desembocaron en una estrecha amistad. Ahora eran inseparables e iban juntas a todas partes.

Inés, con entusiasmo, elevó la voz para hacerse oír. A Julia le llamó la atención el hecho de que, para ser una persona tan optimista, acudiera de forma tan asidua a los servicios de una vidente. Tal vez esa alegría no era más que una máscara que encubría sus aflicciones.

—Y, ya que estamos aquí reunidas, formando un grupo de siete personas, el número mágico, con destino a un lugar tan antiguo y misterioso como Egipto —Inés le guiñó un ojo a Matilde—, ¿por qué no nos aprovechamos de que viajamos con una eminente astróloga y nos echa las cartas?

—Ay, no me hagas esto —se quejó la vidente—. No todo el mundo está de acuerdo en conocer su futuro o simplemente no cree, y hay que respetar todas las opiniones.

—Por mí, no hay ningún problema —dijo Lola. En realidad, lo estaba deseando.

—Y por mí tampoco —la secundó Elvira—. Al contrario, me hace hasta ilusión.

—Yo no creo en esas cosas, pero, si a la mayoría le apetece, pues así sea —concluyó Sole con resignación.

Cayetana, quien de vez en cuando rozaba con los labios la copa de champán, no llegó a decir nada, pero, por la expectación que mostraban sus ojos, se diría que estaba más que interesada en el tema.

La última en hablar fue Julia, y tampoco puso objeciones. Si les apetecía que una mujer con artritis y mechas rosas las divirtiera con sus oráculos, allá ellas. Al menos no les cobraba la tomadura de pelo.

—Lo hago por ti, Inés, y porque no hay casi nadie en la sala. Ya sabes que prefiero que mis sesiones sean privadas.

—Gracias, querida Mati. —Inés, llena de emoción, juntó las palmas de las manos delante del pecho—. Como somos un conjunto de siete, que es el número que representa la totalidad del universo en movimiento, saldrán unas cartas buenísimas.

Mientras sacaba del bolso un mazo de cartas del tarot y colocaba sobre la mesa a modo de mantel la tela de seda en la que venía envuelto, Matilde les explicó brevemente que su sistema se basaba en los conocimientos místicos de la Cábala. Los veintidós arcanos principales se correspondían con las veintidós letras del alfabeto hebreo, a su vez considerado el «idioma de Dios», cada carácter con su propio significado sagrado y su propio poder mágico de transformación.

Barajó las cartas sin mucha parsimonia y, al finalizar, le dijo a Inés:

—Corta.

A continuación, colocó las cartas que habían quedado encima en grupos de cuatro. Sonrió al terminar con la primera fila: el mundo, los enamorados, la reina de copas y el carro. Matilde puso el dedo sobre este último naipe y, por los comentarios, Julia intuyó que se trataba del viaje.

—El destino nos depara grandes sorpresas y cambios. Incluso veo el amor, alguna lo va a encontrar —comentó la vidente.

—Pues a este paso, como no sea mi vecino de nicho, yo me lo veo crudo —afirmó la Pantera Rosa con gesto serio.

—Creía que estabas casada —le soltó Lola con sarcasmo.

—Y lo estoy, pero matrimonio no es sinónimo de amor.

El comentario las hizo reír. Matilde prosiguió con la segunda fila y las seis, incluidas Sole y Julia, que eran las más escépticas, se inclinaron hacia delante para seguir la tirada con atención. Por eso todas, sin excepción, vieron cómo palidecía el rostro de la astróloga al colocar con mano trémula la última carta.

Allí estaban: el caballo de espadas, la muerte, la sota de espadas y el cinco de espadas.

Las seis se quedaron a la expectativa, pero Matilde se limitó a parpadear varias veces examinando la tirada que acababa de efectuar. De forma inesperada, recogió las cartas de un manotazo y las puso de nuevo dentro del pañuelo.

—Me sucede como a Superman con la kriptonita: tengo un talón de Aquiles. Soy incapaz de leer las cartas cuando me atañen personalmente. —Aunque lo que acababa de explicar era cierto, ese no era el motivo por el que había guardado el tarot de una manera tan rotunda. Pero debía dar una explicación convincente a la concurrencia y ese fue el primer motivo que se le ocurrió—. Tendría que echaros las cartas una a una, y se haría muy largo. Mejor me tomo otra copa de vino.

A pesar de encontrarse contrariada, ya que conocía el significado de algunas cartas y se había quedado escamada, Inés se ofreció a llevársela. No quería que su amiga sufriera a causa de su rodilla.

—No te preocupes. Llevo mucho rato sentada y ya es hora de que me levante. La pierna casi no me duele —dijo Matilde, apoyando las manos en el asiento para darse impulso. Una vez de pie, sacó un abanico del bolso y comenzó a darse aire. Estaba sudando.

—Pero ¿qué significa la muerte? —quiso saber Lola desde su asiento—. ¿Las cartas te han dicho algo sobre mí?

En ese instante la puerta se abrió y por ella entró un sujeto varón de mediana edad. Ese hecho provocó que Lola se olvidara de la pregunta. En su lugar, cruzó las piernas con coquetería y le lanzó una insinuante sonrisa. Pero él no la llegó a ver. La puerta se había vuelto a abrir y todos enfocaron la vista en la cabeza de un hombre

de pelo oscuro que asomó por ella, echó un rápido vistazo a la sala y volvió a cerrarla.

A Matilde le vino bien para no tener que responder y así continuar hacia el mostrador de las bebidas acompañada de Inés. Esta le iba a hacer un comentario cuando se vio sorprendida por la voz de Lola, que, puesta en pie, empezó a declamar como si estuviera actuando frente a un auditorio. Al parecer, no se le había ocurrido otra idea más discreta para llamar la atención del caballero, pues tenía los ojos puestos en él:

—»Muere lentamente quien no viaja, quien no lee, quien no oye música, quien no encuentra gracia en sí mismo...».

El hombre se sintió el centro de atención. Para salir del atolladero, se llevó la mano al pecho y agachó la cabeza en señal de admiración y agradecimiento por aquellos versos. Pero, con rapidez, se encaminó hacia la esquina opuesta de la sala. A pesar de la huida, Lola no se amilanó y se acercó a él con el objetivo de entablar conversación.

—Menuda lagarta está hecha. —Los ojos de Elvira echaban chispas al ver la forma en que Lola se arrimaba al señor con aire de ejecutivo—. ¡Si podría ser su hijo!

—Y, encima, destroza la poesía de Neruda. ¿Qué culpa tendrá el pobre poeta? —Cayetana volvió a tocarse las perlas—. Esa no tiene ni idea de declamar. Se hace así: «Muere lentamente quien evita una pasión y su remolino de emociones, justamente estas que regresan el brillo a los ojos y restauran los corazones destrozados» —recitó sin el dramatismo exagerado de Lola.

Julia se fijó en la actitud de Sole. No decía nada, pero resultaba evidente que algo la incomodaba, ya que examinaba a sus compañeras con el ceño fruncido mientras daba pequeños sorbos a su agua con gas. Apostaría lo que fuera a que había catalogado a Lola de ninfómana.

Decidió que era el momento de ponerse otro zumo de tomate con bastante más ginebra que el anterior. En el mostrador se quedó cerca de la pareja formada por la vidente y su inseparable y optimista amiga. Cuchicheaban entre ellas y no quería molestar.

A pesar de que solo escuchó algunas palabras, supo de sobra que estaban hablando de la tirada de tarot. Seguro que había salido alguna catástrofe.

—Dime la verdad, Mati, porque yo sé que la sota de espadas representa una traición —le insistía Inés—. ¿Qué significaba toda la tirada?

Matilde se terminó la copa de un trago y después le dijo con su voz profunda:

—A ti no te puedo engañar. Muerte violenta provocada por una traición. Alguna de nosotras va a morir.

—¡Dios mío, Matilde! Me estoy asustando de verdad. ¡Tú siempre aciertas!

—Olvídalo y ponme más vino. Seguro que se trata de un error de las cartas y lo vamos a pasar bien.

Pero, pese a sus palabras de alivio, los dedos de Matilde todavía temblaban mientras sujetaba la segunda copa.

Al poco embarcaron. Lola, junto a Elvira, estaba que no cabía en sí de gozo. Ramón —que así se llamaba el caballero al que había abordado— le había pedido el teléfono, y no dudaba de que en breve recibiría su llamada. En cuanto a Elvira, también parecía que la vida le sonreía. El azar había querido que le tocara la plaza de pasillo en la salida de emergencia.

—Qué suerte hemos tenido, ¿verdad? —Desde su asiento, unas filas por detrás de sus compañeras, Elvira elevó la voz—. A Lola y a mí nos ha tocado un poco separadas, pero no estamos tan lejos las unas de las otras. Este viaje va a ser inolvidable.

5

VOLANDO A EGIPTO

Habían pasado más de cinco horas cuando aterrizaron en Luxor. Eran las seis de la tarde y, a pesar de que ya había anochecido, al salir del avión notaron el latigazo de un aire sofocante, igual que la humareda que se produce al abrir la puerta del horno al sacar el asado.

Julia, que empezaba a experimentar los primeros síntomas de cansancio, se colgó el abrigo en el brazo y anduvo junto al resto de los pasajeros los escasos metros que los separaban del edificio de la terminal de control de inmigración y recogida de equipajes. Se recriminó no haber dormido un poco durante el vuelo, pero la amena charla con Cayetana se lo había impedido. A la que en un principio había tachado de diva, con las connotaciones negativas que ello implicaba —entre otras cosas, soberbia y engreimiento—, también le reconoció otros aspectos positivos.

***

A las dos les había tocado pasillo en la misma fila y, pese a que Sole estuvo junto a Cayetana, participó en contadas ocasiones. Durante el despegue bisbiseó con el rosario en la mano y, una vez el avión tomó altura, se aferró a *El código Da Vinci,* libro recién publicado que fue propuesto por uno de los miembros de su club de lectura. Cayetana, por su parte, se ladeó hacia Julia para conversar con ella:

—No me gusta criticar a la gente, pero, en este grupo que el azar ha unido, tú eres la única que me parece normal. Bueno, Inés tiene clase e incluso podría resultar simpática y entrar en la denominación de «persona corriente» si no fuera por ese apego exacerbado a todo lo esotérico... —La dama del bel canto se expresó con aire melancólico.

Julia le respondió con una sonrisilla. Opinaba que aquel grupo variopinto, del que la diva tampoco escapaba, era un tanto peculiar, pero prefería guardarse su opinión; entre otras cosas, Matilde e Inés

ocupaban los asientos de delante y, aunque las oía hablar, lo más seguro era que también estuvieran pendientes de ellas.

Sin embargo, tampoco hizo falta que respondiera; la intervención inesperada de Sole las sorprendió, ya que ni se molestó en bajar la voz:

—Lola Robles es una chabacana de tomo y lomo. Hay gente que nace sinvergüenza y ya nunca cambia. En cuanto a la fresca de Elvira, hay personas que, como yo, están dispuestas a pagar un canon por no viajar solas. La soledad nos lleva a cometer estupideces. Aunque en el club ya hay algunas que se han cansado de ella y le dan la espalda. Se rumoreó que a una tal Inés le gastó una buena, pero no estoy segura de que se trate de la misma Inés que ahora viaja con nosotras. —Tras las aclaraciones, prosiguió con la lectura. Antes de despegar había dicho que el libro era un bodrio, pero, por las horas que pasó enfrascada en él, se diría que la tenía fascinada.

—A mí me da igual la gente, la verdad —se sinceró Julia—. He venido a desconectar. Así que conoceré Egipto, haré fotos y trataré de pasarlo lo mejor posible. No aspiro a más.

Sin embargo, ese comentario no satisfizo la curiosidad de Cayetana. Como no era de las que claudicaban con facilidad, volvió a la carga:

—Pero estás casada y has decidido dejar a tu familia para viajar con una pandilla de ancianitas. Me llama poderosamente la atención. —Sus ojos tristes la escrutaban con atención. Un pensamiento la hizo reaccionar y enderezó su cuerpo—. Tal vez pienses que soy una entrometida y casi es mejor que no me contestes. Perdona.

—Lo he pensado, sí. Me refiero a eso de que eres una entrometida. —La franqueza de Julia desconcertó a la Diva, que la miró de reojo con estupor—. Pero no me importa responderte. A lo mejor me viene bien contar mis penas: tengo un marido, un hombre al que todos tildan de maravillosa persona, pero que a mí, después de diez años de matrimonio, me cuesta aguantar, y una familia que no es que no me apoye, es que más bien diría que lleva toda la vida aplastándome. Y no son imaginaciones mías, como me dice mucha gente al enterarse de que soy adoptada, es que es la verdad. Ah, y

para que no te quedes con la duda, no tengo hijos. ¿Satisfecha? —Esta vez fue Julia quien sondeó a Cayetana con la vista—. ¿Y tú? A mí también me llama poderosamente la atención que una gran dama se haya embarcado en un viaje con un grupo de desconocidas para escapar de... ¿De qué? ¿De la tristeza? ¿La depresión?

—Ya me dijo Sole que eras muy moderna —respondió la Diva, y soltó una carcajada. Julia se unió a ella—. Lo que no me dijo es que no tienes pelos en la lengua. Me lo tengo merecido por cotilla. —Las facciones se le alegraron—. Y tienes razón, he venido por prescripción médica, para distraerme de mi depresión, soledad, tristeza o como quieras llamarlo. Desde que dejé de cantar, ya no he vuelto a ser la misma.

—¿Y por qué dejaste de cantar?

—Porque me fui quedando sin voz y porque... porque perdí a François, el amor de mi vida.

—No recordaba que estuvieras casada. Aunque tampoco es que siguiera tu vida privada, la verdad.

—Vas a pensar que soy una cualquiera, y me avergüenzo de ello, pero creo que a ti te lo puedo contar. —Miró de reojo a Sole para constatar que seguía pendiente del libro y continuó en un susurro—: Fue un amor secreto porque, aunque pasaba poco tiempo con su mujer, él estaba casado. Era católico y no pensaba divorciarse, y la nulidad eclesiástica tampoco entraba en sus planes. —Al hablar parecía que su mente se encontrase a cientos de kilómetros—. Aun así, éramos muy felices. Entonces yo vivía en París y me sentía libre, cantando y viajando de ciudad en ciudad sin descanso. Pero un buen día François, tras más dos décadas juntos, desapareció, y nunca más volví a saber de él.

—¿Me estás diciendo que desapareció sin darte ninguna explicación? —Además de extrañarse por la desaparición, Julia pensó, aunque no lo expresó en voz alta, que aquella mujer, que había vivido en una sociedad llena de prejuicios morales, era una adelantada a su época al haber renunciado a un marido para conformarse con un amante. Aunque quizá por eso mismo se había esforzado en ocultarlo.

Con coquetería, como si se preparase para recibir al galán perdido, Cayetana extrajo un espejito del bolso y se miró en él para retocarse el moño y pintarse los labios.

—Lo intenté localizar por todas partes, pero ni siquiera regresó a la galería de antigüedades de la que era propietario. Y sus empleados tampoco pudieron decirme nada acerca de su paradero. Solo me confirmaron que recibían instrucciones por teléfono. —Se llevó las manos a la cara y se cubrió el rostro—. ¿Por qué, si quería librarse de mí, no tuvo la valentía de decírmelo a la cara?

—Un poco raro sí que parece —alcanzó a pronunciar Julia, antes de verse interrumpida.

—Perdón por meterme donde no me llaman, pero no he podido evitar escuchar la última parte de tu historia —intervino Matilde de forma inesperada. También le había tocado pasillo y ocupaba el asiento delantero al de Julia—. Quizá yo pueda ayudarte a resolver el misterio. Si quieres, claro. Pero ya sabes cómo son los hombres, unos cobardes.

Aquella invasión de su intimidad le pareció una terrible falta de educación a Cayetana, por muy aristócrata que fuera la lengua de la que provenía. No obstante, tuvo la suerte de poder ahorrarse palabrería al ver que las azafatas se acercaban con el carrito de la cena. Con una mueca distante pero sin perder la compostura, le dijo:

—Gracias, Matilde. Lo pensaré.

En cuanto la auxiliar de vuelo colocó la bandeja sobre su mesilla, miró a Julia con cara de espanto y le cuchicheó a modo de queja:

—Qué mujer tan desconsiderada. Vaya falta de respeto.

Continuaron charlando, pero a partir de ese instante la conversación se volvió intranscendente.

***

Resolvieron los tramites de visados y recogieron el equipaje en un santiamén. La agencia contratada por Elvira había enviado un delegado que, en vista de la rapidez con la que solventó las gestiones, conocía de sobra a los policías de inmigración.

A la salida del aeropuerto las esperaba un microbús, y en él se montaron las siete, acomodadas por parejas, a excepción de Julia, que se sentó sola. Apoyó la cabeza en el cristal y escuchó la voz del egipcio, que las informaba de los pormenores sobre su traslado al barco, les explicaba algunas expresiones árabes y les ofrecía agua fresca para llevarse al barco. Pero mucho antes de que terminara se quedó dormida.

Unos quince minutos después, y todavía bajo los efectos de la somnolencia, descendió junto al resto de sus compañeras los amplios escalones de piedra que conducían al embarcadero, hasta situarse frente a la eslora de la motonave. Un hombre con un turbante mugriento, que hacía las veces de vigilante, las invitó a pasar con un gesto de la mano. A través de una pasarela metálica cruzaron al interior. Otro grupo de pasajeros, que habían compartido avión con ellas y acababan de llegar en otro autobús, siguieron sus pasos, pero estaban demasiado abrumadas como para fijarse en ellos.

A primera vista les pareció precioso, con elegantes escaleras de mármol junto al ascensor y ornamentos dorados que recordaban el lujo árabe. Pero el traductor enviado por la agencia les indicó que continuaran, pues todavía no habían llegado a su destino. Al parecer, varias naves se abarloaban en el mismo muelle y tuvieron que atravesar otros dos pequeños puentes hasta alcanzar la suya.

Era una embarcación mucho más antigua que las anteriores, en la que una mortecina luz de color blanco les ofrecía la posibilidad de distinguir una moqueta verde raída por el uso, a juego con las cortinas. La escasa decoración había vivido tiempos mejores. Una joyería sacada de un bazar de poca monta y una pequeña tienda de *souvenirs* completaban el espacio. Desde algún lugar sobre sus cabezas se filtraba una música de acordes morunos.

A pesar de la fatiga, la decepción se reflejó en el rostro de las siete viajeras.

—¿Dónde está el ascensor? —preguntó Matilde con espanto, mientras se llevaba la mano al muslo. Aunque aclaró que las rodillas ya no le dolían, le parecía una desconsideración tener que subir y bajar escaleras sin previo aviso. Inés estuvo de acuerdo.

—Habrá peluquería, ¿verdad? —quiso saber Sole, mirando de reojo a Cayetana. Esta última parecía a punto de hiperventilar.

Para ayudar a resolver el dilema, Inés se acercó hasta la recepción y se dirigió con desparpajo al joven que se encontraba tras el mostrador. Con un impecable acento francés, se aventuró a preguntar:

— S'il vous plaît, pouvez-vous me dire où se trouvent l'ascenseur et le coiffeur?

El recepcionista, sin dejar de mirarla, parpadeó con inocencia. No había entendido nada.

—¿Por qué le hablas en francés? No creo que te entienda —quiso saber Julia, soltando una carcajada. La espontánea intervención de Inés había conseguido relajarlas—. Egipto fue una colonia británica y en todo caso, si no sabes árabe, mejor pregúntale en inglés.

—Eso lo ha hecho para que todas nos enteremos de que ha vivido muchos años en Francia y domina el idioma a la perfección —dijo Elvira con superioridad—. Yo no hablo francés, pero cultura no me falta, y que Egipto era una colonia británica lo tenía clarísimo.

—No es verdad, Elvira —dijo Inés en tono de queja, al mismo tiempo que sacaba carácter—. Me he dirigido a él en francés porque muchos países africanos fueron posesiones francesas y simplemente me he equivocado.

El intérprete que las acompañaba, quien seguro conocía las respuestas de antemano pero no quería meterse en camisas de once varas, interrogó al recepcionista en árabe para que respondiera en su lugar. Ese fu el momento elegido por Lola para plantar los senos sobre el mostrador y arrojarle una sugerente sonrisa. El joven, que tendría poco más de veinte años y en la solapa llevaba una inscripción con el nombre de Mohamed, no estaba acostumbrado a semejantes escotes y, como para él un pecho femenino siempre era un pecho, sin límite de edad, perdió el hilo de la consulta durante unos segundos. No obstante, consiguió serenarse y logró apuntar en un castellano aprendido en mil batallas:

—No ascensor, no peluquera.

Estuvo a punto de estallar un motín; el viaje les había costado una fortuna y no era cuestión de navegar en semejante carcamal. El

recepcionista, ajeno a la trifulca, salió de detrás del mostrador para proceder al reparto de llaves. A Lola, Inés y Matilde, para regocijo de esta última, les tocó en la segunda cubierta; no tenían que subir y bajar escaleras al llegar al barco, y el restaurante estaba en la planta de abajo. A las otras cuatro las ubicaron en el tercer piso.

Para quitárselas de encima, el delegado de la agencia les sugirió subir a la cafetería; allí les presentaría al guía que las acompañaría durante la travesía. Él se encargaría de darles las informaciones pertinentes.

Comenzaron el ascenso de la anticuada escalinata, dos alturas desde donde se encontraban, y la música árabe empezó a hacerse más potente. Elvira —quien no parecía contrariada en absoluto y había bostezado más de una vez al escuchar las quejas del resto—, al ser la organizadora, se sintió obligada a excusarse. Con su boca de pez napoleón, comentó como de pasada:

—No os quejéis tanto. Se tratará de un error y ya veréis cómo mañana nos cambian de barco. La agencia me recalcó que todo era del máximo nivel. —Sin molestarse en mirarlas, continuó subiendo mientras les decía con condescendencia—: Para vosotras lo más importante es una peluquería o un ascensor, pero ya sabéis que para mí es imprescindible una capilla donde encontrar recogimiento y rezar. Aquí no hay ninguna, pero ¿me habéis escuchado quejarme?

Las sentaron alrededor de una mesa, en unos sofás azules y rojos un poco deshilachados, y les sirvieron una bebida de color rojo. El delegado aprovechó para situarse junto a un sujeto de tez aceitunada y atractivos rasgos árabes.

—Aquí tenéis a Ahmed, el guía que habéis solicitado. Él os acompañará el resto del viaje. *Recordar* que el restaurante se encuentra en la primera planta, justo debajo de la recepción, y que esta es la planta cuatro. Encima está la terraza. Por si necesitáis algo, os informo de que Ahmed está en la segunda planta, habitación 208.

Y, tras la breve presentación, se desvaneció del lugar más rápido que el vapor del agua hirviendo.

El aludido, con unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca, les sonrió mostrando una blanca y perfecta dentadura:

—Como os acaba de decir Mustafá, me llamo Ahmed, soy egiptólogo y voy a ser vuestro guía durante los próximos días —las informó en perfecto español con un marcado acento árabe—. Si os parece bien, mientras bebéis el té de hibisco, que aquí llamamos *karkade* , podemos comentar las excursiones previstas para mañana para que vuestra experiencia en Egipto sea inolvidable. Como hace mucho calor, madrugaremos para evitar las horas en las que el sol es más insoportable.

Todas, a excepción de Julia —quien todavía recordaba la última bronca con Varis y se sentía agotada—, asintieron más aplacadas. Habían llegado a la conclusión de que, a fin de cuentas, su objetivo era disfrutar del crucero y pasarlo lo mejor posible, y para ello debían enviar las malas pulgas a otra parte. Ya reclamarían a la agencia de Madrid a su debido tiempo.

A pesar de que intentaba concentrarse en las explicaciones sobre los monumentos que iban a visitar, Ahmed no podía evitar que sus ojos, de un negro muy vivo, se fijaran más de lo necesario en Julia. Aunque ella seguía mirando al infinito sin prestar mucha atención. Al parecer, Sole se dio cuenta de ese hecho, porque espetó al guía con su vocecilla aguda:

—A Julia ni la mires. Es muy guapa, pero, para que te quede claro, está casada y es muy decente.

Los ocho rieron de buena gana mientras Julia salía de su abstracción y se fijaba por primera vez en Ahmed. Le pareció un hombre bien parecido, de cuerpo atlético y mirada penetrante, pero ni muchísimo menos se le ocurriría echarse en brazos de un moro, a pesar de que su forma de vestir no lo delatase. Además, Sole había dado en el blanco al afirmar que estaba casada y, aunque consideraba que no le debía ningún tipo de fidelidad a Varis, ella era leal y pensaba cumplir su parte del trato: se iba de viaje para tomarse un tiempo de reflexión y, a cambio, él se comprometía a no ponerle vigilancia y dejarla en paz. Un hombre, musulmán o cristiano, era lo último que necesitaba en su vida.

Ya más animadas, y olvidada la decepción inicial provocada por la antigüedad del barco, decidieron que lo más acertado era acostarse. Conocían el plan del día siguiente: las despertarían a las cinco

menos cuarto de la mañana, y ya habría tiempo de programar el resto de las excursiones.

Al llegar al camarote, Julia se percató de que no era tan terrible como había esperado. Decorado en tonos marrones, era amplio y parecía limpio. Pero el olor a gasolina procedente del barco contiguo —que le impedía cualquier tipo de visión— y otra llamada de Varis —a la que había decidido no responder— le impedían encontrar sosiego. A eso había que añadir las canciones de ritmos árabes que le llegaba con total claridad desde el piso superior —calculó que su camarote se encontraba justo debajo del bar—, que acrecentaban su nerviosismo.

Había rechazado la excursión en globo para disfrutar de Luxor desde el cielo para no tener que levantarse a las tres de la mañana y descansar, pero en cualquier caso debía estar preparada para comenzar el día a las cinco y media, y todos aquellos factores solo contribuían a aumentar su irritación.

Con el rostro brillante por la crema hidratante y un pijama azul de raso de gruesos tirantes, se levantó de la cama, dispuesta a presentarse en la recepción para que la cambiaran de habitación o, al menos, bajaran los decibelios de la música. Se cubrió con una fina chaqueta de punto y, con la llave como único complemento, cerró la puerta y se encaminó al piso de abajo.

En un inglés bastante correcto el recepcionista la informó, sin darle una razón de peso, de que a esas horas el cambio de camarote era imposible y que volviera por la mañana. Tampoco era viable disminuir el sonido de la música.

Con un humor de perros, Julia recordó el número de la habitación de Ahmed y, ya que se encontraba en esa misma cubierta, hacia allí encaminó sus pasos sin perder tiempo. Tenía que hablar con él para que hiciera algo al respecto.

Llamó suavemente a la puerta, pero, tras un par de veces sin que le abriera, sus nervios la obligaron a aporrearla con mayor intensidad. Como solo obtuvo el silencio por respuesta, volvió a dirigirse a recepción. Allí le indicaron que quizá estuviera fuera y Julia, sin pararse a pensarlo, cruzó con paso decidido los dos barcos

que la separaban de tierra hasta que se topó con el hombre que hacía guardia frente a las naves. Recorrió unos cuantos metros y echó un vistazo a su alrededor. Aparte de un grupo de chicos vestidos con chilabas que fumaban y reían, no había nadie más.

Resopló dándose por vencida y volvió al interior. Subió las escaleras en dirección a su camarote cuando, sin esperarlo, se topó con Ahmed junto a la barandilla.

—Me han dicho que estabas buscándome. —Su blanca dentadura y sus ojos negros chispearon al unísono.

—Sí, es que quiero cambiarme de habitación —se excusó Julia, tratando de serenarse para no resultar brusca—. Esta es muy ruidosa y huele a gasolina, y yo necesito descansar. Estoy hecha polvo y mañana nos espera un día muy ajetreado.

—Mira, me han asegurado que la música solo va a durar media hora más. En cuanto al olor, todas las habitaciones huelen igual; es por el barco de al lado. Cuando zarpemos mañana, todo cambiará —le explicó Ahmed con voz dulce—. Iba a fumarme un cigarro en la terraza, ¿te apetece acompañarme? Así, cuando vuelvas al camarote, todo estará ya en silencio.

Julia apenas prestó atención a la propuesta. La mirada de Ahmed se dirigía con descaro hacia su escote, como si una ostentosa mancha se estuviera extendiendo por él. Ella no pudo más que apuntar sus ojos en la misma dirección. Descubrió que sus pezones se marcaban a través de la tela, pese a que llevaba encima la chaqueta de punto, al parecer demasiado fino. Se sintió avergonzada ante la mirada insistente del guía. Algunos hombres la habían mirado con admiración o incluso de forma insinuante, pero no con ese aire de erotismo. Si su marido la mirase de ese modo alguna vez, su matrimonio no estaría haciendo aguas. Con toda la dignidad de la que pudo hacer gala, le respondió:

—Casi mejor me voy a dormir ya. Sabiendo que a la música le quedan treinta minutos, lo superaré. Buenas noches.

Él se quedó quieto, con gesto fascinado, hasta que Julia giró por el pasillo y su figura se perdió por el corredor.

6

ANOTACIONES EN UN DIARIO

Aunque los días que llegaba a casa cansada no lo hacía, Sole tenía la costumbre de escribir algunas líneas en su diario sobre cómo había ido la jornada. A veces anotaba hechos que le habían resultado relevantes y se extendía en sus apuntes; otras, simplemente, cuando no había sucesos dignos de mención, se ceñía a apuntar un «Nada destacable»; y las menos, ni eso y se acostaba sin más. Pero aquella noche, a pesar de que se sentía agotada, la excitación la llevó a sentarse frente al escritorio beis de melamina barata y dejar sus impresiones por escrito.

Sin molestarse en deshacer el equipaje —que algún botones había dejado descansando sobre el soporte para tal fin—, abrió la maleta para sacar lo indispensable. Dejó el neceser sobre la cama y, sin ni siquiera desvestirse para ponerse el pijama —cosa poco habitual en ella, pues era una mujer a la que le gustaba hacer las cosas paso a paso—, extrajo el diario y un bolígrafo del bolso.

En un acto reflejo se pasó la mano por el pelo corto y blanco y mordisqueó la tapa del bolígrafo. Meditó que, quizá por el tiempo transcurrido, las otras no la recordaran, pero desde luego a ella, Soledad Contreras, nunca se le había olvidado una cara ni antes ni después ni durante los cuarenta años que trabajó como enfermera bajo la supervisión del buen doctor Domingo, a quien Dios tuviera en su gloria. Aunque con la gran persona que había sido, la amabilidad con la que había tratado a sus pacientes y lo que se había desvivido por todo el mundo en general, no podría ser de otro modo y con total seguridad el Señor lo habría recompensado.

Para ella, procedente de una familia de escasos recursos, con un padre que la molía a palos cada vez que bebía más de la cuenta —lo cual sucedía bastante a menudo— y una madre sumisa que aguantaba sin rechistar los maltratos de su marido, la muerte de su mentor, el doctor Domingo, fue un varapalo que precipitó su jubilación. Él fue su verdadero amigo y tutor.

Su padre había fallecido mientras Soledad estudiaba en la Escuela de Asistentes Técnicos Sanitarios, lo cual supuso un alivio tanto para ella como para su madre y su hermana, pero la aversión que le había hecho sentir hacia el género masculino ya estaba muy arraigada en su interior y tenía muy claro que ningún hombre iba a entorpecer su camino para ayudar a los demás. De hecho, nunca llegó a conocer varón, en el sentido bíblico de la palabra, ni falta que le hacía. Estaba segura —y no solo por el comportamiento de su padre— de que los hombres solo traían problemas. Bien sabía los quebraderos de cabeza que habían causado a muchas de sus pacientes, ya fuera por dejarlas encinta para después abandonarlas, por ser la causa de sus dolencias o por ni siquiera pasarse a verlas cuando estaban convalecientes.

A uno de los pocos que veía con buenos ojos era al doctor Domingo. Coincidió con él realizando prácticas en el Hospital Provincial de Madrid y la relación fue tan cordial que, una vez finalizados sus estudios, compaginó su trabajo en el hospital con la clínica privada que dirigía el médico. De esa forma, además de su madre y su hermana, el personal de ambos centros y sobre todo José Domingo se convirtieron en su auténtica familia.

A pesar de su fallecimiento, Sole podría haberse mantenido en activo unos cuantos años más. Hacía una década que su maestro se había retirado del mundo de la medicina y, aunque mantenían el contacto y de vez en cuando le pedía consejo, ella no dudó en continuar con su labor. Pero, sin él, se convenció de que jamás se toparía con un médico como aquel, y ya era demasiado mayor para adaptarse a las manías y formas de trabajo de facultativos más jóvenes, con ideas revolucionarias sobre tratamientos que nunca llegarían a rozar la experiencia, sabiduría y bondad de su admirado doctor.

Pero también le gustaba sentirse útil y, cuando dos años atrás le surgió la posibilidad de trabajar para Cayetana Iranzo, no lo dudó ni un segundo. El médico que la recomendó le aseguró que su misión sería sencilla, y así fue. A pesar de que las dolencias de la mujer le parecían menudencias de niña consentida —que, por tenerlo todo, debía quejarse de algo—, su cometido le resultaba ameno. Jornada

de ocho horas en la que, además de controlar que la señora se tomara sus medicamentos y antidepresivos a las horas establecidas, su tarea fundamental consistía en hacer compañía a Cayetana, escuchar sus lamentaciones y tratar de animarla. Sin embargo, Cayetana no era totalmente sincera con ella; la había oído gritar un nombre en sueños durante la siesta o en momentos de histeria, y también había visto algunas fotografías antiguas en las que la dama del bel canto aparecía en actitud cariñosa junto a un hombre, incluso cartas de amor, que se había permitido la licencia de leer por el bienestar mental de su paciente, en las que siempre coincidía el nombre de François. Estaba segura de que, si no se lo había contado, era porque sabía que ella jamás aprobaría esa relación clandestina, como así era, y más tratándose de un hombre casado, hecho que atentaba contra los principios morales más básicos. Pero que estaba al tanto de que había sido una descarriada era algo que no le pensaba comentar, allá ella y su conciencia. Cada uno debe pagar por sus pecados, y quizá los estados de ansiedad y apatía que Cayetana alternaba de forma permanente eran su penitencia.

Otro tema era el de la libertina que a la chita callando se comportaba peor que Cayetana, pero estaba tranquila porque se había asegurado de que «esa cualquiera» también pagara por su depravación.

En cuanto a ella, si la propia Sole tenía algo que reprocharse, era su afición a las joyas. Pero, con la cantidad de dinero que había donado a diversas asociaciones humanitarias, lo que consideraba un insignificante «defectillo» estaba más que saldado. En cualquier caso, pese al comportamiento pasado de Cayetana, se encontraba a gusto en la casa, y como encima el sueldo era elevado, estaba más que satisfecha con su empleo.

Ahora, sentada ante el escritorio de un camarote con vistas al barco vecino y con un fuerte olor a gasolina, le resultaba extraño que la casualidad las hubiera reunido en aquel lejano país, y se sentía empujada a dejarlo por escrito. ¿En verdad era posible que ninguna la hubiera reconocido? Posiblemente sí, aunque tenía que disculparlas porque a nadie le gusta hablar de sus males y dolencias en público. ¿Y entre ellas? Quizá fueran ajenas a sus identidades.

Pero ¿y el nombre? En un primer momento le había pasado desapercibido, pero ahora ya no tenía ninguna duda. Se congratuló de su magnífica memoria, ya que a ella jamás se le pasaba por alto un nombre, y mucho menos seguido de su apellido. Seguro que el doctor Domingo también se acordaría.

Se ajustó las lentes de montura metálica sobre su chata nariz y, con avidez, comenzó a reproducir sus pensamientos sobre el papel. Reflexionaba sobre la crueldad del destino; quizá era cierto eso de que el universo, por mucho tiempo que hubiera transcurrido, nunca se olvida de cobrar las facturas pendientes. Tal vez le había llegado el momento de pagar a...

Iba a escribir un nombre cuando unos suaves golpes en la puerta la interrumpieron. Primero pensó que se trataría del camarero encargado de su habitación por si necesitaba algo, pero, al escuchar que la llamaban, salió de su error. Seguro que alguien la había reconocido.

Con el bolígrafo entre las hojas, cerró el cuaderno con rapidez y lo guardó entre las prendas que se encontraban dobladas en la maleta.

Todavía tenía que colocar la ropa en el armario y estaba exhausta, por lo que esperaba que la charla no se extendiera demasiado. En todo caso, tenían una semana para poder hablar largo y tendido.

Con calma, se acercó hasta la puerta y abrió.

7

PRIMERA ESCALA: LUXOR

No sabía dónde estaba cuando el teléfono la despertó. Había dejado Madrid hecha un manojo de nervios y eso, unido al olor a gasolina y a la llamada de Varis que no respondió, contribuyó a que le costase conciliar el sueño. Salió a caminar por el pasillo un par de veces y, cuando a la una se metió en la cama, se dijo que tenía que tranquilizarse; sin embargo, no lo consiguió hasta bien entrada la madrugada.

Al final cayó en un sueño profundo y reparador, por lo que ahora, todavía amodorrada, los insistentes timbrazos retumbaban en su cerebro como si una enorme campana voltease en su interior. A pesar de que sus párpados luchaban por mantenerse pegados, logró recordar que habían solicitado en recepción que las avisaran a las cinco menos cuarto de la mañana. Con esfuerzo y como en medio de una nebulosa, Julia confirmó que era hora de levantarse.

Tras la ducha, se dio prisa en arreglarse: unos pantalones de lino que se ajustaban a las caderas y una camiseta de tirantes informal y fresca. A continuación, salió al vestíbulo de su cubierta —en el que, formando un gran círculo, convergían los corredores de proa y popa, dando acceso a las escaleras—, dispuesta a bajar los dos pisos que conducían al comedor.

A través de la cristalera observó cómo las primeras luces del alba se reflejaban en el río, de un azul profundo. Se sorprendió al distinguir las áridas montañas del fondo, que los incipientes rayos de sol impregnaban de un tono todavía más rojizo. Sobre el cielo flotaban grandes globos de colores, que portaban a los turistas más madrugadores sobrevolando las palmeras y falucas que adornaban la orilla oeste. La atmósfera de la estampa era magia pura. Ante el fascinante espectáculo, Julia se sintió invadida por una reconfortante sensación de calma, como si se hubiera pasado la vida buscando el lugar al que pertenecía y por fin se hallara en él. Era una lástima que su camarote se encontrara en el lado opuesto, con aquel olor

nauseabundo, desde el que resultaba imposible admirar la belleza del Nilo bajo esa perspectiva. Aunque, bien pensado, ya le daba igual: iba a ser una mañana muy movida y el barco zarparía en cuanto regresaran a bordo.

El restaurante era una estancia acorde con la decrepitud de la nave, enmoquetada en un color verde que el uso había descolorido y donde lo más destacable era que las cortinas de los ventanales de estribor estaban descorridas, lo que permitía disfrutar de las vistas. Allí descubrió a la Vidente y a su fiel seguidora. Estaban sentadas en una mesa de forma rectangular, preparada para ocho comensales y decorada con un mantel blanco a juego con las servilletas, que debido a los lavados habían adquirido un tono desvaído. La mesa destacaba por su ubicación: era la más cercana al bufé, lo que facilitaba el acceso al mismo, aunque también la convertía en la más visible. Ambas mujeres charlaban frente a unos platos a rebosar: el de Matilde, de pastelitos y cruasanes, mientras que Inés, más comedida, se había decantado por fruta y un huevo duro. En lo que coincidían era en la bebida: las dos se estaban tomando un café con leche.

—Buenos días, Julia —la saludaron al unísono cuando se acercó a la mesa. La Pantera Rosa, con su buen humor habitual, continuó—: Ve al bufé y ponte lo que quieras. Al contrario de lo que puedas pensar, la comida está muy buena y hay mucha variedad. ¿Quieres que le pidamos al camarero más leche y café?

—Solo café, gracias. Necesito despejarme antes de que nos pongamos en marcha, y no queda mucho tiempo. Por cierto, Matilde, ¿cómo va tu pierna?

—Mejor, qué amable por preguntar. Las pastillas tardan en hacer efecto, pero me van bastante bien y he podido dormir del tirón.

Mientras se servía un poco de fruta, unas tostadas con queso y un huevo duro, a Julia le pareció extraño que Matilde hubiese dormido del tirón cuando estaba casi segura de haberla visto cojeando por el pasillo de su cubierta una de las veces que salió a pasear. Pero, al volver a la mesa, olvidó el episodio sin darle importancia. Al tiempo que dejaba caer un chorro de café caliente en la taza, preguntó:

—¿No es un poco tarde para que las demás no hayan bajado ya a desayunar?

—Se habrán ido a la excursión en globo, creo que les daban el desayuno en una bolsa, y estarán a punto de regresar —respondió Matilde con su voz rasposa—. Si te fijas, ya no se ve ninguno en el cielo.

—Aunque aquí tampoco vale mucho la pena madrugar —intervino Inés—. Hemos llegado las primeras al restaurante y nos hemos encontrado con parte de la tripulación durmiendo en el suelo. ¡Qué espectáculo tan deprimente! Pobre gente, menos mal que hay moqueta.

—Bueno, que no era de lujo ya lo vimos ayer, pero que la gente tenga que dormir en el suelo me parece muy cutre —comentó Julia —. Por cierto, ¿habéis notado el fuerte olor a gasolina que hay en el camarote o solo ocurre en el mío?

—Sí, en los nuestros también. Deberíamos llamar a la agencia de Madrid y quejarnos, o al menos poner una reclamación.

—Después de lo que me has contado, creo que no tenemos nada que hacer —le replicó Matilde en un tono de resignación—. Si entre todas le hemos pagado el pasaje a Elvira, la agencia no va a querer saber nada, y menos, devolver algo. La culpa es nuestra por consentir que le salga el viaje gratis. Me tenías que haber avisado antes, querida Inés.

—Así que ahí estaba el truco. —Julia no salía de su asombro, aunque tampoco entendía, por cómo había actuado Elvira desde que la conocía, por qué se extrañaba tanto—. Ella ha arreglado el viaje con una agencia y la agencia, por llevarle gente a la que le cobra un suplemento, le regala el crucero. Entonces, para poder justificar el precio más caro, lo vende como privado y de superlujo. Y, claro, cuantas más víctimas encuentre, mayor será su tajada. De hecho, gracias a mi colaboración, llevará incluidas las excursiones. —Ahora Julia entendía la insistencia de Elvira por embarcarla en la aventura —. ¿Me equivoco?

—Eso mismo opino yo.

Matilde iba a añadir algún comentario más acerca de esa circunstancia, pero la aparición de Cayetana, con unos llamativos

pendientes rojos que se movían al ritmo de sus apresurados pasos, se lo impidió. Por su aspecto nervioso, parecía que algo grave estuviera sucediendo.

—Buenos días. ¿Habéis visto a Sole? Ayer quedamos en que bajaríamos juntas a desayunar y, después de casi diez minutos golpeando su puerta, no me ha contestado.

—Tranquilízate —la calmó Inés—. Seguro que al final ha decidido ir a la excursión y enseguida aparecerá con el guía y las demás.

Cayetana tomó asiento junto a Julia y, un poco más serena, pidió un té.

—Pues me parece muy bien que se vaya a una o mil excursiones, pero lo mínimo que podría haber hecho era escribirme una nota, con lo que a ella le gusta escribir, o decir algo en recepción para que no me preocupe. Menos mal que llevo conmigo las píldoras y he podido tomármelas sin problemas.

Justo al terminar su intervención, sin dar tiempo a que alguna expresase su opinión, aparecieron por la puerta del restaurante Elvira y Lola. Se las veía pletóricas, la una con una falda bastante corta y la otra con otro de sus exagerados escotes. Maquilladas con esmero, sonreían y saludaban a los comensales como si los conocieran de toda la vida mientras les daban explicaciones sobre la experiencia tan maravillosa que acababan de vivir en su paseo en globo sobre Luxor. Llamaban tanto la atención que parecían un par de buitres volando en círculo alrededor de su presa; en su caso, nuevas amistades o, mejor dicho, ligues.

Pero Cayetana no les dio la oportunidad de explayarse sobre la excursión cuando llegaron a la mesa, aunque antes se atrevió a cuchichear en el oído de Julia:

—Qué mujeres tan ordinarias. —Enseguida impuso su autoridad y las abordó sin contemplaciones—: ¿Está Sole con vosotras? ¿Ha ido a la excursión? No la encuentro por ningún sitio.

Las dos se quedaron quietas, como si en medio de una fiesta algún extraño ser las hubiera convertido sin previo aviso en estatuas de sal. Era como si no supieran por quién les preguntaba Cayetana. Elvira reaccionó y, pensativa, se llevó el índice a los labios. A Julia volvió a recordarle a un pez napoleón.

—No, no. Con nosotras no ha venido a la excursión, desde luego.

—A lo mejor está con alguien interesante y no quiere ser encontrada —sugirió Lola con picardía, antes de recitar un verso de Amado Nervo—: «¡Por qué empeñarse en buscar a quien se quiere esconder! Si dios no se deja ver, alma, ¿cómo les has de hallar?». Bueno, lo que os habéis perdido, ha sido una experiencia maravillosa, una más de las muchas que tengo tras recorrer el largo y ancho planeta.

En ese momento el guía, con sandalias, unos vaqueros cortados por la rodilla y unas gafas de aviador colgadas del cuello de la camiseta, se acercó al grupo. Lola lo retuvo con sutileza y Elvira, con algo más de disimulo, también se colocó junto a él por el otro lado para tocarle el musculoso brazo.

—¿Verdad que ha sido maravilloso, Ahmed? —La Ninfómana no podía dejar de sonreír.

—Lo hemos pasado francamente bien —apuntó Elvira.

—Sí, una pasada —confirmó Ahmed, intentando insuflar entusiasmo a sus palabras. Solía realizar esa excursión una media de tres veces al mes y hacía tiempo que ya no le impresionaba—. Me tomo un café y nos vamos; si nos retrasamos, cogeremos todo el calor. En cinco minutos quedamos en la recepción para subir al microbús.

—Ahmed, hemos perdido a Sole. Bueno, más bien, no ha bajado a desayunar y no responde a las llamadas —le explicó Julia, levantándose de la silla—. ¿Podrías hablar con el recepcionista o con el mozo encargado de la habitación para que nos abra la puerta de su camarote? Estamos preocupadas.

—Sí, claro, se habrá dormido. Cojo el café y subimos.

—¡Ella no se ha dormido ni un solo día! —Cayetana defendió a su compañera con rotundidad, y sus pendientes volvieron a bailar al compás del movimiento decidido que realizó con su cuerpo.

Ahmed se acercó a otra mesa, donde un camarero le sirvió una taza de café. Tras ponerse azúcar y removerlo con la cucharilla, volvió a acercarse a las mujeres, que murmuraban entre ellas.

—Siento un escalofrío recorriéndome la columna vertebral —comentó Matilde, con la cabeza gacha, al mismo tiempo que la

movía en un gesto de negación—. Es la misma sensación que tuve antes de entrar en el dormitorio y encontrar muerto a mi marido.

Nadie hizo comentarios, ni siquiera la Pantera Rosa, que solo se atrevió a abrir los ojos con horror. Ahmed, con el café en la mano y una sonrisa que mostraba la perfección de su dentadura, se dirigió a Julia:

—*Yala, yala* , ¿me acompañas, mi guapa? —Al ver la cara que pusieron algunas, rectificó—: Bueno, aquí mis guapas sois todas, porque todas lo sois.

—Sí, que te acompañe, pero yo también voy —prorrumpió Cayetana con energía.

Con paso decidido, Julia se encaminó hacia la salida, seguida por Ahmed, quien con rapidez consiguió colocarse a su lado. Antes de llegar a las escaleras, le preguntó en voz baja:

—¿Has dormido bien?

A Julia le salió una sonrisa por respuesta.

Mientras subían los peldaños, redujeron el ritmo de la marcha para que Cayetana pudiese unirse a ellos. Ya frente al mostrador y tras escuchar «*Salam alaikum* ” , que fue lo único que Julia logró entender de la conversación, Ahmed les explicó que el recepcionista los enviaba a que hablaran directamente con el mozo para que él les abriera. Así que los tres continuaron su ascenso hacia la tercera cubierta.

Ahmed golpeó la puerta varias veces al tiempo que pronunciaba el nombre de Sole en voz alta. Al no recibir respuesta, tras varios minutos de espera, por fin se decidieron a avisar al camarero que estaba arreglando los dormitorios. Este introdujo la llave maestra y en menos de un segundo la puerta quedó abierta.

La habitación estaba a oscuras, con las cortinas corridas y una calma inquietante que se mezclaba con el hedor a gasolina. Julia notó que su estómago se revolvía. Antes de dar un paso al frente, volvieron a gritar su nombre: «Sole, Soledad».

—Por si está profundamente dormida, creo que deberíais entrar vosotras. Quizá no esté presentable y no le guste encontrar a un hombre en su dormitorio —susurró Ahmed, apoyado en el marco de la puerta. El camarero, expectante, permanecía a su lado.

Cayetana tomó aire.

—Acompáñame, por favor, Julia. —El aire de superioridad de la Diva se había desvanecido—. Tengo miedo de lo que podamos encontrar.

Las dos se adentraron por el ancho y corto pasillo, en el que se encontraba un armario de espejo frente a la puerta del baño, y continuaron hasta el mueble en el que descansaba la maleta abierta de Sole, junto al televisor. Desde allí, a pesar de la penumbra que las envolvía, distinguieron un bulto tumbado en la cama.

Rápidamente Julia localizó el interruptor y encendió la luz mientras Cayetana se abalanzaba sobre el cuerpo que yacía sobre el colchón.

—¡Soledad, Sole, Soledad! —gritó Cayetana con nerviosismo, sin dejar de zarandearla. Lo hacía con tal ímpetu que tiró al suelo la botella de agua vacía que estaba sobre la mesilla de noche. Julia la sujetó por los hombros y la obligó a detenerse para poder observar a Sole con detenimiento. Tenía los ojos cerrados y seguía vestida con la ropa que llevaba el día anterior, como si, vencida por el cansancio, hubiera sido incapaz de ponerse el pijama. Pero lo más relevante era la apariencia de su piel: su rostro ajado estaba hundido y tintado de un blanco lívido. La rozó unos segundos y, a través de las yemas de los dedos, como una repentina granizada, penetró en su interior una frialdad que sonaba a despedida y que nunca había experimentado. Jamás había visto un cadáver, pero Julia no necesitaba que le aclararan que estaba delante de uno.

Ahmed, que había llegado a los pies de la cama, se abrió paso para sentarse junto a Sole y tocarla. Comprobó que sus músculos estaban duros y rígidos, y resultaba obvio que no respiraba. Así que el guía solo pudo alzar la cara para mirar a las dos mujeres que tenía enfrente y decirles con toda la tranquilidad que fue capaz:

—Está muerta. Hay que llamar a una ambulancia y dar parte a la embajada para que se haga cargo del cadáver.

Elvira, quien con sigilo se había colado en el camarote hasta situarse junto al camarero, se quedó petrificada al escuchar las últimas palabras de Ahmed. A su manera, se sentía responsable de cuanto les sucediera a sus compañeras y, por tanto, se creía con derecho a inmiscuirse en cualquier tema relacionado con ellas. Por

inercia, porque no sabía cómo actuar, se agachó a recoger la botella de agua. Al depositarla sobre el escritorio comentó en voz alta:

—Qué curiosa es la vida. Nunca sabes cuándo va a ser la última vez que bebes, o que te mires en el espejo, o que te cepilles los dientes...

Sin hacer caso del comentario Ahmed dirigió la vista hacia el mozo, que no había perdido detalle, y le hizo un gesto con la mano para que diese el aviso en recepción.

El chico hizo un asentimiento de cabeza y le faltaron pies para abandonar el camarote.

8

Actualidad

He pasado dos días dándole vueltas a la cabeza porque todavía no sé qué hacer. Lo más sensato sería esperar a que mi madre regrese del viaje y que sea ella la que me cuente los detalles de la historia, pero para eso faltan todavía quince días y la impaciencia me está devorando. Además, no quiero que me vuelva a mentir.

Otra posibilidad que he barajado es subir al piso de arriba y preguntarle a Ani. Es mi vecina, aunque yo la considero mi abuela, y hace tres años se quedó viuda. Al contrario que Gladis —quien fue contratada después de mi nacimiento y no debe saber nada de lo que ocurrió antes—, es muy posible que Ani sí que sepa. Sin embargo, creo que existen altas probabilidades de que se lo largue todo a mi madre porque, aunque tengo plena confianza en ella, ella también la tiene con mi madre, y ante un tema que me afecta tan directamente no sería raro pensar que en cuanto me dé la vuelta cogerá el teléfono y llamará a mi madre para ponerla al corriente.

Lo voy a dejar de momento porque tengo dos opciones más en mente. Una es pedir cita en la consulta del ginecólogo que llevó el embarazo de mi madre y abordarlo con disimulo. En la ecografía pone su nombre. Pero lo más seguro es que el médico al que acudió tras su inseminación me aporte poca información acerca de la identidad de mi padre. Como mucho, me confirmará lo que ya sé: que hay un error en la fecha de la inseminación y que mi madre jamás se trasladó a Valencia para que le hicieran el seguimiento del embarazo, porque está claro que lo llevó él.

Mientras me cepillo el pelo, echo un vistazo a través de la cristalera, desde la que se disfruta de unas vistas chulísimas del Retiro. En este momento ya tengo claro que elijo la segunda alternativa y que paso de coger el patinete. La calle Almagro queda a tan solo veinte minutos andando y un paseo me vendrá bien para fortalecer las piernas y el culo.

Camino a paso ligero y, antes de lo previsto, encuentro la dirección del despacho de abogados que he localizado por internet. No me he molestado en cotillear la página web del bufete y, en contra de lo que creí en un principio, que estaría en algún piso, me sorprendo al contemplar el edificio acristalado de siete alturas que ocupa toda la manzana. Es mucho más grande e impresionante de lo que había imaginado y fantaseo con la idea de que mi padre sea el dueño de esa mole. No me vendría pero que nada mal.

Con decisión, aunque no sé bien qué voy a decir, me adentro en la amplia recepción, en la que se respira elegancia por todas partes. Lo que quiero decir es que huele a dinero. Hay pocos muebles, pero se nota que son de calidad. El suelo —que es de un material moderno, algo así como cemento, en color gris— y la gran lámpara de diseño colocada bajo la supermoderna escalera de caracol indican que se ha cuidado el detalle al milímetro.

Me dirijo al mostrador en el que dos chicas, una con coleta y la otra con moño, hablan por teléfono mientras revisan sus agendas.

Permanezco a la espera hasta que una de ellas, la del pelo recogido en un moño bajo, cuelga el auricular y me sonríe con amabilidad, a pesar de que mi aspecto, con minifalda y sandalias de tiras, es el de una chica de diecinueve años con la que no se van a hacer millonarios:

—Buenas tardes, ¿en qué podemos ayudarla?

—Sí, buenas tardes. —Dudo unos instantes—. Querría ver a don Evaristo Gormaz.

—¿Tenía cita?

Me mordisqueo el labio con decepción. No se me había ocurrido que tendría que pedir cita. He sido demasiado ingenua al no tener en cuenta que Varis es una persona importante y ocupada. En realidad, nunca lo he visto y sé muy poco acerca de él: que era un abogado de prestigio y que fue el marido de mi madre durante una década. Se divorciaron cuando ella regresó de Egipto, y ahí fue cuando mi madre se inseminó, o eso es lo que ella me contó.

—No —le contesto alargando la vocal, para tener tiempo de pensar algo convincente. Pero no se me ocurre nada.

—Lo siento, pero en ese caso no podrá recibirla. Si quiere, dígame de qué se trata y la pondré en contacto con otro de nuestros abogados.

Me quedo callada, pero esta vez mi mente reacciona con rapidez:

—Mire, ¿le puede avisar de que está aquí Lucía Soler? Quizá por el nombre no me conozca, pero dígale que soy la hija de Julia Soler. —Me quedo callada y aprovecho para mirar fijamente los ojos de la chica que me atiende. Cuando capto toda su atención, continúo—: Su exmujer.

Sin hacer más preguntas, la recepcionista me pide que espere un momento y, a continuación, coge el auricular y marca unos números, seguramente la extensión de don Evaristo. Intercambia unas palabras y enseguida me dice:

—Séptima planta, el despacho del fondo.

Con una alegría semejante a la que se debe alcanzar al culminar el ascenso al Everest, me meto en el ascensor y pulso el botón número siete. Cuando las puertas se abren, continúo por un pasillo de láminas de madera hacia el despacho indicado. Doy un par de golpes en la puerta y una voz masculina me invita a pasar, pero, al entrar y ver a un hombre muy bien vestido, que tendrá poco más de treinta años, llego a la conclusión de que no puede ser el exmarido de mi madre. Me informa de que el señor Gormaz me recibirá cuanto antes y me pregunta si quiero tomar algo mientras espero. Ahora caigo en la cuenta de que estoy en la antesala del despacho del señor Gormaz y de que este es su secretario.

Siento como si tuviera un gusano dando vueltas en mi estómago para ponerme nerviosa y empiezo a preguntarme qué hago aquí. Me siento en un sillón con vistas a la calle e intento parecer serena poniendo recta la espalda, porque sé que el secretario, aunque parece enfrascado en el ordenador, me observa por el rabillo del ojo. Seguro que Varis no le ha dicho quién soy y le escama que un ejecutivo tan ocupado reciba a una chica de diecinueve años sin cita previa, o quizá se lo haya dicho la recepcionista y todavía le parece más raro que la hija de la exmujer del jefe se presente de una manera tan precipitada, no sé.

Los casi quince minutos que llevo aquí sentada se me hacen eternos, pero, cuando suena el teléfono y el secretario me dice que puedo pasar, siento que preferiría seguir esperando. El gusano de mi estómago se ha parado de repente y se ha agarrado a mis tripas, haciendo un nudo con ellas; exactamente el mismo tipo de angustia que siento antes de un examen. Pero, como la diferencia es que aquí nadie me ha invitado a venir, en este momento pienso que soy imbécil. Y, además, si mi madre se entera, lo más probable es que le siente peor que un tiro.

Consigo disimular mi inquietud levantándome como si nada y abro la puerta sin pestañear. Al mismo tiempo que enfoco mi vista hacia una mesa de madera reluciente, el hombre que está tras ella se pone de pie y viene a mi encuentro. Me sonríe. Yo me quedo un poco descolocada. Según mi madre, Varis era un hombre gordo, y el señor que tengo enfrente es todo lo contrario. Supongo que habrá adelgazado en los últimos veinte años. Dejo de pensar en ello porque por fin conozco al hombre que estuvo casado diez años con mi madre, y que tal vez sea mi padre.

El despacho es una pasada, como todo el edificio, con muebles y cuadros que deben costar una pasta, pero les presto poca atención, porque quien me interesa es él. Delgado, con una mata espesa de pelo negro cubierto de canas —que le quedan bien y lo hacen interesante—, parece más joven de lo que en realidad es. Lleva un traje gris superelegante y sus zapatos de cordones brillan, como diría Ani, más que dos luceros. Mirándolo, no entiendo por qué mi madre se divorció de él; a mí, desde luego, así de entrada, no me importaría para nada que fuera mi padre.

—Así que te llamas Lucía y eres la hija de Julia. Espero que ella esté bien.

Él me tiende la mano para estrechármela, pero yo ya me he inclinado para darle dos besos. Me sale una risa un poco tonta, pero Varis aparta la mano, me toma por los brazos y me roza las mejillas con los labios.

—Sí, está genial. Ahora está en Suiza —le digo mientras me invita a pasar a una especie de salita y a sentarme frente a él en un sofá negro de cuero, muy cómodo. La vista de la calle Almagro queda a

mi derecha y por el ventanal entra muchísima luz. Todavía estoy nerviosa, porque no sé cómo empezar a preguntarle lo que quiero saber. Desde luego, no le pienso decir nada más sobre ella, porque no he venido hasta aquí para hablar de la vida actual de mi madre—. Tiene que asistir a varias exposiciones.

—Me alegra mucho saber que está bien. —Se echa hacia atrás sobre el respaldo del sillón. A él la luz le entra por la izquierda—. Y, bien, Lucía, ¿en qué puedo ayudarte? ¿Estás buscando trabajo?

—Pues la verdad es que todavía no, aún soy estudiante de Periodismo. He venido porque quizá tú conozcas algunas respuestas que ando buscando. —Acabo de decidir que lo mejor es ser directa. Él arquea una ceja en señal de interés y sigo—: Creo que mi madre me ha mentido acerca de mi nacimiento y me gustaría saber si tienes alguna idea del porqué.

Varis se endereza y se inclina hacia delante. Ese gesto me hace pensar que tiene todos los sentidos puestos en mí.

—¿En qué te ha mentido?

—En la fecha de mi concepción, de mi inseminación o en la fecha de dondequiera que vengo. Ella siempre me contó que nací antes de tiempo, pero que fui una niña fuerte y no necesité incubadora ni cuidados especiales. El otro día le pillé por casualidad una ecografía a nombre de Julia Soler Suárez con fecha del 5 de diciembre de 2003 en la que pone: «8 semanas».

En este momento le entra una llamada de teléfono. Lo coge y, sin dejar de observarme, le dice a alguien que ahora no puede atenderlo. A lo mejor es que he visto demasiadas películas, pero tengo la impresión de que había advertido a su secretario de que lo avisara cuando hubieran transcurrido diez minutos. Por si acaso yo era una pesada, claro. Así que no se lo debo de parecer.

—Perdona, te he interrumpido. Continúa, por favor —me pide. Noto que está intrigadísimo y yo, completamente relajada.

—Pues que yo nací en julio. Si soy el feto de la ecografía, coincidiría con la fecha exacta de mi nacimiento, pero en ese caso no encaja con los datos que me dio mi madre. Según ella, se fue a Valencia a una clínica de fertilidad en noviembre, y aunque consiguió

el positivo a la primera... Es imposible que el 5 de diciembre estuviera de ocho semanas.

—¿Y?

—Y nada —digo, muy segura de mí misma. Me parece increíble que un tío que se supone tan inteligente no haya llegado a las mismas conclusiones que yo. Entonces le suelto de carrerilla—: Que solo hay tres opciones. O yo no soy el feto de la foto, y se trata de un bebé que perdió y entonces soy adoptada; o mi madre dice la verdad y tras ese aborto fue a Valencia a inseminarse, cosa que me parece imposible, porque no hay tiempo material para que se produzcan los dos embarazos; o la alternativa más lógica: mi madre miente y fui concebida en Egipto... o antes. —Ahora soy yo la que se deja caer en el sillón mientras Varis sigue con las manos juntas sobre las piernas y el cuerpo inclinado hacia mí. Se le ve pensativo.

—¿Y por qué no se lo preguntas a ella directamente?

—Porque cuando me enteré faltaba menos de una semana para su viaje, estaba muy ocupada y no quería distraer su atención. —No estoy dispuesta a hablarle del escritor que después de veinte años está interesado en la historia del Nilo. Esa parte no es de su incumbencia—. Se lo preguntaré cuando venga, pero, si me ha mentido, puede volver a hacerlo. Por eso quiero comparar sus respuestas con las tuyas. La pregunta que te hago ahora es: ¿se te ocurre qué motivos puede tener para mentirme?

Los ojos castaños de Varis están tan abiertos que parece que vayan a salirse de sus órbitas, pero no sé si es porque él tampoco tiene ni idea y está tan flipado como yo, o porque lo sabe, pero no se esperaba semejante descubrimiento. Apostaría porque estaba en la inopia. Varis resopla antes de hablar:

—¿Me estás preguntando si soy tu padre? —Mientras la pierna que tengo cruzada sobre la otra se balancea con impaciencia, lo miro sin contestar, porque parece bastante claro que he venido a saber eso. Varis suspira—. ¿Me puedes decir qué te ha contado ella sobre mí?

—La verdad es que no mucho. Que eras un buen tipo, pero que llevabais años con problemas, siempre discutiendo. También que eras muy controlador y no la dejabas ser ella misma. En Egipto abrió los ojos y se dio cuenta de que ya no podía seguir en esa situación.

Tenía que dejarte, pero eso no quería decir que tuviera que renunciar a tener un hijo ni tener que cargar con un tío que le amargara la vida. Con treinta y ocho años, el tiempo se le venía encima y ya no quería esperar más.

—Si eso es lo que te ha contado Julia, yo no voy a entrar en más detalles, porque todo eso es verdad. Solo puedo añadir que quise a tu madre como no he querido a otra mujer en mi vida y que hubiera hecho cualquier cosa por ella. —Varis mira hacia el techo, como si estuviera reviviendo esos momentos, y por la cara que pone juraría que todavía siente algo por ella. Su voz suena apagada—. De hecho, cuando me llamó por teléfono para pedirme el divorcio, tomé el primer avión con destino a El Cairo y me planté ante ella para que hablásemos como personas civilizadas. Pero no hubo forma. Me soltó el mismo discurso que me estás contando tú ahora mismo. Después la vi dos veces más: el día que vino a casa a recoger sus cosas, a principios de noviembre, y el día que firmamos el divorcio de mutuo acuerdo. Fue en esa última ocasión cuando me dijo que estaba embarazada, mediante inseminación. Eso fue en diciembre, unos días antes de Navidad. —Agacha la mirada para observarme—. Y, en respuesta a la cuestión que te ha traído hasta aquí, he de decirte que, muy a mi pesar, porque no habría cosa que deseara más, yo no soy tu padre.

Esas cinco palabras me dejan seca, como cuando esperas aprobar un examen y, al salir la nota, ves que te han suspendido. No me he dado cuenta de lo ilusionada que estaba con la idea de que Varis fuese mi padre hasta que ha dicho que no lo es. Aun así, todavía tiene que explicarme por qué está tan seguro.

—Hombre, alguna posibilidad habrá, digo yo. Estabais casados —le recuerdo.

—Sí, lo estábamos, pero hay ciertas cosas que es mejor que te las explique tu madre. —Intuyo que este tema le molesta, porque noto cierta vibración en su cuerpo provocada por los golpecitos, a ritmo rápido, de su talón derecho sobre el suelo. De repente, dice—: ¿Por qué no le preguntas a tu abuela? Por lo que recuerdo, las relaciones entre ellas estaban algo tensas; sin embargo, después de tantos

años, imagino que las cosas se habrán arreglado. Seguro que ella puede ayudarte más que yo.

—No te creas. A mi abuela la vemos una vez al año, y eso si hay suerte. Pero, bueno, puedo probar. Mi abuela va a flipar cuando me vea aparecer por su casa.

Hablamos unos minutos acerca de nuestras vidas, y le cuento que estudio segundo de Periodismo, que no tengo novio y cosas de ese tipo. Así es como me entero de que Varis nunca se ha vuelto a casar y tampoco tiene hijos.

En el instante en que Varis, como si en realidad no le interesase, comienza a hacerme preguntas sobre mi madre, decido que ha llegado el momento de marcharme. La información sobre ella es tabú y lo más seguro es que le diera un pasmo si supiera que estoy aquí, y encima siendo su persona el tema central de la conversación. Por eso, antes de despedirnos, le saco la promesa de que mi madre jamás se debe enterar de esta visita.

Salgo a la calle cuando ya ha empezado a oscurecer. Recorro unos metros para alejarme de la puerta y, en cuanto me siento a salvo de miradas curiosas, meto la mano en el bolsito que llevo en bandolera, abro la cremallera interior y saco un papel. Ahí siguen el nombre y el teléfono de Gabriel Lafont.

9

ME QUEDO, NO ME QUEDO

En un estado en el que se mezclaban la ansiedad, el decaimiento y la conmoción, Julia, Cayetana y Elvira se dejaron caer sobre los sofás de la recepción. Junto a los asientos había un pequeño bazar en el que se vendían todo tipo de cachivaches, pero no le prestaron atención.

Habían pasado por el camarote de la cantante para que se tragara un par de sus píldoras ansiolíticas y así reducir el impacto provocado por la visión del cadáver de Sole, aunque a esas alturas todavía no le habían hecho ningún efecto y estaba desconsolada. Con un paquete de pañuelos de papel en la mano, se dedicaba a sacarlos de uno en uno para enjugarse las lágrimas y sonarse con disimulo.

Enseguida apareció el resto del grupo y acercaron un par de sillones para sentarse en círculo. Por las caras que traían, y por los cuchicheos, Julia dedujo que no hacía falta que les contara lo ocurrido. Por mucho empeño que los empleados del barco hubieran puesto en silenciar el suceso, la noticia había corrido como la pólvora.

Elvira, con los ojos empequeñecidos por la hinchazón de su cara y su boca de pez napoleón, fue la primera en hablar:

—¿Qué habrá sido? ¿Un infarto? Con lo contenta que parecía ayer... Pero igual padecía del corazón y tanto ajetreo ha sido demasiado para ella.

—Ni idea —respondió Julia, todavía con la tez pálida—. Como ha dicho Ahmed, van a llamar a una ambulancia para llevarse el cuerpo al hospital.

—¡No digas cuerpo, por favor! Es una palabra horrible —se quejó Cayetana, saliendo por un instante de su abatimiento.

—Perdona, quería decir que se llevan a Sole al hospital —rectificó Julia con sumisión. Si ella estaba nerviosa, Cayetana debía estarlo aún más.

—¿Y si las cartas de Matilde se referían a esta muerte? ¡Oh, Dios mío! No lo quiero ni pensar. —La Pantera Rosa se giró hacia su amiga con ansiedad—. Mati, ¿crees que esta es la muerte que viste?

—Yo no creo nada. —La voz grave de la Vidente sonó más irritada de lo habitual—. Solo transmití lo que me dijo el tarot.

Lola intervino con premura:

—Esto me recuerda al velatorio de Toni, mi marido. En los primeros momentos sufrí muchísimo, pero entonces encontré un poema cheroqui que me ayudó a superar su pérdida y me animé a recitarlo en su funeral. Todo el mundo me felicitó, y no os podéis ni imaginar la de fotos que me hicieron. Además, no es por nada, pero yo estaba guapísima. Ya os las enseñaré cuando volvamos a España. —Tras la explicación, y sin que nadie se lo pidiera, se puso de pie. Se situó en el centro y declamó—: «No te pares al lado de mi tumba y solloces. No estoy ahí, no duermo. Soy un millar de vientos que soplan y sostienen las alas de los pájaros. Soy el destello del diamante sobre la nieve. Soy el reflejo de la luz sobre el grano maduro. —Al ver que Ahmed se dirigía hacia ellas, la Ninfómana aceleró el ritmo de sus cuerdas vocales y se dio prisa en terminar. Hecho que el auditorio agradeció—. No estoy ahí. No he muerto».

Ahmed, con gesto grave, se hizo con un puf y se unió a ellas.

—*Mirar* , como la ambulancia está a punto de llegar y me parece más conveniente que no veáis más cosas desagradables, lo mejor será que subamos a la terraza y allí os explique las opciones que tenemos. Los otros grupos ya han salido a la excursión y vamos a estar más cómodos.

Todas estuvieron de acuerdo y, con alguna queja por no disponer de ascensor, se dispusieron a subir los tres pisos que los separaban de la terraza. En el instante en el que Julia ponía el pie en el primer peldaño, un hombre de pelo negro se cruzó con ella y, debido a las prisas porque al parecer llegaba tarde, le dio un pequeño empujón. Le pidió disculpas y continuó con su camino. Pero a Julia su cara le resultó familiar y, mientras ascendía, intentó recordar dónde lo había visto antes, quizá en el aeropuerto de Madrid. Sin embargo, su mente estaba abotargada y le resultó imposible ubicarlo en un sitio

concreto. Tal vez coincidieran en el avión, aunque a medida que ascendía dejó de darle vueltas.

Había amanecido y un calor tórrido la envolvió como si llevara una manta eléctrica adherida al cuerpo, pero el panorama que se divisaba desde la terraza la volvió a cautivar y la llenó de una energía inusitada. Al ponerse las gafas de sol negras, ya se había olvidado por completo del hombre de cabello oscuro.

Sentados alrededor de una mesa de madera, bajo el toldo, Ahmed les fue comentando las distintas opciones:

—Bueno, lo primero deciros que la embajada española ya está avisada y que serán ellos los que se encarguen del traslado de Sole a Madrid. —Ahmed se había pedido una botella de agua y dio un trago. A pesar de su entereza, tenía la boca seca—. Este ha sido un incidente terrible que entre todos tenemos que superar. Sé que Sole era amiga vuestra y que ahora estáis destrozadas, por eso, la que quiera marcharse puede hacerlo cuando quiera, aunque yo os recomiendo que no lo hagáis y continuéis con el circuito. Y que nadie se sienta mal; en España no podéis arreglar nada y aquí podréis relajaros más. —Sonrió—. Al menos eso es lo que hace tres años nos dijo una mujer cuando su marido falleció de un infarto y decidió seguir en el crucero. Dijo que nunca más tendría otra oportunidad como aquella. —Sin perder la sonrisa, encogió los hombros con indiferencia—. Al marido lo enterraron mientras ella se encontraba en El Cairo. A lo mejor es que se sintió liberada. Así que yo os animo a que continuéis aquí y nos vayamos a ver el valle de los Reyes y a hacer el resto de las excursiones. Los paquetes con la comida ya están en el autobús. ¿Qué me decís?

—¿Nos estás proponiendo que continuemos como si nada? —Cayetana, que seguía pegada a los pañuelos de papel, lo miraba sin dar crédito. A pesar de todo, las pastillas comenzaban a actuar y no se encontraba en un estado de histeria.

—Sí, así es. —Ahmed volvió a levantar los hombros para dar a entender que eso era lo que había.

—A mí me parece bien —concluyó el Pez Napoleón con determinación—. Sole era mi amiga, pero tampoco de las íntimas. Por supuesto que me afecta, pero creo que lo podré superar.

—A mí su muerte me ha impactado, pero, en realidad, no la conocía de nada —dijo la Ninfómana, abanicándose. A pesar de que los camareros no se dieron cuenta por estar más pendientes del vaivén de sus pechos, el tríceps descolgado se agitaba al mismo compás—. Voto por continuar.

—Yo tampoco la conocía —intervino la Vidente. El tono rosa de su pelo destacaba como el brillo de una luciérnaga en un cuarto oscuro —. Me quedo.

La Pantera Rosa, con el mismo gorro que el día anterior, miró de reojo en varias direcciones antes de pronunciarse:

—A mí me pasa lo mismo. Me sabe muy mal, pero ayer fue el primer día que la vi. —Dudó unos segundos—. Lo mejor será continuar.

—¡Yo no sé qué hacer! —exclamó la Diva, hecha un mar de lágrimas—. Estoy destrozada.

Todos miraron a Julia, pero ella, en lugar de dirigirse al grupo, como habían hecho las otras, se quitó las gafas y cogió la mano de Cayetana. Sin saber muy bien el motivo —quizá porque le sorprendió la inesperada sinceridad de la tarde anterior e intuía cierta fragilidad escondida tras esa apariencia de persona insoportable y engreída—, trató de animarla:

—Mira, Cayetana, yo también estoy por la labor de quedarme porque apenas la conocía. Pero, como la más afectada eres tú, a pesar de que prefiero que te quedes, te voy a apoyar sea cual sea la decisión que tomes. Si te ves sin fuerzas y no vas a tener ánimos de ir a ningún sitio, entonces coge el primer avión a España. Pero, si yo fuera tú, me quedaría. Piensa que no es necesario que lo decidas ya; en cualquier momento podrás volver. Además, aparte de asistir al entierro, que imagino que no tendrás que organizar tú, ¿tienes algo que hacer en Madrid o vas a estar sola? Te lo digo porque en este último caso es mejor que te quedes. Te prometo que todos vamos a estar pendientes de ti, al menos yo sí.

Se escucharon las voces rotundas de las compañeras apoyando la última afirmación. Hasta Ahmed se acercó a ella para convencerla de que se quedara.

Los ojos llorosos de Cayetana dejaron entrever un brillo de infinita gratitud mientras apretaba con fuerza la mano de Julia.

—Lo cierto es que tienes razón y supongo que será su hermana, a quien por cierto no conozco, quien organice el entierro. En realidad, no conozco a nadie del entorno de Sole y puedo rezar por ella desde aquí. —Se enjugó las lágrimas con el pañuelo y se puso de pie—. Lo voy a intentar. Me quedo.

10

DE MARATÓN

—*Yala, yala* . Vamos, vamos —las animó Ahmed, dando una palmada para que, una a una y ayudadas por el patrón, subieran a la faluca que los esperaba en la orilla del río.

Cruzar el Nilo en aquella embarcación de madera, sentadas sobre almohadones de coloridos dibujos mientras disfrutaban del paisaje, provocó el entusiasmo general. A Julia le maravilló la facilidad con la que sus compañeras, que ya hablaban de manera animada y se reían de cualquier cosa, habían apartado de sus cabezas la muerte de Sole. Incluso la poesía que a Lola le dio por recitar les pareció graciosa y se percató de que ya no quedaba ni rastro de los pañuelitos de papel de Cayetana. Sin embargo, tenía que reconocer que a ella le estaba sucediendo algo parecido. El panorama le resultaba tan cautivador que la empujaba a olvidarse de todo y a disfrutar de una paz que hacía mucho tiempo que no sentía; hasta los problemas que la habían conducido a aquel país se le empezaban a difuminar.

Ya en la ribera occidental, Ahmed las condujo hasta el microbús. A través de sus puertas abiertas se colaba el frescor del aire acondicionado y todas se abalanzaron al interior. Julia se sentó junto a Cayetana para que se sintiera acompañada. Ahmed, para intentar recuperar el tiempo perdido —ya que se les había hecho tarde y la nave zarparía a la hora programada—, les explicaba por anticipado algunos pormenores de los monumentos que estaban a punto de visitar.

Muy a su pesar, se detuvieron sin bajar en los Colosos de Memnón, y entre comentarios de admiración hicieron fotos de las dos gigantescas estatuas a través de las ventanillas. Casi todas llevaban máquinas de usar y tirar, e incluso alguna Polaroid instantánea, por eso la pequeña cámara digital que Julia llevaba colgada al cuello causó sensación en el grupo. No era la que utilizaba para su trabajo, pero su transporte le resultaba

infinitamente más cómodo y la calidad de las imágenes era bastante alta. Sin perder más tiempo, continuaron ruta hacia el valle de los Reyes.

Al llegar al aparcamiento cercano a la necrópolis, en la que se encuentran las tumbas de la mayoría de los faraones del Imperio nuevo, el calor las azotó de nuevo. Todas se pusieron sombreros; a excepción de Julia, que no tenía y le compró un chal de algodón blanco a uno de los muchos vendedores que atosigaban a los turistas para endosarles sus mercancías. Podría servir tanto de pareo como de bufanda, pero en esos momentos en los que el sol apretaba se lo colocó sobre la cabeza a modo de velo. Antes de montar en el pequeño tren que las llevaría hasta la misma entrada de las tumbas, se puso las gafas de sol.

No había mucha gente y al quedarse un poco rezagada pudo observar cómo el guía era asediado por Lola y Elvira. Cada una a su manera, Lola abanicándose para que pudiera ver su escote y Elvira tratando de ser simpática, intentaban captar su atención formulándole preguntas del lugar:

—¿Aquí está enterrada Cleopatra?

—Pero ¡qué dices! —exclamó la Ninfómana con condescendencia —. Aquí están enterrados los reyes de otras dinastías, ¿verdad, Ahmed?

—Así es, en Tebas se enterraron a las dinastías XVIII, XIX y XX. Cleopatra es posterior y vivió en Alejandría.

—Eso iba a decir yo. Cleopatra se casó con Julio César y fue amante de Marco Antonio. Hoy vamos a ver las tumbas de Tutankamón, de Ramsés I...

—Venga, vámonos —la cortó Matilde sin miramientos, sentándose junto a Inés en uno de los diminutos vagones de dos plazas. No estaba dispuesta a perder el tiempo con las explicaciones de una profana en materia egipcia, aunque Lola pretendiese dárselas de entendida porque se habría leído unos cuantos folletos o habría visto algunas películas—. Todavía no hemos llegado y ya siento que este lugar tiene unas vibraciones especiales. Quiero disfrutarlo al máximo.

Lola se calló, como si de repente una mano invisible le acabara de sellar la boca con un esparadrapo. Comprobó con desagrado que Elvira le había comido terreno con el egipcio y tuvo que ocupar el lugar que quedaba libre al lado de Cayetana. Ahmed, quien finalmente se vio obligado a sentarse con Elvira, tuvo tiempo de girarse y lanzarle a Julia una sonrisa de resignación.

Mientras bajo un sol de justicia recorrían en tren el camino de piedras y arena de aquel paraje imponente a la par que inhóspito, rodeado por escarpadas montañas rocosas, en las que no existía ni un leve atisbo de vegetación, comentaron lo sorprendidas que estaban al constatar lo mucho que había descendido el turismo. Ahmed les confirmó esta circunstancia, que achacó a la guerra de Irak.

Diez minutos después se encontraron frente a una explanada rodeada de entradas subterráneas: en el suelo, en las laderas de las montañas y en las cimas. En algunos lugares, a pesar de que se veía poco movimiento —quizá porque el bochorno lo hacía insoportable —, se notaba que continuaban los trabajos de búsqueda de nuevas sepulturas. Por la inmensidad del espacio, Julia pensó que seguro que las habría.

Se reunieron en círculo bajo la techumbre del bar para aprovechar la sombra. Era un espacio abierto, en el que se apiñaban una treintena de mesas de plástico, cercado por un banco de piedra, con una amplia cubierta de paja que hacía las veces de techo. De él pendían unos cuantos ventiladores que refrescaban el recinto. Ahmed les dio instrucciones:

—Tenéis una hora para visitar las tumbas. Sé que es poco tiempo, pero todavía tenemos varias visitas por delante. Os recomiendo la de Seti I, aunque haya que pagar. Casi siempre está cerrada por las excavaciones y porque pretenden preservarla. La de Tutankamón está cerrada, están realizando mejoras, pero la de Ramsés I está aquí al lado, y es gratis. Todas las demás también lo son. De todas maneras, yo no os puedo acompañar a ninguna. Para dar trabajo a las gentes del lugar, el Gobierno ha puesto sus propios vigilantes y los guías tenemos el acceso prohibido.

—Yo me voy a quedar por aquí y veré la de Ramsés. Total, vista una, vistas todas —comentó Elvira entre risas. En realidad, no tenía ninguna intención de hacer gastos extras, y menos por ver una tumba.

—Pues yo no me la voy a perder. Es un lugar sagrado y, con lo que ha pasado esta mañana, creo que me sentará bien estar en un lugar de recogimiento en el que rezar. —Cayetana estaba serena. Aunque por el efecto de los ansiolíticos, más bien debería decirse adormilada; aun así, habló con determinación.

La Vidente, envuelta en una túnica blanca, con un chal alrededor del cuello y un gran sombrero de paja, argumentó que el dolor de rodilla le impedía realizar esfuerzos y que prefería quedarse por las inmediaciones. Inés, Lola y Julia decidieron acompañar a la Diva.

Habían recorrido unos metros cuando Lola comenzó a hacer aspavientos con los brazos, para terminar distanciándose del grupo y acercarse a un hombre de pelo negro que caminaba en sentido contrario, no muy lejos de donde se encontraban. Las otras tres continuaron andando a un ritmo más lento. Julia se quitó las gafas de sol y entornó los ojos para fijarse mejor en el sujeto en cuestión. Se trataba del mismo tipo con el que se había cruzado en las escaleras del barco.

Al poco Lola las alcanzó de nuevo frente al acceso de la tumba de Seti y comenzaron a descender las escaleras de la galería. La Ninfómana les relató que había reconocido a uno de los pasajeros que viajaba con ellas en el crucero, con el que también habían coincidido en el avión. Este le había explicado que era un enamorado de la arqueología y se había cogido unos días de vacaciones para conocer de cerca los tesoros egipcios. Se llamaba Rodrigo Aguirre.

—Y lo mejor es que viaja solo y no lleva alianza —prosiguió Lola con entusiasmo, a pesar de que tenía que agarrarse a la barandilla y bajar los escalones de uno en uno para que sus inapropiados tacones no le jugaran una mala pasada con los empinados peldaños —. Hemos quedado en vernos esta noche. ¿No os parece que demuestra mucho interés hacia mí?

—A mí lo que me parece es una lástima. Podría ser tu hijo, Lola — le respondió Inés sin inmutarse, mirando hacia el suelo para no dar

un traspiés. Sentía escalofríos solo de pensar que más tarde tendrían que subir aquella pendiente y se alegraba de que Matilde no las hubiera acompañado.

—Y, si demuestra interés por ti, yo sospecharía de sus intenciones —añadió Cayetana, bien sujeta del pasamanos—. Pensará que tienes dinero.

A punto estuvo Julia de soltar una carcajada, pero no tenía ganas de crear polémica ni de que le amargaran la visita. Habían alcanzado el primer nivel del subterráneo, en el que había instalado un pasillo construido a base de tablones de madera, y prefería contemplar la belleza de los altorrelieves y los frescos. En verdad era una tumba fascinante y grandiosa. Llamaba la atención que solo se habían cruzado con tres personas que se dirigían a la salida.

Un hombre de rostro marchito y surcado de arrugas, con chilaba y turbante, las besó en las mejillas como recibimiento. Era el guardián. Seguidas por él se adentraron en otra cámara más oscura y sin salida, en la que los colores de las representaciones del faraón, dioses y jeroglíficos estaban ya desvaídos. La atmósfera era gris y mortecina.

—Aquí hay algo. —Lola se abalanzó sobre la esquina de la pared más alejada de la puerta, oculta por una columna, y puso las manos en ella. Con aire reverencial, se dirigió a la roca—: Toni, eres tú, ¿verdad? ¡Puedo sentirte! ¡Siempre he sabido que estabas a mi lado! Te echo tanto de menos... —Las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas—. Necesito sentirte más a menudo, a veces me siento muy sola. «Son más tristes los muelles cuando atraca la tarde. Se fatiga mi vida inútilmente hambrienta. Amo lo que no tengo. Estás tú tan distante. Mi hastío forcejea con los lentos crepúsculos. Pero la noche llega y comienza a cantarme. La luna hace girar su rodaje de sueño. Me miran con tus ojos las estrellas más grandes. Y como yo te amo, los pinos en el viento quieren cantar tu nombre con sus hojas de alambre».

Mientras la Ninfómana recitaba los versos de Neruda en estado de éxtasis, Cayetana se situó a su lado. Tras afirmar con rotundidad que ella también sentía una energía especial —quizá la presencia de Sole —, pegó las manos a la pared, agachó la cabeza y cerró los ojos.

Parecía rezar en un trance profundo, porque solo se escuchaba un bisbiseo alternado con profundos sollozos.

Julia e Inés se miraron con complicidad, como si ahora fuese su turno. Algún influjo desconocido que conectaba con el más allá debía adueñarse de aquel rincón y cierto gusanillo las empujó a experimentarlo.

Colocaron las palmas de las manos sobre la pared, intentaron dejar la mente en blanco y, al igual que sus compañeras, también cerraron los ojos. Los segundos transcurrían y solo se oían de fondo los lamentos de Lola y los susurros de Cayetana. Julia trató de alargar el tiempo por si la magia surtía efecto en ella, pero, por mucho que se esforzara, no notaba más que el contacto de la húmeda roca de cinco mil años de antigüedad contra sus manos. Al final, por el rabillo del ojo, se decidió a escrutar a la Pantera Rosa. Esta pareció leerle el pensamiento, porque al mismo tiempo la miró a ella.

—¿Tú has notado algo? —le preguntó Julia en voz baja.

—Yo, nada —respondió Inés con escepticismo.

Iban a alejarse de aquel rincón cuando Lola y Cayetana, como poseídas por un delirio místico, que obligó a esta última a sacar los pañuelos de papel, se fundieron en un lacrimógeno y febril abrazo. Inés se quedó contemplando la escena, pero Julia prefirió no unirse al grupo y volver a la sala anterior, donde el ambiente era menos asfixiante.

El guardián del sepulcro, que hasta ese momento se había mantenido al margen pero no había perdido detalle, se acercó a ella para susurrarle unas palabras ininteligibles. Julia, además de poner cara de no entender nada, solo pudo pensar en cómo se las apañaría aquel hombre para comer con los seis o siete dientes amarillos que todavía mantenía sobre las encías.

Él le hizo ademán de que lo siguiera. Tal vez, volvió a pensar Julia, para conducirla a algún recoveco sagrado en el que percibir ese halo misterioso que a ella se le había negado.

En el ángulo opuesto de la cámara, junto a una pared cuajada de figuras de egipcios separados por llamativos círculos rojos, existía otra escalera. Por ella se sumergieron.

Julia estaba tan concentrada en los maravillosos relieves que adornaban los muros que fue incapaz de calcular los metros que habían descendido. Los pasadizos y salas de la tumba de Seti I eran un intrincado laberinto.

Por fin, tras unos impactantes pilares ricamente decorados en tono rojizo, Julia se enfrentó a lo que, por su belleza y magnificencia, debía ser la cámara funeraria. Las paredes doradas eran un espectáculo para los sentidos, pero lo que terminó por sobrecogerla fue la inmensidad de la bóveda celeste que cubría el techo; de un azul lapislázuli cuajado de estrellas y fantásticos dibujos.

Totalmente abstraída, se quedó quieta mirando una escena en la que, junto a otros animales y dioses, aparecía un cocodrilo apoyado sobre un hipopótamo. Con los ojos fijos en el fresco, agarró la cámara digital entre sus dedos, la colocó frente a su cara y comenzó a fotografiarlo.

Fue en ese instante, en medio de aquella quietud solo quebrada por el tenue clic del botón de disparo, cuando notó un fuerte empujón. La cámara se le cayó de las manos y salió volando hasta chocar con la pared. Se quedó tan desconcertada que en un primer momento no ofreció resistencia cuando el guardián de la tumba le puso las manos en los pechos al tiempo que la besaba por el cuello y los hombros. Su aliento fétido impregnado de deseo le produjo una sensación de mareo, pero ese mismo hedor fue el que la ayudó a reaccionar.

Enseguida intentó zafarse de aquel repugnante abrazo golpeándole el costado con los codos. Pero el hombre era más fuerte y le agarraba los brazos con más energía. Entonces, ya con los cinco sentidos en guardia, le salieron unos gritos ensordecedores en los que «No» y «Socorro» se mezclaron en un batiburrillo desesperado. Estaba acorralada. Su mente comenzó a suplicar que alguien la escuchara.

Como un milagro, la voz de Inés le llegó en forma de reverberación:

—Julia, ¿eres tú?

Aquella simple pregunta surtió efecto. El hombre la soltó y se esfumó más rápido que una estrella fugaz. Con el corazón acelerado,

Julia dejó resbalar su cuerpo hasta quedar sentada sobre el suelo y tomó aire.

—¿Qué te ha hecho ese asqueroso? —le preguntó la Pantera Rosa, acercándose a ella—. Mira que no me ha dado buena espina cuando os he visto desaparecer por el pasadizo. Menos mal que se me ha ocurrido seguiros.

Julia se levantó despacio y fue a recoger la cámara. A simple vista, no parecía que hubiese sufrido desperfectos.

—Gracias por venir a rescatarme. No sé cómo habría terminado si no llegas a aparecer —acertó a decir, todavía aturdida—. Es un sitio impresionante, pero necesito salir de aquí. Me está entrando claustrofobia, y todo, desde esta mañana, me parece surrealista.

—Entre la muerte de Sole, el numerito de antes de la energía misteriosa y ahora esto, creo que surrealista es una palabra muy acertada. Pero, si no te importa, voy a dar una vuelta para ver estas salas. La tumba es preciosa y no quiero perdérmela. Saldré enseguida.

—Sí, claro.

Con el corazón desbocado y a paso acelerado, Julia se concentró en encontrar la salida mientras miraba a su alrededor para que el vigilante que la había agredido no la volviera a pillar por sorpresa. En su huida se cruzó con Cayetana y Lola, que bajaban por las escaleras. Comentaban con devoción la experiencia espiritual que habían vivido.

—¿Ya te vas? —la interpeló Cayetana—. Yo quiero disfrutar de este mausoleo al máximo. Cuando vine la otra vez, estaba cerrado, y es el más espectacular de cuantos existen en el valle de los Reyes.

—Sí, sí. Disfrutadlo —comentó Julia sin dejar de andar.

Empezaba a escalar el último tramo de peldaños cuando a contraluz del sofocante sol pudo identificar a Ahmed. Con una gorra en la cabeza y las gafas de aviador, las esperaba en la salida con la mejor de sus sonrisas.

—¿Te ha gustado?

—Sí, sí, mucho —le respondió sin dejar de caminar hacia el bar. Necesitaba beber en la sombra. Quizá su aspecto exterior no lo delatara, pero su cuerpo temblaba por dentro.

Sacó una botella de agua de la gran nevera que había en el bar y allí localizó a Elvira. Estaba en la barra, departiendo —aunque por su mirada y sus sonrisas también podría decirse flirteando— con el que por su aspecto, de rasgos árabes pero vestido a la manera occidental, debía ser el dueño del local. Esta, al ver a Julia, corrió a su encuentro con sus tacones de tacón cuadrado, el calzado más cómodo que había llevado al viaje.

—He estado hablando con ese señor tan simpático. Es que yo, como soy tan charlatana, enseguida hago amistad con todo el mundo. Y, como a todos los hombres ya les dejo claro que no busco más que una conversación agradable y no quiero nada más con ellos, pues no me tienen miedo y simplemente les caigo bien. En cambio, a Lola, como es tan provocadora, le tienen pánico. —Sus labios hinchados, maquillados de un rojo pasión, acentuaban su aspecto de pez—. Oye, estás muy pálida, ¿tan horrible ha sido la visita? Ay, no, es este calor tan horroroso. Por eso yo he visto una tumba y me he venido al bar. Bebe, te sentará bien.

Julia se sentó en el muro de piedra con vistas al valle sobre el que habían colocado unos almohadones y dio un largo trago de la botella. Por el tufillo a alcohol que desprendía su boca, Julia dedujo que el nuevo amigo de Elvira no solo le había proporcionado una agradable charla, por mucho que el alcohol estuviera prohibido en aquel país. Pero empezaba a relajarse y ni le interesaba saber cómo había conseguido el licor ni tenía ganas de relatarle su odisea.

—¿Y Matilde? —le preguntó—. ¿No estaba contigo?

—No. Desde que os fuisteis no la he vuelto a ver. Estará con Ahmed o vete tú a saber. Matilde es una mujer un poco extraña. ¡Mira que enrollarse una bufanda al cuello con el calor que hace!

No lo expresó en voz alta, pero Julia se dijo a sí misma que, si había que hablar de personas extrañas, no solo habría que referirse a Matilde.

11

MÁS MARATÓN

Julia iba a dar el último trago a la botella de agua cuando vio que Ahmed, con cara de pocos amigos y dando unas zancadas que hacían revolotear las partículas de polvo del camino sobre sus pantorrillas, se dirigía hacia ella. Inés, a cierta distancia, hacía esfuerzos por mantener su ritmo.

Bajo la atenta mirada de Elvira, Ahmed se inclinó hacia Julia al llegar a su lado. Tenía las mejillas encendidas por la indignación y de sus ojos negros, entrecerrados, parecía que fuesen a saltar chispas de un momento a otro. A pesar de esos detalles, le habló con dulzura:

—¿Qué te ha pasado ahí dentro? Me ha contado Inés que el guardia se ha pasado contigo.

Julia resopló mientras se recogía el pelo en un improvisado moño. El sudor le chorreaba por la nuca.

—Sí, ha sido muy desagradable. Ese hombre se ha abalanzado sobre mí y ha empezado a sobarme.

—Tenemos que denunciarlo a la policía. Vamos, acompáñame —le pidió Ahmed, controlando su ira—. No podemos consentir que nadie ataque a las turistas.

—Mira, déjalo. Llevamos un día horrible y no quiero perder el tiempo testificando ante la policía. Seguro que después me llaman a declarar en un juicio. Lo que me faltaba; y encima que no me crean. Es mejor olvidarlo.

—Yo te creo. —Ahmed se había puesto en cuclillas y, con suavidad, le apretaba las manos.

Por la forma tan tierna de expresar su solidaridad, Julia sintió una oleada de gratitud hacia aquel egipcio de piel aceitunada y ojos profundos. Quizá, sin pretenderlo, le estaba transmitiendo un estimulante sentimiento de protección. Ella, que apenas había contado con el apoyo de su familia, se veía ahora amparada por un desconocido, que, para su asombro, era musulmán. Y, desde luego,

era lo menos parecido al significado que siempre había tenido en mente de la palabra «moro».

Ahmed se irguió y, sin mediar palabra, se encendió un cigarro. Cayetana y Lola, agarradas del brazo y con los ojos todavía vidriosos por la emoción, se unieron al grupo.

—Siento un sosiego interior como hacía tiempo que no sentía —comentó la Diva llevándose la mano al pecho—. Y sé que ha sido gracias a Sole, es ella quien ha venido a despedirse para asegurarme que estaba bien y que no me preocupara por ella.

—Pues yo he sentido a Toni —intervino Lola, quitándose las gafas de sol para ponerse unas gotas de colirio en los ojos—. Al posar mi mano sobre la fría roca, he ido notando cómo una especie de corriente eléctrica calentaba mi cuerpo.

El Pez Napoleón, que se había sentado al lado de Julia, ladeó la cabeza para susurrarle sin mucho disimulo y en un tono que a Julia le pareció de desprecio:

—No hace falta que Lola acerque las manos a ningún sitio para que el cuerpo se le caliente. Con ver unos pantalones es suficiente.

—¿Decías algo, Elvira? —preguntó Lola, apretando los labios.

—No, nada. Que me alegro de que hayas podido sentir a tu marido —le replicó con un sutil retintín.

Ahmed exhaló una bocanada de humo antes de dirigirse a ellas con resolución:

—Se nos hace tarde y aún tenemos muchas visitas por delante. *Ir* hacia el tren que ahora voy yo. Y no os preocupéis por el agua, que en el autobús hay de sobra.

Con el cigarro en la mano, se alejó por el polvoriento camino. Ellas se ajustaron los sombreros para protegerse del sol y juntas se encaminaron hacia la parada.

—¡Ahmed! —gritó Inés, dándose la vuelta para que la oyera. No sabía del paradero de Matilde. Pero él ya estaba demasiado lejos como para escucharla.

Se sentaron por parejas en el trenecito y, a los pocos minutos, Ahmed se plantó frente a Julia. Pero no iba solo. Los uniformes oscuros a juego con las gorras en las que aparecía la insignia de un águila y las pistolas al cinto delataban que dos de sus acompañantes

eran policías. Otro, que lucía una chilaba, según le explicó, era el jefe de los guardianes. Por último, con la mirada gacha, se encontraba su agresor.

—Ya sé que no querías que dijera nada, pero, lo siento, no he podido contenerme. No hace falta que lo denuncies, pero al menos cuéntales lo que ha pasado y que este hombre reciba un castigo. Así se lo pensará un par de veces antes de volver a hacer algo parecido con otra turista. Eso, si lo mantienen en su puesto.

Julia, sin ningunas ganas de recordar el suceso, hizo un esfuerzo por relatar en inglés lo que había ocurrido. Uno de los policías tradujo al árabe sus palabras para que el inculpado, que no alzó la mirada en ningún momento ni trató de rebatirla, se enterase de qué se le acusaba.

Cuando Julia terminó su exposición, se escuchó la voz del jefe de vigilantes. Por sus gestos y por el tono que empleaba, que chillaba más que hablaba, parecía darle una buena reprimenda.

—¡A mí también me ha sobado! —soltó Lola de forma inesperada.

—¿A ti también? —preguntó Ahmed, estupefacto—. ¿Quieres denunciarlo?

—Bueno, me ha tocado todo lo que ha podido mientras me daba dos besos. Pero voy a hacer igual que Julia y lo voy a dejar estar.

Inés abrió mucho los ojos para transmitir su incredulidad y Elvira forzó un bostezo para soslayar su escepticismo. Tenía claro que Lola mentía con el objetivo de demostrar al resto que generaba un magnetismo irresistible sobre los hombres.

Cayetana, quien ya parecía haber vuelto de la nube en la que llevaba inmersa varias horas, aprovechó ese momento para dirigirse a Julia:

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Te ha hecho todo eso el muy sinvergüenza? ¡No tenía ni idea! Desde luego, lo que dice Lola es mentira.

Pero no hubo tiempo para respuestas. Los policías estaban a punto de marcharse e Inés, que llevaba rato preocupada y no se había atrevido a intervenir durante la narración de Julia, dio un paso al frente para retener a Ahmed e impedir la marcha de los policías. Su voz sonó agitada:

—Hace mucho rato que no veo a Matilde y no tengo ni idea de dónde puede estar. Tenemos que encontrarla.

La cabeza de Ahmed se volvió en todas direcciones. Desde que se habían reunido en el bar a primera hora, no había visto a Matilde. Ellas se fueron a visitar las tumbas y él se quedó charlando con otros intérpretes. Sus músculos se tensaron ante la posibilidad de perder a una de las mujeres a su cargo o de que le hubiera ocurrido algo peor; eso supondría el fin de sus días en ese trabajo. Por su mente pasaron las situaciones extrañas que había vivido en los siete años que llevaba trabajando como guía: un turista que se había extraviado al quedarse rezagado y tuvieron que buscarlo durante una hora, otro al que le robaron la cámara de fotos, una señora que pegó con el bolso a un vendedor al sentirse estafada y otras cosas por el estilo, pero no recordaba ninguna ocasión en la que tantos sucesos extraordinarios hubieran tenido lugar en menos de veinticuatro horas. Cuando en la agencia le informaron que debía ocuparse de un grupo de inofensivas ancianitas, pensó que sería un trabajo aburrido a la par que tranquilo. Sin embargo, la realidad era bien diferente. Ni estaba siendo tranquilo ni mucho menos, con la presencia de Julia, aburrido.

Al terminar de explicar el nuevo contratiempo a los policías, se vio sorprendido por la respiración de Julia. Ella había ladeado la cabeza hacia su oreja y, con disimulo y en voz muy baja, le susurró:

—No te preocupes, Matilde te lo ha puesto fácil. No creo que sea difícil distinguir un pelo rosa chillón en medio del desierto. La encontraréis enseguida.

A Ahmed le salió una sonrisa. Aquellas palabras habían conseguido relajarlo.

Antes de encaminarse en dirección al bar acompañado por los policías, les pidió que no se movieran de allí y que permanecieran juntas.

Al quedarse solas, Cayetana se atrevió a comentarle a Julia en un aparte:

—No te quejarás de cómo te ha defendido el guía. Aunque se ha controlado, estaba hecho un toro.

—Sí, se ha portado muy bien. Pero estoy segura de que lo habría hecho igual con cualquiera.

—Eso último no lo tengo yo tan claro —musitó Cayetana—. Por cierto, ¿sabes que al sentir a Sole me ha transmitido un mensaje?

—Ah, sí, ¿cuál?

—Que François está vivo.

—Oh, vaya. No sé qué decirte.

La aparición de Lola relatando por enésima vez el encuentro con su marido les impidió continuar con la conversación.

Unos quince minutos después vieron aparecer en la lejanía a Ahmed. A su lado caminaba una figura envuelta en una túnica blanca, con un sombrero de paja por el que sobresalían algunos mechones color rosa chicle. A pesar de que sus pasos no eran rápidos, a Julia le llamó la atención que Matilde no cojeara. El dolor de rodilla, ese que la había obligado a quedarse en el bar, había desaparecido por arte de magia, pensó.

Cuando llegaron a su altura, Matilde, con su voz grave y rasposa, se deshizo en disculpas, tanto por la tardanza como por la intranquilidad que les había generado. Según les aclaró, su malestar había desaparecido por encantamiento y se había entretenido demasiado admirando la necrópolis. Aquel lugar, tan lleno de enigmas y misterios, había transformado su alma y le había hecho perder la noción del tiempo.

12

UN NUEVO MIEMBRO

De vuelta en el autobús, Ahmed cogió el micrófono para, con toda la paciencia de la que venía haciendo gala y sin perder el buen humor, exponerles la situación:

—Voy a daros una buena noticia: vais a volver a Luxor, antigua Tebas. —Las mujeres del grupo lo miraron sin comprender. Él prosiguió—: El barco sale en dos horas y todavía tenemos tres visitas importantes por delante. Es imposible que nos dé tiempo a todo. Si os parece bien, he pensado hacer una parada rápida en el templo de Hatshepsut y después ir directamente al de Karnak. El de Luxor está al lado, pero si vamos perderemos el barco. De verdad creo que tenéis que volver cuando construyan el camino que unirá los dos templos. Espero que mañana sea un día normal y podáis disfrutar de mi país con más calma.

Todas estuvieron de acuerdo. El día había sido complicado y ya podían dar gracias porque bastante les había cundido.

Más que una excursión, aquellas visitas les parecieron una yincana en el desierto en modo maratón. Al majestuoso templo de Hatshepsut solo se atrevieron a acceder Julia, Cayetana e Inés. Las otras tres fueron presa de la cobardía ante las impresionantes escaleras que debían ascender bajo un calor de fuego y optaron por permanecer en el autobús.

A través de las ventanillas observaron el templo de Luxor y, sin paradas, continuaron hasta Karnak. Allí anduvieron por la elegante avenida flanqueada por carneros hasta llegar a la sala hipóstila, un bosque de impresionantes y elevadas columnas, del que Julia solo pudo escuchar que había ciento treinta y cuatro. Ahmed hablaba rápido y sin dejar de andar, lo que dificultaba seguir sus explicaciones.

Pero Julia no pudo evitar quedarse quieta junto a una de las columnas al ver cómo Elvira, poseída por un extraño influjo y con toda la parsimonia del mundo, recorría con la uña el relieve de un

enorme falo que sobresalía de una de las figuras. Con rapidez, el Pez Napoleón sacó su Polaroid y tomó una fotografía. Como más tarde les explicaría Ahmed en el microbús —ya que Elvira le preguntó con verdadero interés—, se trataba de Min, dios de la fertilidad.

Por fin llegaron al lago Sagrado frente al que se encontraba la estatua del escarabajo más grande del mundo. A pesar del agotamiento y las prisas, dieron siete vueltas a su alrededor para atraer la suerte y ver cumplido uno de sus deseos. A Elvira, que se abanicaba con la foto que acababa de tomar y que debía tener la cabeza en otros menesteres, tuvieron que frenarla cuando dijo que iba por la decimoquinta vuelta y solo le faltaban cinco para terminar. Pese a la urgencia y el agobio por acabar el circuito y llegar al barco a tiempo, aquella simpleza cometida por Elvira, que se excusó diciendo que había entendido veinte, las hizo reír a carcajadas.

Llegaron con diez minutos de retraso y el barco zarpó en cuanto la última de ellas puso el pie a bordo. Estaban cansadas y hambrientas; pasaban de las tres del mediodía y desde las cinco y media de la mañana no habían probado bocado ni habían descansado un segundo.

Quizá esas circunstancias habían propiciado que durante prolongados espacios de tiempo el fallecimiento de Sole se hubiese borrado de sus mentes. Pero, al reunirse en la recepción, dispuestas a bajar al restaurante y encontrar algo con lo que llenar el estómago, vieron cómo Mohamed, el joven recepcionista de la noche anterior, hacía un gesto con la cabeza a un hombre que estaba sentado en uno de los sillones. Este entendió el mensaje y se puso de pie.

De facciones serias y mirada inteligente, su rostro ovalado y bronceado por el sol estaba enmarcado por una mata de pelo blanco y abundante que peinaba con esmero con raya en el lado izquierdo. Sin un gramo de grasa, su cuerpo estaba cubierto por una chaqueta fina azul marino, que le quedaba impecable, sobre una camisa blanca de suave algodón. Su porte al caminar emanaba elegancia y clase. Por las expresiones de admiración de las mujeres del grupo, Julia concluyó que todas compartían la misma opinión.

Pero el caballero solo tenía ojos para Cayetana. Era como si la sala estuviera a oscuras y solo aquella mujer de aspecto divino e inalcanzable, cual luminosa estrella, permaneciera en ella:

—Buenas tardes, es usted Cayetana Iranzo, ¿verdad?

Ella lo observó con atención mientras asentía con una leve inclinación de cabeza. Aunque lo único en lo que podía pensar era en el lamentable estado de su moño. No se había mirado en ningún espejo, pero le horrorizó imaginar que, a causa del calor y del sombrero, estuviera medio deshecho y pegado al cuero cabelludo con aspecto sudoroso.

—Soy Mario Montenegro, el embajador de España en Egipto y uno de sus más fervientes admiradores. Nos conocimos en La Scala de Milán, en una representación de *Norma* , en la que estuvo maravillosa. Pero usted no lo recordará porque de eso hace ya muchos años y éramos muchos los que quisimos pasar a saludarla. —Tras la presentación, besó la mano de Cayetana. Ella quedó encantada—. Casualmente estaba en nuestro viceconsulado de Luxor cuando nos ha llegado el informe sobre el fallecimiento de su amiga, por el cual le doy mi más sentido pésame. —Apretó los labios en señal de condolencia y continuó—: He leído el nombre de Cayetana García Iranzo como una de las acompañantes de la víctima y he inferido que se trataría de usted, a pesar de que los apellidos apareciesen cambiados.

—Ha inferido usted muy bien. Mi primer agente decidió que el nombre de Cayetana Iranzo resultaba más artístico que el de Cayetana García. Y así fue cómo el apellido García desapareció para siempre de mi vida pública, que no de la privada.

Apiñadas, aunque un poco retiradas, sus compañeras seguían la escena con atención. Él las miró a todas con una sonrisa, sin embargo, enseguida volvió a centrarse en Cayetana.

—No sé cómo decirles esto —Mario Montenegro dudó unos instantes—, pero los informes preliminares apuntan a un elevado índice de benzodiacepina en la sangre de su amiga. Por si alguna no lo sabe, se trata de una sustancia de efectos sedantes, utilizada en ocasiones como somnífero. La autopsia se realizará en España. De los trámites no tienen por qué preocuparse, ya que nosotros nos

estamos encargando de la repatriación. Será entonces cuando se obtengan los resultados finales. Pero he venido en persona para anticiparles esta particularidad y, no lo voy a negar, también quería tener el placer de acercarme a saludarla, señora Iranzo.

El rostro de Cayetana se iluminó, pero, con rapidez, adoptó una actitud más solemne.

—¿Qué nos está queriendo decir, en realidad, señor Montenegro?

—Que, lamentándolo profundamente, debo comunicarles que su amiga, Soledad Contreras, se suicidó ingiriendo una elevada cantidad de ansiolíticos.

No se escuchó ni el más leve murmullo, hasta se hubiese podido distinguir el sonido de una araña tejiendo su tela. La conmoción del grupo era de tal calibre que durante unos segundos ninguno de los presentes pudo articular palabra. Fue Julia la primera en reaccionar:

—¿Está usted seguro?

—Bueno —dijo, volviendo a apretar los labios—, al menos eso dice el informe preliminar del hospital.

—¡No me lo puedo creer! Yo apenas la conocía, pero ayer parecía tan contenta... —apuntó Inés, todavía perpleja.

— *Yala, yala* —intervino Ahmed, dando un par de palmadas. No quería que el grupo se desinflara—. A comer, que se nos va a juntar la comida con la cena.

El embajador se llevó el puño a la boca para carraspear con educación antes de volver a hablar:

—Si no les importa, y ya que el barco ha zarpado, las acompañaré el resto de la velada.

—Todo lo contrario, será un placer —se anticipó Lola en responder. Y, poniéndose al lado del embajador al mismo tiempo que permitía que el fino tirante de su blusa le resbalase por el hombro, recitó unos versos de santa Teresa—: «Quien no os ama está cautivo y ajeno de libertad; quien a Vos quiere llegar, no tendrá en nada desvío. ¡Oh dichoso poderío, donde el mal no halla cabida! Vos seáis la bienvenida».

Qué casualidad, pensó Julia, que pese al hambre y al cansancio de los que venían quejándose durante el trayecto, todas decidieran pasar por sus camarotes para asearse antes de bajar al restaurante.

Ella, Ahmed y Mario bajaron a la primera cubierta directamente. Allí las esperarían.

13

A COMER

La espera se hizo tan larga que, si no hubiera sido por la presencia del embajador, Julia se hubiera abalanzado como una posesa sobre los platos de comida que había cogido del bufé: ensalada, pepino y un calabacín asado relleno con una mezcla de arroz y hierbas aromáticas llamado *mahshi* ; y una brocheta de carne de ternera con unas especias que olían de maravilla, recién preparada por el cocinero. Pero la educación exquisita de la que hacía gala Mario Montenegro impidió que se atreviera a probar ni una aceituna o a arrancar un trozo del pan de pita, que tenía un aspecto delicioso. A él la tardanza no parecía molestarlo en absoluto y aseguraba con benevolencia que los retrasos eran innatos a la esencia femenina. Quizá, pensó Julia, restaba importancia a su impuntualidad porque él ya habría comido antes y no estaría tan famélico como ella.
Ahmed se había sentado en otra mesa cercana a la suya y, desde su sitio, Julia lo veía masticar deleitándose con cada bocado. Antes de tomar asiento, le había explicado que él debía ocupar otro lugar:

—Me encantaría comer con vosotros, pero las normas de la agencia me lo impiden. Debo respetar la intimidad de los turistas. —Le sonrió mostrando sus dientes perfectos y blancos—. Otra cosa sería comer a solas contigo. Eso sí que me gustaría de verdad, por mucho que estés casada.

Con frecuencia, Ahmed se giraba a mirarla y le enviaba algún guiño, pero ella se mordía la lengua para que no se le notara la sonrisa y hacía como que no se daba cuenta. Para disimular, continuaba hablando con el embajador, a quien tenía sentado enfrente.

—Sí, apenas me quedan dos meses para jubilarme —le iba contando—. Por eso estaba aquí, en el viceconsulado de Luxor, revisando que todo estuviera en orden para cuando el nuevo embajador tome posesión del cargo. Mi tiempo ha pasado y ya es hora de regresar a Madrid.

—Lo dice con pesar y yo no lo veo tan mal, así podrá dedicar más tiempo a sus aficiones..., como acudir a la ópera.

Mario le sonrió con picardía. Sabía que Julia había advertido su irresistible predilección por Cayetana.

—Eso es cierto, pero sabes que ya no voy a poder gozar de la gran Iranzo. Y no me hables de usted, por favor.

—Quizá no puedas disfrutar de la voz de Cayetana Iranzo —al ver aparecer a Inés y a Matilde, Julia prosiguió en un susurro para finalizar—, pero sí de su compañía.

Las dos se habían cambiado de atuendo. Matilde, con cara de contrariedad, vestía otra de sus túnicas, mientras que Inés se había puesto un bonito y ligero vestido en tonos azules. Cuando llegaron a la mesa, Mario se levantó en un acto de cortesía. Ellas se deshicieron en disculpas.

Como Matilde empezaba a acusar el dolor de rodillas, Mario se ofreció a acompañar a Inés al bufé para ayudarla a llevar los platos.

—¿Tanto te duele? —le preguntó Julia. Matilde se había sentado a su lado—. Tienes mala cara.

—No es solo la rodilla —afirmó de forma pausada—. Hemos estado en un lugar lleno de almas perdidas y una de ellas, atraída por mi energía, se me ha pegado. Menos mal que en la maleta llevaba una vela y me la he podido pasar por el cuerpo haciendo cruces para que se me despegara. Llevar un muerto adherido a la espalda resulta agotador. Después he tenido que rezar para que el espíritu encontrase la luz, y aun así me ha faltado tiempo. Por eso he tardado en bajar.

Julia abrió los ojos con incredulidad y se quedó sin saber qué decir. Normalmente era capaz de seguir cualquier conversación, por muy insulsa o intrascendente que fuera, pero aquel tema, que escapaba a su entendimiento y le costaba creer, la cogía fuera de juego. Tuvo la suerte de que la pareja, con bandejas en la mano, regresara del bufé. Inés se inclinó para cuchichearle a la Vidente:

—Esta noche es perfecta para hacer el ritual de la ayahuasca. —Y tomó asiento al otro lado de Julia. De ese modo, estaba cerca del embajador sin que resultara demasiado evidente.

—¿Ritual de la ayahuasca? ¿Eso qué es? —preguntó Julia bajando la voz. Sentía auténtica curiosidad.

La Vidente, a quien la presencia del señor Montenegro parecía traerle sin cuidado y ya había dado el primer bocado a un trozo de pescado, le respondió, haciendo un esfuerzo por tragar con rapidez:

—Es como la ceremonia del té, pero con ayahuasca, una mezcla de la raíz del yagé con chagro. Una receta que me enseñó mi taita Gabino, quiero decir, mi chamán en el Amazonas. Es una medicina que te transporta a un mundo místico y ayuda a sanar problemas de todo tipo.

—Es una experiencia alucinante. Te enfrentas a tus propios miedos y te impulsa a superarlos —intervino Inés, que había tenido la capacidad de seguir la explicación al mismo tiempo que departía con el embajador—. ¿Te animas a probarlo? No te arrepentirás.

—No sé, tengo que pensarlo. Creo que todavía no estoy preparada para vivir ese tipo de experiencias.

—Pues no te preocupes porque eso será que aún no te ha llegado el momento —le dijo Matilde, elevando sus finas cejas—. No he traído ayahuasca y, como es evidente, sin el ingrediente principal es imposible realizar el ritual. Pero ten cuidado si algún día te animas. Es peligroso y has de confiar en la persona que lo realiza.

Inés puso cara de desilusión al enterarse de la noticia y volvió a hablar con Mario. Este le había hecho un comentario acerca del templo de Hatshepsut y se vio obligada a atenderlo. Pero a Julia le produjo escalofríos. La palabra «alucinante» junto a raíces de plantas desconocidas procedentes de países exóticos, con una arraigada cultura en los poderes ocultos del más allá, solo podía significar que se sufrirían alucinaciones. La aparición de Elvira y Lola vino a interrumpir sus cavilaciones acerca de los efectos de la ayahuasca.

Los rostros de las recién llegadas se iluminaron al ver que las sillas que flanqueaban a Mario estaban vacías. Sin perder un segundo, se acercaron a los mostradores con la comida, para volver veloces con sendos platos y lanzarse a ocuparlas. Como buen caballero, él se levantó presto para acercarles el asiento a la mesa.

En ese momento apareció Cayetana. Había cambiado su conjunto de seda por una especie de quimono con un dragón bordado en la espalda y un turbante rojo que dejaba al descubierto la parte frontal del nacimiento del pelo. Para su disgusto, tuvo que decidir si sentarse junto Matilde o junto a Elvira, sin nadie enfrente con quien charlar. No le costó elegir y enseguida se decidió por estar al lado de la Vidente. Sin embargo, antes, Mario no dudó en escoltarla hasta el bufé y ayudarla a elegir el menú.

Durante el almuerzo comentaron lo sorprendidas que estaban con el nivel de la comida. Era mucho mejor de lo que habían esperado a tenor del estado de la nave.

Lola, que llevaba otra de sus ligeras blusas de finos tirantes, pero esta vez con estampado de leopardo, se dedicó a mostrarle —aunque quizá sería más correcto decir restregarle— su escote al embajador cuantas veces pudo. Elvira, por su parte, puso a disposición del señor Montenegro toda su artillería de seducción tratándolo con mimo y soltándole piropos que hubieran ruborizado incluso a una estatua:

—¿No nos sirven una botella de vino para que un hombre tan distinguido y guapo como el embajador pueda comer en condiciones? ¡Quedan pocos hombres tan apuestos como usted! —Con una sonrisa, Elvira rozó el brazo de Mario—. Solo nos han puesto agua.

Lola, con suficiencia, quiso poner de manifiesto que era una persona con amplios conocimientos y formación:

—Estamos en un país musulmán, querida, y supongo que por eso no nos sirven alcohol.

Julia no pudo evitar llegar a la conclusión de que unas gatas en celo se comportarían con más decoro y clase que aquellas dos. Y, si ella pensaba así, qué no estaría rondando por la cabeza de Cayetana, quien apenas había participado en la conversación y las veces que la había podido observar, por encontrarse en su mismo lado de la mesa, volvía a parecer ausente. Aunque también le hacía pensar que tal vez hacerse la interesante era su forma de llamar la atención del embajador.

—Sí, pero en el barco no tenemos ningún problema —apuntó Inés con cara de inocencia—. Bueno, sí, uno, que el alcohol no está incluido en la comida y hay que pagarlo aparte. ¿No lo sabías, Elvira? Vaya, creí que el viaje lo habías organizado tú.

—Y así fue —respondió la aludida con retintín—, pero no puedo estar al tanto de todos los detalles.

—No se preocupen o, mejor, tuteémonos y no os preocupéis —intervino Mario Montenegro para zanjar la cuestión—. El vino corre de mi cuenta. A ver si tienen Omar Khayyam, así podréis degustar un vino egipcio y comprobar que Egipto, a pesar de ser una pequeña nación en lo que se refiere a producción vinícola, es la cuna de algunas de las tradiciones más antiguas en la cultura del vino.

—En una cosa Elvira tiene razón —le cuchicheó Inés a Julia—: qué pocos hombres quedan como este. Se nota que es un señor.

—Sí —le respondió Julia muy bajito y con ironía—, pero a este paso estas dos se van a matar, parece una competición. Y está claro que el embajador está aquí por Cayetana. Aunque, bien mirado, a pesar de que a veces se siente abrumado por tanta zalamería, otras te diría que el agasajo al que lo someten tampoco le amarga tanto.

—Por eso mismo, ¿sabes qué te digo? —la Pantera Rosa se puso con disimulo la servilleta sobre los labios—, que hasta que no se retire la última, yo no me retiro.

A Julia le vino a la mente la idea de la irrupción de un gallo en un gallinero de gallinas solitarias, algo que sin duda le iba a amenizar el viaje, y le salió una sonora carcajada. Todos los presentes fijaron en ella su atención.

La situación de sentirse observada por un par de lobas en plena explosión de feromonas sexuales, una diva desolada, una adivina que se pasaba una vela para deshacerse de los muertos, un embajador por quien todas suspiraban y una cachonda mental —porque ya lo había intuido casi desde el principio, pero ahora tenía la certeza de que Inés era una mujer inteligente e ingeniosa con un humor parecido al de ella— propició que le fuera imposible parar de reír. Su alegría fue contagiosa y las risas y sonrisas se fueron apoderando del grupo. Hasta las comisuras de Cayetana se elevaron hacia arriba.

Por si faltaba alguien, Ahmed había terminado de comer y se acercó al escuchar la algarabía. Con una amplia sonrisa, le formuló la pregunta que estaba en la mente de todos mientras Julia notaba que sus ojos oscuros la traspasaban:

—¿Qué es tan divertido?

No podía decir la verdad, así que se decidió por la vía diplomática:

—Nada, serán nervios —alcanzó a decir, todavía entre risas—. Creo que me están saliendo el cansancio y la tensión que llevo acumulados de todo el día.

Aún se estaban reponiendo de aquellos momentos de distensión, que todos agradecieron, cuando Mohamed, el chico encargado de la recepción, se plantó junto a la mesa:

—*Excuse me. Mrs. Inés del Olmo?* —preguntó en inglés con un profundo acento árabe—. *She has a telephone call.*

—¿Qué dice? ¡Inés del Olmo soy yo! —exclamó la aludida, poniéndose de pie—. ¿Tengo una llamada?

—Sí, llamada —apuntó Mohamed—. *Please, come with me. My shift is about to end.*

—¡Ay, será mi Paquito, mi hijo! No llamé a casa para decir que había llegado bien y estarán preocupados. Ya me dijo mi hijo que me llevara el teléfono móvil, pero, como es nuevo y no estoy acostumbrada a usarlo, se me olvidó cogerlo.

—Corre y déjate de explicaciones, que la llamadita os va a salir por un riñón —la apremió Elvira.

Inés siguió al recepcionista hacia la salida, momento que aprovechó Julia para exponer:

—Si alguna vez necesitáis llamar, podéis usar mi móvil.

—El mío también queda a vuestra disposición. —Eran las primeras palabras que Cayetana pronunciaba en mucho rato. La relajación que habían supuesto las risas había hecho efecto en ella.

Iba a añadir algo más, pero el insistente sonido de un teléfono le hizo perder el hilo de sus pensamientos.

Los presentes giraron la cabeza en dirección al embajador, el pitido parecía proceder de su sitio. Sin embargo, Mario abrió los brazos para indicar que el origen del sonsonete no se encontraba en

él. Enarcó una ceja y miró a la persona que tenía a su derecha: Elvira.

Ella abrió su boca de pez con asombro y cogió el bolso. Pero, sin llegar a sacar el teléfono, echó un vistazo al número de la pantalla y colgó sin más.

—¡Qué tonta soy! Llevaba el móvil encima y no me he acordado de él ni un segundo. Me pasa como a Inés, la falta de costumbre hace que te olvides.

Julia la miró con desconfianza. La conocía poco, pero quizá sí lo suficiente como para afirmar que no tenía la más remota intención de prestar su teléfono; sobre todo por lo cara que sería la llamada.

—¿Y quién era? ¿Por qué no lo has cogido? —quiso saber Lola, echándose la melena rubia a un lado, y se apoyó un poco sobre la mesa, de modo que su escote quedara más a la vista de Mario—. Podría ser alguno de tus hijos.

—O tu marido —soltó Cayetana con fingida suavidad.

—No, querida, mi marido no puede ser porque el pobrecito está muy malito y está para pocos trotes. Si estoy ahora aquí, es porque yo necesitaba un respiro. Si no, estaría como siempre, en casa, cuidándolo. —Elvira miró de reojo a Mario—. Solo era un número desconocido y he preferido no cogerlo.

—¡Qué casualidad! Estás en Egipto y te llama un desconocido a un teléfono que, por lo que dices, utilizas poco... —intervino Matilde con escepticismo.

—Yo también pienso lo mismo, qué casualidad. —Había cierta malicia en el tono de Lola—. Igual era un desconocido que quería encontrarte, como el desconocido del poema de Octavio Paz: «Él marcha solo, infatigable, encarcelado en su infinito, como un solitario pensamiento, como un fantasma que buscara un cuerpo». Precioso, ¿verdad, Mario?

Este, sin dejar de observar a Cayetana, asintió con la cabeza como lo haría un robot.

En un gesto de hastío, Julia puso los ojos en blanco antes de cerrarlos por completo. El comportamiento de aquella mujer, a la que le entusiasmaba ser el centro de atención, con tanto verso repetitivo y tanto dárselas de erudita en todas las materias, la

estaba sacando de sus casillas. Al volver a abrirlos, su mirada se topó con la de Ahmed. La intensidad con que la contemplaba consiguió turbarla, y con una rapidez felina, apartó la vista para fijarla en el plato vacío que tenía delante. Ni ella misma entendía por qué se sentía tan confusa ante la presencia de Ahmed. No era el primer hombre que la examinaba con atención y nunca se había sentido cohibida; es más, si había tenido que pararle los pies a alguno, no lo había dudado ni un segundo, como tampoco había tenido ningún reparo en mantener una mirada de suficiencia. Pero ahora le era imposible discernir de dónde provenía aquella incapacidad para enfrentarse a él.

14

Actualidad

—Así que al final te has decidido a llamarme. No me lo esperaba y me alegro un montón de que lo hayas hecho, pero ¿me puedes decir por qué? El otro día casi me atropellas y ahora, por teléfono, parecías muy misteriosa. Me tienes intrigadísimo, la verdad.

Estamos sentados en una de las terrazas que hay en la plaza Mayor, bajo una sombrilla. Aunque el día está un poco nublado, de vez en cuando aparecen unos rayos de sol y viene muy bien estar a la sombra. A mí la plaza me mola mucho, tan grande, con esos edificios tan antiguos y la estatua de Felipe III en el centro, pero siempre he creído que es un sitio para guiris y por eso no suelo venir mucho por aquí.

Pero es que hoy ha sido un día muy raro. Ni tenía pensado llamar a Gabriel ni, por supuesto, acabar en la plaza Mayor tomando una caña con él. Lo que ocurre es que todo se ha complicado al seguir el consejo de Varis y hacerle una visita a mi abuela, a la que hacía al menos un año que no veía. A lo mejor soy muy impaciente y el error ha sido no avisarla con antelación, así me hubiese ahorrado escuchar la conversación que me ha dejado muerta.

Todo ha empezado cuando me he plantado en el piso de la calle Ayala en el que vive mi abuela. Hasta hace unos quince años lo compartió con mi abuelo, pero él murió de un cáncer de pulmón y ahora le hace compañía una interna.

Cuando la chica de servicio me ha abierto la puerta, en lugar de dejarme pasar, me ha hecho esperar en el recibidor; supongo que siguiendo instrucciones de la señora de la casa. Mientras esperaba, me he dedicado a mirar las fotos, los cuadros y los espejos que llenan las paredes, que, por si fuera poco, son de un asfixiante tono granate. Los marcos son de esos gruesos y dorados, y la casa está tan recargada que me recuerda más a un museo para coleccionistas que a una vivienda.

Estaba en el pasillo, curioseando una antigua foto familiar en blanco y negro, en la que con cara sería salía un grupo de antepasados, cuando he escuchado voces que provenían de uno de los dormitorios. Me he asegurado de que la chica no estuviera por ahí para pegar la oreja a la puerta sin que me pillaran y he podido distinguir la voz de mi prima Loreto, hija de mi tío Enrique, el hermano de mi madre. Era un susurro, pero mi oído es fino y he entendido lo que decían sin problema:

—Abuela, ¿le vas a dar alguna joya a Lucía o mejor nos callamos? Le sentará mal si se entera de que me has dado los pendientes de esmeraldas.

—A ella no le voy a dar nada —la voz de mi abuela sonaba con ese deje de suficiencia que yo recordaba—, porque no se lo merece. Ni ella ni su madre han tenido la decencia de venir a visitarme, con lo sola que me siento desde que tu abuelo nos dejó, y de eso hace ya muchos años. Para irse con ese arquitecto con el que me han contado que va ahora, mi hija sí que tiene tiempo. Cuando no está con uno, está con otro —ha dicho de forma despectiva—. Y en lo que respecta a Lucía, apenas la conozco y no siento un cariño especial por ella, al contrario de lo que me ocurre contigo. Además, no lo comentes, pero por sus venas no corre la misma sangre que por las nuestras. —Se ha producido un silencio y he pensado que estaría acariciando la cara o el pelo a Loreto—. Pero, para que vea mi muestra de buena voluntad, le voy a regalar un anillo de plata con una perla cultivada que compré hace tiempo en una platería del centro y que parece antiguo. Le diré que era de mi madre. Y tú te callas lo de los pendientes; poco a poco te iré dando todas mis joyas para que, cuando me llame el Señor, no quede ninguna a repartir.

He escuchado el chirrido de un mueble arrastrándose, seguramente el del sillón en el que se sienta mi abuela, y he salido escopetada hacia el recibidor. El suelo está cubierto de alfombras que amortiguan el sonido y no he tomado ninguna precaución para que no se escucharan mis pisadas. Aunque al llegar al vestíbulo he notado que el pulso se me había acelerado y tenía la boca seca. Pero no se debía a la posibilidad de que me pillaran o al hecho de que le estuviera dando sus joyas a mi prima. Lo que de verdad me ha

dejado tocada era haber escuchado cómo le decía que por nuestras venas no corría la misma sangre. Pero enseguida he comprendido que se refería a mi madre, por ser adoptada; mi abuela no tiene ni idea de quién es mi padre. Aunque palos como este me vienen bien para entender mejor a mi madre cuando me asegura que mi abuela no es una buena persona. Es más, lo que me dice es: «Una santa más perjudicial que una bolsa de piedras en el riñón. Si cambias la N de sitio pasa de santa a satán».

Las he saludado tratando de aparentar alegría por el encuentro. Mi abuela, a pesar de sus ochenta y ocho años y de caminar con la ayuda de un bastón, se mantiene delgada y estirada como un junco, y por su corta melena castaña no asoma ni una sola cana. Tengo que reconocer que va siempre impecable y que hasta se maquilla con elegancia.

Aunque me ha tratado con cierta consideración, he sentido la distancia que marcaba entre nosotras, con esa mirada de ser superior. Me han entrado ganas de echar a correr.

—Toma —me ha dicho alargando el brazo—. He encontrado este anillo de mi madre y me parece que así tendrás un bonito recuerdo.

Tenía dos opciones: tirárselo en los morros o lo que he terminado por hacer, cogerlo y darle las gracias. Lo mejor era tener la fiesta en paz, pero en ese momento he comprendido a mi madre cuando yo le preguntaba por la abuela y ella me respondía que siempre había sido cruel con ella. Así que es lógico que intente aparecer por allí lo menos posible.

Por quien nunca le he preguntado es por mi abuelo, pero, por lo poco que recuerdo que mi madre me ha contado, tampoco era un hombre como para hacerle la ola por su comportamiento hacia ella.

Con la sortija en el dedo —y unas ganas locas de quitármelo—, me he despedido de las dos. Solo podía pensar en la mala idea que ha sido acercarme hasta allí. ¡Maldito Varis! Ya voy entendiendo por qué mi madre lo abandonó. Tiene ocurrencias de mosquito trompetero. Aunque yo soy peor por seguir sus absurdos consejos.

En la calle me he apoyado en la fachada del edificio de al lado para que el conserje no me viera y he cogido aire varias veces antes de deshacerme del anillo de mierda. He estado a punto de tirarlo en

una papelera, pero luego he pensado que quizá me pueda sacar unos euros si lo vendo por Vinted o Wallapop. Así que he abierto el bolso para guardarlo en el bolsillo de la cremallera interior.

Ha sido en ese instante, en el que tampoco podía quitarme de la cabeza la frase de mi abuela sobre la sangre que corría por mis venas, cuando he visto el papel con el teléfono de Gabriel Lafont.

Claro que ya lo había investigado, solo que me costó mucho encontrarlo. No aparecía ni en Instagram ni en Facebook, por lo que al final me puse a buscar en internet. Por casualidad llegué a la página de una tienda de decoración: Interiorismo Lafont, y en una de las fotografías se veía a un chico del que no me cupo duda de que era Gabriel. Así que Gabriel Lafont tiene de escritor lo mismo que yo de astronauta.

Mientras pensaba en él, me he puesto a andar sin rumbo. Sin ser muy consciente, mis pasos me han llevado hacia la calle Segovia, en pleno centro de Madrid, al lado de la Basílica de San Miguel, justo donde la web ponía que se encontraba la tienda en cuestión.

Ir de mi casa a la de mi abuela me ha costado veinte minutos, pero la caminata hasta aquel palacete ha sido de una hora.

Me he quedado de piedra al ver lo bonito que es el edificio y he pegado un poco la cara en el cristal del escaparate que está en la planta baja. Como ya había imaginado, en un primer vistazo he comprobado que todos los muebles son de diseño y los adornos, de lujo. Por la tienda se paseaba una pareja con muy buena pinta acompañada por una chica que le daba explicaciones. La curiosidad se ha vuelto a apoderar de mí: ¿por qué un chico que tiene una tienda de decoración se hace pasar por escritor para hablar con mi madre?

La necesidad de averiguarlo —y porque a lo mejor no me venía mal hablar con un desconocido— me ha llevado a sacar el teléfono y marcar su número. Estaba a punto de colgar en el quinto tono cuando ha respondido:

—¿Diga?

—Hola, ¿eres Gabriel? Soy Lucía Soler, el otro día me diste tu teléfono. —Mientras le hablaba, he vuelto a pegar la cara en el

cristal. Ahí estaba. Se acababa de levantar de una mesa del fondo—. Querías hablar con mi madre.

—Esto sí que es una sorpresa. ¿Ha accedido tu madre a que la entreviste?

—La verdad es que no. Ella está de viaje y no he podido preguntárselo, pero la que está dispuesta a tener una entrevista soy yo.

A través del cristal he visto cómo dejaba de moverse y se quedaba parado.

—Vale, bien. —Me ha parecido que dudaba—. ¿Cuándo podemos vernos? ¿Quieres que me acerque por tu casa? Así, si soy un violador, podrás marcharte corriendo sin problema.

—Si quieres, podemos vernos ahora. ¡Ah!, y no hace falta que vengas a mi casa. Por la plaza Mayor me viene bien.

He visto que se pasaba la mano por el pelo.

—¿Dónde estás? —Por el tono, he notado que algo le resultaba extraño.

—En la calle Segovia. Justo en la puerta de una tienda: Interiorismo Lafont.

Me ha colgado sin añadir nada más y me he quedado a cuadros. Pero en menos de un minuto lo he tenido frente a mí.

Llevaba una camisa roja que le quedaba genial y la misma barba de tres días que me gustó tanto. Él me ha mirado de arriba abajo y me ha puesto una media sonrisa que me ha recordado a la que se le pone al niño que acaba de cometer una travesura divertida. Aunque es posible que hayan sido imaginaciones mías y solo me vea como una simple niñata.

—Al menos no intentarás atropellarme con el patinete... —me ha dicho entrecerrando sus ojos de pillo.

Le he devuelto la sonrisa y nos hemos puesto a hablar de tonterías hasta que hemos llegado a esta terraza de la plaza Mayor, en la que nos acaban de servir un par de cañas.

—En realidad, te he llamado porque creo que nos podemos ayudar mutuamente —le digo respondiendo a su pregunta.

—¿En serio? ¿Y en qué puedo ayudarte yo a ti?

No pierdo nada por contarle una parte de la verdad, así que me lanzo en picado:

—Tú quieres escribir un libro sobre la historia que ocurrió en Egipto hace veinte años, y yo no sé quién soy y estoy loca por averiguarlo. Ni siquiera estoy segura de que Julia Soler sea mi madre.

—Pues, si esperas que yo te diga quién eres, siento decirte que lo llevas claro. No tengo ni idea. Ni siquiera sé quién soy yo.

—Pero a lo mejor, en tus averiguaciones, descubres algo que pueda ayudarme. Yo, desde luego, tengo acceso a información que creo que puede ayudarte. —Doy un trago a la cerveza y lo miro. Lo que acabo de decir no es del todo cierto, pero me apetece hacerme la interesante—. Pero antes tienes que explicarme por qué te has inventado que eres escritor y cómo descubriste mi dirección. Bueno, lo que quiero saber de verdad es por qué quieres investigar algo que sucedió hace tanto tiempo.

—Me has pillado. Es cierto que no soy escritor... Todavía. Que tenga una tienda de decoración no significa que no me guste escribir, y para que me hagan caso es mejor decir que ya lo soy. —Se echa hacia atrás en la silla—. En cuanto a lo de la dirección, si tienes algún contacto, no es tan difícil descubrir dónde vive Julia Soler; es bastante conocida. Y, como era la persona más fácil de localizar, decidí empezar por ella.

—¿Qué quieres decir con eso de que decidiste empezar por ella? ¿Hay más gente que te puede ayudar en este asunto? —Estoy deseando sacarle información.

—Por supuesto, y ya he concertado una cita.

—¿Con quién? —Me entra tal urgencia por saber de quién se trata que, al apartarme el vaso de la boca con tanta rapidez, se me cae un poco de cerveza por la barbilla.

—Antes tendrás que explicarme cómo tu madre pudo mudarse al carísimo palacete de finales del siglo XIX, de fachada blanca y amplios miradores —esto lo dice en tono de burla mientras se inclina hacia mí con una servilleta en la mano y me limpia con suaves toques alrededor de la boca—, en uno de los barrios más lujosos de Madrid. Qué bien le fue a tu madre, ¿no?

—Eso tiene una explicación muy sencilla. Me la voy a jugar por ti y, si no hay ningún contratiempo, en breve tendrás la respuesta. —Claro que sé el porqué, pero igual me meto en un lío y he de planearlo con cuidado. Todo a su debido tiempo.

—Está bien. Te contaré por qué dije que era periodista y te revelaré el nombre de la persona con la que voy a entrevistarme... en breve. Después de tanto tiempo, no hay tanta gente a la que preguntar...

Vuelve a sonreírme con esa sonrisa enigmática y me doy cuenta de que el color rojo le sienta mejor que genial.

15

LOS PROBLEMAS DE JULIA

A casi todos les pareció una gran idea subir a la terraza de la cubierta superior. Allí podrían charlar o pasar un buen rato jugando a las cartas.

Después de la paliza de día que llevaban, a Julia le extrañó que ninguna quisiera descansar un par de horas, así que ese afán por continuar con la tertulia lo achacó a la presencia de Mario. Una retirada, aunque temporal, supondría el avance de las contrincantes, y eso, al parecer, ninguna estaba dispuesta a tolerarlo. Sin embargo, ella estaba cansada y prefería quedarse a solas. Desde que habían abandonado el barco para visitar Luxor, no había podido pasar por el camarote e imaginaba que, ya en plena navegación con rumbo a Edfú, sin ningún barco al lado que le tapase la visión, podría disfrutar de la maravillosa ribera del Nilo sin que nadie la molestara.

Ya en su cabina se descalzó, descorrió las cortinas y abrió el ventanal. El espectáculo de las palmeras, sicómoros y juncales sobre aquel fondo árido y amarillento volvió a sobrecogerla mientras se dejaba envolver por la brisa y escuchaba el sonido de las olas que los motores del barco formaban en el río. El Nilo la tenía atrapada.

El paisaje le proporcionó sentimientos eufóricos de paz y alegría, agudizados por la añorada sensación de libertad que hacía mucho que no experimentaba. Con el ánimo pletórico, se dejó caer sobre el colchón. Tanto las desavenencias con sus padres, que siempre habían preferido a su hermano, como las discusiones con Varis se le hicieron muy lejanas. Los párpados se le fueron cerrando con lentitud y enseguida cayó en los brazos de Morfeo, pero ese reparador sueño duró poco. Unos minutos después se despertó de sopetón recordando el último desencuentro con sus progenitores de pega. De eso hacía ya mes y medio, pero su mente le presentó las imágenes de una forma tan real y cercana que tuvo la sensación de estar viviéndolas en ese mismo instante.

***

—Estoy pensando en dejar a Varis. Lo he intentado todo, pero hace tiempo que no nos llevamos bien y, la verdad, no soy feliz.
Julia se encontraba sentada en el sofá de la sala de estar de la casa de sus padres. Por no ver sus rostros severos e indignados, prefería mirar las paredes forradas de un papel pintado con flores y contar los cuadros, molduras antiguas y adornos, incluidos una pareja de angelitos, que plagaban las paredes. Estaban tan recargadas que apenas había espacio entre unos y otros, lo que siempre había contribuido a que la atmósfera del piso le resultase asfixiante.

—No estarás pensando en separarte, ¿verdad? Así no es como te hemos educado. —La voz de su madre sonaba irritada—. Una mujer tiene que hacer lo imposible por mantener a su marido a su lado. Y eso significa que a veces hay que aguantar. El pobre Varis te consiente demasiado, tú siempre yendo de un sitio a otro con esa máquina de fotografiar cuando lo que tendrías que hacer es tener un hijo y formar una familia como Dios manda, en lugar de dedicarte a trabajar. —Giró la cabeza en dirección a su marido, que estaba sentado junto a ella—. Ya te dije hace años que no era buena idea que la niña estudiara Bellas Artes.

—Que sepas que hasta hace un tiempo a mí también me habría gustado ser madre, pero la incapacidad de Varis para mantener relaciones...

—No me interesa en absoluto tu vida íntima, Julia —la cortó su madre de forma tajante—. Hay cosas y temas que una mujer debe guardarse para ella y no compartir con nadie. Además, ya deberías saber cómo atraer a tu marido. Si no lo consigues, la culpa es tuya.

—Esta conversación no me incumbe lo más mínimo —concluyó su padre, poniéndose de pie—. Si a una madre no se le deben contar ciertas cosas, a un padre todavía menos. Tu hermano, Enrique, nunca viene a contarme sus problemas conyugales; seguramente porque, al contrario que tú, no los tiene. Mejor me voy.

—¡Espera, papá! También quería consultarte otra cosa. —Julia recordó la última conversación que mantuvo con su hermano, hacía menos de un mes. Quitándole importancia, le expuso que sus padres

habían introducido ciertos cambios en el testamento, de modo que al final la casa de Santander, que en un principio la iba a heredar Julia, sería para él. Así que, además del piso de la calle Ayala y las acciones de la empresa farmacéutica, la casa familiar de veraneo de Santander también formaría parte del legado de Enrique. A Julia le quedaba un pequeño apartamento en Príncipe de Vergara que su padre había comprado como inversión y que actualmente estaba alquilado, las joyas de su madre y la mitad, ya que tendría que compartirlo con su hermano, de los valores y el efectivo que sus progenitores mantuvieran en el banco. Consideraba que el nuevo reparto era totalmente injusto, y sobre todo que no habían contado con ella para nada—. Supongo que si lo habéis hecho será porque tenéis vuestras razones, pero, como Enrique me comentó que habéis introducido unos cambios en el testamento, me gustaría saber si es cierto.

—Ni tu madre ni yo tenemos la obligación de darte explicaciones sobre lo que hacemos o dejamos de hacer con nuestro dinero y nuestros bienes —le respondió en tono duro—. Pero si tanto te interesa saberlo te diré que sí, hemos modificado el testamento porque tu hermano tiene familia y necesita un lugar donde pasar las vacaciones. Tú no necesitas una casa tan grande y, además, tu marido tiene dinero de sobra.

Como su padre comenzó a dirigirse hacia la salida, Julia se levantó para interceptarle el paso. Se dio cuenta de que lo que en un principio ella había tratado como una fisura era en realidad una profunda fractura con su familia y no tenía la menor intención de quedarse con la duda.

—Espera, todavía me falta una pregunta. —Lo miró a los ojos—. Papá, ¿me has querido alguna vez?

Durante unos segundos él, pensativo, desvió la mirada hacia el techo, después volvió a enfocar la vista en ella y le respondió:

—Menos de lo que te hubieras merecido.

—No entiendo bien esa respuesta. —Julia respiró con calma. Estaba decidida a afrontar el problema de una vez por todas y no quería que su padre se le escapara saliendo por la tangente—. Te formularé la pregunta de otra manera: papá, ¿me quieres?

Su padre volvió a reflexionar unos breves instantes antes de decir:

—Poco, la verdad.

—¿Significa eso que quieres más a Enrique que a mí? —Aunque la respuesta ya había sido bastante contundente, Julia necesitaba esa última comprobación que le confirmara que, por mucho que se esforzara, jamás contaría con la auténtica aprobación y orgullo de sus padres.

—Seguramente, sí. —Su padre clavó la mirada en la de Julia—. Bueno, creo que la conversación ha terminado, ¿no te parece?

—Sí. Lo único que me faltaría por saber es por qué me adoptasteis. Aunque supongo que la verdadera respuesta es porque entonces no teníais hijos.

Cuando comenzó a utilizar el adjetivo «de pega», ni siquiera sabía que era adoptada. Desde que tenía uso de razón, sus padres, sin ningún reparo, habían antepuesto los deseos y caprichos de Enrique a los de ella y la hicieron responsable de todos sus disgustos, mientras que él salía indemne.

Enterarse le sirvió para entender aquel trato implacable y discriminatorio frente a su hermano. Enrique, cual bendición, llegó al mundo un año después que ella y las razones para convertirse en el favorito con mayúsculas estaban claras: era de su propia sangre y, para colmo, varón. Esas dos cualidades daban sentido al comportamiento arisco con el que durante toda su existencia sus padres la habían tratado. Ahora, ante la discriminación que volvían a cometer con un cambio de testamento en favor de su hermano, se sentía como un trapo sucio y pisoteado.

***

Julia miró hacia la ventana para que la brisa del río y la luz del atardecer borrasen aquel desagradable episodio que le resultaba tan vívido, a pesar de encontrarse a miles de kilómetros de distancia y del mes y medio transcurrido.

Por si eso no fuera suficiente, al lado de su marido tampoco encontraba ningún consuelo, más bien le ocurría todo lo contrario; comprobar cómo apenas la escuchaba y restaba importancia a sus

conflictos familiares, incluido el que les afectaba a ellos dos, solo conseguía acrecentar su sentimiento de soledad.

Resolvió que una solución para entretenerse y evadirse podría ser reunirse con el grupo en la terraza de la cubierta superior, hablar de trivialidades o ver cómo Lola movía las tetas para provocar al embajador o a cualquier hombre que se cruzara en su camino. Sería divertido y una forma de sentirse acompañada. Pero se daba cuenta de que lo que en realidad le apetecía en esos momentos era estar sola y echó de menos tener un libro entre las manos con el que distraerse. Sin embargo, fue consciente de que encontrar uno en español dentro de un barco en Egipto le iba a resultar misión imposible. Fue entonces cuando le vino al pensamiento la novela que Sole había leído durante el vuelo: *El código Da Vinci* . Por la portada y la sinopsis, quizá fuera el tipo de libro que necesitaba.

A pesar de la confusión del momento, recordó que lo había visto por última vez esa mañana sobre el escritorio del camarote de Sole, pero desde luego no se atrevería a cogerlo sin permiso ni tampoco sobornaría al mozo para entrar a hurtadillas en esa cabina. Así que se levantó de la cama y reflexionó que lo más conveniente sería comentárselo a Cayetana. A fin de cuentas, habían viajado juntas.

Se calzó unas sandalias y subió los dos pisos que la separaban de la terraza. Enseguida localizó a la Diva, con unas enormes gafas de sol, sentada a la sombra en unos sofás de mimbre. Charlaba con el grupo formado por Lola, Matilde y, como figura central, Mario Montenegro.

Julia se acercó a ellos y, aunque se dirigió a Cayetana, todos pudieron escuchar su petición.

—Me parece una gran idea. Con lo que Sole apreciaba la literatura, allá donde se encuentre, estará encantada de que alguien aproveche sus libros —aseguró la Diva, poniéndose de pie—. Te voy a acompañar a su camarote para que no tengas ningún problema.

—Me sabe mal molestarte. Se te ve muy a gusto.

—No es ninguna molestia —le insistió—. Además, así nos vamos acostumbrando. Antes o después tendremos que entrar en el camarote de Sole y recoger sus cosas.

—En ese caso te lo agradezco. La verdad es que no me apetece nada entrar sola —le respondió Julia, sin entender muy bien por qué Cayetana abandonaba a Mario en manos de la devorahombres de Lola.

Al notar su desconcierto, la Diva se acercó a su oreja y aclaró su duda en voz muy baja:

—Que este no se piense que soy una cualquiera y que se lo voy a poner fácil. Si eso es lo que le va, que se quede con Lola.

El rostro del embajador dejó traslucir un ligero gesto de desilusión, pero no le quedó más remedio que seguir atendiendo a la Ninfómana. Esta, ajena a la llegada de Julia, acaparaba la atención del señor Montenegro dejando su rubia melena al viento y narrándole la vida del faraón Akenatón, con el mismo entusiasmo que si lo hubiera conocido en persona. Aunque, en realidad, hacía esfuerzos por recordar la película *Sinué, el egipcio.*

A la Vidente no le pareció muy buena idea formar parte de un trío en el que Lola iba a hacer todo lo posible por desplazarla, con el agravante de que tendría que escuchar sus historias egocéntricas en las que trataba de demostrar lo culta que era. Por esos motivos, a pesar de que sabía que las comunicaciones en el barco eran complicadas y que Inés se encontraría inmersa en la conversación, intervino de forma calmada:

—Yo también bajo con vosotras. Inés tarda mucho por una simple llamada de teléfono y voy a ver qué pasa.

Julia se adelantó para bajar a recepción y pedir que alguien les abriera la puerta de la habitación de Sole. Esta vez no tuvo problemas con el recepcionista y él mismo le dio la llave de la cabina. Mientras lo hacía, le advirtió de que no habían tenido tiempo de arreglar la habitación y de que todo se encontraba tal cual estaba cuando la ambulancia recogió el cadáver. Quedaron en que al finalizar se la devolvería y, con una sonrisa, Julia le dio las gracias.

Con la llave en la mano, volvió a reunirse con sus compañeras en el vestíbulo circular del tercer piso. Al contrario que el de Julia, el camarote de Sole se situaba hacia la proa del barco y con cierto respeto las tres, pues Matilde también quiso acompañarlas, se encaminaron a la habitación 308.

Estaban a punto de entrar cuando Julia, que lideraba el avance, puso cara de extrañeza y levantó el brazo con energía para obstaculizarles el paso. Sin mediar palabra, les indicó con el índice el marco de la puerta para que se fijaran en que la hoja no encajaba. A pesar de que parecía cerrada, estaba abierta. Solo un empujoncito y podrían entrar, la llave no hacía falta en absoluto.

—Qué raro, ¿no? A lo mejor el mozo de la limpieza está dentro —susurró Julia—, pero el recepcionista me ha dicho que todavía no estaba limpia y en este lado del pasillo no se ve ningún carrito. Aunque lo más seguro será que, con las prisas, los camilleros de la ambulancia se la hayan dejado así. ¿Entramos?

—Ay, no sé... —pronunció la Diva con cierto temor.

—Pues yo con la duda no me quedo. Entremos —opinó Matilde con determinación.

Sin necesidad de más consenso, Julia apoyó las palmas de las manos en la puerta e hizo presión sobre ella. Las bisagras iban un poco duras, pero cedieron, y Julia puso un pie en el interior. Pegadas a su espalda, las otras dos la siguieron, dispuestas a internarse en la habitación. Pero la visión a la que se enfrentaron las dejó petrificadas y les impidió dar un paso más.

Con el mismo aspecto de confusión que ellas y sin poder moverse por el impacto que le produjo ser descubierta, Elvira las observó con asombro. En un acto instintivo, se cubrió sus labios de pez con los dedos, por los que resbalaba un collar de perlas. Estaba inclinada sobre la maleta abierta de Sole, que descansaba sobre el mueble pegado a la pared, y se percataron de que en el cuello llevaba colgada la pesada cruz de oro de la difunta.

—Elvira, ¿qué estás haciendo aquí? —le preguntó Julia, todavía sin salir de su desconcierto.

—Eso, ¿nos puedes explicar qué haces revolviendo en la maleta de Sole y por qué llevas puestas sus joyas? —A Cayetana se le había pasado el susto y se dirigía a Elvira con indignación.

Elvira enderezó el cuerpo y les sonrió con ingenuidad. No llevaba tacones y se la veía menuda y desamparada. Aprovechó esta tesitura y les habló, restando importancia al asunto:

—Veréis, Sole y yo éramos íntimas, más de lo que pudiera parecer. Quizá tú no lo sepas, Cayetana, pero hace ya muchos años que me dijo que, en caso de fallecer ella primero, esperaba que yo heredara sus joyas, que no eran pocas. —Levantó los hombros con desinterés y agachó la mirada con tristeza—. Para que se cumpliera su voluntad sin armar líos al regresar a España, le he pedido al camarero que me abriera la puerta. No me ha puesto pegas porque sabía lo amigas que éramos, pero solo me ha dado tiempo a coger este collar de perlas y la crucecita, porque he entrado justo un minuto antes que vosotras.

—Creo que nos lo tenías que haber consultado, Elvira —le recriminó la Diva.

—No lo he hecho porque sabía que hay muchas envidias y se iba a producir un conflicto. Pero, mira, como no tengo ganas de discutir, porque hoy ha sido un día horrible, lo mejor será que me vaya. Ya nos vemos en la cena.

Sin soltar el collar y con el colgante al cuello, Elvira salió muy digna de la estancia.

—Pero qué desfachatez —concluyó Cayetana con fastidio, al tiempo que se acercaba a la maleta con la intención de averiguar qué otros objetos de valor podrían faltar—. En realidad, no sé qué hago rebuscando entre sus cosas. Sole tenía joyas de mucha categoría, y doy por supuesto que Elvira habrá cogido todas las que haya podido... —La Diva se interrumpió—. Mirad, aquí está su diario. Ella me comentó que escribía casi todas las noches.

Julia retrocedió unos pasos para situarse a su lado. Había llegado hasta el escritorio y en sus manos sujetaba el libro de *El código Da Vinci.*

—Pues ayer escribió algo —dijo Julia en voz alta mientras ojeaba el diario—. Igual es una nota de suicidio. Vamos a leerlo.

—Eso, id leyéndolo. —Matilde se encontraba agachada junto a la mesilla de noche y estudiaba un objeto con sumo interés. Del cajón había cogido un blíster de píldoras vacío y, con cierta dificultad, se levantó—. ¿Sabéis qué me llama poderosamente la atención?

—¿Qué? —quiso saber Cayetana.

—La botella de agua. Hay un poco de poso blanco en el fondo, de lo cual se deduce que metió en el interior toda la caja o cajas de somníferos que serían necesarias para conseguir la muerte, aunque yo solo he encontrado un blíster. —En el tono de la vidente había un deje de duda. Las otras dos, con los ojos fijos en ella, la observaron con atención—. Pero eso no es lo más llamativo. Lo más llamativo es que la marca de la botella es española, y recuerdo que al venir hacia el barco, en el microbús, ella le compró al guía un par de botella de agua. Lo sé porque yo también le compré una y soy incapaz de deciros la marca, ya que todas las letras son árabes.

—Matilde, ¿qué estás intentando decirnos? —Con aquel quimono, Cayetana parecía un asustado cervatillo atrapado dentro de un dragón.

—En mi opinión —le respondió—, si hubiera querido quitarse la vida sin tenerlo premeditado, habría elegido uno de los botellines que compró en Egipto. Aunque no podemos descartar que la trajera desde Madrid en la maleta.

—Lo que Matilde trata de decirnos es que, o Sole llevaba la botella preparada con los somníferos en la maleta, o alguien tuvo la amabilidad de traérsela —le aclaró Julia con resolución.

—Oh, Dios mío. —La Diva parpadeó con incredulidad.

—Vamos a echar un vistazo al diario. A lo mejor nos aclara algo.

Julia lo abrió por la página donde estaba el bolígrafo, que hacía las veces de marcapáginas, en la que aparecía la última anotación, y comenzó a leer en voz alta para que las otras dos la oyeran.

16

INÉS

Ya en la cama, Julia abrió el libro que había rescatado del camarote de Sole y leyó las primeras líneas, pero los acontecimientos de la jornada la superaban y le resultaba difícil concentrarse en la lectura. Su mente iba por libre y, muy a su pesar, la fue trasladando por los diferentes momentos vividos aquella tarde.

***

Después de la cena habían subido a la terraza. La temperatura era perfecta y la brisa que les traía el Nilo invitaba a la charla frente a una bebida bien fría. La mayoría se decidieron por refrescos sin alcohol, pero Elvira, Lola y Julia se decantaron por la combinación de tónica con ginebra. No querían dejar escapar la oportunidad, pues sabían por Ahmed que encontrar licores fuera del barco iba a ser tarea complicada, y Julia necesitaba algo que le templara el cuerpo y la ayudara a digerir el día que llevaba.

Estaban sentados en círculo alrededor de una mesa de madera, conversando de forma generalizada, pero en cuanto les sirvieron las consumiciones surgieron diferentes temas y las charlas se volvieron más íntimas. Elvira parecía no darse cuenta de que sobraba en el trío que formaba junto a Cayetana y Mario, y parecía disfrutar dando su opinión acerca de las maravillas de Egipto. Matilde e Inés hablaban muy bajito, por lo que Julia llegó a pensar que tramaban algún ritual relacionado con la ayahuasca y no querían compartirlo con nadie.

Ahmed, pese haberla animado a tomarse un *gin-tonic* , como buen musulmán, se limitó a beber un té de hibisco granizado. A ella le alegró que el guía hubiese esquivado de forma elegante la conversación de algunas de sus compañeras para poder sentarse a su lado. Aunque había que reconocer que la Ninfómana se lo había puesto fácil al correr al encuentro de Rodrigo Aguirre, el hombre al que había saludado esa misma mañana en el valle de los Reyes, al

verlo aparecer por la terraza. En ese instante Julia cayó en la cuenta de que el primer lugar en el que lo había visto había sido en el aeropuerto de Madrid. Él abrió la puerta de la sala vip durante un segundo y enseguida la cerró. De eso lo recordaba, pero enseguida volvió a concentrarse en el guía egipcio. Con un cigarro en la mano, trataba de convencerla de que las reglas que imponía el islam no eran tan estrictas como los occidentales pensaban:

—Mira, un ejemplo claro es fumar. El islam prohíbe todo lo que perjudica el cuerpo, la mente, los bienes, la sociedad y la religión —le iba enumerando—. El tabaco va en contra de la salud, del bolsillo y contamina el medio ambiente, por lo que perjudica a la sociedad, y sin embargo su consumo está extendido entre la población musulmana.

—Sí, Ahmed —Julia le sonrió tras dar un sorbo a su copa—, sobre todo entre la población musulmana... masculina. La femenina es otro cantar.

Él llegó a asegurarle que las mujeres llevaban hiyab por costumbre, no por obligación. Pese a su convencimiento sobre la imposibilidad de acercar posturas en cuanto al trato recibido por las mujeres en ciertos países, a Julia le agradaba la compañía de Ahmed. Quizá fuera porque a su lado se sentía protegida, como le había sucedido esa mañana al defenderla del vigilante agresor, y esa sensación le producía un bienestar que era incapaz de sentir con su marido. En cualquier caso, pensaba, por estar a su lado no hacía mal a nadie, y gracias al grupo se sentía a salvo de posibles «peligros». De hecho, cuando la sonrisa del guía comenzó a producirle un delicioso a la vez que tenso cosquilleo en el estómago, Lola se unió a ellos para romper la magia del momento. Se quejaba de la pena que le producía que Rodrigo Aguirre, su nuevo amigo, las abandonara al terminar el crucero y no siguiera rumbo a El Cairo, como ellas. Pero enseguida volvió a dejarlos solos, dispuesta a endosarle el teléfono al señor Aguirre, momento que Julia escogió para darle las buenas noches a Ahmed. Quizá por efecto del alcohol la compañía del egipcio le empezaba a resultar cautivadora y, en ese caso, lo mejor era poner pies en polvorosa para no tentar a la suerte.

***

Mientras miraba sin leer los párrafos del libro que tenía entre las manos, volvió a pensar en Ahmed y en las sensaciones que le producía; por muy moro que fuese, el tiempo a su lado se le pasaba volando. Y, muy a su pesar, tenía que reconocer que su dulzura y su sonrisa la estaban conquistando. Hizo un esfuerzo para apartar de su mente las ideas relacionadas con el guía y centrarse en la charla que había mantenido con Inés esa tarde, justo al salir de la habitación de Sole.

***

Cayetana, cuyo camarote se encontraba en esa misma cubierta, había preferido descansar un rato, mientras que Matilde, para sorpresa de Julia —ya que se suponía que estaba buscando a su amiga del alma—, también había elegido pasar un rato a solas. Así que, al encontrarse con la Pantera Rosa —que venía con ganas de cháchara—, decidió posponer la lectura y pasar un rato con ella. Desde que había leído la última página del diario de la difunta, le habían entrado ganas de conocer en profundidad la personalidad de sus compañeras de viaje. Al parecer, más de una estaba mintiendo y el gusanillo de la curiosidad no paraba de roerle las entrañas.

El sol había descendido cuando subieron a la terraza para disfrutar del atardecer. Por indicación de Julia, se encaminaron directamente hacia proa con la intención de acomodarse en dos de las tumbonas que rodeaban la pequeña piscina. Sabía que Lola estaba en una de las mesas cercanas a popa y querían huir de ella. Al pedirle al camarero un par de copas de vino blanco, la vieron de reojo y les pareció que lo estaba pasando en grande. Entre risas, comentaron que posiblemente le estaría cascando algún poema al paciente embajador.

—Pobre Mario Montenegro, la que le ha caído encima —murmuró Inés entre dientes—. Lo que me extraña es que Elvira no ande cerca.

—Elvira estará probándose collares y, de momento, no creo que aparezca —dijo Julia, recordando el incidente de las joyas en el que habían pillado al Pez Napoleón. Levantó una ceja con picardía y

continuó—: Si quieres, podemos ir en auxilio del embajador. Yo aguanto un poco a la Monroe y así tú no tendrás competencia para hablar con él, si es que tienes algún interés.

—Te voy a ser sincera: tendría algún interés si viera que él lo tiene hacia mí, pero no soy tonta y es evidente que desde el primer momento el señor Montenegro solo ha tenido ojos para nuestra «divina». Finjo que me siento atraída por él para reírme un rato y, de paso, fastidiar un poco a alguna. Siempre he sido un poco chistosa, pero desde hace dos años trato de tomarme la vida todavía más a broma. —Inés cambió el gesto de despreocupación por otro más serio—. Oye, ¿qué querías decir con eso de que Elvira se estaba probando unos collares? ¿Está en la joyería del barco? ¿Gastándose su dinero? Sí que me extraña...

—En realidad, no me refería a esos collares. Más bien, me refería a los collares de Sole, que, según asegura Elvira, quería dejarle en herencia. —Inés, con cierto temblor, fue entreabriendo los labios muy despacio sin llegar a pronunciar palabra. La noticia le causó tal conmoción que se diría que las joyas robadas le perteneciesen a ella. Pero Julia no prestó demasiada atención a esta actitud y siguió hablando de otros temas para saber más acerca de la vida de Inés —. ¿Y por qué precisamente hace dos años que intentas que tu forma de ver la vida sea menos seria? ¿Te pasó algo especial que se pueda contar?

Una agradable ráfaga de viento les llegó del río y Julia tuvo que apartarse de la cara las greñas que se la cubrían con obstinación. El camarero se acercó con una bandeja y depositó las copas sobre la mesita de madera que compartían ambas hamacas.

—Siempre me han pasado muchas cosas, la verdad. Unas buenas y otras malas, pero siempre llevaderas. Sin embargo, hace dos años, aunque mi aspecto no lo deje traslucir, falleció mi hija. —El tono de Inés estaba cargado de pesadumbre—. Quizá la culpa fue mía por no haberla tratado con más mano dura, pero el caso es que siempre fue una irresponsable que hacía lo que le daba la gana. La última vez no se le ocurrió una idea mejor que lanzarse al vacío desde una montaña en los Alpes suizos con un traje de pájaro para planear como un cóndor. Dejó a mi pobre nieto sin madre. Por eso, para no

hundirme, pongo todo mi empeño en sacar el lado divertido de las cosas.

Durante unos segundos Julia se quedó sin saber qué decir. Lo último que hubiera imaginado era que una mujer tan animada estuviera atravesando un luto tan amargo como el de la pérdida de un hijo. Para sacar a Inés de sus pensamientos, Julia le comentó:

—Al menos tienes otro hijo, ¿no? Antes has dicho que quien te llamaba sería Paquito, tu hijo.

—Sí, sí, Francisco, como su padre, pero yo siempre lo he llamado Paquito. Se casó hace cuatro años y tiene un bebé precioso. Vienen a vernos casi todos los fines de semana y, como es tan bueno, ahora que no estoy yo, va a casa a ver a su padre todos los días. Cuando me ha llamado, estaba allí, pero ni te imaginas la de veces que se ha cortado la comunicación. Hablar desde el barco es prácticamente imposible, aunque al final me he podido enterar de que todo va bien.

—Ya sé que te parecerá una pregunta indiscreta, pero ¿a tu marido no le importa que te vayas de viaje durante ocho días o es de esos hombres modernos que cree que la pareja necesita un tiempo de separación?

Inés soltó una risotada. Su expresión de abatimiento desapareció, y dio paso a su gesto de alegría habitual.

—Seguro que te estás preguntando cómo es posible que una mujer casada, y de mi edad, diga que no tiene interés en un señor porque él no tiene interés en ella, lo cual implica que no tendría inconveniente en... tener algo con dicho señor, si él se lo pusiera fácil. —Esta vez Julia levantó las dos cejas a la vez en señal de incredulidad. Le acababa de leer el pensamiento—. Pero esa cuestión tiene una explicación sencilla: mi marido y yo llevamos incontables años separados de hecho, que no de derecho. Creo que la culpa fue mía, por dedicarme tanto a mi trabajo. Así él comenzó a hacer su vida con otras.

—No sé si te das cuenta, pero te culpabilizas de todo: del fracaso de tu matrimonio, de las locuras de tu hija... ¿De algo más también? —Empezaba a sentir simpatía por aquella mujer que tenía motivos para estar destrozada y, sin embargo, ponía la mejor de sus

sonrisas. A Julia le daba rabia que se acusara de esos descalabros. En cualquier relación bilateral, la culpa no recaía por completo solo en una de las partes. Quizá se debiera a una educación en la cual la responsabilidad de las acciones domésticas y familiares recaía enteramente en las mujeres, tal y como también le habían inculcado a la propia Julia.

—Es que la tengo en lo que respecta a mi matrimonio. —Inés cerró los ojos y en su mente afloraron los recuerdos. De forma relajada, siguió hablando—: Yo ya me dedicaba a la cría de caballos cuando nos conocimos en un concurso hípico en Francia, pero, al poco de casarnos, estando ya embarazada de mi primer hijo, me surgió la posibilidad de comprar unas cuadras en Alemania. Como él me apoyó al cien por cien, no lo dudé ni un instante. El problema es que, sin darme cuenta, me dediqué en exceso a mis caballos y mi marido empezó a pasar más tiempo fuera que dentro de casa, hasta que llegó un punto en el que apenas nos veíamos. Y, aunque teníamos una niñera, los niños quedaron un poco desatendidos.

—Seguro que si eso lo hubiera hecho un hombre no pasaría nada. Tendría a su mujercita en casa para ocuparse de los niños y preocuparse de tener la comida puesta en la mesa para cuando su amado esposo regresara. —Julia se recostó en la tumbona y resopló con hastío. Después le advirtió con determinación—: Ni se te ocurra sentirte culpable por eso. Ni por tu hija tampoco.

—Si algo tenía que pagar por haber descuidado mi matrimonio, desde luego la deuda ya está cancelada. Hace años, mi marido sufrió una caída de caballo que lo dejó paralítico, y yo vendí las cuadras para trasladarme a Madrid y estar cerca de él. No te voy a mentir y a decirte que me he dedicado a él en cuerpo y alma, pero te puedo asegurar que he permanecido a su lado y no le ha faltado de nada, ni siquiera un hombro sobre el que llorar sus penas. —Inés dio un sorbo al vino—. En cuanto a mi hija, no solo intento superar su pérdida día a día, algo muy difícil cuando cada mañana siento un dolor que me oprime el pecho difícil de describir, sino que gustosamente trato de redimirme ocupándome de mi nieto, un niño de cinco años que se ha quedado sin madre. Esta es la primera vez

en dos años que lo dejo solo con su abuelo y al cuidado de la niñera. Me sentía desbordada y necesitaba tomarme un tiempo un para mí...

—Tengo la impresión de que todas hemos venido a este viaje para escapar durante unos días de los demonios que nos persiguen... Hasta la pobre Sole querría huir de algún problema.

***

Tras convencerse de que había perdido cualquier posibilidad de concentración en *El c* ódigo *Da Vinci* , salió de la cama de un salto y, de la caja fuerte que se escondía en el armario, sacó el diario de Sole. Ya que por edad estaba fuera de sospecha, las otras dos decidieron por unanimidad que lo guardara Julia, y ahora ella sentía la necesidad de releerlo.

Colocó junto al cabezal varias almohadas en las que apoyar la espalda y, de nuevo, se acomodó sobre el colchón para concentrarse en el diario que tenía entre las manos. Junto a Cayetana y Matilde había echado un vistazo rápido a parte de los escritos, sin encontrar nada relevante para el caso. Por eso, como le traía sin cuidado la cotidianeidad de la difunta y le parecía una intromisión a su intimidad, solo se fijó en la página final. En silencio, volvió a leer las últimas letras que Soledad Contreras había escrito en su vida:

Querido diario:

Hay que ver las vueltas que da la vida. Estoy tan excitada que ni siquiera he podido esperar a ponerme el pijama para escribirte. Lo último que hubiera esperado era encontrar aquí a dos personas que tienen tanto que ver, sin ellas saberlo. O tal vez sí que lo saben, pero prefieren aparentar lo contrario. Una me consta que es muy consciente, pero a nadie le gusta hablar de las dolencias sufridas y mucho menos, de las causadas, como es el caso. Y yo estoy ahí, en el medio, soy como el Ojo de Dios que todo lo ve. Seguramente el Señor me ha colocado en esta tesitura para que, de una vez por todas, confirme la respuesta a la pregunta que tantas veces me he formulado sobre la justicia divina y la justicia terrenal. Yo siempre he creído que, antes de abandonar el cuerpo físico, las deudas pendientes se saldan en este mundo. En el otro, el Padre actúa como tal y lo perdona todo, por eso debe ser aquí donde se pagan

las injurias y los daños cometidos. Unas veces de forma pública y las más, de manera silenciosa, padeciendo angustia sin que los demás se enteren. Pero, en cualquier caso, sufriendo.

Y además de en este gran motivo de agitación, no puedo dejar de pensar en todas las casualidades que se han confabulado en este viaje: el nombre que por fin he recordado y las adúlteras que tampoco se van a librar de su pena. Yo misma me encargar é *de hacer caer a la depravada. Pero, sin lugar a dudas, a la que le ha llegado el momento de pagar es a*

Así, de una manera brusca, se cortaba el escrito. Julia cerró el cuaderno y recordó el razonamiento que Matilde había expresado en voz alta: «Esta no es la carta de despedida que escribiría alguien que está a punto de suicidarse». También estuvo de acuerdo, como apuntó la Vidente, en que más de una tenía interés en quitar a Sole de en medio. Pero la cuestión era quién o quiénes. A pesar de que su primera tentativa, la charla con Inés, no había resultado lo suficientemente fructífera, Julia se había propuesto descubrir las identidades de las personas a las que se refería Sole.

Antes de que el sueño la venciera, por su mente pasó la última escena vivida antes de abandonar el camarote junto a sus compañeras.

***

No sin cierto retintín, le preguntó a Matilde:

—¿No puedes usar tus poderes para saber a quiénes se refiere?

—No, por desgracia, estoy involucrada y las cartas dejan de hablarme cuando aparezco por algún motivo. Solo puedo asegurar que la muerte de Sole no ha sido natural. Esta mujer era conocedora de muchos secretos y su presencia ha despertado a un monstruo de oscuro pasado que llevaba años durmiendo.

La Diva se santiguó y agachó la cabeza.

—Igual todo es una simple casualidad y estamos sacando las cosas de quicio.

—Pero, al menos, podrás descartar a alguien —le insistió Julia sin hacer caso al cometario de Cayetana.

Con aire derrotista, la Vidente se pasó la mano por el pelo cuajado de mechas rosa chicle.

—La verdad es que tengo una intuición, pero no quiero adelantar nada hasta que tenga alguna certeza. Más que nada, para no meter la pata. —Y finalizó de forma categórica—: Lo único que sé es que todavía estamos en la era de Piscis, en la que el ser humano tiende a actuar de manera egoísta. Solo al llegar a la era de Acuario, momento en el que despertará la conciencia humana colectiva, y cuando Plutón deje de entrar en Capricornio y se sitúe en Acuario, allá para el año 2023, entonces todo serán certezas. Ahora solo sé que tengo miedo.

Casi siempre tenía respuesta para todo, pero, ante aquel alegato, Julia se quedó sin saber qué decir. Matilde seguía pensativa mirando por la ventana. Seguro que, como Cayetana y ella misma, también estaba haciendo sus propias conjeturas acerca de la identidad de las mujeres que aparecían en el diario de Sole, pensó Julia.

17

SEGUNDA ESCALA: EDFÚ

Los rayos que iluminaron el camarote cuando Julia descorrió las cortinas auspiciaban otro día sofocante. Eran las ocho de la mañana y la única diferencia respecto a la jornada anterior era que no había tenido que madrugar tanto, lo que le había dado un margen al descanso.

Mientras el agua de la ducha empapaba su cuerpo, concluyó que, según las estadísticas, la probabilidad de que se repitieran sucesos similares a los de la jornada anterior era prácticamente nula y sería un día mucho más relajado. Aunque, después de conocer el contenido del diario de Sole, cualquier cosa era posible, se dijo.

Entretanto se secaba con la toalla y se ponía crema hidratante en el cuerpo, le fue dando vueltas a la identidad de las dos mujeres que en el pasado coincidieron con la difunta. De las cinco damas que tenía sobre el tapete, no podía descartar a ninguna, ni siquiera a Cayetana y a Elvira, a quienes Sole conocía de tiempo atrás. Por lo que se deducía de la lectura, las que podrían no haberse reconocido eran las dos implicadas, o una de ellas. Y, además, quedaban: Lola, Matilde e Inés. De esta última poco había descubierto en la conversación mantenida la tarde anterior. Solo podía afirmar que aquella mujer, que escondía su sufrimiento bajo una apariencia optimista y despreocupada, le había caído más que bien y contaba con toda su admiración y simpatía. Si ante los problemas había gente que se refugiaba en la religión, en el juego, en la comida, en la bebida o buscaba la ayuda de un terapeuta, Inés tenía todo el derecho del mundo a consolarse en el mundo esotérico.

En cuanto a Matilde, por mucho que dijera que era incapaz de ver su futuro y pareciese inocente como un corderito, no dejaba de ser sospechosa. Aunque quien dominaba el palmarés del *ranking* a sospechosa mayor era, sin lugar a dudas, la Ninfómana. Si no se trataba de una de las mujeres que, según Sole, el azar había llevado hasta Egipto, por su aspecto juraría que era la adúltera o depravada

que la difunta se había propuesto que cayera. Aunque en ese caso, si sabía la verdad sobre Cayetana, esta sería otra firme candidata.

Dejó de hacer cábalas y, sin perder tiempo, llegó a la escalera del vestíbulo, dispuesta a bajar los dos pisos que la separaban del restaurante. Pero la visión de Ahmed, que bajaba la escalera unos metros por delante de ella, la obligó a detenerse en seco. Con la mano agarrada a la barandilla y todavía observando el cogote del guía, se preguntó si aquella reacción que la había dejado clavada en el suelo se debía a que no esperaba que Ahmed bajara de su cubierta o a la incipiente atracción que su compañía ejercía sobre ella. Todavía no era capaz de discernirlo. De lo que no tenía duda era de que hacía más de veinticuatro horas que no le había dedicado ni un segundo de sus pensamientos a Varis.

Volvió a sorprenderse al observar cómo Ahmed, en lugar de seguir hacia el restaurante, se adentraba por el pasillo de la segunda cubierta en dirección a su camarote. Supuso que ya habría desayunado y volvería de fumarse un cigarro en la terraza. Julia no le dio importancia y continuó su descenso hacia el primer piso.

En la misma mesa que la jornada anterior la mayoría de los miembros del grupo ya disfrutaban del desayuno bufé. Faltaban Elvira y Lola. Sin embargo, a las nueve en punto, cuando todos se encontraban reunidos en recepción formando un círculo alrededor del guía, las dos amigas se unieron a ellos. Sus rostros estaban iluminados por el maquillaje y llevaban una pequeña bolsa con el desayuno. Con desparpajo, comentaron que se lo comerían en cuanto subieran al autobús, pero se quedaron un poco decepcionadas cuando el guía les aclaró que esta vez no habría autobús.

El eco provocado por las voces de otros turistas, convocados también en la recepción y dispuestos a realizar la misma excursión, originó que tuvieran que hacer esfuerzos para seguir las indicaciones de Ahmed. Se encontraban en Edfú y su siguiente destino era el templo de Horus, al que, como les iba explicando con una sonrisa dulce y pícara, llegarían montados en calesas por parejas: Elvira junto a Lola y Matilde con Inés.

Julia se quedó pasmada al escuchar que le tocaba compartir calesa con Cayetana y su galán, Mario Montenegro. Ella, una mujer acostumbrada a viajar sola, no tenía ninguna necesidad de pasar incomodidades para ser trasladada en compañía, y mucho menos, para hacer de carabina de una posible pareja en ciernes. Le traía sin cuidado si el grupo era un número impar y elevó la voz para que Ahmed escuchara sus quejas, pero este ya se había puesto en marcha y se movía esquivando a otros turistas.

No se equivocó con su pronóstico. Aquel coche de caballos era un transporte excelente para disfrutar de un paseo en compañía de otra persona, pero tres cuerpos, que para quedar al amparo de la sombra y poder compartir espacio no tenían más remedio que apretujarse bajo la capota del carruaje, solo conseguía elevar la temperatura del ambiente y, con ello, los niveles de sudoración.

Cayetana se horrorizó al notar cómo las gotas de sudor le resbalaban desde la cabeza, pasaban por la nuca y le empapaban la espalda. Lo primero que pensó fue en lo pringoso que se le estaría quedando el pelo y, con rapidez, se colocó la pamela que llevaba en la mano. Julia, con evidente disgusto, tuvo que apartarse para que el sombrero no se le metiera en un ojo.

Mientras tanto el embajador, quien también había tenido que hacerse a un lado, se sintió algo incómodo ante la falta de amplitud. Como buen caballero, se brindó a sentarse frente a ellas, en el banco de madera situado detrás del cochero y sobre el que, además de ir contra la marcha, el sol incidía en toda su plenitud. A pesar de su engorrosa ubicación, con exquisita educación siguió contando anécdotas del templo que estaban a punto de visitar. A Julia, aquella situación le parecía imperdonable y cargó contra Ahmed:

—No puedo entender cómo este chico lo ha organizado tan mal y ahora el pobre Mario tiene que estar achicharrándose en ese banco tan incómodo.

—No os preocupéis —dijo el señor Montenegro, cubriéndose los ojos con unas gafas oscuras. Su espeso cabello blanco brillaba bajo la luz solar—. El trayecto es muy corto y llegaremos enseguida.

—Será que al guía no le ha parecido correcto que alguien se quede solo —apuntó Cayetana con voz melosa—. No se lo tengamos

en cuenta y no le digamos nada. Se ha portado tan bien con todo lo que ha pasado...

Pero Julia, que todavía no había podido deshacerse de los nervios que traía desde España, no tenía ninguna intención de pasar por alto el mal rato que el guía le había hecho pasar en la calesa. En cuanto puso el pie en la plaza que daba acceso al templo de Horus, fue en su busca. Su calesa fue la última en llegar y Ahmed los esperaba con su eterna sonrisa.

—Ahmed, ¿cómo se te ha ocurrido meternos a tres personas en la misma calesa? —Julia apretaba los puños para tratar de contener la rabia—. A la vuelta me pones sola. Te juro que no tengo ningún inconveniente.

—Si no he sido yo... —respondió él, arqueando una ceja con inocencia.

—He sido yo, discúlpame —intervino Cayetana, cogiéndola del brazo y separándola de los dos hombres—. Ha sido un error, lo sé, pero ni quería dejarte sola a ti ni quería dejar solo a Mario.

—Si yo no tengo ningún problema en ir sola —le respondió Julia muy bajito—. Habérmelo dicho desde un principio.

—Pero yo sí. No quería ponérselo tan fácil a nuestro embajador. —Cayetana irguió la espalda con dignidad.

Julia contuvo una carcajada al tiempo que retrocedía unos pasos y juntaba las palmas sobre el pecho en señal de arrepentimiento.

—Perdóname, Ahmed. También hay que saber reconocer las equivocaciones, y yo me he equivocado contigo.

Durante unos segundos sus ojos se clavaron en los de ella con admiración. Enseguida se acercó más a Julia para separarle las manos, dando a entender que no tenía que disculparse, y dio un par de palmadas para reunir al grupo:

—*Yala, yala.* Yo ya me he olvidado. Ahora, a disfrutar.

Las otras cuatro mujeres los esperaban rodeadas por decenas de mercaderes, que las asediaban mostrándoles sus mercancías. La plaza que precedía a la explanada del templo estaba circundada por infinidad de tiendas y se veían más vendedores que turistas.

—Hago colección de abrecartas —dijo la Diva en voz alta, mirando uno de los puestos en el que se mostraban objetos de cobre y plata

—. A ver si encuentro uno con la empuñadura de piedras preciosas.

Cayetana adornaba su blusa roja con un llamativo broche; por la intensidad con la que brillaba, debía ser de rubíes. Mientras hacía el comentario, de forma inconsciente lo rozó con los dedos. Ahmed se dio cuenta del gesto y le indicó:

—Mejor que hagas las compras a la salida. Pero lo que encuentres aquí será de cristales de colores. Creo que lo que buscas lo encontrarás en una joyería. En Asuán puedo llevarte a una.

El sol ya apretaba, y si alguno todavía no se había cubierto la cabeza, en ese momento lo hizo. Mientras recorrían la explanada y sobrepasaban las dos estatuas de Horus que presidían la entrada, Julia se colocó el pañuelo sobre el pelo. A través de las gafas negras, pudo ver cómo Elvira le daba un pequeño empujón a Lola y se pegaba a Ahmed como lo haría una garrapata al lomo de un perro. Era como si tuviese que estar en primera fila para no perderse ninguna de sus explicaciones. Ahmed hizo un imperceptible gesto de disgusto, pero continuó con sus disertaciones sobre el monumento como si nada.

La pareja formada por Mario y Cayetana se había quedado un poco rezagada y, por la cara de interés de la Diva, Julia dedujo que el embajador le estaba haciendo de cicerone particular. Como las rivales de Cayetana no se acercaron a ellos ni una sola vez, también concluyó que las competidoras de la Diva se habrían dado por vencidas y habrían cejado en su empeño de seducir al señor Montenegro.

Matilde e Inés seguían al guía a escasos pasos y en silencio. Admiraban maravilladas la belleza del lugar. A pesar de que la Vidente había cogido un bastón para caminar, no lo usó en ningún momento ni tampoco se quejó de dolores en la rodilla. Es más, como le molestaba llevarlo en la mano, se lo dejó a uno de los vigilantes para recogerlo a la salida. Julia se aproximó a ellas por detrás con la intención de adelantarlas y sacar unas cuantas instantáneas. En ese momento escuchó la voz de la Pantera Rosa quejarse con resignación:

—No me puedo creer la mala suerte que tengo. No puedo continuar con esto. Tal vez sea mejor dejar las cosas como están.

A lo que la Vidente le respondió con su voz grave:

—De eso nada. Uno no puede echarse atrás por encontrar una piedra en el camino. Cuando uno está convencido, tiene que seguir adelante contra viento y marea. Vamos a darle otra oportunidad y según... —Al detectar la presencia de la fotógrafa, la conversación entre las dos amigas se cortó de forma instantánea y ostensible.

Julia se dio cuenta de que era la culpable de la interrupción y, para que se quedaran tranquilas y hacer como que no había escuchado nada, se dispuso a decir algo relacionado con la magnificencia del templo, pero una llamada de Elvira le evitó tener que hacer cualquier tipo de comentario:

—Julia, querida, haznos unas cuantas fotos con tu cámara a Ahmed y a mí. —Con sus tacones cuadrados y su falda corta, Elvira era la antítesis de lo que significaba atuendo apropiado—. Que salga también el pájaro con la corona.

Inés forzó un gesto ingenuo y la corrigió con sarcasmo:

—Pájaras, es posible encontrar; pero pájaros, ni uno. Si hubieras prestado más atención, sabrías que la estatua de Horus que tienes detrás es un halcón.

Sin embargo, el comentario no pareció afectar a Elvira. Con una sonrisa y sin soltar a Ahmed, posaba frente a la cámara de Julia. Esta, sin dar crédito, se juraba que era la última vez que semejante caradura la pillaba desprevenida. Para echarle humor, al momento miró a la pareja con una sonrisa postiza y movió el brazo para indicarles que cambiaran de posición.

—Moveos un poco hacia la izquierda para que salga mejor el pájaro —Ahmed tomó aire para sobrellevar la situación y Julia bajó la voz para susurrar—: y la pajarraca.

—Para el halcón es más correcto utilizar el vocablo ave —añadió Lola, metiendo barriga para llevar la cremallera del pantalón a su posición correcta. Lo llevaba tan apretado que de tanto en tanto se le hacía necesario subirla. Sin dar opción a comentarios, comenzó con otra de sus declamaciones—: «Quiero sentirme libre como el halcón que surca indomable los cielos solitarios, quiero gritar con la fuerza de sus graznidos para hacerle saber a los cuatro vientos que la vida, aun sin amor, vale la pena vivirla».

—¿Y esos versos de quién son? De García Lorca seguro que no. —Cayetana levantó la cabeza con gesto digno y sus pendientes bailaron al compás de la pamela.

—¿A que ha sido precioso? —La Ninfómana se quitó el sombrero para darse aire con él y, de paso, dejar su melena rubia a la vista—. Pero, efectivamente, no son de Lorca; son míos. Me ha salido así, sin pensar. Tendré que apuntarlos para que no se me olviden. ¡Ay, qué casualidad! Ahí está Rodrigo Aguirre. —Y, sin más, corrió a su encuentro.

El resto escucharon las descripciones de Ahmed e hicieron fotografías, hasta que el egipcio volvió a dar un par de palmadas y pronunció el consabido: «*Yala, yala* ", lo que significaba que daba la visita por concluida.

Al llegar a la plaza donde los esperaban las calesas, Cayetana pidió unos minutos para buscar algún abrecartas, aunque los materiales de la empuñadura no fueran nobles. A todas les pareció una gran idea tener un poco de tiempo para las compras. Desde que habían pisado Egipto, no habían tenido un segundo para entretenerse con los artículos típicos del país. La que no quería un fular, quería un imán o cualquier objeto de los cientos que les ofrecían los vendedores que se agolpaban a su alrededor. Ninguna tuvo necesidad de moverse de la plaza para quedar satisfecha con sus adquisiciones. Si había algo que no fuera de su agrado, el mercader salía corriendo para volver con la pieza que podría encajarle. Sin embargo, la gran dama, junto a su galán, terminó por adentrarse en una de las tiendas.

Al rato salió con cara de triunfo y, de una bolsa de plástico verde, extrajo un objeto cuyo filo, estrecho y plateado, relució bajo la potente luz del sol. Las piedras del mango se distinguían con total claridad.

Echó los hombros hacia atrás con orgullo y, bajo la sombra de su pamela, les hizo saber:

—Es una daga de plata y gemas semipreciosas. La hoja es un poco más larga de lo normal, pero quedará maravillosa en mi colección de abrecartas... Mario me ha ayudado a elegirla.

18

UN TRAYECTO EN TUCTUC

Una tras otra, las calesas aguardaban en fila junto a la entrada de la plaza el regreso de los pasajeros. Cuando los miembros del grupo estaban a pocos metros de distancia, Julia se colocó junto a Ahmed y le tocó el brazo para que se detuviese. Él quedó encantado al poder pasar unos segundos a solas con ella.

—Si no te importa, Ahmed —Julia se quitó las gafas y sus ojos color miel lo miraron con intensidad—, esta vez prefiero ir sola. Dejemos que Cayetana y Mario compartan calesa.

—La verdad es que iba a proponerte que te vinieras conmigo. Si quieres, claro. —Ahmed la observó en espera de su respuesta.

Julia parpadeó y se colocó la mano sobre la frente a modo de visera, aunque, en realidad, se estaba dando tiempo para contestar. Claro que podía negarse alegando cualquier excusa, pero tenía que reconocerse a sí misma que esa proposición era lo que en el fondo deseaba. Desde la breve relación que había mantenido con Roberto —de la que hacía ya dos años y que más bien fue un último cartucho que disparó para que Varis reaccionase—, no había disfrutado de momentos románticos. Ante algunas insinuaciones había hecho oídos sordos, en espera del prometido cambio de su marido, que hasta la fecha no se había producido.

Sin darse cuenta, le afloró al rostro una tímida sonrisa:

—Genial. Será un viaje...

No pudo terminar la frase. Elvira, con cara de ingenuo pez napoleón, se situó en medio de los dos y, como si los uniera una amistad de toda la vida, se colgó del brazo del guía.

—Ah, Ahmed —dijo con voz quejumbrosa—. Lola se ha empeñado en volver sola para disfrutar mejor de la vuelta y a mí me da terror pensar en no tener compañía. Tendrás que venir conmigo.

Una ligera sombra de hastío cruzó el rostro del egipcio, pero no perdió la compostura y, con simpatía, le respondió:

—Qué lástima, no habría cosa que me gustara más que sentarme a tu lado, pero ya está todo organizado y Lola tendrá que olvidarse de su paseo en solitario.

La decepción y la contrariedad obligaron a Elvira a entrecerrar todavía más sus pequeños ojos. Pese a todo, Ahmed supo reconducir la situación. Le cuchicheó algo al oído que la puso contenta, la condujo hasta la calesa en la que ya se encontraba Lola y la ayudó a subir. No la abandonó hasta que estuvo instalada en el asiento.

—Qué poca vergüenza —escuchó comentar a Inés con rabia y sin ningún disimulo. Julia se fijó en cómo Matilde se recogía la manga de la túnica y apoyaba la mano sobre el hombro de la Pantera Rosa en señal de calma. Esta agachó la cabeza, que llevaba cubierta por su gorrito, y al levantarla todo signo de ira se había evaporado.

Ahmed se encargó de que las tres calesas partieran sin contratiempos. Lola y Elvira salieron las primeras, saludando con exagerados aspavientos a la concurrencia que se encontraba en la plaza. Más comedidas fueron Inés y Matilde, que, comentando entre ellas la calidad de los pañuelos que acababan de adquirir, abandonaron el lugar. Aunque los más risueños del grupo eran, sin lugar a dudas, Mario y Cayetana. Él le contaba anécdotas del templo y ella, embelesada, lo escuchaba con atención. Julia se dio cuenta de que aquel halo de melancolía que la envolvía cuando la conoció había desaparecido.

Al quedar a solas, Julia se dispuso a subir en el siguiente coche de caballos que hacía cola junto a la entrada, pero Ahmed la retuvo por el brazo.

—Espera, ¿qué te parece si volvemos en tuctuc? Podría ser divertido.

Ella asintió con un ligero movimiento de cabeza y observó los triciclos motorizados que se encontraba fuera de la plaza. Sin darle tiempo a echarse atrás, él la tomó de la mano para cruzar corriendo la calle y llegar hasta la motocicleta amarilla de tres ruedas que estaba parada en medio de un tumulto de personas, vehículos destartalados y animales.

—Perdona que me haya tomado la libertad de cogerte de la mano, pero aquí ya ves que hay que cruzar con mucho cuidado —se disculpó Ahmed, una vez instalados en el interior del tuctuc.

—Así que, además de acompañarme en el recorrido, tengo que darte las gracias por ser mi salvador —le dijo Julia, no sin cierta ironía. En realidad, estaba feliz de que alguien se preocupara por ella. Solo habían sido unos segundos, pero el contacto de su piel al tomarla de la mano le había transmitido un cálido hormigueo en la espalda, como si la yema de un dedo le recorriese lentamente la columna vertebral de arriba abajo. Además, pensó, la intensidad del roce había sido la adecuada. Si hubiera sido demasiado fuerte, le habría parecido prepotencia, y demasiado blando, le habría recordado a una húmeda y resbaladiza babosa.

—Eso es. Me tienes que estar agradecida y por eso esta noche, en la fiesta, me deberás un baile. Y me da igual que estés casada.

Ella rio con ganas.

—¿Dónde has aprendido a hablar español tan bien? Estás al quite de todo.

La calzada estaba llena de baches, pero eso no fue obstáculo para que el tuctuc adelantase por las bravas a un burro que estaba parado en medio de la calzada en el preciso instante en el que una moto aparecía en sentido contrario. Julia apretó los labios y cerró los ojos como anticipo del fatal desenlace, pero, por arte de magia, aparte de un pequeño salto debido a un socavón en el camino, la pericia de los conductores evitó la colisión y continuaron la marcha con total normalidad.

Ahmed ni se había inmutado y respondió:

—Estudié cuatro años en la universidad y después ha sido con la práctica. Hace nueve años me saqué la licencia de guía y desde entonces practico todos los meses. Aunque no te creas, eso último que has dicho no lo he entendido.

—»Estar al quite» es una expresión muy taurina, de los toros, quiero decir, que significa que estás pendiente de todo. Por eso deduzco que habrás estado en España. No me puedo creer que estudiando con un libro se puedan aprender tantos giros de una lengua y tantas expresiones.

—Ojalá hubiera podido ir, pero la verdad es que no he estado nunca. —Ahmed suspiró—. Incluso me habían admitido en una escuela de Madrid, pero la embajada no hizo más que ponerme problemas y nunca me concedieron el visado. Y eso que lo intentamos todo.

—¿Intentamos? —Los ojos de Julia lo miraron con suspicacia—. No sé por qué, pero intuyo que había una guapa novia española en esta historia.

—Es verdad, pero la distancia fue decisiva para que la relación terminase. Vaya, qué pena —exclamó el egipcio—, ya hemos llegado.

—Una pena, sí —murmuró Julia, quien a pesar del caótico tráfico había pasado un rato más que agradable.

Le pidieron a otro turista que les sacara una foto juntos en el interior del vehículo, pero Elvira, con la intención de que el guía no se le escapara, se acercó para posar con ellos.

Julia, un poco harta, miró en otra dirección y reparó en que Lola se encontraba a pocos metros departiendo con Jorge Aguirre. Con una camisa azul marino y las manos en los bolsillos de sus bermudas, miraba a todas partes excepto al lugar en el que se encontraba su interlocutora. Esa actitud solo podía significar que no le prestaba ninguna atención. Alguna excusa debió ponerle, porque en cuanto se vio libre Rodrigo desapareció de la escena.

—Ahmed, ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Otra excursión? —Con aquel vestido que le estaba casi un palmo por encima de la rodilla y aquella voz infantil, no cabía duda de que a Elvira le gustaba recordar sus años de adolescencia.

—No, ahora subimos al barco, hacemos una parada rápida en Kom Ombo para visitar el templo y el museo del cocodrilo y de ahí continuamos hasta Asuán. Allí visitaremos un pueblo nubio.

—Dios mío, no tenemos un segundo de descanso —exclamó Julia bajando del tuctuc—. Esto cada vez se parece más a una maratón.

—No hay duda de que es un viaje precioso pero agotador —intervino Rodrigo Aguirre por sorpresa. Había sorteado a los vendedores y curiosos que asediaban a los turistas y se había aproximado hasta la parada de las calesas, donde se encontraba

Julia. Como no habían sido debidamente presentados, él le tendió la mano y le dijo su nombre. Ella correspondió a su saludo:

—Yo soy Julia Soler.

—Lo sé, es difícil no fijarse en la chica más guapa del barco.

—No te hagas ilusiones —intervino Ahmed con una mezcla de admiración y aflicción. Su brazo se encontraba atrapado entre las garras de Elvira—, está casada.

Ahmed ya no pudo añadir más. Elvira tiraba de él hacia el barco y él no era capaz de deshacerse del abrazo.

—Era de esperar —comentó Rodrigo con aire alegre—. Aunque tenía la esperanza de que, perteneciendo a un grupo que, cuando menos, voy a definirlo como curioso, bien podrías estar divorciada... o viuda.

—Pues ya ves, ni una cosa ni la otra —le dijo Julia, poniéndose las gafas oscuras—. Uno no se puede fiar de las apariencias. A pesar de lo que parezca, somos un grupo dispar pero bien avenido.

—¿De verdad estáis tan bien avenidas? —Hubo un deje de incredulidad en la pregunta de Rodrigo.

—¿Qué te hace pensar la contrario? —A Julia no le gustó ni pizca el cariz que estaba tomando la conversación. Que un desconocido se atreviera a hacer aquellas insinuaciones le parecía de un gusto pésimo.

—Soy muy observador, además de noctámbulo. A altas horas de la madrugada se descubren cosas muy interesantes. Eso, por no hablar de los comentarios que las unas hacen de las otras...

—Estoy loca por conocer tus averiguaciones —dijo Julia sin mucha convicción—. Cuando quieras me las cuentas.

—Si te apetece que nos tomemos una copa en la terraza durante la fiesta de esta noche, estaré encantado.

La proposición le resultó muy poco oportuna, pero, por no entrar en conflicto con un extraño que, aunque con cierto atractivo, ni le iba ni le venía, prefirió zanjar la cuestión con un «Lo intentaré».

Apresuró el paso para alcanzar a Matilde e Inés, que estaban a punto de cruzar la pasarela para embarcar. Se sorprendió al escuchar la voz de la Pantera Rosa cerca de su oreja. Esta vez no había atisbo de alegría.

—No te fíes de los hombres, niña, y menos de los encantadores de serpientes. Igual te llevas una decepción.

19

TERCERA ESCALA: ASUÁN

La parada en Kom Ombo fue breve. En una hora recorrieron el templo dedicado a Sobek, la deidad con cabeza de cocodrilo y cuerpo de hombre, y terminaron con una rápida visita al museo. Los antiguos egipcios querían congraciarse con el dios cocodrilo para que los protegiera frente a las inundaciones del Nilo y sus cosechas fueran prósperas. Pero, aparte de unas cuantas fotografías, pocas preguntas pudieron formularle a Ahmed. Tenían que regresar al barco para comer mientras navegaban hacia Asuán. Los aguardaba la visita al pueblo nubio.

Aunque ese hecho no afectó a Cayetana en absoluto. Viajaba junto a Mario, su guía particular, quien le prometió ampliar sus conocimientos en cuanto tuvieran algo de tiempo libre.

También Lola, a pesar de que nadie se lo pidió, se brindó a disertar sobre la momificación de los cocodrilos, tanto a quien quisiera escucharla como a quien no. Al mismo tiempo que sonreía a todo varón que se cruzaba en su camino, habló sin parar hasta que, ya en la nave, los miembros del grupo se dispersaron para pasar por sus camarotes y arreglarse antes de bajar al restaurante.

Tras el almuerzo, solo dispusieron de media hora para disfrutar de la siesta, que a todos les pareció corta. El barco ya estaba amarrado en uno de los muelles de Asuán y una faluca tripulada por dos nubios los esperaba para trasladarlos al poblado. Ayudados por el grumete, uno tras otro subieron al interior. Una vez sentados, la embarcación se puso en marcha.

Lola no perdió la ocasión de colocarse junto al capitán, un hombre bajito y delgado, de piel negra e inusuales ojos verdes, que parecía pasarlo en grande con las carantoñas de la pasajera. Estaban tan cerca que en más de una ocasión Julia pensó que iban a besarse.

—Este señor es un desvergonzado —dijo Lola en voz alta con cara de indignación, pero sin moverse del sitio—. He entendido

perfectamente que quiere un hijo mío.

—Pues como no lo saquéis de la beneficencia, difícil lo veo... — Tras soltar el comentario, Inés miró hacia el río como si la cosa no fuera con ella.

El resto —o con una sonrisa en los labios, o tratando de que no se les escapara la risotada— también se dedicaron a observar el paisaje y a contemplar la isla Elefantina.

A Julia le volvió a parecer impactante, pero pronto le resultó difícil concentrarse debido al jolgorio que el patrón de la faluca empezaba a organizar. De algún lugar había sacado un tambor que golpeaba con ritmo alegre y contagioso mientras cantaba, o más bien chillaba, para que el grupo, acompañado de palmas, repitiera sus palabras. Todos acabaron bailando y Julia, que no pensaba aguarle la fiesta a nadie, también se unió a la fila humana que daba vueltas alrededor de la mesa que los nubios habían llenado de abalorios para la venta.

—No os fieis —les advirtió Ahmed, quien se dedicaba a tomar fotografías de los bailarines—. La mayoría de estas cosas están hechas en China.

Entre risas llegaron a la playa, donde una veintena de aldeanos los esperaba cargados de artilugios con los que sacarse unas monedas. Al no existir ningún tipo de pasarela, los pasajeros tuvieron que descalzarse para no mojarse los zapatos al descender de la faluca y pisar la húmeda arena. Julia, que llevaba una vaporosa falda larga, se la arremangó para que el vaivén de las olas no se la empapase, aunque quien más y quien menos sufrió alguna salpicadura.

—Podéis daros un baño —les sugirió Ahmed—. Hace mucho calor y a quien quiera llegar al pueblo nubio en camello le vendrá muy bien refrescarse.

Uno de los vendedores se había aproximado a Julia para venderle un instrumento musical típico del lugar llamado rababa. Jamás aprendería a tocar aquella especie de violín de tres cuerdas fabricado con cáscara de coco, pero como elemento decorativo, con la pieza principal y el arco de madera pintados en alegres colores, le pareció un objeto de artesanía muy acertado. En ello estaba cuando se vio obligada a girarse. El mercader, que hasta entonces no había dejado de hablar en su lengua mientras ella le regateaba, se quedó

mudo y enfocó su mirada hacia algún punto en la espalda de Julia. Al darse la vuelta comprobó que todos los presentes miraban hacia el mismo lugar.

En el punto de mira estaba Lola. Se estaba quitando las bragas con el vestido de tirantes puesto, tal cual si estuviera representando un número de estriptis. A continuación, se colocó la parte de abajo del biquini y procedió a deshacerse del sujetador haciendo malabarismos para sacarlo por el agujero del escote. Después hizo unos movimientos parecidos para acomodarse la parte de arriba en el pecho hasta que, ya con el biquini puesto, se quitó el vestido y lo dejó resbalar por sus piernas.

A ninguno de los presentes —casi todos del sexo masculino— pareció importarles las carnes flácidas que pendían de sus brazos ni los michelines que se formaban en su vientre. Permanecían hipnotizados observando cómo Lola, poco a poco, se sumergía en las aguas del Nilo.

Ni Ahmed podía dejar de fotografiarla y ni el mismísimo embajador podía apartar los ojos de ella. Julia, salvando las distancias, volvió a pensar en Anita Ekberg y en la Fontana de Trevi. Hasta llegó a pensar que gracias a la presencia del guía no se producía una avalancha de hombres desesperados por acariciar aquella piel marchita. De repente, ante aquel numerito de seducción, recordó unas palabras que Sole pronunció en el avión: «Lola Robles es una chabacana de tomo y lomo. Hay gente que nace desvergonzada y ya nunca cambia».

¿Significaba eso que se conocieron tiempo atrás?, se preguntó. ¿Era Lola una de las mujeres a las que se refería en su diario? Julia empezó a creer que sí. Tendría que encontrar algún momento para hablar con ella a solas y confirmarlo.

—¿Nadie más se anima? No podéis imaginaros lo que os estáis perdiendo. El agua es una delicia y la sensación, maravillosa. —Lola, con el pelo recogido para evitar que se mojara, daba saltitos y chapoteaba con las manos para incitar a la concurrencia. Sus pechos también oscilaban al compás de sus meneos—. Mario, deberías venir a hacerme compañía.

—Gracias, Lola, pero no me he traído el bañador y no estoy para lucirme en paños menores —le respondió el embajador alzando la voz.

—Qué mujer tan ordinaria, por Dios. Esta se cree que es la Venus del Nilo —musitó Cayetana con espanto.

—En todos los años que llevo viviendo en este país nunca había visto cosa semejante, y eso que llevo muchos. —A pesar de la opinión, Mario no podía apartar de su boca una amplia sonrisa. Solo esperaba que la Diva no se diera cuenta.

Ahmed instó a Lola para que saliera del agua. Quien quisiera tenía la posibilidad de elegir un camello para llegar al poblado. El resto podrían hacerlo en la barca.

Mientras el grupo decidía qué hacer, Lola se envolvió con un pareo transparente con motivos de cebra, que se anudó por las axilas. Inés, parada, la escrutó con descaro:

—Y yo que me mato con el régimen y me hago unos mejunjes asquerosos a base de cloruro de magnesio, que nos tomamos yo y dos chaladas más, total para ver cómo unos moros babean ante «chicha en mal estado». —Sonrió con aire jovial—. A partir de cierta edad tienes que elegir entre ajamonarte o amojamarte, y yo lo tengo claro: me amojamo. Además, tengo que recalcar que los señores que se fijan en ese tipo de mujeres no me interesan en absoluto.

—No menosprecies a nuestra Lola, querida Inés. —La Vidente se estaba poniendo crema protectora en las manos, el único lugar de su cuerpo al que podía acceder el sol—. Es más peligrosa de lo que parece. Bueno —continuó—, yo me vuelvo en la faluca, no estoy para camellos.

Julia se situó al lado de la Vidente.

—Vaya, pues ahora que lo dices, me doy cuenta de que no cojeas ni te has quejado de la rodilla. Egipto te sienta bien. Cuánto me alegro.

—Es que... —llegó a pronunciar Inés.

—Es que me cuido mucho —la cortó Matilde—. Y, como dice nuestra niña, Egipto me sienta muy bien.

En ese momento se escuchó la voz de Elvira. Al ir descalza y no lucir tacones, su escasa estatura la convertía en alguien casi invisible.

—Ahmed, Ahmed —dijo, asiéndolo del brazo—. Yo iré en camello, pero al llegar al poblado necesito que me acompañes a alguna iglesia. Bueno, aquí no creo que haya ninguna iglesia, pero digo yo que se podrá rezar en algún sitio.

—Hay una mezquita, sí, pero es para musulmanes.

—No me importa, el Señor me escuchará igual. —Se puso de puntillas y alzó un poco el tono para que todos los presentes pudieran escucharla—: Me sabe mal decirlo, pero, como ya os habréis dado cuenta, Lola es muy puta y tengo que rezar por ella. Yo siempre hablo de su difunto marido, porque soy buena persona, pero esa no ha tenido un marido en su vida. Amantes, todos los del mundo, pero lo de pasar por el altar..., ya le hubiera gustado a ella. Será por eso que le gustan tanto los hombres casados. Hasta es madre soltera de una chica que va a cumplir cincuenta años. *Imaginaros* el escándalo que les hizo pasar a sus padres.

En ese instante Julia se acordó de Rodrigo Aguirre. A pesar de que su comentario le seguía pareciendo fuera de lugar, ya que a ella no la conocía de nada, quizá lo había juzgado mal. A lo mejor había escuchado más cosas que la propia Julia y quizá tuviera razón al dudar de lo bien avenido que era su grupo. Lo cierto era que llevaba poco tiempo con ellas, pero, aun así, se atrevería a afirmar que los problemas de las mujeres en la tercera edad —aunque debía empezar a replantearse el momento en el que se podría hablar de tercera edad. ¿Tal vez a partir de los ochenta años?— eran exactamente los mismos que en la adolescencia y la juventud: la envidia por ser la más atractiva, los celos por tener el mejor novio y los chismes. Hablar mal de la compañera quizá fuera incluso más acusado que en otras etapas de la vida. En cualquier caso, tendría que darle una oportunidad a Rodrigo para que se explicara.

La boca de pez de Elvira se cerró al observar que, como una diosa bajada del Olimpo, Lola se acercaba al corro que habían formado. Al llegar se soltó la rubia cabellera moviendo mucho la cabeza y, con su sonrisa de labios rojo pasión, se dirigió a su público:

—Si te parece bien, Ahmed, iré en camello.

Tras decir eso, se echó unas gotas de colirio en los ojos, para después cubrirlos con las enormes gafas de sol. A pesar de que el guía no les tradujo la conversación de los nubios encargados de conducir los camellos, por la forma en que hablaban entre ellos y por cómo se comían a Lola con la mirada, todos supusieron que discutían por ver quién la ayudaba a montar.

Cuatro de ellos tuvieron el honor de encargarse de que «la reina» subiera sin ningún percance. Así, de paso, le sobaban todas las partes del cuerpo que podían. Ella, sin parar de reír, se mostraba encantada.

Inés, Elvira y Julia también decidieron montar en uno de aquellos camellos que habían engalanado con borlas de colores alrededor del cuello. Aunque Elvira, en cuanto su animal se puso de pie y comenzó a sentir el bamboleo, unido a que el camello montado por Julia, que estaba justo detrás, parecía querer fusionar sus dientes con las piernas de ella, empezó a gritar y a llamar a Ahmed para que la bajara de ahí. Este dejó de fotografiar a Lola y fue en su auxilio.

Tanta foto había provocado cierta sensación de fastidio en Julia, que llegó a pensar que a ese paso Ahmed acabaría con el carrete y pronto le pediría la cámara digital que llevaba colgada para poder continuar con el reportaje. Lo que le faltaba, pensó.

Pero, gracias al cielo, no le hicieron ninguna petición y Ahmed acompañó a Elvira hasta la faluca, donde los esperaban Matilde, Mario y Cayetana. No lo dijo en voz alta, pero a la Diva le parecía una deshonra tener que espatarrarse frente a unos personajes mugrientos para montar en una bestia zarrapastrosa que jamás habría pasado por un lavado en condiciones, tal y como le había sucedido a Elvira con ese minivestido.

La visita fue tranquila y sin contratiempos. Fueron a la escuela del pueblo, donde les enseñaron algunas letras de su alfabeto; pasearon por las callejuelas formadas por casas pintorescas de colores, en las que predominaba el azul; y tuvieron tiempo de comprar algunos *souvenirs* . Finalizaron la excursión tomando té de menta y queso

artesanal en una de las viviendas, que también disponía de un pozo, en el que varios cocodrilos campaban a sus anchas.
Ahmed ya había perdido todo el interés por Lola y volvió a centrarse en Julia. A la Ninfómana no le sentó nada bien dejar de ser el centro de atención y se colocó junto a Mario, lo que provocó que Cayetana emitiese un suspiro de contrariedad. Pero esta situación incómoda duró poco. Para sorpresa de Julia, Inés le propuso a Lola que la acompañara a inspeccionar el piso superior, un patio formado por columnas de colores y techos abovedados desde el que se disfrutaba de unas vistas espectaculares del río y del lago Nasser. Lola prefería quedarse al lado del embajador, pero se vio forzada a acceder.

Elvira, por el contrario, estaba pletórica. Su amiga había dejado de ser la protagonista de la excursión, y eso parecía tranquilizarla. Con aire satisfecho, se aposentó a un lado del guía y comenzó a hacerle preguntas acerca de la vida en la aldea, algo que en realidad no le interesaba en absoluto. Él se limitó a ser educado dentro de los cánones que marca la cortesía y en cuanto podía le daba la espalda para tratar de entablar conversación con Julia.

En un momento dado Ahmed se levantó, para al poco volver a aparecer con un pequeño cocodrilo, que le tendió a Julia con la mejor de sus sonrisas. Ella se atrevió a cogerlo sin dudar y acarició a la cría, que llevaba las fauces atadas con una cuerda, e incluso la sostuvo en la cabeza durante un minuto. Pero una apreciación de Matilde dio al traste con las esperanzas de aquellas que pensaban imitar la hazaña de Julia:

—Ya veremos cómo se te queda el pelo si al cocodrilito se le ocurre hacerse pipí encima de ti. —A pesar de su voz grave, el tono era jocoso—. Intuyo que el velo que llevas te va a servir de poco.

—Pues tú has dicho pipí —añadió Inés con sorna. Acababa de regresar junto con Lola de la planta superior—, pero yo he pensado en *cacá* . Lo que creo que es mucho peor. Eso sí, los demás lo pasaríamos en grande.

A una velocidad superior a la de la luz, Julia le devolvió el cocodrilo a Ahmed. Aunque esa anécdota pasó a un segundo plano en cuanto Julia se enteró de que a continuación partirían hacia Asuán para visitar una fábrica de perfumes y cremas. A pesar de que

nadie lo notó por llevar las gafas de sol, abrió los ojos con angustia. Uno a uno escrutó los rostros de sus compañeras; parecían pletóricas con aquella decisión. Sin embargo, ella estaba agotada y solo deseaba llegar al barco para descansar, aunque se abstuvo de expresarlo. Se reconoció a sí misma que esas mujeres, que podrían ser su madre, tenían el doble de vitalidad que ella.

La parte positiva de visitar la fábrica de perfumes fue que, al mismo tiempo que aspiraban el aroma de las esencias para que eligieran su favorito, les ofrecieron un masaje relajante, que todas aceptaron con entusiasmo. Como tenían que permanecer tumbadas y al ser el espacio reducido, a Lola le tocó esperar sentada. Las otras se desvistieron y se tendieron de espaldas sobre mullidas colchonetas. De esa guisa se podían apreciar los kilos de más que adornaban la silueta de Matilde, el prominente estómago de Elvira, la piel flácida de Cayetana y el cuerpo raquítico de Inés.

Para evadirse y dejarse envolver por las caricias de las manos femeninas —lo último que podía entrar en la estancia era un hombre — que le recorrían la nuca y la espalda, Julia cerró los ojos durante unos minutos, pero al cansarse de la posición giró el cuello en la otra dirección y levantó los párpados con pesadez. Tuvo que pestañear varias veces para asegurarse de que su mente no estaba sufriendo una alucinación. Lola se había puesto de pie y, sin ninguna impunidad, fotografiaba la habitación y a las personas que ahí se encontraban, es decir, a sus compañeras, en ropa interior. Con tanta foto como llevaba, seguro que había tenido que cambiar el carrete más de una vez.

A Julia le pareció una aberración y, a pesar de que estaba disfrutando el masaje, decidió envolverse en una toalla para acercarse hasta aquella insensata.

—Pero ¿qué estás haciendo? —Aunque habló bajito para que las otras no se enterasen, se dirigió a Lola con mirada despectiva—. ¿No ves que estamos prácticamente desnudas?

—Ay, es un sitio tan maravilloso que me ha parecido una buena idea hacer unas cuantas fotos. —De repente comenzó a declamar—:

«Sois las reinas de las arenas y a vuestros pies se desborda el Nilo...».

Pero Julia no la dejó terminar y la cortó sin miramientos:

—Pues deja las buenas ideas para otros momentos y pregunta antes de llevarlas a cabo. Mira, yo ya he terminado y te cedo mi sitio. Ahora te desnudas y ya puedes ser otra reina de las arenas.

Quizá había sido un poco dura con la Ninfómana, pero estaba cansada y esa misma debilidad provocaba que saltase a la mínima, como el saltamontes que brinca veloz ante el menor ruido extraño.

Se vistió y, tras comprar un par de cremas y una colonia en la recepción, decidió salir al exterior. El aire que se respiraba dentro, impregnado de un aroma tan intenso, le empezaba a resultar empalagoso. Solo soñaba con regresar al barco y descansar un poco antes de la cena y de la fiesta egipcia.

A los pocos segundos se vio rodeada por un grupo de niños que pedían limosna. Al principio les dio unas monedas para que la dejaran en paz, pero, al comprobar que su buena obra había sido un error y que los niños se reproducían más rápido que los piojos, optó por regresar al interior. Cuando estuvo segura de que los chiquillos habían desaparecido, volvió a salir. Se pegó a la pared y, cubierta por las sombras del anochecer, consiguió llegar a la esquina. Al amparo de unos altos matorrales, se quedó quieta y comenzó a respirar con inhalaciones profundas para recuperar el sosiego.

Comprobaba satisfecha que sus pulsaciones habían disminuido cuando escuchó el sonido de la puerta. Alzó la cabeza con rapidez y por ella vio salir a Ahmed seguido de Inés. La luz que había sobre la cancela le permitió distinguir sus rostros, por su expresión juraría que estaban irritados.

Julia se quedó escondida, a la expectativa, pero, para su mala fortuna, la pareja se encaminó en sentido opuesto y no logró escuchar lo que decían. Solo en el primer instante pudo distinguir la palabra «sinvergüenza» saliendo de la boca de la Pantera Rosa. Se quedó de piedra al ver cómo Inés continuaba increpando al guía y llegaba a sujetarlo por los hombros hasta darle un empujón. Este no se defendía, aunque la cogía por los antebrazos para evitar que lo agrediera mientras lo increpaba.

La escena fue breve pero intensa. Enseguida apareció Matilde; con una mirada de suficiencia, fulminó al guía y pasó de largo. La seguía el resto del grupo. Inés tuvo tiempo de poner de malas maneras unos papeles en las manos del egipcio, que este se guardó con rapidez en el bolsillo de la camisa. Los dos, sin mirarse y con caras de póquer, dejaron de discutir para encaminarse al microbús.

Ahmed, como si nada hubiera sucedido, se dirigió a los presentes para informarles de que ya se dirigían al barco. Julia, a hurtadillas, se puso en la fila como si también acabase de salir de la fábrica de perfumes. Al subir, Ahmed le lanzó una sugerente mirada, que ella le devolvió. Sin embargo, no pudo evitar pensar que en ese crucero sucedían cosas muy extrañas y no tenía la más mínima intención de quedarse en ascuas.

20

LOLA

A pesar de sus quejas y comentarios negativos sobre el estado de la nave, la llegada a la embarcación supuso una bendición general. Julia se dio cuenta de que habían sido sus ansias de consumo las que habían empujado a aquellas mujeres a la fábrica de perfumes, pero, pasado el momento de las compras, se habían desinflado como una pelota hinchable al quitar el tapón. Por sus palabras se convenció de que estaban igual de agotadas, o más, que ella.

Tenía prisa por subir al camarote. Además de que quería que le diera tiempo a ponerse el atuendo de egipcia y arreglarse para estar perfecta al bajar al restaurante, Julia también quería tumbarse y descansar unos minutos. Pero recordó que al vestido largo de gasa que había seleccionado en Madrid le faltaba algún complemento y, en un último esfuerzo, decidió pasarse por la tienda de *souvenirs* .

Estaba tan concentrada mirando una especie de gorro trenzado del que pendían flecos y abalorios que, cuando sintió que de forma inesperada algo le rozaba el brazo, emitió un grito agudo. Con el corazón en un puño, se giró. Lola, la causante del susto, dio un paso atrás ante aquella exagerada reacción y enseguida se disculpó:

—Perdona, no quería asustarte. —De forma provocativa, dejaba resbalar por el hombro uno de los tirantes del vestido negro que llevaba. Era evidente que la proeza de aquella tarde, sin crema protectora, le había pasado factura: el escote y los brazos habían adquirido un tono rojo incandescente—. Te he visto aquí, supongo que para comprarte algo para la fiesta de esta noche, y me he acordado de que a mí me falta algún detalle egipcio para combinar con el modelo.

Las pulsaciones de Julia habían disminuido y, a pesar de que esa mujer no era de su agrado por pesada, pudo contestarle con cordialidad:

—Sí, aquí encontrarás de todo. Hasta venden diademas con una cobra central que quedarían ideales en la cabeza.

Julia se fijó en los retoques faciales de la mujer que tenía enfrente. No sabía todo lo que se habría hecho, pero tenía que reconocer que la rejuvenecía y que nadie diría que tenía setenta años. Además, aquellas mejoras le quedaban mucho más naturales que a Elvira, quien siempre le recordaba a un pez de gruesa boca a punto de tragarse a su presa.

—A mí las cobras no me van. —El gesto afable de Lola había cambiado de forma radical y el tono que empleó fue seco—. Las cobras mejor se las recomiendas a otra.

La última intención de Julia era ofender, pero estaba claro que su interlocutora no opinaba lo mismo. En los primeros segundos creyó que se debía a la reprimenda por el asunto de las fotos, pero desechó esa idea al recordar que, tras el incidente, la actitud de Lola había sido de total normalidad. Ella tenía pensado charlar con la Ninfómana durante la fiesta para ver si le podía sonsacar si en el pasado había existido alguna relación con la difunta, Sole, pero en un instante resolvió que no iba a tener otra oportunidad como aquella para enterarse.

—Ay, Lola, siento si te he molestado. Te juro que no iba con segundas, sobre todo porque tienes razón y, si tenemos que otorgar el premio a Cobra Mayor, desde luego, esa no eres tú.

—Tú también te has dado cuenta, ¿verdad? Cada vez somos más —dijo, arreglándose un bucle de la melena—. Elvira no deja de decepcionarme. Intento disculparla porque creo que es mi amiga, pero siempre acabo descubriendo que me pone verde a mis espaldas. Todo por envidia. ¡Con lo que ella tiene que callar! Lástima que Sole ya no esté aquí para descubrirla. Su muerte ha sido providencial para esa fresca.

—¿Sole sabía algo de ella que pudiera perjudicarla? —Julia se hizo la inocente, aunque estaba ansiosa por enterarse de más. No tenía ni idea de cómo Lola se había enterado de lo criticona que era su amiga ni tampoco, si se suponía que era la primera vez que veía a Sole, por qué su muerte era providencial para Elvira—. ¿Y tú cómo lo sabes? ¿Conocías a Sole?

—Yo sé muchas cosas, pero mejor callar y dejarlo estar. —Lola cogió unos pañuelos de los que pendían monedas de color cobre—.

Mira, me voy a comprar dos de estos. Me quedarán maravillosos.

Comentaron trivialidades sobre los objetos que había en la tienda y, a pesar de los intentos de Julia por sonsacarle algo más, Lola se mantuvo hermética. Para no perder más tiempo, decidió que era momento de pagar el gorro tipo peluca y retirarse al camarote. Lola opinó lo mismo y las dos salieron a la vez.

Al subir a la tercera cubierta, Julia se encontró con Cayetana. Parecía esperarla.

—Ay, estoy desolada por dos motivos. —Julia la miró con expectación para que continuase—. El primero es saber si has pensado en lo que dijo Matilde sobre que la muerte de Sole no ha sido natural.

—La verdad es que le he estado dando vueltas a las posibles candidatas que aparecen en su diario. —Julia arqueó una ceja—. Pero, como no creo en las cartas del tarot, hasta que no se demuestre que se trata de un asesinato, no le doy excesiva importancia. Por el momento, me limito a observar. —Se cruzó de brazos y prosiguió—: Bueno, ¿y el segundo motivo de tu desolación?

Cayetana respiró hondo antes de contestar:

—Mi pelo, no sé qué hacer con él. Está grasiento por el sudor, y aquí no hay peluquería. —Se llevó las manos al escote con gravedad —. Y ya no me puedo poner la pamela. ¿Qué pensará Mario si me ve tan desastrada? Parezco una harapienta.

Julia le sonrió con condescendencia.

—No seas exagerada. Además, tú, que has participado en tantas obras, seguro que sabrás un montón de trucos para aparecer estupenda. No sé... Fijador, por ejemplo.

—Ya sabía yo que tenía que hablar contigo. ¡Gracias, niña!

Con la espalda más tiesa que un palo, la Diva se encaminó a su habitación.

La candidez implícita en aquella reacción de adolescente enamorada conmovió a Julia, que se alegró por ella. A pesar de que nadie podría creérselo, Cayetana, la gran dama de la ópera, siempre rodeada de un numeroso círculo de aduladores, había morado en una desgraciada burbuja por culpa de un tal François y se había perdido gran parte de las bondades que ofrecía la vida. Antes de

abrir la puerta de su camarote y lanzarse sobre la cama como si le hubiese picado la mosca tse-tse, reflexionó que era una lástima que mucha gente perdiera un tiempo precioso de su vida viviendo entre fantasmas.

Sobre el colchón cerró los ojos para concederse diez minutos de relax. Después se pondría en marcha.

***

Frente al espejo del baño de su camarote, Lola se puso crema desmaquillante por la cara y comenzó a esparcírsela. En verdad estaba exhausta, pero, tras el éxito arrollador del que había gozado durante la jornada, con todos aquellos hombres rendidos a sus pies, no podía permitirse el lujo de pararse a descansar. Tenía que estar insuperable para seguir brillando con luz propia.

Otra cosa eran las envidias que debía combatir de forma continuada, sobre todo las que provenían de Elvira. Era muy celosa y no podía soportar que Lola fuese más atractiva y que los hombres la prefiriesen. Por eso arremetía contra ella a la primera de cambio. Siempre que salían juntas sucedía lo mismo. Al final Elvira tenía que conformarse con las migajas, lo que le costaba asumir, y para aplacar su rabia se dedicaba a sacar todos los trapos sucios de Lola. Y, cada vez que eso sucedía, a ella le tocaba poner cara de inocencia y hacerse la tonta; todo por no ponerse a la altura de su supuesta amiga y poder seguir teniendo trato con ella. Era una desgracia sentirse tan sola y tener que aguantar a individuas como esa para tener alguien con quien salir y poder viajar de vez en cuando.

Y esa actitud era la que pensaba utilizar una vez más en cuanto llegara al restaurante: aparecería divina y se mostraría encantadora.

Si lo pensaba bien, ¿qué había de malo en tener una hija y no haberse casado nunca? Para sus padres, enterarse de que estaba embarazada con dieciocho años fue peor que una maldición, y con la excusa de realizar un curso de corte y confección, la enviaron a Barcelona para que ningún allegado se enterase de su estado. Pero ¿qué culpa tenía ella de que Gerardo, que le había jurado amor eterno, no quisiera casarse con ella? Y, lo que era mucho peor, había asegurado que no quería hacerse cargo del niño porque ni

muchísimo menos él había sido el primero y el bebé podía ser de cualquiera. Lola nunca sabría qué le había dolido más: la traición de su amado o la mentira. Aunque eso ya no importaba; en cualquier caso, nunca llegó a superar ninguna de las dos canalladas.

Si su novio hubiese accedido a contraer matrimonio con ella, su familia habría transigido y habría hecho la vista gorda, sobre todo su madre, que era una mujer piadosa y resignada. Pero, como no fue el caso, para un padre tan estricto como el suyo —un rico burgués dedicado al negocio de la construcción que no faltó a la misa dominical ni un solo día—, la afirmación, en pocas palabras, de que su hija era una fulana fue la gota que colmó el vaso. Tras enviarla a Barcelona, donde nació el bebé, hizo volver a su hija a Madrid para que estudiara Magisterio. Mientras, la pequeña quedó al cuidado de los guardeses de la finca que tenían en Talavera de la Reina, un matrimonio sin hijos que estuvo encantado de criar a la niña.

Pasados tres años, decidieron trasladar a la chiquilla al domicilio familiar, aunque la hicieron pasar por una niña de acogida, en atención al requerimiento de un amigo párroco que les suplicó el favor. La niña se había quedado huérfana y ellos, como buenos cristianos, tratarían de darle una familia. Fue al cumplir veintiún años cuando Lola se atrevió a revelarle la verdad sobre su parentesco, y en eso tuvo suerte. Su hija entendió las dificultades por las que había pasado y, aunque decidió hacer su vida al finalizar la carrera de Derecho e irse de casa, ya que comulgaba con el movimiento *hippie* , la perdonó sin recriminaciones.

Pero, mientras tanto, Lola intentó seguir con su vida. Ya que había renunciado a su hija y se encontraba trabajando de maestra en un exclusivo colegio para señoritas, se esforzó en encontrar un novio acorde a su estatus social y dispuesto a pasar por el altar. Ella se consideraba una joven de gran atractivo físico y sobre todo sexual; lo veía en los ojos de los hombres, que no podían evitar desnudarla con la mirada. Pero, incomprensiblemente, no lo logró.

Esa contrariedad de verse solterona le supuso una gran desgracia: los que querían casarse no le gustaban y los que le gustaban solo pretendían aprovecharse de ella, ya fuera porque resultaba que al final estaban casados o porque no querían comprometerse o, en el

peor de los casos, ni siquiera llegó a enterarse del porqué. Lola jamás entendió su mala suerte. Tampoco el pobre Toni, con el que había pasado los últimos cuatro años de su vida, se decidió a hablarle de matrimonio. Era viudo y argumentaba que, a pesar de que no podía vivir sin ella, por sus hijos era preferible mantener la relación en la clandestinidad y decir que eran amigos, aunque viéndose lo más a menudo posible. Así que, como al menos tenía alguien con quien ir al cine y pasear cogida del brazo, amén de colmarla de regalos, no le quedó más remedio que transigir con la situación.

Pero que la gente tuviera que enterarse de su vida por boca de la arpía de Elvira era algo que no pensaba soportar más. Siempre que los celos la devoraban porque ella era más joven y atractiva, aunque Elvira nunca se lo hubiese reconocido, le hacía la misma jugada. Y ya no estaba dispuesta a tolerarlo. Elvira tenía muchas cosas que esconder y había llegado la hora de hacerlas públicas, aunque de una forma que pareciese accidental, pero que supusiese un escándalo, como pensaba hacer Sole. Fue una pena que Julia le impidiese hacer más fotos del cuerpo de Elvira, y solo cuando revelase las imágenes del carrete sabría si se apreciaba con claridad la mancha con forma de luna en cuarto creciente que lucía en el pecho izquierdo.

Había empezado a maquillarse de nuevo y, tras la exagerada sombra de ojos, cogió el rímel. Mientras se cepillaba las pestañas, pensó que era un ser humano y, como tal, también tenía sus defectos. Sabía que en su azarosa existencia había perjudicado a otras personas, pero la diferencia radicaba en que ella no lo había hecho a propósito. Es más, lamentaba en lo más profundo de su ser el daño causado, pero de nada servían ya las lamentaciones o las disculpas. Nadie le había hecho ningún comentario, por lo que reflexionó que lo mejor era dejar las cosas como estaban. Solo esperaba que Dios la hubiese perdonado. El sacerdote que la confesó hacía ya muchos años así se lo aseguró.

Al terminar de acicalarse, se puso el vestido palabra de honor, que dejaba todo su escote al descubierto y que de forma sutil le marcaba los pezones, y se contempló de cuerpo entero en el espejo del

armario. Constató que el tono rojizo que había adquirido gracias al sol la hacía todavía más sexi e imaginó que su precioso Mohamed, el joven recepcionista, se quedaría boquiabierto en cuanto la viera. En realidad, Mohamed y todos los varones que asistieran a la fiesta. Sonrió al recordar que hasta Ahmed había sucumbido a sus encantos, pero a ese era mejor dejarlo tranquilo si no quería meterse en líos. Ahmed era terreno vedado. Otra cosa era Mario; era el hombre perfecto para ella y no pensaba renunciar a él, por mucho que la egocéntrica y decadente cantante quisiese arrebatárselo. En verdad, Lola nunca había perdido la esperanza de encontrar a su príncipe azul; en el momento más insospechado la vida le entregaría su recompensa.

Se colocó uno de los pañuelos con abalorios alrededor del pecho y el otro se lo anudó en la cintura, así también conseguía disimular barriga. Se dio un último toque con la barra de labios roja y salió por la puerta, dispuesta a comerse el mundo.

21

Actualidad

Hacía tiempo que no estaba tan nerviosa como ahora. No sé si es por estar otra vez con Gabriel, que hoy lleva una chaqueta de cuadros que le queda de lujo, o por conocer a la persona con quien vamos a conectar. Por lo que sea, aquí estoy, sentada en el despacho que tiene en su tienda, esperando que se produzca la videollamada por Zoom.

Como no me pareció un personaje relevante cuando mi madre me habló hace años de su viaje a Egipto, no recordaba su nombre. Ha sido Gabriel el que me ha puesto al día y me ha contado cómo ha conseguido dar con él. Por lo visto, muchos periodistas intentaron localizarlo en su día, y les resultó imposible. Hasta hoy, era como un caracol escondido tras su caparazón, pero Gabriel ha tenido la gran suerte de que haya consentido en charlar con él. En unos minutos, ¡voy a verle la cara a Ahmed, el guía que acompañó a las mujeres del grupo en su viaje a Egipto! Sigue trabajando en la misma agencia y no le ha sido complicado dar con él.

Ni idea de por qué tiemblo como una gelatina si no voy a intervenir en la conversación. Según Gabriel, me ha invitado porque sabe que tengo interés en el tema, pero me ha pedido que me mantenga al margen. Aunque no me quiero hacer ilusiones, yo creo que me ha invitado por algo más; a lo mejor le gusto un poco. Me baso en lo bien que me trata, siempre con una sonrisa, pero, sobre todo, en las veces que lo he pillado mirándome de reojo mientras toquetea algo bajo su camisa. Como le he visto una fina cadena de oro, debe ser alguna medalla de la Virgen o algo así. Ahora se lo saca un momento de la camisa y me fijo en que es un anillo de oro, tipo sello, bastante grande. Alguna herencia familiar, supongo.

Bueno, ojalá no me equivoque y Gabriel esté un poco pillado por mí.

Faltan tres minutos e intento concentrarme en la videollamada. Gabriel me ha explicado que en Egipto no funcionan las

videollamadas de WhatsApp, o al menos no para Ahmed, y tenemos que esperar a que él nos invite por Zoom. Así que cruzamos los dedos para que no se eche atrás.

El corazón me da un vuelco cuando, a través de un mensaje, llega la invitación de Ahmed. Es puntual como un reloj y no nos ha hecho sufrir. Gabriel, desde su asiento, se conecta a la aplicación. Yo me pongo detrás, de pie, para no perderme ni un detalle.

En menos de diez segundos la cara de un hombre moreno, con el pelo oscuro con alguna cana y unos ojos negros penetrantes, de esos que parecen leerte el pensamiento, se planta en el centro de la pantalla del ordenador. Él a mí no me puede ver, pero yo a él perfectamente. No sé si la palabra es atractivo, porque no es elegante como Varis, pero es guapo y desde luego tiene algo, a lo mejor es ese punto rebelde que desprende. Me gusta. No puedo evitar tener un último pensamiento respecto a la posibilidad de que sea mi padre. En ese caso, lo lleva claro si se cree que me voy a hacer musulmana o me voy a poner un pañuelo en la cabeza, con lo que me gusta enseñar mi melena ondulada, que me llega hasta la cintura, y de la que estoy superorgullosa; ni de coña. Y mucho menos voy a dejar de vestir con minifalda para sufrir una metamorfosis y convertirme en cucaracha, toda de negro. Como que no.

Enseguida oigo la voz de Gabriel.

—Buenos días, Ahmed —lo saluda—. Gracias por atenderme. Sé que nunca has querido publicidad sobre este asunto y que soy el primero al que concedes una entrevista. ¿Por qué ahora sí?

Ahmed duda unos instantes.

—Buenos días, Gabriel. —Su voz suena muy tranquila y con un acento muy árabe—. Como tú dices, ya han pasado muchos años y ya no tengo miedo a que piensen que soy un gafe y no me contraten. Aunque sigo haciendo de guía, porque me gusta, ahora también soy socio de la agencia y me puedo permitir decir ciertas... cosas no convenientes.

—Muy bien, entonces, ¿te atreves ahora a dar tu opinión y decirme si estás seguro de que la persona que se declaró culpable lo era en realidad?

Ahmed deja pasar unos segundos antes de contestar:

—Por mucho que me cueste... decirlo, tuvo que ser así. Todas las piezas encajaron. Además, si se hubiese tratado de otra persona, también me habría costado creerlo.

—Antes de que me cuentes los pormenores, me gustaría saber el verdadero nombre de uno de los pasajeros. En el reportaje que escribió Julia Soler sobre el caso solo dice que hubo un hombre con el que algunas de ellas hicieron amistad, pero no añade nada más. Seguro que era otro de los que preferían permanecer en el anonimato...

—Se llamaba Rodrigo Aguirre y era de Madrid. Lo vi en El Cairo por última vez y nunca he sabido más de él. —Ahmed sonríe a Gabriel con nostalgia. Los ojos le brillan—. Pero, si quieres más información, puedo buscar en los archivos de la agencia. Como él viajaba por libre y nos contrató directamente, es posible que tengamos más datos.

—Eso sería estupendo —le dice Gabriel, feliz como una perdiz—. Estoy buscando a todos los testigos que queden vivos y ese hombre puede ser una pieza clave. Gracias, Ahmed. Ahora me gustaría...

No puede terminar porque Ahmed lo interrumpe.

—Estoy pensando en ir a España. A lo mejor te gustaría charlar conmigo allí.

—Por supuesto, por supuesto. Tan solo me gustaría que, ya que estamos hablando ahora, me respondas ya a algunas cuestiones. Cuando vengas, podremos profundizar.

Noto que Gabriel no quiere perder la baza de Ahmed y me lo imagino haciendo algún gesto divertido mientras intenta aparentar seriedad. Me hago un poco a un lado para ver esa cara de canalla que pone a veces, y que tanto me gusta, cuando tropiezo con el cable del ordenador y me apoyo en la mesa para no caerme. Tengo la mala suerte de colocar las manos sobre el cubo lleno de lápices y bolígrafos, que se desparraman por el suelo. Ahmed no logra verme, pero escucha perfectamente el escándalo que acabo de montar.

—¿Pasa algo, Gabriel?

Gabriel entrecierra los ojos como si tuviera la intención de asesinarme, pero vuelve a comportarse con normalidad al contestar:

—Nada grave. Tengo aquí a una persona que está loca por conocerte. Se llama Lucía. —Como he vuelto a mi sitio, puedo ver el gesto de curiosidad de Ahmed—. El nombre no te sonará de nada, pero, si te digo que es la hija de Julia Soler, seguro que ya te sonará algo más.

Ante semejante presentación, me veo obligada a agacharme un poco para salir en cámara. La cara de Gabriel y la mía están supercerca, y una oleada de calor me sube por el cuerpo. No sé si es por hablar con Ahmed o por lo pegada que estoy a Gabriel. Aunque creo que se debe más a esto último, no tengo mucho tiempo para pensarlo porque he de decir algo:

—Encantada de conocerte, Ahmed. Mi madre me ha hablado mucho de ti. —Es mentira, pero no se me ha ocurrido nada mejor.

Él me mira traspasándome con esos ojos negros y me sonríe.

—¡Cómo te pareces a tu madre! Por eso eres tan guapa. ¿Cómo está? Ella es una de las personas a quien tengo que ver cuando vaya a España. Y también espero verte a ti, Lucía. ¿Cuántos años tienes?

No lo puedo controlar y vuelvo a pensar en la posibilidad de que sea mi padre, pero se me olvida porque enseguida nos ponemos a hablar de temas personales. Después de decirle que estudio Periodismo y un par de cosas más, él me cuenta que tiene tres hijos, dos chicas y un chico, y que se divorció hace cinco años.

—Sí, será muy interesante conocernos todos en persona. —Gabriel nos corta para poder intervenir—. Pero, por favor, cuéntanos a Lucía y a mí qué pasó la noche de la fiesta. Estamos impacientes por saber lo que ocurrió, y ese puede ser un buen comienzo.

22

LA FIESTA

Julia llevaba unos tacones tan altos que, para no perder un ápice de elegancia y mantener la mirada al frente, se vio obligada a bajar los dos pisos que la separaban del restaurante agarrada a la barandilla. El vaporoso vestido que lucía iba combinado con un grueso cinturón que se ajustaba a la cintura, unos pendientes largos y exagerados collares, todo en dorado. La peluca negra, fabricada a base de tejido entrelazado, de cuyas puntas colgaban monedas egipcias y por el que asomaban algunos mechones, le quedaba a la perfección. Era innegable que el atuendo de egipcia la favorecía.

Faltaban diez minutos para la hora fijada, pero se sorprendió al llegar a la sala y ver que su mesa solo estaba ocupada por Elvira. Frente a un vaso en el que se distinguía un líquido transparente y burbujeante y con el teléfono móvil pegado a la oreja, movía sus enormes labios y sonreía con aire pícaro. Por la cara de tonta que ponía, Julia habría jurado que lo estaba pasando en grande.

Dio unos pasos y vio que Rodrigo Aguirre, con un gracioso pañuelo a rayas azules y doradas en la cabeza, ya disfrutaba de la cena. Él la observó con aprobación y emitió un silbido de admiración al tiempo que movía el índice en círculos para recordarle que tenían una cita pendiente. Ella inclinó la cabeza con sutileza para confirmar que aceptaba.

Continuó hacia su mesa. Al acercarse, escuchó las últimas palabras de Elvira antes de colgar:

—Ahora no puedo hablar, llámame luego. —Tras esto, la miró con cara risueña, para enseguida bajar los párpados, en un gesto de diablillo al que acaban de sorprender con el dedo dentro de la tarta —. Ay, menos mal que has bajado. Estoy aquí, con mi agua con gas, y me sentía ya un poco sola. —Un tufillo a alcohol llegó hasta la nariz de Julia. Esa agua con gas olía a *gin-tonic* con doble de ginebra —. Por cierto, estás impresionante. Pareces Cleopatra.

—Gracias —le respondió Julia, observando el torso de Elvira. Estaba sentada y no podía ver más, pero el escote en pico del vestido naranja que llevaba no tenía aspecto de disfraz. Aunque maquillarse no le había dado pereza—. Pero parece que tú no te has animado a disfrazarte. ¿No tenías ganas o no sabías qué ponerte? Si quieres, te acompaño a la tienda, que todavía está abierta, y te compras cualquier cosa para participar del ambiente.

Julia miró hacia la sala para que Elvira también echase un vistazo. La mayoría de los comensales vestían chilabas o se habían engalanado con detalles típicos egipcios. Hasta los camareros lucían elementos pertenecientes al periodo faraónico.

—Me da igual, niña. Estoy tan cansada que la fiesta y los disfraces me importan un pimiento. —Con una rapidez inusitada, cogió el vaso que tenía delante y, de un trago, se bebió la mitad del contenido, que era todo lo que quedaba. Se llevó la mano a la boca, pero no llegó a tiempo de tapar el hipido que salió de su boca de pez, acompañado por un pequeño salto de su cuerpo—. Es el gas, ¿sabes? Me sienta fatal, pero para la digestión a veces no puedo prescindir de él. —Sonrió, con los ojos brillantes fijos en algún lugar detrás de Julia.

—Buenas noches, Reinas de la Tierra Roja —las saludó Mario Montenegro poniendo voz de ultratumba. A continuación, les hizo una reverencia.

Llevaba una túnica blanca que contrastaba con su piel morena y un turbante colocado con precisión sobre la cabeza. Lo cierto, pensó Julia, era que el embajador podría confundirse con un elegante árabe. No pudo dejar de reflexionar que su presencia había sido el motivo de que Elvira diera aquel trago que casi la deja sin respiración. No quería que Mario la descubriese bebiéndose un *gin-tonic* . Uno, que ella hubiese visto; tal vez hubiese alguno más, aunque, con los precios tan desorbitados del alcohol, dudaba que el Pez Napoleón estuviese dispuesta a pagar tanto dinero.

—Estáis bellísimas —las halagó el señor Montenegro, aunque en realidad se fijaba en Julia—. Ni Nefertiti ni Nefertari podrían haceros sombra.

Julia soltó una carcajada, que coincidió con la llegada de Inés y Matilde. Ellas también se habían decidido por chilabas adornadas con montones de collares y pulseras. La Vidente, como colofón, se había enrollado al cuello un vistoso *foulard* de gasa de color rojo. En realidad, la diferencia entre el disfraz y su vestimenta habitual era casi inapreciable.

Estaban todavía saludándose cuando Lola y Ahmed se aproximaron a la vez. La primera, con su vestido palabra de honor y sus pañuelos, resultaba sexi para algunos y chabacana para otros, mientras que Ahmed se había decidido por una sencilla chilaba azul.

Pero enseguida su presencia pasó a un segundo plano, hasta los caballeros que le habían echado un ojo a Lola dejaron de prestarle atención. Cayetana acababa de traspasar el umbral y todo el mundo fijó sus ojos en ella. Con el pelo recogido en un moño que había fijado con mucha gomina —lo que le confería aspecto de mojado—, coronaba su frente una diadema, de la que sobresalía una serpiente en posición de ataque cuajada de piedras. Completaba el modelo con una capa dorada, que imitaba a las plumas de ave y le cubría todo el cuerpo. Al no estar cerrada, dejaba entrever el vestido que iba a juego y el cinturón, del que pendía la daga que había comprado el día anterior. Seguro que había sacado el atrezo de la ópera *Aida* , de otro modo, sería casi imposible encontrar un modelo tan extraordinario como aquel. Mario la contemplaba con devoción, aunque la primera en piropearla fue Julia:

—Iba a decirte que parecías una reina, pero debo ser más precisa y afirmar que esta noche eres una diosa. Esta noche eres la envidia de Isis.

—Esta noche ella es la diosa Isis y nosotros, simples mortales a sus pies —concluyó el embajador.

Todos, aunque algunas de mala gana, tuvieron que admitir que Cayetana estaba impresionante. Hasta el aparatoso maquillaje, con una luminosa sombra azul que le cubría todo el párpado con el borde dibujado con kohl, solo conseguía aumentar la intensidad de sus ojos y hacerla aparecer divina. Ella agradeció los cumplidos restando importancia a su indumentaria hasta que, finiquitados los trámites de cortesía, los miembros del grupo, hambrientos, se

encaminaron al bufé. Ahmed denegó la invitación a compartir mesa —eran normas de la agencia—, sin embargo, tuvo tiempo de acercarse al oído de Julia para susurrarle con disimulo:

—Tú sigues siendo mi guapa. Estás preciosa.

Ella agachó la cabeza para que no se le notara la media sonrisa que le había salido y se fue a la zona de los platos.

Al regresar, empezaron a degustar la comida mientras seguían los comentarios acerca de la fiesta.

—¡Qué noche tan mágica! —exclamó la Vidente—. Veremos lo que nos depara el destino. Pero ni se os ocurra preguntarme qué, porque no he echado las cartas y no tengo ninguna predicción —finalizó con teatralidad, estirando un brazo y escondiendo la cara en la dirección opuesta.

—Más de una debe tener cuidado —intervino Inés—. Cuando Matilde dice que una noche es mágica, es que la carga el diablo y cualquier cosa es posible. Cuidado con las menopausias tardías, no vaya a ser que alguna se quede embarazada. —Como si el comentario no fuese dirigido a nadie en especial, Inés continuó masticando despacio.

Con el mismo tono inocente, Lola quiso participar en la conversación:

—Sí, es verdad, hay noches en las que todo es posible. Pero digo yo que también habrá que cuidarse de los resbalones o de caídas tontas que impliquen pasar por la enfermería. —Comenzó a reír—. No vaya a ser que la magia sea negra.

—Yo lo que creo es que deberíamos pedir una botellita de vino para acabar de animarnos, ¿no te parece, Mario? —Elvira se pasó la lengua por los labios. Había esperado por si el embajador se ofrecía, pero, al comprobar que no hacía mención, se decidió a darle un empujoncito.

—Por supuesto, no sé cómo no se me ha ocurrido antes. Me habré despistado al ver a Cayetana. —Mario se giró para contemplar de nuevo a la Diva—. Ya sabéis que el vino corre de mi cuenta. Además, para mi infortunio, hoy es mi despedida. Como ya os informé, me jubilo dentro de poco y tengo que dejar todo preparado para que mi sustituto tome posesión del cargo en condiciones. Me

he tomado unos días libres para gozar de vuestra compañía, pero ya es hora de volver.

Al unísono se escucharon las quejas de sus compañeras de mesa. Ninguna quería que Mario las abandonase, y aunque cada una alegaba una causa distinta, fue imposible distinguir lo que decían entre tanto alboroto. Solo Cayetana, como una estatua, se mantuvo en silencio, a pesar de que no pudo impedir que la boca se le cayera en señal de decepción. Sabía de antemano que el embajador las acompañaría hasta Asuán y después regresaría a El Cairo, pero hasta ese momento no había sido consciente de que el tiempo junto a él se le escapaba.

—No os preocupéis, queridas damas. Espero veros en El Cairo antes de vuestro regreso a España. Y, si eso no fuera posible, en Madrid nos reencontraremos, seguro.

El teléfono de Elvira, que había olvidado encima de la mesa, comenzó a sonar. Ella lo silenció sin dejar de elogiar la generosidad de Mario y con la vista puesta en sus compañeros de mesa, como si no la hubiesen llamado. A continuación, cogió la copa de vino que le acababan de servir, hizo un brindis en honor del embajador en un tono achispado y dio un largo sorbo. Todos la miraron de reojo sin hacer ninguna observación y brindaron por su próxima y feliz reunión. Lola no podía admitir que le robaran todo el protagonismo y recitó unos versos de Lorca para hacerse de notar:

—»Las vides son la lujuria que cuaja en el verano, de las que la iglesia saca, con bendición, licor santo».

Julia resopló con hastío, prefería con diferencia las disparatadas intervenciones de Elvira. Con el alcohol que llevaba en el cuerpo, la hizo sonreír en más de una ocasión durante la cena.

Al finalizar con el postre, acompañados por Ahmed, subieron al bar cafetería, donde tenía lugar la fiesta egipcia. Ya al salir del restaurante, se escucharon los acordes árabes procedentes de la cuarta cubierta, que se hacían más intensos a cada peldaño que escalaban. Julia se percató de la cara de horror de la Vidente, que le hizo una mueca de disgusto a la Pantera Rosa. Lo último que le apetecía era bailar. Por eso ellas continuaron su ascenso hasta la terraza mientras el resto se introducían en la estancia del cuarto piso

que habían decorado a modo de discoteca, con escasa iluminación y una gran bola hecha a base de cristales plateados en el centro de la sala.

Elvira, como poseída por algún espíritu loco e invisible, se lanzó en picado a la pista, en la que habría una decena de personas. Sin ninguna gracia ni ritmo, comenzó a bailar, al tiempo que sonreía de forma almibarada y miraba en derredor por si alguien se fijaba en ella. Resultaba patético verla moverse dentro del ceñido minivestido naranja; hasta Lola la dejó sola y se acercó a la barra junto con Cayetana y Mario. Julia achacó aquel comportamiento bochornoso al alcohol que le corría por las venas; durante la cena habían pedido tres botellas de vino y, a pesar de que todos bebieron, el Pez Napoleón se había pimplado una ella solita.

Pero tampoco se entretuvo en darle vueltas; Ahmed se puso a su lado y le gritó para que su voz no se perdiera entre la música:

—Me debes un baile, ¿te acuerdas?

Quizá alertada por la discusión que había presenciado, Julia no podía dejar de fijarse en la actitud de Ahmed. Cuando se dirigía al grupo, utilizaba su dulzura y simpatía habitual, pero, en cuanto creía que nadie lo miraba, se instalaba en su rostro un rictus de preocupación. Hasta en ese momento, que trataba de seducir a Julia y parecía alegre, una fina línea le cruzaba la frente, y desde luego ella no se la había visto antes. Pero Julia fue discreta y continuó con la conversación:

—No es que no quiera bailar contigo, Ahmed —Julia enarcó una ceja a la vez que torcía la boca en un gesto travieso, que a Ahmed le pareció de lo más seductor—, es que no conozco las canciones y no sé cómo se bailan. —En realidad, ese tipo de música no la motivaba en absoluto, pero, por si acaso hería la susceptibilidad del egipcio, prefirió no ser sincera del todo.

Sin embargo, Ahmed, que se había quitado la chilaba y combinaba unos vaqueros desgastados con una camisa blanca, no le dio la oportunidad de añadir algo más. Dijo: «*Yala, yala* ", tiró de su mano y la llevó a la pista, donde le hizo dar una vuelta por el interior de su brazo. A ella le entró la risa y, sin ninguna vergüenza, se deshizo de los tacones para poder bailar igual que, a su entender, lo haría una

danzarina del imperio faraónico. Movía las manos en sentido opuesto como si llevara una bandeja en ellas o agitaba los hombros mientras hacía exagerados movimientos con las caderas. Con la danza del vientre ya no se atrevió; se había tomado un par de copas de vino, y no eran suficientes para que su sentido del ridículo desapareciese por completo. El guía, por su parte, intentaba seguirle el ritmo agarrándola por la cintura o dando palmas a su alrededor, aunque en cuanto podía la cogía de las manos para, a la par, estirar y flexionar los codos en una coreografía peculiar. Así, en el momento en que sus cuerpos se acercaban, sus mejillas se rozaban y ambos notaban el calor que desprendía la piel del otro. En otras circunstancias, Julia se habría inventado algún pretexto para dejar de bailar, pero, con el espíritu entonado por el vino, le era imposible renunciar a aquella sensación de cosquilleo tan agradable que, como un ascensor supersónico, subía hasta su garganta y descendía hasta la parte baja del vientre sin cesar. Por unos segundos, se acordó de su marido; si alguna vez había sentido algo parecido con él, se le había olvidado.

Al finalizar la canción, Ahmed, con ojos chispeantes y semblante encandilado, posó una mano en el hombro de ella y se llevó el dedo índice de la otra a los labios para asegurarse de que Julia pudiese leer en ellos al pronunciar muy despacio: «Me pasaría la noche bailando contigo».

Por unos instantes, el resto del mundo dejó de existir para los dos.

23

UNA CONFESIÓN

Pero el momento mágico entre Ahmed y Julia se desvaneció unos segundos después. Lola, al verlos tan animados, no había podido resistirse y se acercó para convertirse en la siguiente pareja de Ahmed. Se quitó el pañuelo de abalorios que llevaba alrededor del pecho y, en un intento de seducción, comenzó a deslizarlo desde los hombros a los brazos. Tras repetirlo varias veces, se pegó al egipcio como si fuesen a bailar un tango, aunque luego lo hizo moverse al estilo pasodoble.

A Julia no le pasó desapercibido la cara de repugnancia que le puso Elvira. Ella seguía bailando con la misma cara de payaso sonriente, que durante un segundo cambió para torcer el morro ante la visión de su amiga.

Julia, harta de una música que no sabía bailar, se fue directa a la barra a pedirse un *gin-tonic* . Para no molestar a Cayetana y Mario, que parecían una pareja de faraones, se colocó en un discreto rincón del mostrador. Pero, antes de marcharse, ya con la copa en la mano, Cayetana la vio y le hizo un gesto para que se acercara. Al llegar a su lado, Julia observó la satisfacción que mostraba el rostro de la Diva. Se inclinó hacia ella para que pudiera escucharla:

—Por mucho que las lagartonas de Lola y Elvira se empeñen en arrebatártelo, Ahmed está loquito por ti. Hasta se ha quitado la chilaba para bailar contigo, como un occidental. Me he fijado bien.

Julia le guiñó un ojo en respuesta al cumplido, pero alegó que necesitaba respirar aire puro y se despidió de la pareja. Más tarde se verían en la terraza.

En realidad, Julia sentía la necesidad de estar sola; muchas cosas rondaban por su cabeza y precisaba digerirlas alejada de todo cuanto la rodeaba. Al salir de la discoteca, reparó en el sofá de dos plazas que había debajo de las escaleras que daban acceso a la terraza y decidió quedarse un rato allí. Estaba en penumbras y era fácil pasar desapercibida; si subía, se encontraría con Inés y Matilde,

tendría que unirse a ellas, y no tenía ganas de darle conversación a nadie.

Mientras daba un trago a la ginebra con tónica, se dio cuenta de que hacía años que no se sentía tan libre. Era como si hubiese llevado una soga apretada al cuello y por fin hubiese podido cortarla. Ahora solo le faltaba deshacerse del lazo que aún envolvía su garganta y tirarlo por la borda: se alejaría de su familia y se divorciaría de Varis. Con ellos no había más que infelicidad.

En eso pensaba cuando vio que Elvira, con el teléfono en una mano y una copa en la otra, salía de la discoteca y se quedaba en el descansillo. Como la tenía de espaldas, ya que miraba hacia el interior de la sala, era imposible que se percatara de su presencia. Julia se agazapó entre las sombras.

—Espera, que ahora ya te oigo. Siempre hay gente y no sabes lo difícil que es hablar contigo. Todos me miran cuando suena el teléfono y yo no sé qué cara poner —iba diciendo Elvira a la persona que se encontraba al otro lado de la línea—. Te preguntaba por la nena. ¿Está comiendo bien? Espero que no la dejes solita en casa. Ya sabes que no me gusta que la dejes sola, pobrecita.

Se produjo un silencio. Elvira escuchaba la respuesta mientras aprovechaba para dar un largo trago a su bebida. Enseguida volvió a hablar:

—Ay, Albertito, no me digas eso, que sabes que os echo muchísimo de menos, a nuestra nena y a ti.

Al mismo tiempo que volvía a beber dio un paso atrás, con tan mala fortuna que tropezó con la pequeña alfombra que decoraba el suelo. Trató de mantener el equilibrio haciendo un movimiento de molino con un brazo, y tal vez lo hubiera conseguido si no fuera por el alcohol que había ingerido, pero terminó por caer de costado en el suelo, con la falda del vestido a la altura de la ingle. La copa salió volando y, antes de estallar en mil pedazos, el contenido cayó sobre el minivestido naranja. El teléfono, al no soltarlo en ningún momento, no sufrió daño alguno.

A Julia no le quedó más remedio que salir de su escondite e ir en auxilio de su compañera de viaje. Esta, con pequeños quejidos y voz lastimera, se despedía de su interlocutor:

—Ay, qué resbalón tan tonto. Me he caído. Sí, sí, estoy bien, pero ya hablaremos mañana. Un besito.

Al ayudarla a levantarse le llegó a la nariz el tufo a licor que desprendía la boca de Elvira, pero hizo un esfuerzo por pasarlo por alto y la acomodó en el sofá en el que había estado hasta ese momento. La lesionada permaneció unos minutos quejándose del dolor que padecía en todo el cuerpo mientras Julia le aconsejaba que moviera los diferentes miembros por si tenía algún hueso roto. Cuando estuvieron convencidas de que solo se trataba de contusiones, y que le saldrían hematomas en los lugares más insospechados de la piel, Julia trató de sacarle información sobre la identidad de ese tal Albertito, que la llamaba tan a menudo. Igual era su hijo y la nena, a quien tanto parecía apreciar, su nieta.

—¿Qué tienes, una nieta pequeña? —Julia dio un sorbo a su *gin-tonic* —. Seguro que la echas de menos.

—No, no, qué va. —Elvira le arrebató la copa y bebió de ella con avidez. Julia se quedó sin palabras. Tras el trago, prosiguió—: Bueno, tengo nietas y nietos, pero a la que me refería era a mi perrita. Un amigo que me quiere mucho y yo la compramos hace dos años, y desde entonces es nuestra nena. ¿Quieres verla? Es monísima.

Elvira metió la mano en uno de los bolsillos de su bolso bandolera y extrajo unas fotografías.

—Mira, es esta. —Julia cogió la primera foto y observó al caniche de pelo rizado blanco que llevaba un lazo rosa junto a una oreja. Miraba hacia la cámara con ojos muy vivos. Pasó a la siguiente y vio a la misma perrita en brazos de un chico que le acariciaba la cabeza —. Este es Albertito con la nena en brazos. Estamos muy orgullosos de nuestra cachorrita —le aclaró Elvira, emocionada.

Con la tercera imagen, Julia se quedó estupefacta. La instantánea le resultó tan desconcertante que parpadeó varias veces antes de levantarse para ponerse bajo uno de los focos que iluminaban el rellano. No quería que la semioscuridad le jugara una mala pasada óptica.

Pero, al contemplar la foto con detenimiento, confirmó que no había lugar a dudas. Allí estaba Elvira, sentada en una cama y

engalanada con un picardías de encaje negro. Sujetaba a la nena entre los muslos. Por detrás, con el torso desnudo, Albertito, un morenazo de pelo rizado, quien sería unos treinta años menor, la abrazaba a la altura del pecho con el mentón apoyado en el hombro de ella. La foto estaba hecha con un trípode, Julia lo sabía bien. Todavía sin dar crédito, volvió a sentarse en el sofá.

—Elvira, ¿y dices que este chico es solo tu amigo?

—Sí, muy amigos. Llevamos juntos doce años —respondió con los ojos vidriosos. Acto seguido, le salió un hipido.

—¿Qué quieres decir con eso de que lleváis juntos doce años? —le insistió Julia.

—Que nos conocimos hace doce años, quiero decir. —Los pequeños ojos de Elvira miraban en todas direcciones, como si se sintiera acorralada y buscara una salida.

—Mira, no insultes mi inteligencia. Tú te acuestas con este chico. —Julia lo dijo sin convicción. Aunque tenía la evidencia delante de su cara, ni ella misma podía creerse que aquello fuese verdad.

—Pero, por favor, no se lo digas a nadie. —Con gesto de súplica, Elvira, de forma entrecortada, comenzó a justificarse. Las pocas neuronas sobrias que le quedaban en algún lugar recóndito de su cerebro le susurraban que se estaba yendo de la lengua, pero al mismo tiempo los efectos del alcohol, que impregnaba la mayor parte de su raciocinio, la impulsaban a continuar. No le venía mal desahogarse con una persona joven y desconocida, que seguro que no la juzgaría con la dureza con la que imaginaba que lo haría el resto del mundo—: Nosotros somos muy decentes. Él quiere que nos casemos, pero yo no puedo porque ya estoy casada. Yo estaba en un momento muy bajo cuando nos conocimos y, aunque puse todo de mi parte para que no sucediera nada, terminó ocurriendo. Nos tenemos que ver a escondidas. Y me quiere tanto que me llama constantemente.

Elvira seguía con sus excusas, pero Julia ya no la escuchaba. Pensaba en su adolescencia, cuando, tumbada en la cama de su dormitorio con algunas amigas, se distraían dándole vueltas a la idea de si sus padres harían o no el amor. La mayoría de ellas, Julia la primera, eran tan ingenuas que apostaba por el no. A partir de los

cuarenta la gente estaba acabada, creían. Pero, ante las confesiones de la mujer que estaba sentada a su lado, se dio cuenta de que la pregunta correcta que se tenían que haber formulado era si sus abuelos todavía practicaban sexo. Imaginó que la mayoría de los casi octogenarios, con una pareja estable, haría tiempo que la cama solo les serviría para dormir. Sin embargo, otra cosa era que la compañía tuviera treinta años menos. Quizá la emoción de tener carne joven al lado disparase la libido a niveles insospechados. Eso sería lo que les ocurría a ancianos que se paseaban con jovencitas quienes, en opinión de Julia, estaban con ellos por intereses económicos. Y, ante semejantes viejos verdes, ellas hacían requetebién sacándoles los cuartos.

Por supuesto que las mujeres tenían el mismo derecho que los hombres a ser felices con quien les diera la gana, pero por la misma regla de tres tenía que pensar que los amantes jóvenes eran unos aprovechados y ellas, unas viejas verdes, término que se le pasaba por la cabeza por primera vez en su vida. Y que ese adjetivo acompañara a una beata, que aseguraba que lo que más la llenaba en el mundo era ir a misa, todavía le resultaba más increíble. Aunque recordó el dicho de que las apariencias engañan y concluyó que no podía ser más cierto. Seguro que las llamadas del joven, que de tan buen humor la ponían, no le salían gratis.

El Pez Napoleón seguía disertando sobre lo sola que se había sentido en su vida y que conocer a Albertito había sido una bendición cuando a la mente de Julia acudió la imagen de Sole. Si sabía de las andanzas de Elvira, cosa bastante probable por los escritos de su diario, la muerte de la enfermera le había caído a Elvira como maná del cielo, sobre todo si pretendía tomar represalias contra ella. Lo que no acababa de comprender era por qué Lola opinaba lo mismo. Si no conocía a Sole, y no sabía nada de su diario, ¿de dónde había sacado la idea?, se preguntó Julia mordisqueándose el labio.

En el momento en el que le preguntaba si quería que la acompañase al camarote, pues aparte de hablar de su amante también se quejaba de dolores por todo el cuerpo, apareció Lola. En pocas palabras le explicaron que Elvira había sufrido una caída.

—Ay, a ver si te recuperas, querida. —La piel de su cara y escote estaba bañada en sudor. Seguro que se había pegado unos buenos bailes—. Mañana tenemos la excursión a Abu Simbel y no te la puedes perder. ¿Quieres ir a la habitación a descansar?

En ese instante salieron por la puerta Cayetana y Mario con la intención de subir a la terraza. Saludaron y continuaron su camino. Mario la ayudaba con el fastuoso vestido para que no rozara los escalones y a la Diva se la veía pletórica. Aquel hombre dispuesto a todo por ella conseguía que su vanidad alcanzara la estratosfera.

Al verlos, Elvira puso una mueca de asco y, sin molestarse en bajar la voz, comentó:

—Me tomaré la última copa en la terraza. Me servirá de somnífero para dormir toda la noche del tirón. Por cierto, ¿os habéis fijado en lo estirada que es la cantante? Que el embajador esté por ella, por ser quien es —matizó—, se cree que le da derecho a mirar a las demás por encima del hombro. Nos trata a todos como si fuéramos esclavos. En fin, estaba yo pensando que la pobrecita Sole estaba deprimida y hundida, pero, como esa mujer solo se fija en sí misma, no se había dado ni cuenta. Yo sí.

—Bueno —dijo Lola, tirándola de un brazo para que se levantara. Julia la ayudó por el otro lado—, egocéntrica es un rato, pero no puedo opinar más porque ni conozco en profundidad a Cayetana ni mucho menos conocía a Sole. De lo que estoy convencida es de que, si Cayetana Iranzo no viajase en este barco, Mario estaría por mí. Lo pillo un montón de veces mirándome.

—Ese es tu parecer, querida Lola —le rebatió Elvira, sujetándose a la barandilla—. Otros pensamos de forma distinta a la tuya.

Si seguían por ese camino, aquellas dos acabarían mal. Por eso Julia decidió ascender rápido por las escaleras y acomodar a Elvira en uno de los sillones de mimbre. Si querían matarse, allí podrían hacerlo con tranquilidad.

Estaba a punto de alejarse para acercarse a la barra y pedirse otra copa —la anterior se la había bebido Elvira— cuando Lola la sujetó por el brazo con disimulo:

—Sé que Elvira habla mal de mí a mis espaldas, pero no te creas ni una palabra. —Lola se abanicó con la mano. A pesar de

encontrarse en el exterior, ella seguía sudando—. Si yo te contara de Carlo, de Luis o de tantos otros con los que se ha acostado a escondidas de su marido, no te lo creerías. Ella dice que me gustan los hombres casados, pero eso es mentira. Yo selecciono; ella, no. Cuando consiga probar que tiene tatuado en el pecho una luna, cortesía de un amante, lo sé porque me lo contó él, Elvirita lo lleva claro.

Pero lo que Lola no podía ni imaginarse era que Julia la había creído más de lo que podía sospechar. Aunque lo que peor la hacía sentir era fijarse en sí misma. La actividad sexual de aquellas dos señoras que habían superado la barrera de los setenta era infinitamente superior a la suya. Desde los encuentros furtivos —o no tan furtivos— con Roberto, su vida sexual era un desastre, por no decir inexistente. Y de eso habían pasado ya dos años. Si estaba aprendiendo algo, era que aquella vida de castidad tenía que terminar, y para eso tenía que acabar con su matrimonio.

Sin embargo, un grito largo y agudo la obligó a salir de sus pensamientos y se giró en la dirección de la que provenía el sonido. Vio que la Diva abría su capa con mano indecisa y se tocaba la cintura.

—Oh, cielos, con lo bonita que era —pronunció Cayetana, un poco más calmada—. Se me habrá caído en la planta de abajo.

La daga de plata y piedras de colores con la que había adornado su cinturón había desaparecido.

24

RODRIGO

El teléfono del camarote sonó varias veces antes de que Julia emitiese un bostezo y estirase el brazo para cogerlo. A pesar de la legaña en el ojo, miró el reloj que había sobre la mesilla y vio que eran las seis y media. Como había supuesto, se trataba del recepcionista. La informaba de que era la hora de levantarse.
Se incorporó con pereza hasta que su espalda, rodeada de almohadas, quedó apoyada sobre el cabezal. Todavía adormilada, se levantó para descorrer la cortina y dejar que la luz inundase la habitación. En el instante en que los rayos del sol incidieron sobre su cara, le vino a la mente la imagen de Rodrigo Aguirre. Al mismo tiempo que se reprendía por haber desperdiciado los últimos años de su vida, recordó la conversación mantenida con él la noche anterior.

Después de dejar instalada a Elvira en uno de los sofás de la terraza y de que un par de camareros abanderados por Ahmed se bajaran a la improvisada discoteca en busca del abrecartas perdido, Rodrigo se había acercado a saludarla y terminaron tomando una copa juntos. Como se había prometido, le dio una segunda oportunidad, y no se arrepentía en absoluto. Esta vez la charla había sido totalmente diferente.

***

—Creo que tú y yo no hemos empezado bien, y como me siento culpable por haber sido un bocazas, espero que te sientes conmigo en aquella mesa y, como disculpa, aceptes mi invitación —le propuso Rodrigo, alargando el brazo en dirección a una mesa que se encontraba en un rincón de popa. Estaba lejos de la concurrida piscina, donde una decena de personas departían animadas.

El barco había zarpado durante la fiesta para que los invitados disfrutaran de las vistas de Asuán desde el Nilo y la brisa que corría era una delicia para los sentidos. Julia no pudo resistirse. Después del *shock* que había sufrido tras las revelaciones de Elvira —quien

además la había dejado sin bebida—, lo mejor era pedirse otro refrescante *gin-tonic* y deleitarse con el paisaje y la temperatura. Todo era perfecto.

—Es cierto, no has estado muy acertado. Poner a parir a mi grupo no ha sido el mejor de los comienzos. —Julia cogió la copa entre las manos y cambió el fingido gesto de recriminación por una sonrisa—. Pero, si te explicas, estoy dispuesta a hacer la vista gorda y empezar de nuevo.

—Veo que no te andas con rodeos. Creí que iniciaríamos la charla hablando de por qué hemos elegido Egipto como destino, para hablar después de algo más personal como a qué nos dedicamos e intercambiar algunas impresiones acerca de este país. Pero tú eres mucho más directa —Rodrigo entrecerró los ojos para observarla con atención y torció los labios en un gesto que destacaba un atractivo hoyuelo en su mejilla—, lo que te hace mucho más interesante.

—Todo lo que tú quieras —dijo Julia con seguridad—, pero, antes de esa insulsa conversación, explícame por qué esta mañana has hecho unos comentarios tan impertinentes acerca de mis nuevas amigas. ¿Tanto las conoces para poder opinar delante de la primera persona que se cruza en tu camino?

—Tienes toda la razón. Ni las conozco a ellas ni te conozco a ti. Sin embargo, debes reconocerme que formáis un equipo bastante peculiar, sobre todo debido a tu presencia: una mujer joven, que se acompaña por una excéntrica de pelo rosa, que trapichea con los moros; una famosa cantante venida a menos, que parece creerse superior al resto de los mortales; otra señora, que debió estar muy buena en sus tiempos, pero que ahora resulta un poco ridícula dejando, sin ningún pudor, que las tetas le cuelguen como campanas. —Se llevó dos dedos a los labios y, con ellos, se dio varios golpecitos en la barbilla. Estaba pensando. Al final, exclamó—: Ah, sí, Elvira, operada hasta las cejas, con unos pómulos que parecen las fauces de un *bulldog* ; y, por último, la mujer de la cara alegre, de ella no puedo decir nada, la verdad.

«Pero, si no os conocíais de nada, y habéis coincidido en este viaje por casualidad, no me negarás que sois unas pasajeras extrañas. — A Rodrigo le salió un gesto pícaro antes de proseguir con su

disertación—: En cuanto a mi impresión sobre que formáis un grupo no muy bien avenido, se debe a que cada vez que una se acerca a mí es para hablar mal de otra. Especialmente Elvira y Lola no han dejado títere con cabeza, aunque tampoco puedo dejar de lado a Inés y a Matilde; con ellas no he tenido mucho contacto, pero esas pocas veces siempre han dejado caer algún sutil comentario negativo sobre alguna compañera. —Echó la cabeza hacia atrás y respiró en profundidad, como si quisiera llenar los pulmones con la brisa del río. Enseguida se enderezó, la miró y continuó hablando—: Por cierto, a ellas también las vi entrar por separado en el camarote de la mujer que murió esa misma noche, Soledad se llamaba, ¿no?

«Ya te dije que soy ave nocturna. Y después, como si nada hubiese ocurrido, el grupo continúa feliz con el circuito por el Nilo. Era la acompañante de la famosa Cayetana Iranzo, y esta, aunque muy apenada, decide quedarse junto a unas compañeras de viaje a las que no conoce de nada. ¿Y de verdad me preguntas que por qué tu grupo me llama tanto la atención?

Julia lo miró como hipnotizada. Visto así, no podía más que darle la razón en todas y cada una de sus afirmaciones. Y eso que él no sabía de la misa la mitad. Pese a todo, tenía que reconocer que a Rodrigo no se le había pasado por alto ni un solo detalle y a ella le había dado la solución al enigma de por qué le pareció ver a Matilde en su cubierta aquella noche, cuando su camarote estaba en la de abajo y le costaba andar por el dolor de rodillas. Lo que sí era nuevo para Julia era la visita que Inés le hizo a Sole.

Con aquellos pensamientos en su mente, de forma automática se dispuso a dar un sorbo a la copa, pero Rodrigo, con suavidad, le sujetó la mano para impedírselo.

—No es por cambiar de tema, pero te recomiendo quitar los cubitos de la bebida, tal vez tu estómago te lo agradezca mañana. Aunque esperemos lo mejor, preparémonos para lo peor y pensemos que el agua que ha formado los cubitos no estaba embotellada antes de ser congelada.

Sin perder un segundo, ella metió los dedos en la copa y tiró los hielos por la borda. Mientras los flecos de su gorro se enmarañaban por la brisa, resopló con cara de resignación. Durante un segundo,

su mirada cambió de dirección y vio cómo Ahmed, sentado junto a Elvira y frente a Matilde y Lola, no le quitaba los ojos de encima. Ellas hablaban sin parar, pero él era ajeno a la realidad que lo envolvía y parecía encontrarse en otra dimensión. A la velocidad del guepardo que huye de un peligro, Julia apartó la mirada del egipcio, pero tuvo tiempo de distinguir la figura de Inés, de pie, en la barandilla, con la vista dirigida hacia ninguna parte. También descubrió a Cayetana y a Mario charlando en una mesa cercana. Enseguida volvió a concentrarse en la bebida.

—Intuyo que ya es tarde. No es el primer *gin-tonic* que me tomo y, aunque ahora ya no hace tanto calor, seguro que una parte de los cubitos que acabo de tirar ya se habrían derretido.

—Lo peor son la diarrea y lo vómitos —al sonreír de forma traviesa, a Rodrigo se le volvió a formar el atractivo hoyuelo—, pero no te preocupes, no suele ser grave. Además, vengo preparado. Así que, si te pasa, me llamas y problema resuelto.

—Está bien, gracias. —Julia se mordisqueó el labio inferior de manera seductora—. Pero, si te parece, podemos dejar de hablar de diarreas y vómitos y pasar a esos temas tan intrascendentes que tú imaginabas. ¿Qué haces tú aquí? Un hombre joven que viaja solo en un crucero por el Nilo también llama bastante la atención... Y no me digas que eres un escritor en horas bajas que busca inspiración, porque no me lo voy a tragar.

Rodrigo rio de nuevo.

—Me encanta lo directa que llegas a ser. Pero tienes razón, no soy escritor. Soy el director del Departamento de Recursos Humanos de una empresa de investigación, además de ser un apasionado de la arqueología. Egipto era un viaje que tenía pendiente desde hacía muchos años y me he cogido unos días de vacaciones. A mi mujer no le gusta viajar y no me ha querido acompañar; prefería quedarse en casa con los niños. Ahora ya sabes por qué viajo solo.

—Así que estás casado. —Julia sintió una punzada de decepción. Rodrigo cada vez le caía mejor—. Bueno es saberlo. Como también deduzco que te deben pagar muy bien en el trabajo, ya que te puedes permitir viajar con un guía privado para ti solo.

—De mi sueldo no me puedo quejar. En cuanto a mi matrimonio, te juro que al estar frente a ti me gustaría no estar casado. Pero no quiero mentirte —le confesó, arrugando la barbilla—. Éramos novios en la facultad y se quedó embarazada. La única salida era casarnos. Ahora tenemos un niño de dieciséis años y otro de cuatro. —Tras dar un trago, continuó—: Pero, por lo que me has dicho esta mañana, sé que tú también estás casada.

Julia se dio cuenta de que sus problemas se habían quedado aparcados en Madrid y apenas había dedicado parte de sus pensamientos a recapacitar sobre ellos. De forma irreflexiva, soltó:

—Me voy a divorciar. —Al decirlo, sintió una armonía liberadora que la inundó de paz.

—Vaya, así que ese es el motivo de tu viaje. El descanso del guerrero antes de emprender la batalla final.

—Más bien, era la decisión del guerrero: o lanzarse a la guerra final, o huir en retirada. Y aquí, lejos del mundo, el guerrero se ha dado cuenta de que más vale un rojo que muchos amarillos. Retirarse, en el fondo, significa seguir lidiando con batallas diarias —Julia dio el último trago a su *gin-tonic* y se puso de pie—. Me he cansado de los amarillos y me voy directa al rojo, a la guerra final.

—¿Eso también quiere decir que me dejas aquí solo? —Él también se levantó.

—Sí, Rodrigo, mejor me voy a dormir. Podría decirte que estoy agotada y mañana tengo que madrugar, cosa que es verdad. Pero, al igual que tú, no voy a mentirte y te diré que ahora estoy tranquila y tengo la sensación de que tú solo me vas a traer problemas.

Sin dejar de sonreír, Julia se deshizo del gorrito y su pelo ondulado danzó al compás del cálido viento. Unas greñas le cubrieron la cara y Rodrigo, con las yemas de los dedos, se las apartó con delicadeza.

—Quizá tengas razón y eso sea lo mejor. Pero eso no implica que no sienta una rabia enorme. Ojalá las cosas fueran diferentes.

—Pero no lo son —dijo ella, y se dio la vuelta, dispuesta a encaminarse hacia las escaleras.

—¡Espera! —la frenó Rodrigo. Julia giró la cabeza en su dirección —. Sé que suena cursi, pero me da igual. Solo quiero que sepas que me fijé en ti desde el primer momento en que te vi en el aeropuerto

de Barajas, y ahora me doy cuenta de que eres mucho más increíble de lo que imaginé en aquel momento.

Julia no dijo nada y continuó andando en dirección a la salida. Al llegar a la altura del grupo, alegó cansancio y se despidió hasta el día siguiente. Ahmed, con disimulo, acarició levemente sus dedos y le lanzó al aire un sutil beso. Ella agachó la cabeza y apretó los labios para camuflar la sonrisa que pugnaba por emerger.

***

Todavía evocando los recuerdos de la noche anterior, que le habían proporcionado un chute de adrenalina, Julia salió de la ducha, dispuesta a secarse y a ponerse protección solar por el cuerpo. Por un segundo, pensó en Varis y, al mismo tiempo, se fijó en el espejo cubierto del vaho que había generado el agua caliente. No pudo resistirse y, con el dedo índice, escribió de forma ostentosa y en diagonal la palabra «DIVORCIO».

25

DESAPARECIDOS

Se había recogido el pelo en una coleta y llevaba una camiseta de tirantes sobre un pantalón de algodón; seguro que iba a ser otro día sofocante, pensó. Pero el aire acondicionado del restaurante estaba tan fuerte que Julia se alegró de haber cogido el chal que utilizaba para cubrirse la cabeza, y se lo colocó sobre los hombros antes de coger el plato y seleccionar la comida que se servía en el bufé.

Mientras cogía un huevo duro, notó un suave airecillo en la nuca, que le erizó el vello de los brazos, a la vez que, por un instante, su cuerpo se excitó. Al girarse, se topó con el rostro de Rodrigo. Fingía que se agachaba sobre una de las bandejas para descubrir su contenido cuando, en realidad, aprovechaba para soplar sobre su cuello con suavidad.

—Lo siento, no he podido evitarlo —se disculpó con cara maliciosa, mientras se servía un pan de pita—. Desde que te fuiste, no he podido dejar de pensar en ti, y encima esta mañana apareces así de guapa.

Julia entrecerró sus ojos color miel. Para hacerse la interesante, le dio la espalda y volvió a fijarse en las fuentes de comida. Pero en voz muy baja le respondió:

—Eso mismo me ha pasado a mí.

—Es una lástima que yo viaje por libre y tú vayas en grupo. —Rodrigo se paseaba a su lado y cogió un huevo frito con un par de lonchas de beicon.

Julia sabía que podía invitarlo sin problemas a ir con ellas, pero prefirió mantener a sus dos gallos fuera del mismo corral. No quería conflictos y sería una excursión mucho más relajada. Así que, antes de alejarse hacia la mesa en la que ya se encontraban algunos de sus compañeros, le susurró:

—Espero verte esta noche.

En cuanto se sentó, Mario, con el termo plateado en la mano, le preguntó si quería un café con leche. Estaba sirviendo a las tres

mujeres que lo acompañaban, que en ese momento cogían unos cruasanes de aspecto más bien seco de una bandeja central.

Tanto Inés como Matilde la recibieron con efusiva locuacidad. Sin embargo, no podía decirse lo mismo de Cayetana. Aunque como ya era habitual le gustaba destacar y se había cubierto la cabeza con un vistoso pañuelo de seda rojo anudado en forma de flor junto a la oreja derecha, que además impedía que ni uno solo de sus cabellos tuviera acceso a la luz exterior y de paso evitaba que se descubriera su pelo sucio, pensó Julia, su expresión era de tristeza. Por mucho que intentara disimularlo hablando y sonriendo cada vez que el embajador soltaba alguna broma o Inés contaba alguna anécdota divertida, su expresión era de funeral.

Pero enseguida Julia descifró el motivo. Aparte de lo maravilloso que según el embajador les iba a parecer Abu Simbel, el tema se centró en su partida. Él no dejaba de repetir la suerte que había tenido de conocerlas y que esperaba volver a verlas en El Cairo, antes de su regreso a Madrid. Sin embargo, esas perspectivas de futuro parecían insuficientes para Cayetana, quien, después de tantos años pensando en François, se había enamorado como una colegiala. Para disimular su desilusión, achacaba su pesar a la pérdida de la daga. Aunque ninguna de sus compañeras se lo terminó de creer.

Fue al concluir el desayuno cuando se dieron cuenta de que se hacía tarde y ni Lola ni Elvira ni el propio Ahmed habían aparecido por el restaurante.

—A ver si Elvira y Lola han cogido algún virus y tienen el estómago hecho polvo —comentó Julia, recordando los cubitos de hielo de la noche anterior. Ella había tenido suerte y se encontraba como una rosa, al menos de momento—. Igual han llamado a Ahmed y por eso él tampoco ha bajado.

—Yo puedo subir a recepción y hacer que los avisen por teléfono —se ofreció Mario—. Mi coche vendrá a recogerme en veinte minutos y no me gustaría marcharme sin despedirme de ellos. Estas minivacaciones han sido un regalo para mí. —Antes de levantarse y alejarse en dirección a la puerta, contempló a Cayetana.

En cuanto el embajador estuvo lo suficientemente alejado como para poder escucharlas, Inés exclamó con jovialidad:

—¡Estoy tan emocionada! Egipto y, en concreto, el Nilo me tienen cautivada. Pero otra de las cosas que también me entusiasman son tus predicciones, Mati. Nunca fallas. —Entonces Inés se dirigió a las otras dos—: ¿Os habéis dado cuenta de que se han cumplido los pronósticos de las cartas? Ha habido una muerte y alguien —dijo remarcando la palabra, al tiempo que se volvía en dirección a Cayetana— ha encontrado el amor. Lo único es que no ha habido ninguna traición, pero así está mucho mejor.

—Es que tampoco soy Dios, y a veces me puedo equivocar en la interpretación del tarot —se defendió Matilde—. Porque eso sí, las que nunca fallan son las cartas. Y por eso mismo también puede haber más de un alguien que encuentre el amor. —Con un gesto de astucia, observó de reojo a Julia. Su pelo de mechas rosas pareció cobrar intensidad—. Aunque ese alguien, me parece a mí, que no atina mucho en su elección.

Julia supo que se refería a ella y, aunque no tenía la seguridad absoluta de a cuál de los dos candidatos podía hacer alusión, intuyó que se refería a Ahmed. A fin de cuentas, con Rodrigo solo se había tomado una copa y, al parecer, la Vidente era una persona muy observadora y habría notado la conexión que existía entre el guía y ella. Pero se limitó a hacerse la tonta y a beberse el café con leche.

Al instante apareció Mario Montenegro y volvió a ocupar su asiento.

—Nada. Los han llamado desde recepción, pero ninguno de los tres ha cogido el teléfono. —El embajador miró su reloj con urgencia.

—¿Han llamado a la enfermería del barco? Si es que existe una, claro —intervino Inés, con fingido gesto angelical y muy seria—. Lo más seguro es que Lola, que estaba muy preocupada porque no le bajaba la regla, se haya ido a hacer un test de embarazo. Elvira la habrá acompañado.

Todas sonrieron ante semejante ocurrencia, hasta Mario no pudo evitar una carcajada.

—Pues lo que yo creo es que anoche agarraron una buena cogorza y ahora están durmiendo la mona —manifestó Matilde.

Julia comentó, poniéndose de pie:

—Lo mejor es que suba y vaya al camarote de Ahmed a ver qué pasa. Es muy raro que él no esté ya aquí.

—Ah, pero que sabes cuál es su camarote... —La Pantera Rosa, con su peculiar ironía, dejó caer la afirmación mientras con el dedo hacía una bolita con unas migas que había sobre el mantel.

—La cierto es que sí —le respondió Julia con firmeza—, pero te aseguro que no es debido a lo que creo que estás pensando. La primera noche tuve un problema con la habitación y quería que él me ayudase a resolverlo. Nos había dado su número de camarote por si pasaba algo, y yo lo recordaba.

—No, tranquila. —Inés puso cara maliciosa—. Puedo dar fe de que no compartiste dormitorio con el guía. Bueno, y yo tampoco, porque de eso me acordaría.

Julia levantó los hombros y apretó los labios en un gesto divertido; no entendía de qué iba todo aquello. Sin añadir más, se encaminó hacia las escaleras con paso decidido. El cabello de su coleta se movió en un rápido vaivén.

Ya en la segunda planta, fue directa al camarote de Ahmed. Se disponía a dar unos golpecitos en la puerta cuando al escuchar su voz, procedente del interior, cambió de opinión y decidió pegar la oreja e intentar descifrar lo que decía. Parecía muy alterado.

Hablaba en árabe y a gritos. Julia juraría que estaba discutiendo con alguien, si no fuera porque le parecía que la mayoría de los egipcios que había escuchado hablando entre ellos siempre parecían discutir. Pero había oído a Ahmed conversar en su idioma bastantes veces y esa era diferente. No le cabía duda de que su voz sonaba colérica. Al no reconocer a ningún interlocutor, y como de vez en cuando se producía un breve silencio, dedujo que estaría pegado al teléfono.

En una de esas pausas Julia levantó el puño con la intención de golpear la puerta. Estaba a punto de hacerlo cuando esta se abrió de repente y se quedó con el puño en alto.

Ahmed, con cara de pocos amigos y las mejillas morenas tintadas de un rojo iracundo, a juego con la camisa que llevaba, se quedó petrificado ante ella. Julia reaccionó con resolución e intentó ser graciosa echando mano del escaso vocabulario que había aprendido en árabe para darle los buenos días:

—*Sabah el-kheir, habibi* . Perdona que te moleste, pero hemos visto que era muy tarde y ni tú ni Elvira ni Lola habéis bajado a desayunar, y nos hemos preocupado. —Por instinto, Julia se puso tras la oreja unas finas hebras de pelo que se habían escapado de su coleta—. Además, Mario tiene que irse y quiere despedirse. ¿Pasa algo, Ahmed?

La expresión furibunda de él cambió de forma radical y una sonrisa, con esos dientes tan blancos, iluminó su rostro. Sus ojos se clavaron en los de ella.

—Ay, mi guapa. Qué alegría me da verte. No pasa nada, de verdad. Tenía que hacer una llamada importante y se me ha pasado la hora. Pero no te preocupes, yo ya he desayunado; ahora mismo encontramos a las dos que faltan y nos vamos a la excursión.

La agarró de la mano sin que protestase y recorrieron un par de metros de pasillo. Ella estaba convencida de que se dirigían hacia recepción, pero se sorprendió al ver que Ahmed se detenía delante de otra cabina. Aporreó la puerta con los nudillos y, a voz en grito, pronunció el nombre de Mohamed.

—¿Este es el camarote de Mohamed? ¿El recepcionista? —Julia estaba desconcertada.

—Sí. Se ha hecho muy amigo de Lola y es posible que sepa dónde está.

Julia frunció el ceño con incredulidad. Aquella explicación le sonó bastante surrealista. Al ver aparecer a Mohamed, bostezando y con cara de sueño, y tan joven, casi un niño, todavía le resultó más inverosímil. En su cabeza apareció el adjetivo kafkiano.

Tras una conversación, de la que no se enteró de nada, Ahmed la informó de que Mohamed no tenía ni idea del paradero de Lola. Le había tocado turno de noche, pero no la vio en ningún momento.

—Lola se acostaría pronto y por eso no la vio, o lo que es más seguro: Mohamed se durmió durante su turno.

Julia opinaba que la melopea que se agarrarían aquellas dos era la culpable de su ausencia, y a punto estuvo de comentárselo, pero en un segundo decidió mantenerse calladita. A fin de cuentas, Ahmed escondía algún secreto y a ella no la había hecho partícipe.

Llegaron al vestíbulo y se encontraron con el resto del grupo. Mario Montenegro, pese a que parecía calmado, no dejaba de levantar el brazo para mirar a Cayetana y al reloj.

—Ay, Ahmed, venimos de los camarotes de las dos y ninguna nos ha abierto la puerta. Y Mario tiene que marcharse —exclamó Cayetana de forma teatral.

Ahmed le respondió con seguridad:

—No pasa nada. Voy a hablar con el mozo encargado de las habitaciones y le pediré que nos abra.

—Oh, Dios mío, como el otro día. No sé si lo soportaré.

—No te preocupes, Cayetana —la consoló Mario, sentándose a su lado y tomándola de la mano—. No me pienso ir hasta que las hayan encontrado. El coche puede esperar.

Antes de que la Diva terminase de agradecérselo, Ahmed se había puesto en marcha en dirección a la popa del barco. Julia fue tras él hasta alcanzarlo. Hablaba muy rápido con el mozo encargado de la planta. Este sacó la llave maestra y, con sigilo, abrió la puerta del camarote de Elvira.

Julia, al comprobar que todo estaba oscuro y en silencio, se dio cuenta de que las piernas le flaqueaban y el pulso se le aceleraba. Hasta ese momento no había sido consciente de la verdad que encerraban las palabras de Cayetana.

Antes de entrar gritaron su nombre, pero no obtuvieron respuesta. Julia y Ahmed se miraron con cautela. Tomaron aire y, uno pegado al otro, se internaron en el dormitorio. Julia dio un grito al ver su imagen reflejada en la puerta del armario, pero Ahmed la cogió de la mano y apretó el interruptor de la luz. Al instante confirmaron que allí no había nadie, ni lo había habido en toda la noche: la cama estaba impoluta y solo destacaba en ella un camisón negro. Lo más probable era que lo dejara preparado antes de la cena de la fiesta. Tampoco estaba en el baño.

El guía y Julia volvieron a mirarse, extrañados, y pasaron al camarote de enfrente, el de Lola, dispuestos a repetir la operación. Tomaron aire para relajarse y, con mucho tiento, se colaron en el interior. Esta vez, con mayor rapidez, Ahmed alcanzó el interruptor y lo apretó con energía. La luz provocó que su asombro se acrecentara.

No había ni rastro de Lola y lo único que colgaba de la silla que enfrentaba con el escritorio era el vestido de tirantes negro que llevó la tarde anterior, el pareo transparente con motivos de cebra y el biquini. Lola no había pasado la noche allí.

Ahmed se rascó la cabeza, pensativo, mientras Julia apoyaba la espalda en la pared del corredor.

—Lo único que se me ocurre es avisar a todos los camareros y que nos ayuden a encontrarlas —dijo Julia sin haberse repuesto del nerviosismo producido por la entrada en los camarotes.

—Sí, creo que va a ser lo mejor.

Ahmed resopló intranquilo. Lo único que le faltaba era perder a dos turistas.

26

LAS CONSECUENCIAS DEL ALCOHOL

En poco tiempo la tripulación entera y todos los pasajeros se habían enterado de la desaparición de las dos mujeres. Los alrededor de sesenta turistas que estaban embarcados continuaron con las excursiones previstas, mientras que a los camareros se les encomendó la misión de revisar todos los camarotes uno a uno.

El grupo montó su cuartel general en los sillones de la recepción. Julia deambulaba por el vestíbulo sin rumbo fijo hasta que, por matar el tiempo, se paró frente a la joyería a mirar el escaparate y se fijó en una pulsera con forma de serpiente que le gustó. Estaba pensando que la de oro sería muy cara, pero que quizá la tuvieran en plata cuando Cayetana se situó a su lado y le susurró:

—¿Qué te parece el numerito que han montado estas dos? Seguro que Lola lo hace para llamar la atención, siempre enseñando los pechos y vistiendo de esa forma tan chabacana. No puede soportar pasar inadvertida. —La Diva no le perdonaba a la Ninfómana que aprovechara la más mínima ocasión para flirtear con Mario ni que le robase protagonismo.

—Si quieres que te diga la verdad, a mí me trae sin cuidado cómo vista o cómo se comporte con los hombres; en el fondo me da pena, debe sufrir algún trauma. Y te prometo que le haría más caso si no fuera porque el problema que tengo con Lola es que se me hace pesadísima. No soporto sus poesías ni lo encantada que está de conocerse a sí misma.

La llegada de Mario interrumpió la conversación. Durante unos breves minutos comentaron la situación, hasta que al final el embajador y la Diva se sentaron en uno de los sofás. Julia, pensativa, se quedó de pie junto a la barandilla de la escalera. En ese instante se tropezó con Rodrigo. Con sombrero y gafas de sol, bajaba preparado para visitar Abu Simbel. Al verla, se paró a su lado.

—Y tú, ave nocturna que todo lo ve —Julia le dio la espalda al grupo y le hizo un guiño—, ¿por casualidad esos ojos de búho no otearían anoche a las dos almas perdidas?

—Es una pena, pero no. El búho estaba intentando conquistar a una linda «buhita», pero cuando le dio calabazas se fue a dormir.

—Pues sí que es mala pata. Siempre ojo avizor y, precisamente ayer, el búho se fue de vacaciones. —Julia se cruzó de brazos fingiendo enfado.

—Ahora en serio, ¿quieres que os ayude a buscarlas? Como voy por libre y nadie me obliga a hacer excursiones, puedo quedarme. Es más, estoy pensando que sería una idea excelente hacer un pícnic y comer en la terraza. ¿Qué te parece?

Julia se mordisqueó el labio y dobló el cuello hacia atrás de manera ostentosa para mirar hacia arriba. Su vista alcanzó los peldaños de la última escalera.

—Espera, que se me acaba de ocurrir una idea —le respondió a Rodrigo, antes de girarse hacia el lugar en el que se encontraban sus compañeros y elevar el tono de voz—: Ahmed, Ahmed. No hemos mirado en la terraza, y ese es el último lugar en el que fueron vistas. ¡Vamos!

Ella, seguida por Rodrigo, comenzó a trotar por los escalones. El guía los adelantó ascendiendo de dos en dos. El resto del grupo, aunque de forma más pausada, también se decidió a subir.

Pocos segundos después de que Ahmed llegara a la terraza, lo hicieron Julia y Rodrigo. Ella enfiló hacia popa, en dirección al sofá en el que dejaron instalada a Elvira la noche anterior. Corrió hacia allí y gritó con urgencia:

—Allí hay un bulto.

En cuanto se acercó, distinguió a Elvira. Su pequeño cuerpo yacía sobre el sofá, de costado. La falda del minivestido naranja le llegaba a las caderas y, en consecuencia, la faja color carne que le apretaba el estómago quedaba al descubierto. Los zapatos se encontraban tirados de cualquier manera en el suelo.

Con cuidado, Julia se agachó a su lado y acercó su cara a la de ella. No se atrevía a tocarla, pero, al escuchar un estrepitoso

ronquido, se dispuso a colocarle el vestido en su sitio para, a continuación, zarandearla y darle palmadas en el rostro:

—¡Elvira, despierta! ¿Estás bien? ¡Elvira!

Todos los componentes del grupo ya habían llegado. En semicírculo y a cierta distancia para no atosigar, seguían la escena con atención.

Elvira, entre balbuceos y algún que otro gruñido, comenzó a reaccionar:

—Ay, ay. ¿Qué pasa? —Le costaba abrir los ojos y, al tener la boca seca, también le costaba hablar—. ¿Dónde estoy? ¿Albertito?

—Estás en un crucero por el Nilo. ¿Te acuerdas?

Entre Ahmed y Julia la fueron incorporando hasta dejarla sentada.

—Ay, ya me voy acordando. Ayer me caí, ¿verdad? Luego ya no sé bien. Seguro que por el golpe me desmayé y me quedé aquí toda la noche.

Todos la observaron con cierto escepticismo. A Julia le supo mal verla en aquel estado tan bochornoso y se decidió a echarle un cable para darle una salida honrosa.

—Sí, es verdad, te diste un buen batacazo a la salida de la discoteca. Imagino que, al sentarte aquí, entre el dolor y el calor que hace, te quedaste dormida.

—Ay, sí, me duele todo el cuerpo —se quejó, llevándose las manos a las costillas—. Seguro que fue eso.

Julia, que seguía agachada, se puso de pie. Ahmed ayudó a Elvira a levantarse y la obligó a dar unos pasos. Parecía mareada y no estaba convencido de que no se viniera abajo.

Rodrigo le comentó a Julia en voz muy baja lo que en realidad pensaban todos:

—Misterio resuelto. Estas dos cogieron una melopea del quince y han pasado la noche en la terraza. Lo que me extraña es que no haya ningún vómito por aquí cerca. Cuando me fui, me despedí de Elvira y tenía una copa en la mano. Por cierto, no me habló muy bien de ti. —Hizo un amago de silbido y miró al cielo para hacerse el interesante.

—Luego me lo cuentas. Ahora tenemos que encontrar a la que falta. —Y gritó para que el resto la escuchara—: ¿Alguien ve a Lola

por aquí?

Las cabezas de los presentes se giraron en distintas direcciones. Ahmed, que seguía dando pequeños pasos junto a Elvira, intentó que le indicara el paradero de su amiga. Pero ella seguía aturdida y cerraba y abría los ojos para tratar de situarse.

—Por aquí no se ve a nadie —dijo Mario desde el interior de la barra.

Inés, a pesar de que era imposible que se encontrara ahí porque no era necesario agacharse para ver que no había nadie, buscaba debajo de las hamacas.

—Por aquí tampoco —gritó.

Matilde se sentó debajo de una sombrilla y se quitó el sombrero para abanicarse con él. Su voz ronca prorrumpió en medio de la búsqueda:

—Algunos no me creeréis, pero las cartas me han dicho que Lola no está en el barco... No sé dónde, pero aquí no.

—¿Has hecho una tirada y no me has avisado? —se quejó la Pantera Rosa.

—Solo lo he hecho por esta emergencia. Después de la tirada en Madrid, ya te dije que no tenía ninguna intención de hacer más.

Ahmed, excitado, desvió el tema:

—Un momento. Delante hay una escalerilla que baja a un mirador que casi nadie conoce. Por favor, que alguien sujete a Elvira, voy a mirar allí.

Cayetana, Matilde y Mario se quedaron con la paciente, mientras que Julia, Inés y Rodrigo, tras Ahmed, se encaminaron a la proa del barco, en concreto hacia babor. Allí descubrieron la escalinata de madera que, si no llega a ser por la advertencia del egipcio, les hubiera pasado desapercibida.

Los cuatro bajaron sin perder tiempo. Se trataba de un espacio de unos veinte metros cuadrados, en el que había cinco sillas reclinables para tomar el sol y disfrutar de unas vistas privilegiadas del río. El conjunto se completaba con tres mesillas, cada una con su cenicero correspondiente. El acceso desde cualquier otro lugar que no fuera la escalera por la que acababan de descender era imposible

y no hacía falta que se movieran de donde estaban para comprobar que Lola no se encontraba en el solárium.

—Pues aquí tampoco está —dijo Inés con desilusión.

—No, pero no te preocupes, Inés, la encontraremos. —Ahmed la tomó por los brazos y se los frotó con vigor. Parecía querer congraciarse con ella—. Ya verás cómo algún camarero la localiza en un camarote.

—Y, en todo caso, a Elvira se le pasará la... congoja —añadió Rodrigo, sin saber muy bien qué palabra emplear para no utilizar borrachera, resaca o cogorza—, y recordará a dónde fue Lola. Así que lo mejor será que yo me mueva y busque a mi guía. Lleva un buen rato esperándome.

—Sí, nosotros tampoco hacemos nada aquí —lo secundó Ahmed —. Deberíamos continuar con la excursión programada.

Rodrigo se retiró hacia el lugar en el que estaba Julia y, con disimulo, le cuchicheó:

—Espero verte en Abu Simbel, pero, si no tengo esa suerte, nos tomamos una copa esta noche.

Tras despedirse, Rodrigo desapareció por la escalerilla. Inés y Ahmed, con mayor parsimonia, también se dirigieron hacia la salida. Pero Julia se quedó rezagada. Había dado unos pasos hacia estribor y se encontraba agarrada a la balaustrada de la nave. Ahí cerró los ojos y abrió sus pulmones a la brisa que le llegaba del río.

Fue en ese instante, en medio de la quietud, en el que percibió un débil cloc que se repetía a intervalos regulares. Primero dudó por si eran imaginaciones y solo se trataba de algún pájaro local que se había posado cerca. Sin embargo, al concluir que el ave era demasiado insistente, orientó la cabeza hacia el lugar del que provenía el sonido.

Le costó unos segundos descubrir el pequeño recipiente de plásticos que bailaba al compás del movimiento del barco. Emitía aquel sonsonete sordo cada vez que, al volver a rodar, chocaba con el metal del interior de la embarcación.

Recorrió unos metros y a punto estuvo de coger el pequeño envase, pero, al reconocerlo, lo pensó mejor y prefirió que sus huellas no quedaran impresas en él.

—Ahmed —lo llamó. Desde la escalerilla, él observaba sus movimientos. Con rapidez, llegó a su lado—. ¿Tenéis un pañuelo o algo con lo que podamos coger lo que acabo de encontrar?

Inés había escuchado el comentario y también descendió. De su bolso sacó un paquete de pañuelos.

—Toma —le ofreció—. Tengo clínex.

Con mucho tiento, Julia se puso en cuclillas para atrapar el frasco. En cuanto lo tuvo entre sus dedos, lo puso a contraluz y miró su contenido. Apenas quedaba líquido, pero había el suficiente para usarlo un par de veces más.

—Es el colirio de Lola. —La brisa hacía que algunos mechones dorados se escaparan de su coleta y le cubrieran la cara—. No me cabe ninguna duda.

—¿El qué? —preguntó Ahmed—. Mi español no es del todo perfecto y esa palabra no la he oído nunca.

—Las gotas que se ponía en los ojos para que no se le secaran —le aclaró Julia—. Toma, guárdalo tú o déjalo en recepción, por si acaso luego Lola lo necesita.

—Bueno, es posible que bajara hasta aquí y, al tenerlo vacío, se le cayera —apuntó Inés—. Si se le caen las bragas con facilidad, imagínate el colirio.

Ahmed y Julia se miraron con complicidad y soltaron una risotada al unísono. Quizá las circunstancias no eran las más adecuadas para empezar a reír, pero, dado el agobio y la presión a la que estaba sometido Ahmed y el nerviosismo que embargaba a Julia, la ocurrencia les vino como maná caído del cielo. La tensión que soportaban disminuyó y Julia volvió a pensar que Inés era una cachonda mental.

—*Yala, yala.* —El egipcio dio una palmada—. Nos vamos. Al regresar ya habrá aparecido. A lo mejor Matilde tiene razón y no está en el barco.

—¿Y dónde puede haber ido? —Julia sentía verdadera curiosidad —. Que yo sepa, no conoce a nadie fuera del barco.

Sin embargo, el guía no tuvo que contestar. Inés se le adelantó y lo hizo en su lugar:

—Tal vez haya hecho un nuevo amigo y esté dando un romántico paseo con él. ¿Verdad, Ahmed?

A Julia no le pasó inadvertido el tono burlón que su compañera de viaje había empleado ni el gesto incómodo que se acababa de instalar en el semblante de Ahmed. Por unos momentos, le vino a la mente la discusión que habían mantenido aquellos dos.

Hizo un esfuerzo por recordar un detalle que flotaba en su mente, pero que era incapaz de atrapar. Sabía que estaba relacionado con Ahmed, aunque todavía no podía fijarlo. Seguro que en el momento más insospechado sus células grises lo sacarían a la luz, reflexionó.

27

Actualidad

Han pasado cuatro días desde la videollamada de Ahmed, pero ¡menudos cuatro días! Estoy superemocionada y no puedo dejar de pensar en Gabriel.

Como era viernes, me propuso que fuésemos a tomar algo, y acabamos comiendo una hamburguesa en Goiko con un par de cañas. Mientras cenábamos, comentamos el relato de Ahmed. Para Gabriel resultaba demasiado perfecto para que fuese cierto. Me dijo que solo le faltaba alguna coma para que fuese una copia exacta del reportaje que escribió mi madre, y añadió que, cuando varias personas comparten una misma vivencia, lo más normal es que existan discrepancias, ya que a unos les llaman más la atención unos hechos que otros, y no a todos el mismo; y encima, después de tantos años. En ambas historias todo era perfecto: el viaje, las pasajeras, el guía, las relaciones entre ellos... Todo, menos una persona, que al final resultó ser imperfecta. Gabriel me repitió que no se lo tragaba y que lo mejor sería encontrar un punto de vista más realista, por eso le gustaría localizar a ese tal Rodrigo Aguirre; aunque de entrada a mí me pareciese ajeno a la historia.

Tampoco descartó volver a hablar con Ahmed cuando estuviera en Madrid. Entonces, me aseguró, será más incisivo con él, y con mi madre, si es que le da la oportunidad.

Haber sacado a mi madre a colación hace que pierda el hilo de mis pensamientos. Estoy en una cafetería con vistas a la Puerta de Alcalá, muy cerca de casa, esperando a Gabriel, y el mal rollo que me entra hace que me desinfle como una bola de chicle al explotarla. ¡Con lo contenta que estaba! Mi madre y yo hablamos casi todos los días y he sido incapaz de contarle en qué ando metida y le he mentido al asegurarle que no hay ninguna novedad. A este paso, los remordimientos me van a devorar. El problema es que soy incapaz de envalentonarme y soltarle de carrerilla los nombres de la gente que estoy conociendo desde que ella no está. Si lo supiera, le

daría un telele. Por eso no le voy a decir nada, y mucho menos por teléfono..., de momento. Porque, si quiero ayudar a Gabriel, y sí que quiero, tendré que hablar con ella.

Me hago esa promesa a mí misma y vuelvo a pensar en Gabriel y en el paseo que dimos al salir de Goiko. Se empeñó en acompañarme a casa y a mí me chifló la idea, aunque no lo expresé tan claramente y me limité a darle las gracias. Nos tomamos un par de copas en un bar que encontramos de camino y, al salir, estábamos mucho más relajados y también añadiría que cariñosos. No sé cómo explicarlo, pero estamos tan bien juntos que siento que entre nosotros hay una conexión especial, como si tuviéramos muchas cosas en común o nos conociéramos de toda la vida, cuando en realidad apenas nos conocemos. Sin dejar de reír, llegamos al portal. Ahí metí la llave en la cerradura y nos despedimos, pero, antes de que pudiera poner un pie en el patio, él volvió, me cogió la cara y me plantó un piquito en los labios. Yo casi me muero de la emoción, pero lo mejor es que, con la excusa de comentar algo sobre Rodrigo Aguirre, me llamó al día siguiente.

Ahora lo estoy esperando y estoy tan impaciente que he venido un cuarto de hora antes, aunque eso sea demostrar demasiado interés. Me importa un pito, y eso que estoy nerviosa porque no sé cómo va a ser la reacción de Gabriel cuando me vea. A lo mejor me habla y no menciona lo que pasó el otro día... Uff.

Levanto la cabeza intentando parecer tranquila y miro en dirección a la puerta. Me quedo muerta al ver el careto del tipo que está entrando. Puedo disimular y agacharme para hacer como que voy a recoger algo que se me ha caído al suelo, pero estoy tan flipada que no puedo dejar de mirarlo. Seguro que en estos momentos tengo una pinta de boba impresionante.

Él me descubre y, con cara de sorpresa se acerca a mi mesa. Cuando lo tengo delante, me pregunta si me importa que se siente. Sí que me importa, porque estoy esperando a Gabriel, pero no me atrevo a decírselo y se sienta frente a mí. En un segundo se me pasan por la cabeza las probabilidades que existen de encontrarme en el bar al que suelo venir bastante con amigas, porque está al lado de mi casa, un martes de septiembre, a las seis y media de la tarde,

a Varis Gormaz, exmarido de mi madre y al que conozco desde hace menos de una semana. Nunca he sido de matemáticas, pero juraría que la probabilidad es prácticamente nula. ¿No se supone que este hombre siempre está trabajando?

—¡Qué casualidad tan providencial! —me dice de forma simpática. Hasta mi nariz llega el olor de su colonia; seguro que es igual de cara que el traje y los zapatos que lleva. Va tan impecable que parece recién salido de la ducha—. No sabía dónde encontrarte y me había dado por vencido. Esto es una verdadera suerte.

—¿Me estabas buscando?

—No exactamente, pero sí quería volver a hablar contigo. El otro día me dejaste pensativo. Verás, cuando dije que no podía ser tu padre, era porque después de que tu madre volviera de Egipto, ya no tuvimos ningún contacto. Ya me entiendes. Pero otro asunto es que Julia ya estuviera embarazada cuando se fue al viaje...

Ahora sí que me quedo sin palabras. Estaría bien que fuese mi padre, pero la iba a tener con mi madre por investigar por mi cuenta y hurgar en su vida, aunque también es la mía. Estoy hecha un lío.

—Lucía, ¿estás bien? —Si me pregunta eso, es que se me habrá quedado cara de estatua—. Estoy dispuesto a ayudarte y se me acaba de ocurrir que, tal vez, podrías dejarme ver la famosa ecografía que te tiene tan intrigada.

Me da un escalofrío al escuchar la petición, que ha hecho de una forma muy disimulada. Por un momento, me viene a la cabeza la historia de cómo mi madre se enteró de que era adoptada. Me la contó hace años, pero ahora, al tener a Varis enfrente, me vuelve con fuerza.

Hacía poco tiempo que se había casado y la tuvieron que operar de urgencia de una apendicitis. Cuando le entró el dolor, estaban comiendo con sus padres, así que también fueron al hospital. Antes de pasarla al quirófano, el cirujano les preguntó de pasada si podían donar sangre en caso de necesidad, y mis abuelos, con su gracia habitual, le soltaron que su sangre era tan buena como la de cualquiera; no eran los padres biológicos de la paciente y mejor que se la cediese su marido, ya que él también era ahora su familia.

Es cierto que añadió que Varis se ofreció de buena gana, pero no supo o no quiso entender su angustia. Ella estaba tan conmocionada que, una vez operada, le dolía más el alma que los puntos que unían su piel, y Varis no se molestó en consolarla. Solo le dijo que sus padres no eran las personas más cariñosas del mundo y que no se lo tomara tan a pecho porque por supuesto que la querían. Por otra parte, tenían razón al afirmar que su nueva familia era él.

Miro a Varis a los ojos y no sé por qué, pero me da mala espina. Igual no es tan buena persona como me quiere hacer creer. Menos mal que veo a Gabriel entrando por la puerta. Me voy a librar de Varis por los pelos.

—Perdona, Varis, pero estaba esperando a un amigo y acaba de llegar. —Me levanto mientras le sigo diciendo—: No te preocupes por la ecografía, lo resolveré en cuanto vuelva mi madre. —Me agacho un poco hacia él y le doy dos besos para despedirme—. Estamos en contacto.

Ando hasta llegar junto a Gabriel y tiro de él para salir a la calle.

—Vámonos a otro sitio. Está aquí el exmarido de mi madre y hay algo en él que me tira para at...

No me da tiempo a terminar la palabra. Gabriel me está dando un beso, un poco más largo que la última vez, y me olvido hasta de dónde estoy.

Abro los ojos y veo su nariz muy cerca de la mía. Está guapísimo. Pero no se lo voy a decir, para que no se lo crea demasiado. Los chicos son unos creídos.

28

ADIÓS, MARIO

—Es una pena, pero lo último que recuerdo de anoche es que me di un buen porrazo —dijo Elvira, tras ser preguntada de nuevo por el paradero de su amiga—. Aunque os tengo que decir que, si Lola ha desaparecido, más de una se va a alegrar. Sobre todo, si no vuelve.

El grupo estaba reunido en la terraza y, ante aquella aclaración innecesaria, todos se quedaron estupefactos. Sin embargo, no hubo comentarios. Ahmed les transmitió su confianza en que Lola estaría en el barco a su vuelta y les detalló el plan: harían una visita rápida al Obelisco Inacabado y, de ahí, partirían hacia Abu Simbel.

Elvira pidió unos minutos para pasar por su camarote y tener tiempo de asearse. A pesar de que no hacía falta que lo jurase tantas veces, lo recalcó para hacer hincapié en que no podía aparecer con semejante pinta; de paso, añadió que sería rápida y la demora, mínima. Abrazó a Mario con inusitada efusividad y, como si su hada madrina hubiera utilizado la varita mágica para que le desaparecieran los fuertes dolores que decía sufrir por todo el cuerpo, corrió directa a su habitación.

—En ese caso —intervino el embajador con aflicción—, yo ya me marcho. Aquí mismo aprovecho para despedirme de las bellas damas y del gentil caballero. Espero tener la oportunidad de encontraros en El Cairo antes de vuestro regreso a España.

Con un pantalón ancho y la camisa de lino por fuera, todo en blanco, Mario Montenegro parecía el perfecto dandi. Esa sensación se acrecentaba con el toque seductor que le daban las gafas oscuras que le cubrían los ojos y el pañuelo que le salía del bolsillo de la camisa.

Estrechó la mano de Ahmed y se despidió de cada una de las señoras con sendos besos en la mejilla. Al llegarle el turno a Cayetana, la última, se entretuvo un poco más. Para que nadie notara que le rozaba los dedos, desvió la atención de la audiencia que estaba pendiente de él al pronunciar con sonoridad:

—Para el mundo entero siempre serás la gran Cayetana Iranzo, pero, a partir de ahora, para mí, también serás la gran Cayetana García, una mujer cautivadora.

Ante aquel regalo para sus oídos la Diva cerró los ojos para interiorizar el significado de esas palabras y la prodigiosa sensación que le producía el leve contacto de su piel.

Al finalizar, el embajador levantó la mano y desapareció por las escaleras. El resto, ya sin urgencia y en silencio, lo siguieron.

De nuevo en la recepción, que ya se había convertido en su cuartel general, los cinco se sentaron a esperar a Elvira. Pero enseguida Julia volvió a levantarse con la excusa de acercase a la joyería y probarse la pulsera que le había gustado. Cayetana, un poco alicaída, quiso acompañarla.

El joyero, que hablaba un perfecto español, se deshizo en halagos hacia las dos. Mientras parloteaba acerca de su belleza, les ofreció un té y las invitó a sentarse frente al mostrador. Julia fue directa al grano:

—¿Tiene la pulsera de la cobra en plata? En oro se irá de precio.

Por supuesto que la tenía. Y no solo una, había parecidas con distinto grosor. Julia comenzó a probárselas todas.

—¿Qué te parece esta? —le preguntó a Cayetana.

El vendedor fue a por más té de menta.

—Muy bonita. —Cayetana inclinó el cuerpo hacia Julia. Se puso tan cerca que la flor de su pañuelo le hizo cosquillas en la mejilla—. ¿Crees que Mario me llamará? Verás, anoche me tomó de la mano un par de veces y me acompañó hasta el camarote. Al desearme buenas noches, me dio un beso en los labios. Fue muy rápido, pero lo hizo. Antes, por supuesto, me prometió que me llamaría en cuanto estuviese en Madrid. ¿Lo hará?

Sin dejar de observar la pulsera, Julia se echó un poco hacia atrás para no chocar con la cara de la Diva. No podía creerse que aquella mujer con apariencia de poseer una fuerte personalidad, que había viajado tanto y conocido a tantos varones que la habrían avasallado, y, sobre todo, que había vivido años con un amante, fuese en realidad tan vulnerable e indefensa, y estuviera tan falta de mundo. Lo más probable era que la educación ultraconservadora en la que

fue criada hubiera hecho mella en ella y por eso jamás se atrevió a confesar a gritos el amor que sentía por un hombre casado, igual de mojigato que ella o más, ya que fue incapaz de divorciarse por sus creencias religiosas. Incluso si hubieran llegado formalizar su relación civilmente, para la familia de Cayetana habría sido una vergüenza y una decepción que contrajese matrimonio con un divorciado. Así que ella prefirió mantener la imagen de distante e inalcanzable soltera. Seguro que su única experiencia amorosa, y también sexual, fue con el hombre francés que la abandonó. Después ya no habría podido confiar en nadie más, hasta llegar allí, en un ambiente sin presiones, donde había conocido a un caballero que le encajaba como anillo al dedo, concluyó Julia para sus adentros.

—Así que ya nos hemos olvidado de François. Pues sí que se te ha pasado pronto. Diez años pensando en él y en un periquete te has enamoriscado de otro.

Cayetana se quedó con la boca abierta. El sentimiento de culpabilidad iba a acabar con ella.

—No, bueno, yo... —La Diva no sabía cómo justificarse.

—Que es broma, mujer. Me parece genial que te hayas olvidado de ese tipo, que no te hizo ningún bien, y ahora estés ilusionada con otro. Mario vale la pena, y ya verás como sí que te llama.

—Ay, qué susto me has dado. Creí que hablabas en serio.

El vendedor apareció con el té y, tras unos minutos de regateo, llegaron a un acuerdo y Julia salió con la pulsera en la muñeca.

Sin dejar de comentar lo contenta que estaba con su nueva adquisición, a pesar de que Julia estaba segura de que el dueño de la joyería la había estafado, fueron a sentarse junto a sus compañeras. Ahmed, según las informaron Matilde e Inés, había ido en busca de Elvira, que se retrasaba más de lo prometido. Aunque tampoco descartaban que, de paso, el guía se estuviera fumando un cigarro.

Satisfecha, Julia les mostró la pulsera. Les pareció preciosa.

—No te preocupes por el precio —dijo la Vidente, arrellanándose en el sofá, mientras medía la bufanda para que un pico no colgase más que otro—. Si has comprado algo que te encanta, pronto te

olvidarás de lo que te ha costado. No sucede lo mismo con los amores, los que dejan huella son imposibles de olvidar... hasta que aparece un nuevo amor. —Entonces Matilde se dirigió a Cayetana en tono confidencial—: ¿Te ha pedido ya el teléfono? Si aún no lo ha hecho, en El Cairo lo hará. Y, por supuesto, te llamará.

Cayetana casi se quedó sin habla al escuchar la pregunta y el comentario. Parecía que la astróloga le leyera el pensamiento, por lo que, a pesar de que apenas había tenido relación con Matilde, intuyó que no había mala fe por su parte y, cargada de inseguridad, se decidió a responderle:

—Bueno..., pues sí... Creo que tiene intención de verme en Madrid.

De repente, se escuchó el grito ahogado de Inés. Con rapidez, a la par que con admiración, se tapó la boca con las manos.

—¿También te lo han dicho las cartas, Mati? Eres increíble.

—No necesito el tarot para saber ciertas cosas, me basta con ver la evidencia. Es lo mismo que nuestra niña. —Y señaló a Julia—. No hace falta ser astróloga ni prima de Einstein para darse cuenta de que el guía está loco por ella. Si la niña quisiera abrirle la puerta de su alcoba, él acudiría presto a su lecho... Pero falta que ella quiera hacerlo.

—Ya no te lo voy a repetir más, Julia. —Inés parecía indignada—. Pensarás que soy una entrometida, pero te aprecio y debo decirte que ese moro no te conviene para nada. Porque no debes olvidar que es un moro. Y, aunque parezca muy moderno y le guste ver un cuerpo femenino ligero de ropa, eso es para las demás. A su mujer la quiere con el pelo tapado y en casa.

—Si yo no he dicho nada —se defendió Julia.

Iba a preguntarle por qué le tenía esa fobia a Ahmed, pero la llegada del aludido y de Elvira se lo impidió. Esta vez el Pez Napoleón se había vestido con unas bermudas verdes y una camiseta que, aunque le marcaba la barriga, era un atuendo mucho más adecuado para la ocasión. Lo único que desentonaba y que provocó que sus compañeras se mirasen con recelo fue el collar de perlas australianas que adornaba su cuello. Había tenido la desfachatez de ponerse el collar de Sole.

—Qué sinvergüenza es —llegó a murmurar Matilde para que sus tres compañeras lo escucharan.

Pero ya no hubo tiempo para más chismorreos. Con el consabido: «*Yala, yala* " y la palmada del guía, supieron que debían ponerse en marcha.

Ahmed se sentó delante, en el asiento cercano al conductor, donde se encontraba el micrófono, y en cuanto el automóvil arrancó, comenzó a contar la historia del Obelisco Inacabado. Era una lástima no poder escuchar las explicaciones y tenerlo enfrente para comprobar *in situ* la información que iba compartiéndoles.

En unos diez minutos llegaron al obelisco. Ahmed les metió prisa para que tomaran unas cuantas fotos y volvieran cuanto antes al autobús. Julia se alegró de que su cámara digital no pesara. Cargar hasta Egipto con la Nikkon, que sacaba unas imágenes excepcionales, no le hubiera servido de nada. Entre unas cosas y otras siempre andaban con retraso y apenas tenía tiempo de pararse a elegir el encuadre adecuado.

Continuaron la ruta. Ahmed aprovechó para relatarles con detenimiento algunos aspectos sobre la forma en que los antiguos egipcios llevaban a cabo la construcción de aquellos enormes pilares y les detalló cómo utilizaban madera para desprender la roca tallada. Pero al poco terminó con su exposición y las excursionistas comenzaron a hablar en susurros.

Matilde e Inés se sentaron juntas. A pesar de que se encontraban tres filas por detrás de Julia, esta escuchó algunos de sus comentarios. La Pantera Rosa le insistía para que le contara sus conclusiones sobre la tirada de cartas que había echado para Lola. Quería saber si se encontraba en la cama con algún camarero o con alguno de los turistas que viajaban con ellas en el crucero, aunque esto último le parecía raro porque el único decente en cuanto al físico, Rodrigo Aguirre, se había ido de excursión. La astróloga, entre bostezos, le respondió que no tenía ni idea de con quién podía estar la Ninfómana. Al final dejaron de escucharse sus voces y Julia dedujo que, al menos Matilde, estaba durmiendo. Quizá pudiera acercarse más tarde a comprobarlo y, si era así, abordar de nuevo a Inés para que le explicara los motivos de su aversión hacia el guía. Y

no solo estaba ese asunto; también recordaba que aquellas dos, por separado, le habían hecho una visita a Sole la noche que falleció, concluyó Julia para sus adentros.

Cayetana viajaba a su lado, pero, tras un rato de charla sobre sus inseguridades respecto a Mario, cayó en un profundo sueño. Dejó que su cabeza y su pañuelo rojo con la flor reposaran sobre el cristal de la ventanilla.

Julia se levantó con sigilo y desde lo alto observó a Inés. Permanecía con los ojos cerrados. No quiso molestarla y se decidió a hacerle una visita al guía. Había cambiado de lugar y ahora se encontraba en el primer asiento, justo detrás del conductor, cerca de la nevera portátil donde se hallaban las botellas de agua. Con la excusa de comprar una, recorrió unos pasos hasta que, todavía de pie, se colocó a su lado.

—Hola, Ahmed. Quería una botella de agua.

Raudo, él se inclinó para abrir el pequeño refrigerador blanco y azul. Antes de darle la botella, le sonrió de forma melosa y dio varios golpes con la palma de la mano sobre el asiento que estaba a su lado en señal de invitación. Ella no lo dudó.

—Menudo viaje, ¿no? —Fue la manera que se le ocurrió a Julia de iniciar la conversación.

—¿Lo dices por las casi cuatro horas que hay hasta Abu Simbel o por todos los incidentes que nos están ocurriendo? Si lo dices por esto, te aseguro que en todos los años que llevo trabajando de guía no me había pasado nada parecido.

La sonrisa se había borrado de su rostro y miraba hacia el horizonte con aire preocupado. Sin embargo, con cautela y con las yemas de los dedos, acarició la parte interior de la muñeca de Julia. Los músculos del cuerpo de ella se tensaron hasta parecer hierro forjado. No obstante, también tuvo la impresión de que decenas de mariquitas correteaban en un juego afrodisíaco por su sistema nervioso hasta concentrarse en la parte baja de su vientre. Tuvo que sujetarse al reposabrazos para no sucumbir al deseo de abalanzarse sobre él y que sus bocas se fundieran en un ardiente beso. No obstante, su parte racional logró imponerse y contuvo el impulso. Antes de terminar de recomponerse, se preguntó cuándo fue la

última vez que había experimentado esa sensación de brasas en las entrañas. Sin darse tiempo a una respuesta, se aclaró la garganta y apartó el brazo que estaba junto al de él. Como si no hubiese experimentado ninguna emoción, continuó:

—Sí, lo digo por Lola. No me la puedo quitar de la cabeza y, aunque supongo que tienes razón y aparecerá en el momento menos esperado, a veces imagino que puede haber caído por la borda. No sé, al encontrar el colirio allí...

Él volvió a sonreírle.

—Pues no lo pienses, de verdad. Si había bebido, se le caería el colirio ese.

—Ojalá sea así. —Julia pareció dudar—. Lo que me pregunto es qué estaba haciendo Lola en un sitio tan escondido, que casi nadie conoce y donde no es fácil descubrir las escaleras.

Ahmed puso cara de sorpresa antes de responder:

—Alguien se lo enseñaría. —El guía parecía no tener más que añadir, pero Julia lo observó con expectación y le dio un pequeño codazo para que continuase. Quería saber quién podía ser ese alguien—. No sé —dijo él, un poco incómodo—, Mohamed se lo pudo enseñar...

—¿Mohamed? Pero si ha dicho que estuvo en la recepción toda la noche y no la vio.

—Yo no lo sé, de verdad. Se lo pudo enseñar otra noche...

Julia optó por no insistir más en el tema, pero la historia de Mohamed le resultaba muy extraña. ¿Era amante de Lola? Por mucho que le costara creerlo, tenía que decantarse hacia el sí. Sin embargo, le quedaba en el tintero otra cuestión y agachó la mirada antes de proseguir:

—También quería preguntarte otra cosa... Verás, ayer, al salir de la tienda de perfumes, os vi discutir a ti y a Inés y... bueno, me pareció raro...

—¡Ah, era eso! —Ahmed hizo un gesto de negación para restarle importancia al incidente—. No fue nada. Un malentendido con el vendedor. Yo aproveché para comprarle una crema a mi madre y, por equivocación, lo puso en la cuenta de Inés. Eso es todo.

—Ya. —Fue lo único que alcanzó a decir Julia.

Se rascó la barbilla con escepticismo. Por algún motivo desconocido, Ahmed le estaba mintiendo. En cuanto tuviera ocasión lo intentaría con Inés, pero estaba claro que en ese viaje sucedían cosas más extrañas de las que se hubiera figurado.

Llevaba demasiado rato allí sentada y algunas de sus compañeras se habían despertado, dispuestas a hincarle el diente al aperitivo y los bocadillos que les habían dado en recepción. No quería murmuraciones respecto a ellos e hizo amago de levantarse. Ahmed le cogió la mano y la retuvo unos instantes.

—Sé que será un día pesado, aún nos queda la excursión al templo de Philae. Pero sería una lástima que no vieras Asuán, es una ciudad mágica. ¿Te gustaría que te la enseñara esta noche? Es la última.

Podría haber contestado cualquier cosa o dado cualquier excusa. También había quedado con Rodrigo y tenía interés en verlo. No podía olvidarse de él. Sin embargo, se limitó a responder lo que le pedía el cuerpo:

—Sí.

29

ELVIRA

Elvira se sentó sola en el microbús. Ninguna de sus compañeras se había ofrecido a hacerle compañía. En otras circunstancias le habría sentado peor que un tiro, sin embargo, en las actuales, lo agradeció. No tenía ganas de hablar, y mucho menos de que le hablaran. Por un lado, le avergonzaba su actuación de la noche anterior, en la que tuvo que reconocerse que bebió más de la cuenta, y, por otro, se sentía agotada. Lo más conveniente, y lo que más le apetecía, era echar una cabezadita, pensó. Por eso, una vez hechas las fotos en el Obelisco Inacabado, cerró los ojos, se llevó la mano al collar para asegurarse de que seguía ahí, y los síntomas de somnolencia hicieron su aparición. La primera imagen que se le presentó en esa duermevela fue la de Albertito. Sonrió.

***

Hacía casi sesenta años que se había casado con Gaspar, feliz, enamorada y convencida de que sería para toda la vida. Aunque once años mayor que ella, era guapo a rabiar y además con la carrera de Graduado Social. Para sus padres supuso un gran orgullo que su hija de diecinueve años se desposara con el sucesor de un empresario dedicado a la fabricación de alpargatas y zapatos, culto y bien posicionado, que haría de Elvirita toda una señora. Ellos eran carniceros de toda la vida y, pese a no pasar estrecheces, el hecho de considerarse unos simples matarifes sin estudios los hacía sentir de una clase inferior.

Tuvieron cuatro hijos en siete años, pero mucho antes de eso, incluso antes de nacer Gasparín, su primer retoño, ya se había dado cuenta de que su marido, además de honrado y trabajador, y dueño de todas las virtudes que la habían encandilado de novios, era un tacaño de tomo y lomo.

Tenía una mujer que la ayudaba en las tareas domésticas y con los niños, sí, pero le pedía cuentas y revisaba las notas de cada

peseta que se gastaba en la compra y, por supuesto, no le daba ninguna asignación para sus gastos. Si quería comprarse algo de ropa o simplemente ir a la peluquería, tenía que ser zalamera para que Gaspar le soltara los cuartos. Para poder subsistir, aprendió a sisar: le pedía al verdulero, al peluquero, al pescadero o a quien hiciera falta que hinchara la cuenta para poder quedarse con una pequeña parte del botín.

Y en esa vida anodina podría haber continuado hasta el fin de sus días si no hubiera sido porque, después de que su benjamina viniera al mundo, su marido, cumplido ya su deber de fundar una familia, dejó de prestarle atención, hasta el punto de hacerla sentir como a una cucaracha que solo sirve para ser pisoteada. De modo que su situación personal y su autoestima como mujer se vieron terriblemente mermadas.

Gaspar había ampliado el negocio comenzando con las exportaciones. Eso lo obligaba a viajar de forma constante y a asistir a cenas de negocios que se alargaban hasta el amanecer.

A Elvirita le llegaron rumores sobre lugares en los que su marido había sido descubierto, aunque aquellas advertencias no eran necesarias. No era tan tonta como para no figurarse que su esposo sería conocido en todos los puticlubs de Madrid y parte del extranjero.

Y, a pesar de que era ella quien gobernaba la casa y se encargaba de la educación de los niños, amén de que Gaspar cada vez ganaba más dinero, él se mantenía en su posición de avaro. Ella seguía sudando sangre para que Gaspar se aflojase el bolsillo. Durante años estuvo abatida y desganada, y si no cayó en una profunda depresión, fue porque su papel de madre y esposa se lo impidió. Pero una buena mañana, gracias a los consejos de una vecina, se animó pensando que esa situación debía tener un final.

Todo comenzó a cambiar el día en que su hija menor cumplió quince años. Elvira consideraba que había llegado el momento de liberarse un poco de sus hijos y dedicarse a ganar por sí misma un poco de dinero. A Gaspar le pareció una idea excelente que ella se decidiera a trabajar. Tenían un amigo dentista y pronto se convirtió en su recepcionista.

Los hijos ya mayores y el extra que le suponía su sueldo, que había tenido la precaución de decirle a su marido que era inferior al real, le permitieron a Elvira apuntarse a actividades con las que llenar su existencia. Aprendió a jugar al *bridge* y a la canasta, y también se apuntó a clases de cocina y de pintura, lugares en los que más tarde conocería a Lola e Inés. De esa forma comenzó a relacionarse con gente diferente y a cultivar amistades. Y fueron esas nuevas compañías quienes le descubrieron las que serían sus tres grandes pasiones, todas comenzando por v: viajar, vino y varones.

Primero fueron los aperitivos antes de la cena, a la salida de las clases o al terminar las partidas. Esos momentos siempre fueron acompañados por una copa de vino, que con el tiempo se transformaron en dos o tres, ya que el relax que le producía el alcohol la ayudaba a sobrellevar su relación con Gaspar, que solo le producía insatisfacciones.

Más tarde, asentada la confianza con sus amistades, llegaron los viajes. Como su marido pasaba mucho tiempo fuera de casa y algunas de sus amigas actuales estaban solteras, no tuvo que esforzarse demasiado para poder moverse a sus anchas. A Gaspar le traían sin cuidado sus idas y venidas. Solo necesitaba tener el plato en la mesa para comer y la ropa, limpia y planchada, en el armario correspondiente. Y para eso tenían una chica de servicio. La cama caliente ya se la buscaba él en otros sitios que le debían resultar más excitantes.

Tras varios viajes promovidos por diferentes asociaciones, en su mayoría peregrinajes a lugares santos, ya que en aquella época no se permitía que las mujeres viajaran solas, se dio cuenta de que los organizadores recibían una comisión por parte de la agencia. Así que llegó a la conclusión de que, si era ella quien reunía al grupo de viajeros, el porcentaje sería para la propia Elvira. Ni corta ni perezosa, se puso manos a la obra y comenzó su misión: redujo su horario laboral y aumentó sus actividades sociales, como formar parte de un club de lectura, donde conoció a Sole. Sin ella saberlo, le descubrió una mina en la parroquia: las señoras que acudían, ya fuera para orar, cantar en el coro o impartir catequesis, eran en su

mayoría viudas o solteras de cierta edad, deseosas de que alguien les propusiera planes alternativos, en los que hubiera un responsable que se lo diera todo hecho. Y esa persona iba a ser Elvira, quien se convirtió en la más piadosa de las católicas.

Los viajes no solo le sirvieron para conocer lugares exóticos o remotos, en los que poder descubrir otras culturas, siempre con la excusa de explorar rincones sagrados y guiadas por un sacerdote. Los viajes también le valieron para relacionarse con gente nueva, y eso abarcaba a individuos del sexo opuesto. Al empezar a flirtear, con resultados bastante satisfactorios, su autoestima empezó a recuperarse.

No pasó de simples coqueteos hasta que, en un viaje a la isla italiana de Sicilia, con el pretexto de visitar el santuario de Santa Rosalía, apareció Lorenzo. Estaba casado, como ella, y al parecer su vida matrimonial era tan desastrosa como la suya. Por lo que le contaba, su mujer era una arpía. A Elvira no le costó sucumbir a las zalamerías del italiano y meterse en su cama. Entonces tenía cuarenta y cinco años y nunca había disfrutado del sexo tanto como con él.

Abandonar Palermo significó despedirse del hombre que le había enseñado los placeres de la carne, y experimentó una gran pena, sobre todo al no volver a tener noticias de él. Cuando sonaba el teléfono, corría eufórica para que nadie de la casa se le anticipase, pero, cuando pasado un mes comprobó que la llamada no se producía, tuvo que asumir que jamás lo volvería a ver y aprender a sobreponerse.

Se dijo que habría más desplazamientos y podría haber más Lorenzos. Ya no estaba dispuesta a renunciar a la maravillosa experiencia sexual que había descubierto ni a la gratificante sensación de sentirse deseada. Eso sí, tendría que tomar precauciones para que sus compañeras de viaje, entre las cuales había un elevado número de beatas y cotillas, no la pillaran in fraganti y fueran con el cuento a su familia. Ella siempre tendría que parecer la perfecta madre y esposa.

Y así fue haciendo. Unas veces se trataba de trayectos cortos y otras, de circuitos por países lejanos, pero siempre conseguía reunir

a un nutrido grupo de señoras dispuestas a pagar el suplemento que lograba que Elvira viajase gratis; incluso la comisión era tal que hasta conseguía plaza para invitar a un acompañante, además de al párroco.

Aún no podía aspirar a las joyas que lucían algunas de las señoras que iban en el grupo, muchas de ellas pertenecientes a familias de postín, poseedoras de verdaderos tesoros. Gaspar, con todo lo que ganaba, seguía siendo igual de roñoso. Pero ya se las ingeniaría ella para llegar a poseer alhajas como aquellas.

En cuanto a la compañía masculina, si la suerte estaba de su parte, se le presentaba algún señor de buena planta con el que coquetear, sin quedar descarada, o lo que surgiera. Si el destino no le era propicio, disfrutaba con algunas de sus compañeras, las más liberales, frente a unas copas de vino o algún otro licor.

Tuvieron que pasar algo más de veinte años hasta el día en que se le ocurrió apuntarse a bailes de ritmos caribeños. Su profesor, un joven cubano de piel tostada y fuertes músculos, se llamaba Alberto.

Se fijó en él desde el primer momento. Sabía moverse con gracia y desprendía simpatía y dulzura por cada poro de su piel. Y cuando la tocaba... madre mía cuando la tocaba y sus cuerpos se rozaban en aquel baile sensual, recordó Elvira. El deseo se apoderaba de ella y era incapaz de coordinar los pasos para seguir el compás. Solo podía concentrarse en el torso duro del cubano e imaginárselo desnudo haciéndole el amor.

No le importó que fuese más joven que sus propios hijos, al contrario. Tenía comprobado que los hombres mayores que ella no estaban acostumbrados a dar placer a una mujer, eran egoístas y, por lo general, buscaban su propio deleite. Elvira se convenció de que, tras todo lo que había aguantado en la vida, merecía algo mejor. Seguro que Alberto era mucho más delicado.

No se equivocó. Alberto era empalagoso como el merengue y la escuchaba como nadie mientras lamía con dedicación cada uno de los dedos de sus pies, hasta que la lengua llegaba a sus muslos. El éxtasis la obligaba a callar y cerrar los ojos, aunque no lo dejaba subir más porque se consideraba muy decente y muy devota de

Nuestra Señora de la Concepción, y siempre se cubría con un camisón de raso. Al hacer el amor, la luz tenía que estar apagada.

No había encontrado al Lorenzo añorado, pero Albertito lo superaba con creces. Y no solo por ser un maestro en temas sexuales: su profesor de baile se había enamorado de ella. «Estoy loco por ti», le repetía sin cesar. Y Elvira estallaba de contenta cada vez que oía esas palabras.

También le insistía en que la diferencia de edad no era ningún impedimento para saborear su pasión, pero a veces, al mirarse en el espejo, se sentía mayor. Para ponerle remedio, Elvira acudió a una clínica de cirugía estética, donde hicieron que las arrugas y la flacidez desaparecieran de su rostro, y le aumentaron los labios hasta convertirlos en voluptuosos. Tenía que pasarse cada seis meses para los retoques, sin embargo, le suponía una minucia. El resultado valía la pena.

Uno de los pocos inconvenientes de su clandestina relación era que la capacidad económica de Albertito no era precisamente lo que se dice boyante y ella tenía que ayudarlo para hacer frente a la hipoteca de su casa o para darse algún capricho. De todos modos, en la última década, su posición financiera había experimentado un vuelco más que positivo. Gaspar había envejecido a la vez que sus facultades mentales decaían, lo cual la favoreció para tener acceso a las cuentas de su marido y disponer de parte del dinero sin que él se diera cuenta.

Albertito, como así lo llamaba en la intimidad, y ella ya podían gozar de su amor sin pasar penurias pecuniarias. Aunque hasta el fallecimiento de Gaspar no podrían disfrutar de una existencia de lujo.

Y todo le habría salido a pedir de boca si no hubiera sido por la fatídica tarde, tan solo diez días antes, en la que Sole tuvo la ocurrencia de ir a esperarla a la salida de su clase de baile para comentar las partituras elegidas por el coro para la liturgia del domingo. Elvira, debido a la edad, aunque era incapaz de reconocérselo a sí misma, había reducido las clases de baile a dos veces al mes, y esas dos veces siempre se hacía la remolona para marcharse la última sin levantar sospechas y poder pasear con él.

Así que fue mala suerte que Sole la viese salir agarrada del brazo de Albertito. La muy ladina, en lugar de llamarla, se decidió a seguirlos hasta el piso que le había alquilado a su amante, no muy lejos del estudio de baile, y la esperó durante dos horas, momento en el que Elvira abandonó la vivienda.

Se puso de todos los colores al toparse con Sole en el umbral de la portería. Intentó justificarse, pero su amiga no la creyó. Tras echarle un buen rapapolvo, concluyó que, en cuanto regresaran del viaje a Egipto, que ya estaba previsto, tomaría las medidas oportunas para que aquella tomadura de pelo tocara a su fin.

***

Elvira se revolvió en el asiento y levantó la cabeza que, durante el trayecto, había mantenido apoyada contra la ventanilla. Aquel recuerdo, por ser tan cercano, se le había hecho especialmente vívido y la trajo de nuevo a la realidad de un sobresalto.

Sin embargo, enseguida se relajó. Soledad ya estaba muerta y nunca podría actuar contra ella. Además, había que ver la de vueltas que daba la vida; no solo iba a quedarse con sus joyas, sino que pensaba sacar mucho más. Por fin la vida la recompensaba por todos sus sacrificios. El próximo viaje lo disfrutaría con Albertito, los dos solos, y no con una pandilla de jubiladas. Sería fácil, en casa diría que iba con un grupo de amigas; total, ni Gaspar ni sus hijos lo iban a comprobar. Luego, Albertito y ella acudirían al aeropuerto por separado y nadie se enteraría. Incluso podrían dar la vuelta al mundo.

Solo había cometido el error de irse de la lengua con Julia. «¡Maldito alcohol!», se dijo. Pero ella no representaba un gran peligro. De todas maneras, mejor tomar alguna precaución.

El microbús frenó y todas, medio dormidas, escucharon la voz de Ahmed por el micrófono. Acababan de llegar a Abu Simbel. En unos segundos comenzaron a espabilarse.

A Elvira, esas horas de sueño le habían sentado de maravilla. Se puso de pie de un salto y empleó un tono empalagoso para preguntar en voz alta:

—Ahmed, ¿aquí venden rosarios o tengo que esperar a ir al barrio copto de El Cairo? Quiero rezar por el alma de Sole.

30

ABU SIMBEL

Estar frente al templo que Ramsés II ordenó construir para su honor y gloria, dado que las cuatro impresionantes estatuas excavadas en la roca lo representan a él, hizo que Julia comprendiera el significado del adjetivo «faraónico». En esos momentos echó de menos su cámara; la digital sacaba buenas fotografías, pero la panorámica que tenía delante bien hubiese merecido cargar con el peso de la Nikkon, que las hacía infinitamente mejor.

Al no poder acompañarlas al interior, Ahmed las reunió cerca de la entrada, a la sombra de un muro para guarecerse de la potente solana, para narrarles la historia de la construcción. Matilde sacó un pequeño paraguas del bolso para que le hiciese de sombrilla y así deshacerse de las gafas de sol. Inés se colocó a su lado y también se quitó las gafas para contemplar la construcción. En realidad, todas estaban admiradas ante semejante grandiosidad.

—Bueno —finalizó Ahmed, encendiéndose un cigarro—, yo os espero aquí. Tenéis mucha suerte porque hay poca gente y podréis disfrutar del templo a vuestras anchas. Si luego tenéis alguna pregunta, os responderé encantado.

Observaron en todas direcciones para captar los más nimios detalles y en fila, antes de pasar al interior, las cinco saludaron con una inclinación de cabeza al guardián.

En verdad era espléndido y su estado de conservación, impresionante. Al haber pocos turistas, sin perderse de vista, se fueron dispersaron por las diferentes salas. A Elvira, a pesar de que soltaba comentarios sobre los bonitos dibujos que decoraban las paredes, tampoco le interesaba tanto aquella antigualla y caminaba más rápido que las demás. En cambio, Cayetana y Matilde, frente a distintos muros, parecían extasiadas examinando los relieves. A Elvira le había costado tan poco echar un vistazo que pronto se colocó al lado de la Vidente para entablar conversación, para desgracia de esta última, que estaba feliz de poder contemplar aquel

tesoro sin que nadie la molestara hasta la interrupción del Pez Napoleón.

Inés andaba a paso tranquilo y se paraba ante alguna de las columnas que bordeaban el pasillo central. Al llegar al final de la gruta, en el santuario, se quedó quieta frente a las cuatro figuras que el guía les había explicado que representaban a los dioses Amón, Ra, Path, dios de la oscuridad, y la del propio Ramsés. Julia, al verla sola, y a pesar de que no era el momento más idóneo, no pudo resistirse y la abordó con la intención de obtener información:

—Abu Simbel es una auténtica pasada, ¿no te parece? De todos los templos que hemos visto, es el que más me ha impactado.

—Sí, es tan grandioso que me hace sentir que valgo muy poco. Como una mierdecilla, vaya.

Julia rio la ocurrencia. Le gustaba aquella mujer que siempre parecía estar de buen humor.

—Me alegra verte tan risueña —le dijo—. Anoche, al salir de la fábrica de perfumes, te vi discutir con Ahmed. Me asusté porque llegué a pensar que su presencia te amargaría el resto del viaje... No sé, como tenéis que veros por obligación...

Inés entrecerró los ojos con suspicacia. Sin embargo, enseguida volvió a sonreír con su habitual semblante despreocupado.

—Eso fue una chorrada. Duerme tranquila, que a mí nadie me amarga el viaje. Consentí que durante un tiempo entre unos y otros me amargaran la vida, pero aquello se acabó.

Quizá Julia hubiese continuado con el subliminal interrogatorio —era obvio que Inés no le estaba diciendo la verdad—, pero la irrupción de Elvira, que había dado marcha atrás hasta colocarse junto a ellas, le cortó cualquier intento. Ya le habría dado la suficiente matraca a Matilde y ahora era su turno.

—¿He oído Ahmed? —preguntó, fijando la mirada en Julia—. Os he visto muy acaramelados estos días. ¿Tienes algo con él? Te aconsejo que te andes con cuidado, es un sinvergüenza.

La advertencia la pilló desprevenida y Julia, más rígida que una viga, se puso en guardia. Pero no tuvo que decir nada, la Pantera Rosa lo hizo por ella:

—No te exaltes, querida Elvira. Te puedo asegurar que la niña no ha tenido nada que ver con el egipcio. De otras no se puede decir lo mismo... ¿Verdad? ¿O es que...?

Inés no terminó la frase. Una voz masculina, que a Julia le resultó más que familiar, resonó a sus espaldas:

—Yo también puedo confirmar que la niña se ha portado como una santa. Su marido puede dormir tranquilo. —Se trataba de Rodrigo. Con aire satisfecho, se metía las manos en los bolsillos del pantalón—. Perdón por meterme donde no me llaman, pero no he podido evitar escucharos. Solo pretendo que la reputación de mi amiga Julia no quede en entredicho. —Sin que las otras dos se dieran cuenta, le guiñó un ojo con complicidad.

Elvira comenzó a balbucear excusas. No sabía cómo salir del atolladero.

—No, si yo lo decía por si acaso... He visto cómo la mira Ahmed y quería avisarla... Es una mujer casada y la gente es muy mal pensada... Y, encima, él es moro. Y como he sido yo quien la ha traído al viaje... pues me siento responsable de ella y de su seguridad. Está casada...

Sin terminar de hablar, Elvira apresuró el paso en dirección a la salida. Los otros tres hicieron lo mismo, aunque a un ritmo más pausado. Inés le susurró a Julia en el oído:

—Esta es más golfa y más caradura que un político. Es la reina de la doble moral. —Tras el comentario, se alejó en busca de la Vidente, que se encontraba a unos metros por delante.

Al quedarse a solas Rodrigo, le dijo lo contento que se había sentido al encontrarla y lo entrometida que era Elvira. Pero la cabeza de Julia, como si se tratara de un tren supersónico, iba a toda máquina y no le prestaba atención. De repente, se giró hacia él para disculparse:

—Perdona, Rodrigo, pero tengo que hablar con Elvira urgentemente. Es un minuto. En cuanto acabe, vuelvo contigo. No te vayas lejos.

Trotó hasta la entrada de la nave, donde el Pez Napoleón le daba conversación al guardián. Aunque resultaba imposible que se

entendieran, ya que ni ella hablaba árabe ni él, español. Pese a eso, se sonreían.

A Julia no le importó interrumpir sin miramientos aquella singular escena. Por fin había cazado aquel pequeño detalle relacionado con Ahmed que flotaba por su mente y que se le escapaba sin cesar. Hasta ese instante.

Las palabras del intérprete, el que las recogió en el aeropuerto y del que ya no recordaba su nombre, asaltaron su cerebro: «Aquí tenéis a Ahmed, el guía que habéis solicitado». ¿Significaba eso que alguna del grupo había requerido de forma expresa que Ahmed fuese el guía? Con esa misma cuestión, interrogó a la organizadora del viaje:

—Elvira, ¿quién solicitó a la agencia que Ahmed fuese nuestro guía durante la estancia en Egipto? —le preguntó, dando por hecho que así era.

—Ah, fui yo —respondió la interpelada, un poco sorprendida—. Pero lo hice porque me lo pidió Inés. Al parecer, tenía muy buenas referencias sobre él.

Julia se mordisqueó el labio mientras salía al exterior para esperar allí a Rodrigo. Su pelo brilló bajo los intensos rayos del sol, pero, debido a su estado de agitación, se olvidó de cubrirse la cabeza con el velo y hasta de colocarse las gafas de sol. Fruncía el entrecejo y no se daba ni cuenta.

Escuchó un grupo de voces que se acercaban. Comprobó que Cayetana iba agarrada del brazo de Rodrigo y que la Vidente e Inés caminaban a escasa distancia. Elvira ya estaba junto a ella.

Se disponían a acercarse al lugar en el que se encontraba Ahmed cuando se percataron de que una pareja de policías, con sus boinas y sus armas, andaban en sentido contrario, en dirección a su mismo destino: la pared de piedras en la que Ahmed se hallaba resguardado. Por inercia, sin que nadie diese la orden, los seis aceleraron el paso.

Llegaron a la par que los miembros de seguridad, que con rapidez se dirigieron al guía. El resto no comprendía ni una palabra, pero Julia volvió a pensar que los egipcios, por su forma de expresarse y sus gestos, siempre parecían discutir. Aunque aquella vez era posible

que así fuera. Ahmed no dejaba de pasarse la mano por el pelo y de resoplar. Hasta sus mejillas se habían coloreado de un rojo intenso. Entonces también se dio cuenta de las gotas de sudor que resbalaban por el cuello del guía y de las dos manchas que comenzaban a extenderse en su camisa roja, a la altura de las axilas.

Cuando los gendarmes se despidieron con el habitual *salam alaikum* , Ahmed encendió un cigarro y, antes de hablarles, inhaló una potente calada.

—No sé cómo deciros esto. Tenéis que estar preparadas para lo peor. —Muy despacio y con el pitillo en la boca, posó la vista en cada una de ellas—. Los policías me acaban de decir que han encontrado el cuerpo de Lola en el río. Los cocodrilos lo han despedazado, pero, por el pelo y algunas pertenencias, la han podido identificar. Bueno —precisó—, en realidad, ha sido Mohamed quien la ha identificado. Suponen que por un descuido cayó por la borda durante la fiesta. Yo les he dicho que seguramente sería al ponerse el colirio. De todas formas, van a abrir una investigación. Durante la cena un inspector de policía nos interrogará, aunque ya les he dicho que ninguno de nosotros sabe qué ocurrió.

Se hizo un silencio sepulcral. Todos perdieron el aplomo. Matilde dio un traspiés e Inés tuvo que sujetarla para que no cayera. Cayetana se llevó la mano a la boca para ahogar el lamento que luchaba por salir de su garganta. Julia notó cómo sus piernas comenzaban a flaquear, con un ligero tembleque, y decidió sentarse sobre una piedra, sin importarle que estuviera cubierta de polvo. Rodrigo fue a sentarse a su lado y la rodeó por los hombros. Ella, en respuesta, se asió de su rodilla y la apretó con suavidad.

Lo que nadie esperaba fue la reacción de Elvira. Con la cabeza, hacía movimientos negativos, sin dejar de acariciar el collar de perlas. De pronto, con voz quejumbrosa, exclamó:

—¡Pobre Mohamed! Tener que identificar un cuerpo descuartizado. ¡Qué horror!

Ante semejante estupidez, Julia quiso pensar que el impacto de la noticia la había dejado bloqueada.

31

UN MATRIMONIO ROTO

Ni siquiera se acercaron a echar un vistazo al templo del Nefertari, la esposa favorita de Ramsés. La noticia de la muerte de Lola las había dejado noqueadas y su único deseo era subir al microbús, de regreso al barco. Solo Rodrigo, que viajaba por libre y lo acompañaba otro guía, decidió quedarse un poco más para descubrir la construcción en honor a Nefertari, la más bella entre las bellas. Julia y él se fundieron en un abrazo antes de despedirse.

Durante el trayecto, Ahmed, a través del micrófono, intentó animarlas y convencerlas para que continuaran con la excursión al templo de Philae. Les recalcó la belleza del lugar y la paz que transmitía a los visitantes, pero él también estaba hecho polvo y tenía que hacer verdaderos esfuerzos por sobrellevar la situación. A los pocos minutos, se dio por vencido y decidió dejarlas descansar para que se sumergiesen en sus pensamientos. Si a él le costaba asimilar la noticia —dos muertes en tres días era algo insólito—, suponía que a ellas todavía más. De todas formas, pensó, tenían unas horas por delante y, tal vez, a su llegada se sintiera con más fuerzas para persuadirlas; ese era uno de sus cometidos como guía.

Esperaba que aquellos sucesos no empañaran su currículum y significaran para el resto de sus días el estigma de «gafe redomado» entre las agencias que lo contrataban. Ser guía y mostrar los tesoros de su tierra era lo único que sabía hacer. Había estudiado egiptología y después, según el consejo de uno de sus profesores, aprendió a hablar español con la intención de convertirse en cicerone de turistas hispanoparlantes. Para su madre, que se quedó viuda cuando él era todavía un niño y con la que vivía en El Cairo, junto a su hermana menor, supuso una gran satisfacción.

Si quedaba marcado —cosa bastante probable si sus jefes se enteraban de todo lo ocurrido—, Egipto le estaría vetado, y tendría que abandonar a su madre y buscarse el pan en otro país.

Mientras reflexionaba, Ahmed permanecía con los ojos fijos en la monótona y polvorienta carretera. De pronto, sin saber por qué, en su cabeza apareció la imagen de Julia y se sintió reconfortado. Era la misma impresión que tendría un náufrago: desea ser rescatado a toda costa y se conformaría con una miserable tabla de salvación, pero, para su suerte y superando cualquier expectativa, en el horizonte divisaba un flamante yate.

Sabía que estaba casada, pero intuía, quizá porque viajaba sola, que su matrimonio no marchaba del todo bien. Al pensarlo, sus labios dibujaron una sonrisa. Por Julia, estaba dispuesto a cambiar. Aunque antes tendría que solventar ciertos asuntos incómodos.

Menos Elvira, que se había colocado en la última fila para tumbarse y dormir un rato, el resto se volvieron a acomodar por parejas, aunque apenas hubo comunicación entre ellas. Primero, fue el fallecimiento de Sole y, ahora, acababan de recibir otro duro mazazo, del que todavía no lograban reaccionar. De cuando en cuando se escuchaba la voz grave de Matilde, que hablaba de maldiciones y de la necesidad de rituales de sanación, seguida por exclamaciones en tono de alarma que profería Inés, en las que los «Oooh» se intercalaban con los «Aaah».

Julia, en silencio, observaba el paisaje a través de la ventanilla. Era tan árido y seco, sin un atisbo de vegetación o vida, que le resultaba deprimente. Al pasar por una garita, donde un policía, sentado en una silla junto a su fusil y con cara de aburrimiento los vio pasar, giró la cabeza para comprobar si Cayetana seguía durmiendo. Hasta ese instante había permanecido con los ojos cerrados, pero ahora los tenía abiertos y parecían mirar al infinito.

Soltó de sopetón:

—Cayetana, ¿te arrepientes de no haber tenido hijos?

La Diva dio un respingo y salió del mundo de ensoñación en el que se encontraba. Tardó un poco en responder para pensar la respuesta con detenimiento.

—Ahora, sí. Pero, si me lo hubieses preguntado cuando estaba en la cima de mi carrera, cuando era feliz cantando en los teatros más famosos del mundo, y todo eran halagos y parabienes, entonces te

habría contestado que no. Además, estaba François; con él me bastaba. —Los ojos de Cayetana chispearon al recordar aquellos años. Con delicadeza, se llevó la mano a la flor que había formado con su pañuelo, como si comprobase que seguía en su sitio. Enseguida volvió a hablar—: Sin embargo, cuando era jovencita, no tenía ninguna duda acerca de que sería madre. Era impensable no querer serlo. Es más, nos educaban para serlo. La vida de las mujeres iba unida al matrimonio y la maternidad. —Se quedó callada y observó a Julia con gesto de curiosidad—. ¿Y tú? Estás casada y puedes ser madre...

Tal vez, por la incomprensión de su familia, Julia sintió la necesidad de desahogarse con aquella mujer, en realidad desconocida:

—Eso pensaba yo también, pero las cosas no son tan fáciles como parecen a simple vista. En cuanto nos casamos, hace ya doce años, Varis me propuso tener niños, pero yo me consideraba muy joven y quería dedicarle a tiempo a la fotografía, mi profesión. Depender económicamente de mi marido, que era lo que él pretendía, me parecía una aberración. Varis trabajaba en el despacho de abogados de su padre, un bufete de renombre que marchaba muy bien, y cobraba un sueldo más que decente, con el que podríamos vivir de sobra sin que yo tuviera que trabajar. Además, tengo que reconocer que es un hombre muy inteligente y trabajador, y por eso ha sabido engrandecer el negocio. Pero bueno, eso no era lo que yo quería en aquel momento.

—¿Y qué pasó? Parece que ahora tu opinión es otra.

Julia se recostó sobre el asiento y estiró el cuello hasta que su coronilla se clavó en el reposacabezas.

—Uy, ahora. Ahora, como no me divorcie, lo tengo crudo. Hace cinco años que Varis, mi apuesto esposo, ni me toca. O sea, que no nos acostamos o, como dirías tú, no tenemos relaciones. Vamos —Julia sonrió con cierta amargura—, que es impotente.

—¡¿Cómo?!

—Cuando yo ya tenía encauzada mi carrera y consideraba que ya estaba preparada para ser madre, y de eso hace cinco años, los

astros, Dios, el azar o quienquiera que guíe nuestros destinos, me jugó una mala pasada. Varis se volvió impotente.

—¡¿Y eso cómo puede ser?! —exclamó Cayetana con espanto. Hasta ese momento habían hablado en susurros, pero la especie de grito que emitió provocó que el guía girase la cabeza en su dirección. Durante un segundo, las miradas de Julia y Ahmed se cruzaron. Si alguien se hubiera fijado en esas miradas, habría asegurado que estaban llenas de pasión. Pero Cayetana no fue consciente y prosiguió de nuevo en voz muy baja—: Lo menos que puede hacer un marido que se considere hombre es satisfacer a su mujer en esos menesteres. Seguro que te hizo sentir fea y poco deseable.

—Por suerte para mí, no fue así. En mi opinión, el origen de su cambio de comportamiento fue la muerte de su padre.

—¿Tanto le afectó?

—Sí, le afectó, pero creo que fue el sentimiento de culpabilidad el que trastocó toda su vida.

Julia no tenía que hacer ningún esfuerzo mental para recordar qué había sucedido. Contárselo a alguien ajeno, pensó, le sentaría bien. Cuando intentaba que su madre la escuchara, lo único que sacaba en claro eran sus palabras de desaliento: «La culpa es tuya, Julia. Si no sabes atraer a tu marido, es que no eres lo suficientemente zalamera. Todos los hombres son iguales y no conozco a ninguno que rechace a una mujer así como así. Seguro que llevas un pijama poco femenino. Ponte algo insinuante; eso les gusta a todos. ¡Ah! Y ni se te ocurra contarle estas cosas a nadie. Los trapos sucios se lavan en casa, no se airean a los cuatro vientos». Y así, para su madre, el problema quedaba zanjado. Por ese motivo, y por el hecho de que, comparada con su hermano, se sentía hija de segunda, ya hacía tiempo que Julia no hablaba sobre ese tema con ningún miembro de su familia y siempre que los veía comentaba lo feliz que era y lo bien que le iba la vida.

Ahora acababa de encontrar a alguien que le prestaba atención, que además no parecía el tipo de persona que tiene mucha gente a su alrededor a quien chismorrear las penas ajenas. Y, en todo caso,

si Cayetana caía en la tentación de relatar sus dificultades matrimoniales, le traía sin cuidado.

La Diva se había quedado a la expectativa y, tras una breve pausa, Julia continuó:

—Sí, la única explicación lógica que le encuentro es el sentimiento de culpabilidad. Aunque tampoco puedo estar segura porque Varis nunca ha admitido la ayuda de un terapeuta. Y más veces no se lo he podido pedir.

—¿Y por qué crees que se siente culpable? —El tono empleado por Cayetana desprendía verdadero interés.

—Su padre padecía del corazón. El pobre era de esas personas que viven pegadas a la cafinitrina y cada dos por tres nos llamaban porque había que ingresarlo. Varis era el hijo perfecto que siempre estaba ahí para atenderlo en todo lo que necesitase. —Julia levantó los hombros y los dejó caer con desgana—. Pero una noche el teléfono sonó insistentemente y ninguno de los dos lo cogió. Lo cierto es que estábamos felices en la cama, haciendo el amor, y nos dio pereza levantarnos. A la mañana siguiente la chica interna que tenía mi suegro nos llamó para decirnos que al señor le había dado un infarto y que falleció la noche anterior, en la ambulancia que lo trasladaba al hospital. Llegó tan tarde que el médico y los camilleros fueron incapaces de reanimarlo. A partir de ahí, Varis sintió aversión por el sexo y dejó de tocarme. Así que, salvo una excepción, llevo cinco años en el dique seco. —A pesar de que no le picaba, sin darse cuenta, Julia se rascó la barbilla con rabia. Las uñas se le marcaron en la piel—. Como se empeñó en que no necesitaba ayuda, ni te imaginas la de cosas que he llegado a hacer para que reaccionase. Hace dos años tuve una aventura con la intención de que se enterara, pero lo único que conseguí fue aumentar sus recelos sobre mí, que estuviera más alerta y que me llamara infiel, por ser fina y no utilizar la palabra que él empleó para definirme, y que ya no podía confiar en mí porque le había puesto los cuernos. Y yo me pregunto: ¿se puede definir «poner los cuernos» a acostarse con otro cuando hace tres años que tu marido ni te roza? Es más, te rehúye.

—Pues no. Se lo tenía merecido —sentenció Cayetana de manera tajante—. A eso no se le llama poner los cuernos y tú has aguantado demasiado. Nunca imaginé que daría un consejo semejante, pero deberías dejarlo. Aún estás a tiempo de tener un hijo.

Por un segundo, Julia observó la coronilla de Ahmed. En ese mismo segundo se imaginó a un niño de piel tostada, ojos color miel como los de ella y largas pestañas oscuras como las de él. Con rapidez, desechó esa idea de su cabeza.

—Lo del hijo ya se verá, lo que tengo claro es el divorcio. Este viaje era una prueba para los dos. Él se ha comprometido a dejarme en paz durante estos días para que reflexione sobre nuestro matrimonio y, a cambio, yo debo comportarme como una monja de clausura. Pero, como ya te he dicho, aunque pienso cumplir mi promesa, ya no necesito reflexionar más. El divorcio es mi única salida.

—Nadie diría que una mujer tan guapa y decidida como tú lleve tanto tiempo en el dique seco, como tú lo llamas —Cayetana escupió las palabras. Enseguida miró de reojo a Ahmed—. Vaya... Umm... Tendrás que esperar. Con la de problemas que tienes y yo, aquí, dándote la lata con Mario y François... Y encima la muerte de Lola. ¡Santo Dios!

—De eso también quería hablarte. —La voz de Julia era un murmullo—. Después de haber leído el diario de Sole, ¿de verdad piensas que Lola cayó por la borda?

—Quiero creer que sí —le respondió, juntando las palmas de las manos, como si le pidiera al cielo que así fuera.

—Pues yo quiero tener la seguridad, y para eso necesito aclarar algunos puntos. Igual solo me conducen a un callejón sin salida, pero quiero comprobarlo. —Julia agarró la huesuda mano de Cayetana y la retuvo entre las suyas—. Y para eso necesito tu ayuda. Tengo la sensación de que no puedo confiar en nadie más.

La Diva abrió los ojos con expectación, en una invitación a que le contara de qué se trataba. Julia inhaló aire y. en un susurro apenas audible, le confesó:

—Necesito entrar en el camarote de Ahmed.

—Pero eso es allanamiento —replicó Cayetana con espanto.

—Por eso mismo necesito tu ayuda.

32

MATILDE

Pero no fueron directamente al barco y la incursión de Julia tuvo que esperar. Poco antes de llegar, Ahmed logró convencerlas para acercarse el templo de Philae; no visitarlo era lo mismo que ir a París y no ver la Torre Eiffel. Además, incidió en que, por desgracia, las posibilidades que tendrían de volver a Egipto en breve no serían muy elevadas. En eso todas estuvieron de acuerdo.

Ya atardecía cuando llegaron a un muelle, en el que decenas de puestos ambulantes y vendedores perseguían a los turistas para que les compraran sus mercancías. Podían encontrarse todo tipo de productos, aunque destacaban los artículos de alabastro. Aun alicaídas, fueron capaces de fijarse en algunos objetos que llamaron su atención. La vista de Cayetana reparó en un abrecartas con empuñadura de alabastro blanco, así repondría el que había extraviado, mientras que Julia se fijó en unas pirámides de color azul turquesa.

—Mejor a la vuelta, mi guapa —le aconsejó Ahmed, que se acababa de situar al lado de Julia—. Así no llevarás peso. Aunque, si te hacen ilusión, yo las puedo llevar por ti. La verdad es que tampoco me importaría cargar contigo en brazos...

No pudo finalizar. Matilde, con evidente cojera y cara amarga, se colgó de su brazo.

—Ahmed, ¿te importaría ayudarme a llegar hasta la embarcación? Esta mañana olvidé tomarme la medicación y ahora el dolor de rodillas es insoportable.

—¿No te has tomado la medicación? —Inés, que junto a Elvira se había puesto a su altura, puso mucho énfasis al pronunciar la última palabra, hasta el punto de parecer que la deletreaba.

—A mí también me resulta extraño. Siempre la dejo sobre la mesilla de noche y así no se me olvida al levantarme. Pero no sé qué me ha pasado esta mañana. No la habré visto. —Matilde,

contrariada, andaba con pasos cortos y lentos. El egipcio la sujetaba con firmeza para que las fuerzas de la Vidente no flaquearan.

Al constatar que se movían con lentitud, Elvira soltó con entusiasmo:

—Entonces, me da tiempo a hacer algunas compras. Todavía no les he cogido nada a mis nietos y acabo de ver unas pulseras y unos llaveros muy bonitos. Me da miedo que luego cierren y ya no pueda comprarlos.

Nadie le respondió, y ella, con el ánimo enardecido, se aproximó a uno de los tenderetes. Ante el jolgorio del que parecía disfrutar el Pez Napoleón, sobre todo tras el conocimiento del fallecimiento de su amiga, Julia no supo en qué prototipo de persona encasillar a Elvira. Le era imposible distinguir si se hacía la tonta, si en realidad lo era o si era un personaje sin escrúpulos al que solo le importaba ella misma y, por ende, el sexo con Albertito. Por la cara que pusieron sus compañeras —en especial por el gesto de reproche en el rostro de la Pantera Rosa—, dedujo que estaban de acuerdo en su opinión.

A marcha de procesión, consiguieron llegar a la embarcación. En ella cruzaron la presa de Asuán y alcanzaron la isla donde se encontraba el templo.

Para que la astróloga pudiera moverse tuvieron que repetir la misma operación y caminar a paso de hormiga hasta la grandiosa explanada que daba acceso al santuario de la diosa Isis. Pero, antes de llegar, Matilde se sintió sin fuerzas e hicieron una parada para que descansara sentada sobre un murete de piedra.

El panorama que se contemplaba desde allí era un regocijo para los sentidos. Rodeado por las aguas del lago Nasser y con una vegetación que se desplegaba por la periferia del islote, la belleza y armonía de la antigua construcción resultaba monumental. A pesar de sus reticencias iniciales, debido a la falta de ánimo, Julia se sintió cautivada por el espacio que respiraba y se alegró de estar allí. Una deliciosa brisa procedente del río, unida a la soberbia puesta de sol, le produjeron una oleada de bienestar. La sensación de paz, aun con las circunstancias adversas que acontecían, era abrumadora. Ahora

entendía por qué el lugar era conocido como el templo del amor. El emplazamiento era sencillamente idílico.

Las explicaciones del guía sobre la leyenda del templo la reafirmaron en su opinión sobre el romanticismo que emanaba del mismo. Isis, esposa del dios Osiris, estaba loca de amor por su marido. A la muerte de este, descuartizado a manos de su propio hermano, se dedicó a buscar los catorce pedazos en los que su cuerpo había sido dividido. Una vez encontrados, lo reconstruyó y se refugió en aquella isla, donde concibieron a su amado hijo, Horus, quien acabaría por vengar el asesinato de su padre. A esta crónica añadió detalles sobre la construcción del templo y las indujo a posar las manos sobre el altar cuando se hallaran en el sanctasanctórum, la sala más sagrada, y pedir un deseo.

Al narrarles la historia, Ahmed miraba a Julia de reojo cuantas veces podía a la vez que Elvira no podía apartar los ojos de él, pero, en su caso, no como quien observa a alguien que habla, sino como el mendigo que saliva al ver, a través del fino cristal de un escaparate, un apetecible pastel. Si alguna de sus compañeras se dio cuenta de ese hecho, no lo dijo, pero, desde luego, a Julia no le pasó desapercibido. El dilema que se le presentaba era que ella tampoco podía evitar apartar los ojos de él. No sabía si se debía a un hechizo del lugar o a la dulzura con la que Ahmed se expresaba. En cualquier caso, esperaba que el resto de los oyentes no notaran en su cara ni en sus gestos sus esfuerzos por apagar el irresistible impulso de besarlo que, como en el autobús, había vuelto a asaltarla.

Al finalizar, ya que él no podía acompañarlas, el guía las invitó a visitar el recinto. Matilde, apenada, prefirió esperarlas allí mismo; se sentía incapaz de dar un paso más y no quería retrasarlas. Con reunir energías para poder regresar al barco, se daba por satisfecha, les aseguró.

Elvira, Cayetana e Inés emprendieron la marcha. Sin embargo, Julia, entretenida con los relieves de uno de los pórticos, se quedó rezagada.

El guía se apartó un poco hasta situarse a su lado con la intención de encenderse un cigarro, pero no pudieron hacerse ninguna

confidencia al verse sorprendidos por la voz de la vidente:

—Esperad un momento, los dos. —Aunque solo quedaban los últimos rayos, Matilde seguía con las gafas de sol puestas. Ellos se volvieron en su dirección—. Acabo de tener una revelación y os la debo transmitir: vuestras sangres, por mucho que lo evitéis, están destinadas a entrelazarse.

Ahmed y Julia se quedaron perplejos ante esa descabellada profecía y, quizá por no saber qué decir, permanecieron callados unos segundos hasta que cada uno siguió su camino. Julia corrió hasta alcanzar a sus compañeras y Ahmed se alejó para fumarse tranquilo el cigarro con el que, además de con Julia, llevaba horas soñando.

Matilde cerró los ojos y disfrutó de la cálida brisa que corría a su alrededor mientras uno de los muchos gatos que habitaban en el templo se pegaba a su pantorrilla por si sacaba algún mimo.

***

Siempre, incluso antes de tener uso de razón, le había sucedido lo mismo. Escuchaba voces que le hablaban de acontecimientos futuros o soñaba con algún suceso que, la mayoría de las veces, terminaba por convertirse en realidad. No habría tenido consecuencias si hubiera permanecido callada, pero lo veía con tal naturalidad y normalidad que, al relatarlo con insistencia, sus padres acabaron por verla como un bicho raro.

En un principio, lo atribuyeron a su imaginación de niña y no le dieron mayor importancia, pero, con el paso del tiempo, lo achacaron a algún tipo de enfermedad mental. Aquel trastorno, en una familia de rancio abolengo como era la suya, que en años de posguerra tenían la gran fortuna de no pasar penurias económicas, era algo que no se podía tolerar; se movían en un mundo de apariencias y debían salvaguardarlas a toda costa. En el más absoluto secreto y con la mayor discreción, visitaron a los más afamados expertos en neurología de Madrid. Por consejo de uno de ellos, la ingresaron en una clínica de Suiza, donde le aplicaron los más modernos sistemas de *electroshock* .

Para la joven Matilde, aquellos tratamientos suponían un calvario. Por eso, echó mano de su inteligencia y optó por negar y silenciar todos los temas relacionados con visiones, que por supuesto no habían desaparecido. Para los médicos y para sus padres, su sanación resultó evidente, y un año después estaba de vuelta en España.

Pero no todo fue sufrimiento en el psiquiátrico suizo. También hizo amistades que, según los eminentes especialistas, padecían el mismo tipo de esquizofrenia que ella. Y fueron esos pacientes quienes la iniciaron en el mundo de la astrología y el tarot. Ambas artes, le aseguraron, le permitirían interpretar mucho mejor el significado de sus intuiciones y podría realizar predicciones más certeras. El único impedimento con el que se encontraría, como le sucedía a la mayoría de las videntes, era que nunca podría adivinar su propio futuro o el de personas muy allegadas a ella. Ahí entraban sus propios sentimientos, y discernir entre sus deseos y la verdad de los presentimientos era ardua tarea.

A pesar de que seguía callada en cuanto a sus inclinaciones mentales y como buena católica rezaba el rosario cada tarde junto a su madre sin rechistar, Matilde había conocido un nuevo universo en el que se sentía cómoda y no pretendía renunciar a él.

Siempre con la excusa de asistir a misa, después de los rezos, acudía dos veces por semana a un pisito situado en un viejo edificio de la calle del Nuncio. Parecía una broma que las clases clandestinas de Cábala y Numerología a las que acudía se encontraran precisamente en una calle con ese nombre, donde se ubicaba el Palacio de la Nunciatura, sede del Tribunal de la Rota, en el que se alojaba el representante del papa Pío XII en Madrid.

Allí coincidió con Pedro, un joven rebelde y atractivo, también perteneciente a una familia adinerada, que asistía a las clases más bien por esnobismo que por sus creencias espirituales o sus capacidades innatas para los asuntos místicos. Eso motivó que al poco se le pasara el impulso esotérico y abandonara las sesiones lectivas.

Pero había pasado el tiempo suficiente para que Matilde cayese rendida bajo sus encantos de chico indómito y vividor. Y ella, que

por aquel entonces era una muchacha agraciada y de modales elegantes, tampoco le fue indiferente a él. El noviazgo fue bien visto por ambas familias y dos años más tarde su unión fue bendecida por el obispo auxiliar de Madrid, a la par que confesor y confidente de la madre de Matilde.

Los primeros años todo fueron mieles. Matilde se rodeó de un puñado de clientes de confianza con los que ejercía de tarotista y astróloga con gran éxito, mientras que Pedro se dedicaba a manejar las rentas familiares. Como era romántico y cariñoso, Matilde hacía la vista gorda cuando de tanto en tanto él salía con los amigos y regresaba a horas intempestivas, borracho como una cuba y oliendo a tabaco y a taberna barata. A la mañana siguiente siempre se la comía a besos y le recordaba lo maravillosa que era y lo feliz que lo hacía. Matilde llegó a considerar que aquellas juergas, en las que ella le daba libertad para que lo pasara en grande con sus amigos, eran beneficiosas para su matrimonio.

Al no ser una pareja convencional, habían pospuesto sus planes de ser padres, pero eso no significaba que no pretendieran serlo. Sobre todo fue Matilde quien decidió retrasar el momento. Se sentía feliz ayudando a la gente a solventar sus problemas a través de las cartas, y de paso se sacaba un buen dinero. Su fama iba en aumento y, pese a vivir en un país plagado de hipócritas y beatas, donde acudir a que te leyeran el futuro era pecado mortal, cada vez tenía más clientela.

Sin embargo, pasado un tiempo, se dio cuenta de que su decisión de aplazar la maternidad había sido un error. Cuando el dolor de huesos, que había comenzado con simples pinchazos, comenzó a hacerse insoportable, Matilde acudió a innumerables especialistas, pero todos le confirmaron el mismo diagnóstico. Podían paliar aquella tortura, pero la artritis no tenía remedio y tenía que despedirse de su deseo de ser madre. El resultado fue que Matilde cayó en una profunda depresión, y, aunque al principio su marido trató de animarla recordándole lo dichosos que eran sin hijos, transcurridos unos meses, como si una losa los uniera, el abatimiento de Matilde acabó por arrastrar a Pedro y los dos terminaron hundidos en un profundo y oscuro pozo.

Las salidas nocturnas de Pedro, que nunca habían pasado de dos al mes, se convirtieron en diarias sin que a la mañana siguiente hubiera un dulce despertar, ya que las tremendas borracheras provocaban que el despertar nunca se produjera antes de las cuatro de la tarde. En la habitación, pese a los esfuerzos de la asistenta por airearla cuando Pedro la abandonaba y echar ambientador, siempre flotaba cierto hedor a alcohol y podredumbre.

Un año después, cansada de sus ronquidos y su mal aliento, Matilde abandonó el dormitorio conyugal y se trasladó a otro cuarto.

Harta de aquella situación, pues permanecer tumbada en la cama no era vida, sacó fuerzas de flaqueza y se refugió en su trabajo. Se convenció de que había nacido para ayudar a los demás y dedicaba el día entero a predecir el futuro de la gente que acudía a su consulta. Incidía en los asuntos positivos que les deparaba el destino y suavizaba los aspectos negativos que entorpecían su futuro. Y así logró superar su depresión.

Tuvo algún que otro amante durante los años que le tocó convivir con Pedro, pero las relaciones sentimentales no fueron su prioridad y nunca perdió la cabeza por ninguno.

Aguantó a su marido hasta que el divorcio se legalizó en España. Para entonces, ella era una reconocida astróloga —como así le gustaba que la denominaran—, a la que acudían personajes de todas las esferas sociales; desde políticos y famosos artistas extranjeros hasta los más humildes campesinos. Cada uno le pagaba de acuerdo a sus posibilidades.

Se compró una casa en Marbella, donde pasaba largas temporadas alejada del bullicioso Madrid, y entre viajes, amistades, algún escarceo amoroso y su trabajo, su vida transcurría de manera relajada y satisfactoria.

***

Durante unos instantes se acordó de Sole. Ni por un segundo se tragaba que aquella mujer, tan temerosa de Dios y tan buena persona, se hubiese quitado la vida. Habían sido los secretos que ocultaba los que la condujeron a la muerte.

Pero los pensamientos de Matilde se diluyeron al ver que Cayetana, Inés y Elvira se aproximaban a su encuentro.

—¿Dónde está Julia? ¿No iba con vosotras? —les preguntó.

Las tres mujeres miraron en todas direcciones con extrañeza.

—Es verdad —dijo Cayetana, frunciendo el ceño—. Hace un rato que no la veo.

33

LA MAGIA DE PHILAE

Julia había seguido a sus compañeras, pero se distrajo con una camada de gatitos que el guardián le mostró al traspasar el umbral del templo, junto a una columna de la sala hipóstila. Le sorprendió ver tantos mininos campando a sus anchas.

Al reemprender la marcha, se dio cuenta de que había perdido de vista a las tres mujeres, pero no le importó y continuó a solas por el resto de pequeñas salas que conformaban el templo.

Sin embargo, muy a su pesar, no podía dejar de pensar en Ahmed. Si lo pensaba bien, no tenían nada en común, ni su cultura ni su religión ni sus estilos de vida, pero quizá por su dulzura, por encontrarse en un lugar que la hechizaba o por lo que fuera, Julia sentía lo mismo que un imán al encontrarse con el metal: solo quería adherirse a él. Por mucho que le costara admitirlo, su presencia la animaba y, si no estaba cerca, sentía cierta agitación y de forma inconsciente su mirada lo buscaba hasta encontrarlo. Entonces su espíritu se serenaba. Aunque ahora era innegable que la presencia de Rodrigo también la turbaba.

No sin cierto esfuerzo, borró de su mente al egipcio y a Rodrigo y volvió a concentrarse en los relieves que cubrían las paredes del santuario. Al final llegó a la cripta en la que se encontraba el pequeño altar de granito. Había una pareja haciéndose fotografías y ella esperó a que terminasen para colocar las manos sobre la piedra y pedir un deseo. Cerró los ojos y los apretó con ímpetu, como si al ponerle más ganas sus anhelos se fuesen a cumplir, y se concentró en su deseo primordial. Solo se podía pedir uno y no quería fallar.

Pero no tuvo tiempo de realizar su petición. Se sobresaltó al notar que una mano se posaba sobre su hombro. Antes de reaccionar y darse la vuelta, escuchó una voz masculina que le susurraba con un marcado acento árabe:

—¿Te puedo preguntar cuál ha sido tu deseo?

No le hizo falta girarse para saber que esa voz pertenecía a Ahmed. El bombeo de su corazón se aceleró y, con una media sonrisa en los labios, le respondió:

—En realidad, ninguno. Me has interrumpido en lo mejor.

—Oh. Lo siento. Llevas un rato aquí y creía que habías terminado. Acaba, por favor.

—¿Me estabas espiando?

—La verdad es que sí.

—Pero ¿no decías que no podías entrar aquí? Dijiste que a los guías se os impide el acceso para dar trabajo a los lugareños.

A través de sus pobladas y negras pestañas, los ojos de Ahmed brillaban con fuerza.

—Y así es, pero me he colado por una puerta trasera, que casi nadie conoce, solo para encontrarte. Quiero enseñarte un sitio. Pero antes, por favor, pide tu deseo.

Julia posó de nuevo las manos en el altar, para finalizar a los pocos instantes. En realidad, su mayor deseo consistía en que las cosas le salieran bien.

—Lista para conocer ese recóndito lugar —le dijo, poniéndose frente a él.

Salieron en dirección a un oscuro corredor que parecía un callejón sin salida. Aunque, escondida en la pared lateral, existía una puerta, que él no dudo en empujar. Enseguida se encontraron al aire libre, con los rayos del atardecer incidiendo sobre la isla.

Dejaron atrás los restos de lo que fue una iglesia copta y sobrepasaron las ruinas del templo de Augusto y la Puerta de Diocleciano hasta internarse en una especie de bosquecillo, junto al lago.

—No me negarás que las vistas desde aquí son preciosas.

Desde el montículo al que se habían encaramado, rodeado de palmeras, cañaverales y otras plantas y arbustos silvestres, a escasos metros del río, Julia no pudo estar más de acuerdo. La panorámica del templo de Isis al fondo, mientras el sol se ponía y coloreaba la escena de un suave tono rojizo, era una demostración de los prodigios de la naturaleza.

—¿Y sabes lo que me apetecería hacer ahora? —le susurró Ahmed.

Sus mejillas estaban tan cerca que su aliento se coló por la boca entreabierta de Julia. Ella no necesitó echar mano de su imaginación para conocer sus pretensiones. Aunque en esos momentos no tenía ganas ni de imaginar ni de pensar. Solo quería sentir. Sin reflexionar, colocó la mano en la nuca de Ahmed, dispuesta a presionar con suavidad para que se acercase a ella. Pero no hizo falta: él ya la rodeaba con sus atléticos brazos y, con rapidez, unió sus labios a los de ella. En un instante, la pasión contenida que los devoraba por dentro provocó que un beso siguiese a otro sin apenas darse tiempo a respirar. Se deseaban con desesperación. Como si, tras una eternidad, el momento ansiado hubiese llegado.

Al amparo de la vegetación y tan pegados como si sus cuerpos estuvieran cosidos por un hilo invisible, se arrimaron al tronco de una palmera. Julia se aferró a la espalda de Ahmed mientras él le lamía y mordisqueaba el cuello con la misma impaciencia con la que un sediento se lanzaría sobre un lago de agua fresca. Sus manos recorrían como culebras el torso de Julia hasta que sus dedos descubrieron la abertura de la camiseta y se colaron por su interior. Pronto llegaron al sujetador y lo subieron para permitir que la palma de su mano le cubriera el pecho.

Julia emitió un leve gemido y echó la cabeza hacia atrás. Sin darse cuenta, su pierna varió de posición, y el crujido de una rama la devolvió a la realidad. De inmediato, se separó de Ahmed. Miró en todas direcciones, alguien podía estar al acecho, aunque se percató de que había sido ella misma al mover el pie. Él parpadeó, volviendo a la realidad.

—Aquí no puede ser.

Julia se sentía avergonzada. Se preguntó qué pensaría su familia si la viera comportándose como una quinceañera. Seguro que el revolcón en público era insignificante comparado con el compañero elegido. «¡Un moro!», exclamarían sus padres con horror. Aunque, en realidad, lo que ellos pensaran le traía sin cuidado. Era su sentido del decoro el que la advertía de que había ciertas cosas que era

mejor realizar en la intimidad. Montar numeritos no era su especialidad.

—Tienes razón. Si nos descubren, se puede organizar una buena. Mejor no te lo voy a contar. Tenemos que volver, mi guapa. —Ahmed dobló el torso hacia delante y resopló con fuerza.

—Sí, pero antes necesito que me aclares una cosa. Por los comentarios que algunas dejan caer como de pasada, tengo la impresión de que... has tenido algo con Elvira. ¿Es así?

Ahmed enderezó la espalda con cierta expresión de dolor.

—No. ¿De dónde has sacado eso? ¿Te lo ha dicho ella? Elvira es una mujer excelente, pero con muchas fantasías. Fíjate que antes me ha dicho que tuviera cuidado contigo porque eres una buscona. Yo no entendía esa palabra y me ha explicado que solo buscas acostarte con un hombre, con el que sea.

Una oleada de indignación recorrió la espina dorsal de Julia. A la defensiva, puso los brazos en jarras.

—Pero ¿qué se ha creído esa? Lo que me faltaba. Aguantar las sandeces de un pez napoleón. No lo pienso consentir. —Julia anduvo unos pasos para salir del bosquecillo, pero se lo pensó mejor y se detuvo en seco—. Ah, y eso de que es una persona excelente será para ti. Yo no opino igual. —Le vinieron a la cabeza las palabras de Inés y soltó—: Es una golfa y una sinvergüenza.

—Espera —le pidió Ahmed, acercándose a ella, y la besó en los labios—. Quiero decirte que tengo un dolor de testículos increíble..., pero ha valido la pena. Me gustas muchísimo, Julia. Y me encanta tu cuerpo. Desde que te vi, llevo soñando con verte desnuda.

—Lo siento, Ahmed. Por el dolor, quiero decir. —Un poco desconcertada por el último comentario, lo besó en la mejilla—. Salgo yo primero. Luego hablamos.

Recorrió a zancadas el camino andado hasta introducirse en el santuario por la misma puerta secreta que habían utilizado para salir.

Al llegar a la entrada de la sala en la que se encontraba el altar, se topó con un grupo de seis españoles que hablaban de Hathor, la diosa protectora de la maternidad y los niños. Acabarían de visitar el templete construido en su honor, pensó.

—Al paso que vamos, en veinte o treinta años en Europa vamos a necesitar una diosa Hathor que anime a las parejas a tener hijos. Si no es así, no habrá niños y yo me quedaré sin trabajo —comentaba uno de ellos entre risas. Tendría aproximadamente la misma edad que Julia.

—Pues sin embarazadas a las que atender, en la consulta solo quedarán ancianas para pasar la revisión anual. Qué bien lo pasarás, aunque tú también serás otro abuelo —dijo otra de las mujeres, con guasa.

En el cerebro de Julia se encendió una bombilla. Se rehízo la coleta, que llevaba hecha un desastre, y abordó al hombre, que, por los comentarios, debía ser médico.

—Perdone, ¿es usted ginecólogo?

El aludido, todavía con una sonrisa en los labios, puso cara de sorpresa.

—Pues... sí.

—Verá, ya sé que le va a parecer extraño, pero he escuchado sus últimos comentarios y se me ha ocurrido que tal vez un ginecólogo se encargue de otros menesteres. Me refiero a que no solo se dedica a embarazos y revisiones ginecológicas.

El médico y sus cinco acompañantes la observaron con curiosidad.

—Bueno, sí. También intentamos curar enfermedades relacionadas con el aparato reproductor...

Parecía que el hombre no tenía más que añadir.

—¿Como por ejemplo? —insistió Julia.

—Por ejemplo, malformaciones del útero, quistes de ovario, miomas, hemorragias disfuncionales. No sé, hay muchas.

Julia le daba vueltas a las palabras que aparecían en el diario de Sole y trataba de asociarlas con Lola.

—¿Y alguna enfermedad que tenga como consecuencia sequedad en los ojos o conjuntivitis?

—Entonces se puede deber a una enfermedad de transmisión sexual. Por ejemplo, si no se trata a tiempo, la clamidia puede causar problemas en los ojos y degenerar en ceguera en los casos más extremos a través del tracoma. —El ginecólogo elevó los hombros—. También puede provocar infertilidad y otras

complicaciones. No sé si con esto respondo a tu pregunta. Oye, ¿necesitas ayuda?

—No, no, gracias. —Julia tenía que salir de allí cuanto antes para evitarse las explicaciones. Seguro que pensaban que era una tía rara —. Es por una amiga que tiene problemas en la vista. Tendrá que ir al médico para un buen diagnóstico. A lo mejor es solo un enfriamiento. —Con pequeños pasos, se dirigió a la salida. Pero antes les levantó la mano como despedida y dijo—: Muchas gracias por sus aclaraciones, me han sido de gran utilidad.

Notó los ojos del médico y sus acompañantes clavados en su nuca, pero continuó su camino. No le había mentido al ginecólogo respecto a que sus puntualizaciones, le habían resultado muy provechosas. Sería necesario releer despacio las anotaciones de Sole, pero, si sus recuerdos no la engañaban, ya tenía una pieza del puzle. Lola tenía que ser una de aquellas mujeres que Sole había conocido muchos años atrás. Lo más probable era que hubiese padecido una enfermedad de transmisión sexual. El otro asunto que tenía que hilar eran las visitas que, según Rodrigo, tanto Inés como Matilde le habían hecho a Sole la noche de su fallecimiento. Que Matilde había ido era un hecho seguro; la propia Julia la vio merodear por su planta.

Todavía pensativa, Julia salió del templo de Isis. Al ver que Ahmed se fumaba un cigarro junto a sus compañeras, que parecían esperarla, corrió a su encuentro.

34

INTERROGATORIOS

El trayecto hasta el barco fue corto y pronto se encontraron en la recepción, donde dos policías uniformados custodiaban a otros dos, sentados en el sofá. Charlaban con uno de los turistas, acomodado en el sillón de enfrente, mientras su guía hacía las veces de intérprete. Por la treintena de gente que parecía hacer cola, resultaba obvio que estaban interrogando a los pasajeros.

Julia se acercó a Cayetana y le susurró:

—Este momento es perfecto para que me ayudes. Vamos a colarnos para ser las primeras en prestar declaración y así tendremos tiempo.

Los ojos de Cayetana se abrieron con incredulidad.

—¿Todavía pretendes cometer semejante tropelía?

—Más que nunca, querida Cayetana. ¡Venga! —la animó, tirándola del brazo.

No les fue difícil colocarse en primera línea. La mayoría de los turistas departían en corros y no se fijaban en los turnos. La única que también parecía tener prisa era Elvira, pero Julia le dio un pequeño empujón seguido de una disculpa y solucionó el problema.

Matilde e Inés se despidieron para pasar un momento por su camarote. La Vidente estaba desesperada por encontrar su analgésico y la Pantera Rosa se ofreció a ayudarla a buscarlo.

Pocos minutos después, Julia, con Ahmed a su lado, se acomodó en el sillón de los interrogados. Habría preferido que la Diva pasase en primer lugar, estaba muy alterada y para ella era un trago amargo ser el centro de una investigación policial, pero Julia necesitaba tiempo para hacerse con la llave del camarote de Ahmed y lo mejor era terminar lo antes posible. A Cayetana le pidió que se extendiera al máximo en sus explicaciones cuando fuera su turno, de ese modo mantendría inmovilizado a Ahmed. Más tarde, en las declaraciones de Elvira, Inés y Matilde, aprovecharía para entrar.

Con la ayuda del guía, le explicó al inspector Said, un policía que lucía un ancho bigote negro, del que de vez en cuando se estiraba los pelillos en un gesto reflexivo, que ella había estado charlando con otro de los pasajeros, Rodrigo Aguirre, y que fue una de las primeras en retirarse a dormir. Repantigado sobre el respaldo, el policía escuchaba su exposición. Cada poco se rascaba la barbilla con aire fatigoso mientras el que debía ser su asistente tomaba notas sin levantar la cabeza del cuaderno. Julia no podía distinguir si aquel aire de hastío que emanaba del inspector se debía a que aquello le parecía una inutilidad, a que estaba cansado o a si tan solo se trataba de su actitud habitual.

No habían terminado cuando el recepcionista de turno, que no era Mohamed, se acercó a Cayetana. Al hablarle en árabe, la Diva no dudó en pedir ayuda a Ahmed, quien tuvo que solicitar permiso para interrumpir la traducción. Poco pareció importarle al inspector aquella inesperada parada ya que, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo, se lo tomó con filosofía y movió la mano para indicar que atendiera a la señora.

El guía, en pie, le transmitió el mensaje:

—Dice que te ha llamado el señor Montenegro para saber cómo te encontrabas. Está preocupado por ti al enterarse del fallecimiento de Lola. Te volverá a llamar esta noche.

Los ojos de Cayetana tintinearon como dos cascabeles, sin embargo, debido a la presencia policial, simuló que ni se inmutaba.

El inspector intervino para preguntarle algo a Ahmed, quien le respondió sin dilación. A continuación, le explicó a Julia que el hombre quería saber quién era el señor Montenegro.

—Mejor. Así, cuando sea mi turno, no tendré que aclararle quién es el excelentísimo señor don Mario Montenegro, el embajador de España en Egipto —pronunció Cayetana con orgullo—. Tendré que decirle que el caballero con quien pasé la velada fue él.

El interrogatorio se extendió más de lo que Julia había previsto. La difunta formaba parte de su grupo y el inspector estaba interesado en la relación existente entre ellas. Al finalizar, Julia alegó que necesitaba ir al baño con urgencia y dejó a la Diva para que diera comienzo su declaración. Concluyó que contaba con un máximo de

siete u ocho minutos para cumplir su misión. Ese había sido el tiempo que le habían dedicado a ella.

Disimuló y se acercó al mostrador de recepción como si fuese a pedir algo. Su intención era desviar la atención de Ahmed y que no se diera cuenta de que no subía al tercer piso, donde se encontraba su camarote. Era una bendición que la recepción estuviese abarrotada de gente.

Cuando estuvo segura de que el guía estaba concentrado en la conversación con Cayetana y el inspector Said, salió disparada hacia el pasillo. Tenía que encontrar al camarero de la planta.

No le costó dar con él. Estaba sentado junto al carrito de la limpieza, al final del corredor. Los mozos siempre permanecían en ese lugar hasta después de la cena, por si los clientes necesitaban su ayuda hasta ese horario. Ese servicio era el único lujo de que disponía la nave. Al verla aparecer, el chico se levantó.

Julia recordaba, de cuando entraron en las habitaciones de Elvira, Lola y Sole, que el mozo se había sacado la llave del bolsillo inferior de la chaquetilla blanca que vestía. Tenía que ingeniárselas para sustraerlas de ese lugar sin que él se diera cuenta.

Había visto que en la bandeja de la parte baja del carrito había botellines de agua. Esa iba a ser su baza.

Se acercó al camarero emitiendo un suspiro de sofoco y, con aire sediento, se dirigió a él:

—*Some water, please* —le pidió.

Sin perder tiempo, el mozo se agachó y le ofreció una botella. Ella sacó los cincuenta céntimos que valía —las consumiciones no eran gratis— y comenzó a desenroscar el tapón. Con avidez, dio un largo trago.

Sin que el pobre infeliz lo esperase, Julia tosió con fuerza, como si se estuviera atragantando. El agua que llevaba en la boca salió como el chorro de un géiser y se derramó sobre la chaqueta del joven

—*Asf, asf* —se disculpó Julia con una de las pocas palabras en árabe que había aprendido. Enseguida se aproximó a él con cara de pena para tocar la humedad de la tela.

—*Don´t worry, don´t worry* —la disculpaba el mozo, al tiempo que con un trapo seco se daba golpecitos en la zona mojada.

Julia fue rápida. Aparentó nerviosismo y le arrebató el paño de las manos para ser ella quien secara la tela. Ahí aprovechó para verter el agua que quedaba en la botella. La chaqueta quedó empapada.

—*Oh, my God. Asf.* —Julia se llevó las manos a la boca con horror.

El chico puso cara de circunstancia, pero reaccionó con una sonrisa y sacó de la bandeja inferior otra chaquetilla blanca, igual a la que llevaba. Julia le devolvió la sonrisa con un gesto de alivio.

Entretanto él se cambiaba de chaqueta, ella sujetó la mojada e introdujo la mano en el bolsillo. Ahí estaba la llave maestra que le abriría la puerta del camarote de Ahmed y, con disimulo, se la metió en el bolso. Devolvérsela sería mucho más fácil. Con dejarla en el suelo cerca del carrito, pensaría que se le habría caído y asunto resuelto.

Se deshizo en disculpas, que él no entendió, y sin perder tiempo enfiló por el pasillo hasta encontrarse de nuevo frente al mostrador de recepción. Desde allí vio cómo Cayetana se levantaba, lo que significaba que su declaración se daba por concluida.

La siguiente era Elvira. No vio ni a Inés ni a Matilde, pero, con un poco de suerte, Ahmed también tendría que prestar declaración y eso, además, le daba margen para que la Vidente y la Pantera Rosa apareciesen en escena.

Con un gesto de la mano, llamó la atención de Cayetana, que acudió a su encuentro sin dilación.

—Cayetana, escúchame. Solo necesito que hagas guardia frente al camarote de Ahmed por si aparece.

—¿Y cómo te aviso? —Por el tono que empleó, se notaba que la Diva estaba asustada a la vez que emocionada.

—Canta. Finge que estás ensayando y, si se acerca, te lo llevas a la terraza con cualquier excusa. Así me das tiempo a salir.

—Pero ¿qué le digo?

—Háblale sobre Mario, por ejemplo. O le dices que quieres comentar el viaje... Invéntate lo que quieras —le dijo, arrastrándola hacia el pasillo de proa. Para su suerte, el camarero se encontraba en el lado opuesto.

«Al parecer, la fortuna está de mi parte», pensó Julia con entusiasmo.

***

Matilde era una persona tranquila, pero desde que había entrado no había parado de deambular por el camarote con nerviosismo. Estaba segura de que había dejado su medicina sobre la mesilla, como hacía todas las noches, y ahora no estaba.

—Piénsalo bien —le aconsejó Inés. En ese momento se encontraba agachada intentando localizar el remedio para la artritis debajo de la cama—. Lo habrás dejado en otro sitio y no te acuerdas.

—No, estoy segura de que lo dejé ahí. —Matilde corrió las cortinas para no ver el casco del barco que tenían al lado y se abanicó con el sombrero—. Si esta mañana no me la he tomado, es porque no estaba. Es lo que he hecho todas las mañanas desde que la tengo. Me levanto, veo el frasco y me tomo una cucharada.

—Ven, ayúdame a mover la mesilla por si se ha caído detrás. A lo mejor por eso no la vemos.

Matilde se acercó cojeando a su amiga. Entre las dos hicieron un esfuerzo para levantar el mueble y correrlo unos centímetros. Pesaba más de lo esperado, pero consiguieron separarlo de la pared. Inés ladeó la cabeza para mirar en el hueco. En principio no había nada, pero, por si acaso, encendió la lamparita y volvió a examinarlo. Su primera impresión había sido acertada: el recipiente no estaba ahí.

Contrariadas, se sentaron sobre la cama. Ya no se les ocurría más sitios en los que buscar. La Vidente ya se había encargado de revisar el baño y la Pantera Rosa hizo lo propio en el dormitorio. En el armario tampoco estaba.

—¿Y si llamamos al camarero para que nos ayude? —le propuso Inés. Su cara denotaba cansancio.

—No creo que solucione mucho. Lo hemos intentado antes de entrar y no ha habido forma de que nos entendiera.

Inés se levantó y cogió la pamela de Matilde, que estaba sobre la mesa, y comenzó a darse aire con ella. Su gorro de pescador no tenía la misma potencia.

—Me sabe mal por ti —le dijo—. Tus dolores habían desaparecido. Pero no te preocupes, todavía estás a tiempo de conseguir más.

La Vidente se puso de pie de un salto. Estaba tan alterada que sus ojos parecían anunciar una catástrofe.

—¿Que no me preocupe? Después de lo que está pasando, ¿me aconsejas que no me preocupe? En mi vida he estado más preocupada...

—Mujer, han sido un conjunto de desafortunados incidentes, pero no tienen por qué continuar. —Inés se tapó la boca para que el bostezo, signo inequívoco de mala educación, no resultara tan evidente. Se sentía agotada.

—¿Dos muertes te parecen un conjunto de desafortunados incidentes? —A pesar de la cojera, Matilde se movía por el dormitorio como un lobo enjaulado—. ¿Quieres que te recuerde el desafortunado incidente relacionado con la desaparición de unas joyas? Entonces tampoco le diste demasiada importancia.

Si le hubieran dado un golpe con un mazo, Inés no se habría quedado ni más dolorida ni más desencajada. Habían pasado muchos años, pero aquel suceso había sido en verdad desagradable y a ella, pasados unos meses, le supuso un irritante disgusto. Nada que ver con el terrible accidente de su hija, que había sido el mayor infortunio de su existencia, del que todavía no se había repuesto y que no sabía si algún día superaría. Pero verse envuelta en un escándalo —ella, la hija de un acaudalado constructor, a la que nunca le había faltado de nada y que había disfrutado de todos los caprichos que se le antojaron, entre los que no faltaron joyas— le parecía una aberración. El simple hecho de que alguien la implicara la indignaba. Aunque todo se debía a la envidia. Y no solo porque su familia gozaba de buena posición; ser emprendedora, abrirse camino sola en el mundo equino, y además con éxito, era algo que mucha gente no podía soportar. Nada les importaba: que su matrimonio hubiera sido un desastre, que su marido estuviera paralítico o que su hija hubiera fallecido, dejándole un nieto a su cargo; eso lo considerarían minucias, y seguían sin soportar que tuviera dinero y que su carácter no dejara traslucir las depresiones y decaimientos que su ánimo había experimentado.

Como le había asegurado Matilde —a quien había tenido la suerte de conocer en su consulta cuando su hija era una díscola y

desobediente adolescente, y que la había ayudado a sobrellevar todas sus fechorías—, a la gente le costaba digerir las victorias ajenas y mucho más cuando iban acompañadas por un talante alegre y atractivo, como era el de ella.

Para su desgracia, Elvira era una de esas personas. Todo el problema en el que se vio envuelta fue por su culpa y todo lo que le iba a pasar le estaría bien empleado por golfa y sinvergüenza, a la que le iban los hombres jóvenes más que los caramelos a los niños. Inés se alegró al pensar que Elvira no iba a irse de rositas de este mundo, antes pagaría por sus pecados. Al abandonar el cuerpo físico, nadie podía librarse de abonar la factura por las perversiones cometidas.

—¿No te parece que Elvira es una descarada al plantarse el collar de Sole de una manera tan ostentosa? Esa tía es una zorra de mucho cuidado —comentó la Pantera Rosa, rebosante de indignación.

—Sí, pero déjala —le respondió Matilde—. Allá ella y su conciencia. Lo que ahora me preocupa es la medicación. Creo que se lo voy a decir a la policía.

—¿A la policía? ¿Y si lo que has hecho es ilegal?

—Entonces, se lo explicaré al grupo y que me aconsejen. —La Vidente se puso de pie, resolutiva—. Peor es que se produzca otra desgracia o, como tú lo llamas, otro desafortunado incidente. Prefiero que me denuncien por un acto ilegal. En este país hay pena de muerte.

—Sí, cuéntaselo a Ahmed y a ver qué opina él.

—Se lo voy a decir, aunque, para mí, la cuestión principal es: aparte de ti y de mí, ¿quién conocía el contenido del recipiente? Porque de lo que estoy segura es de que me lo han robado.

35

CAYETANA

A pesar de que sus gestos no dejaban traslucir sus impresiones, al inspector Said le sorprendía la actitud de la mujer que tenía delante. Se había topado con multitud de personalidades que actuaban de forma inconcebible y le contaban las cosas más inverosímiles, pero, por muchos años que llevara en el oficio, siempre aparecía alguien que lograba desconcertarlo.

Ese era el caso de la española que, sin darle tregua, le hablaba desde el sillón que tenía enfrente. Al parecer era la mejor amiga de la difunta, y, sin embargo, no había dejado de sonreírle ni un segundo. Es más, por sus gestos y sus posturas, juraría que intentaba coquetear con él. Aunque, por lo incómodo que notaba al guía, no le extrañaría que durante el viaje también hubiese intentado algo con él, o incluso hubiesen pasado del simple flirteo, de lo cual el guía se arrepentía.

La mujer parloteaba tanto que tuvo la sensación de que el intérprete no le traducía todos los comentarios de Elvira López; los consideraría absurdos o que no vendrían al caso. En las escasas ocasiones en que Ahmed se había molestado en aclarar alguna cuestión, le había hablado de un perro y de una hija que la fallecida tuvo cincuenta años atrás sin estar casada, además de puntualizarle que Lola Robles era una mujer muy promiscua, como también lo eran algunas de sus compañeras. Lo único que pudo sacar en claro de aquella exposición fue que la mujer se había quedado dormida en un sofá de la terraza, debido a una mala caída, y que no vio nada.

El inspector se estiró unos pelillos del bigote. Pensaba que Elvira había agarrado una buena cogorza, aunque ella aseguró que apenas había bebido, y que de cada tres palabras que pronunciaba dos eran mentira. No podía fiarse de ella, pero, hasta tener el informe de la autopsia, tampoco podía acusarla de nada.

A los diez minutos, se dio por concluido el testimonio de Elvira. Se levantó mirando a todas partes con una sonrisa amplia y ñoña, por si

algún señor la observaba y así poder echar su red, y fue el turno de sus compañeras. Ahmed se levantó y las buscó por la recepción, pero, al no encontrar ni a Matilde ni a Inés, el inspector decidió continuar con él.

Poco pudo añadir Ahmed. Había sido uno de los primeros en retirarse a dormir —no lo especificó, pero, en cuanto vio que Julia se marchaba, él también optó por irse— y la última vez que vio a Lola se encontraba con el resto del grupo, por la piscina. Lo que sí relató, por si le era de ayuda al inspector y porque este le preguntó acerca de la relación entre la fallecida y el recepcionista, fueron sus sospechas acerca de lo que podría haber ocurrido. Ella, que él podía dar fe de que había bebido más de la cuenta, habría quedado con algún hombre en el solario de proa. No podía tratarse de Mohamed, ya que él lo había negado y, además, estaba de guardia. Mientras lo esperaba, aprovechó para ponerse las gotas de los ojos, con la mala fortuna de resbalar y caer por la borda.

El inspector suspiró tocándose el mostacho. Dos muertes en un espacio de tiempo tan corto no era un acontecimiento habitual, por no denominarlo extraño, sin embargo, no olvidaba que la casualidad podía jugar un papel importante. Lo que sí tenía claro, porque no era la primera vez que lo veía ni sería la última —y eso que nunca había salido del país—, era la poca hombría de los extranjeros. Si sus mujeres tenían que venir a Egipto para quedar satisfechas, algo les fallaba a aquellos tipos, que presumían de vivir en países desarrollados. Con razón sus índices de natalidad caían en picado.

Salió de sus reflexiones y despidió a Ahmed, quien se levantó para ir en busca de Inés y Matilde. Echó una ojeada por recepción y constató que todavía no habían regresado. Reparó en la presencia de Rodrigo, pero él podía esperar. No pertenecía al grupo y, además, debido a su cercanía a Julia, tampoco era santo de su devoción. Que aguardase su turno, como los demás. Él se pasaría por los camarotes de las dos mujeres ausentes.

***

A Julia no le costó entrar en la habitación de Ahmed mientras una emocionada Cayetana se quedaba en el pasillo. Tan pronto se

acercaba hasta el final del corredor para, a hurtadillas, atisbar en recepción y comprobar que Ahmed seguía hablando con el inspector como volvía nerviosa a deambular por el pasillo, concentrada en la puerta por la que Julia se había internado.

***

Sin contar su relación clandestina con François, Cayetana no recordaba haber traspasado jamás los límites de la ilegalidad. Su padre, un granadino de pura cepa a la par que estricto capitán de la Guardia Civil, le había inculcado a base de lecciones repetidas a diario la importancia de la rectitud, la honestidad y la moralidad. Por eso le pareció una aberración que la niña se metiera a artista y puso el grito en el cielo cuando su esposa, para interceder por su hija, se atrevió a comunicárselo. Como si fuera un papagayo, utilizó las mismas palabras que la profesora le había transmitido a ella:
—Cayetanita se convierte en un ángel cuando las notas salen de su garganta y sería una gran equivocación que el público no se deleitara con su voz.

Tampoco permitió que su marido olvidara que, a fin de cuentas, la culpa la había tenido él, con tantas lecciones de canto y piano. Por supuesto que Cayetana también aprendía a coser y bordar, y a hablar francés, y rezaba sus oraciones a la entrada y salida del colegio y antes de acostarse. Pero fue su padre quien consintió en que las clases de música se ampliaran a tres veces por semana.

Sin que él se enterara, se había presentado a las pruebas de ingreso, y a la edad de quince años fue admitida en el Conservatorio de Madrid. Ante la insistencia de su mujer y de su hija, a don Manuel, su padre, no le quedó más remedio que autorizar que las dos se mudaran a vivir a la capital de España. Allí estudió las asignaturas de Composición, Armonía y Piano, entre otras.

Al finalizar la primera etapa, continuó en la cátedra de Canto y Técnica Vocal. Se graduó con distinciones y obtuvo una beca del Ministerio de Educación para completar su formación en Francia, donde tuvo la suerte de conocer a *monsier* Brunet, un mecenas de la música, quien le presentó al director de la Ópera de París. Al escucharla, quedó fascinado. Por ello, cuando seis meses después la

cantante principal de *Tosca,* de Puccini, cayó enferma, Cayetana fue su sustituta. Pese a las reticencias de muchos espectadores, que devolvieron su entrada al tratarse de una soprano desconocida, su debut fue un rotundo éxito. Las críticas de los periódicos fueron apabullantes y los mismos espectadores que le dieron la espalda acudieron presurosos a comprar nuevos tiques.

A partir de ese momento, su carrera y su vida dieron un giro radical. La Scala de Milán, el Metropolitan Opera House de Nueva York y el Royal Opera House de Londres cayeron rendidos a sus pies. Hacer maletas se convirtió en un acto rutinario.

Pero fue en un cóctel ofrecido por la Casa Chanel en París, la noche antes de uno de sus desfiles, donde conoció a François, el que ella consideraba hasta entonces el amor de su vida.

Sus estudios y después sus viajes, casi siempre acompañada de su madre o de su tía, le habían impedido relacionarse con los caballeros que le enviaban flores y regalos a su camerino y que morían por disfrutar de su compañía. Pero aquella noche había acudido sola y terminó paseando por la orilla del Sena junto al anticuario ingenioso y divertido, amén de atractivo, que le habían presentado.

Cenaron un par de veces y en la tercera cita él le confesó su verdadera situación. Estaba casado, aunque las relaciones con su esposa hacía años que estaban rotas, por eso hacía vida de soltero.

Fue el mayor disgusto que Cayetana se había llevado en la vida, pero se había enamorado y creyó a ciegas las palabras de su amado. Y, en realidad, no le mintió. A pesar de sus constantes viajes y sus innumerables compromisos, François siempre permaneció a su lado. Él estaba allí cuando ella regresaba y Cayetana, a pesar de que sus sueños de ser madre se vieron truncados, estaba feliz. Su trabajo y el hombre con el que deseaba estar colmaban sus necesidades.

Hasta el nefasto día en el que, al regresar de una gira, él ya no estaba. En un principio imaginó que, por mucho que la quisiera, sus convicciones religiosas lo habrían forzado a regresar con su esposa. Pero, con el tiempo, a pesar de que su agente y sus allegados trataban de que no se enterase para que no le afectara todavía más, sus sospechas se confirmaron a través de rumores que fueron llegando a sus oídos y, sobre todo, debido a la revelación que le

sonsacó al encargado de la tienda de antigüedades, que, por la insistencia de la soprano, no pudo mantener por más tiempo el secreto del paradero de su jefe. Así que era un hecho probado que François estaba vivo y que había vuelto al lado de su esposa.

Lo único que se reprochaba Cayetana, que no sabía lo que era la envidia, eran los celos que llegó a sentir hacia una mujer a la que nunca había conocido y de la que solo sabía que tenía dos hijos con François. Sí, cada vez que pensaba en él, a ella la odiaba más profundamente. La odiaba por la felicidad que le había robado y por la condena que le había impuesto de una vida oscura, vacía y sin esperanza. Ni la pleitesía que todos le rendían, como si fuera una divinidad, conseguía aplacar aquel sentimiento.

De hecho, hasta su voz se vio afectada, lo que la obligó a abandonar los escenarios. Fue entonces cuando decidió trasladar su residencia a Madrid. París le recordaba a diario su calvario.

***

A Cayetana le salió una sonrisa al recordar a Mario y su llamada interesándose por ella. Ya lo echaba de menos. Entre esa alegría y la adrenalina que corría por sus venas debido a la infracción que estaba ayudando a cometer, que ella consideraba más bien una travesura, sintió que por fin había vuelto a la vida. La piedra que envolvía su corazón se había roto en pedazos y por fin podía escuchar sus latidos.

Volvió a asomarse con cautela a la recepción y reparó en que Ahmed se estaba levantando del sillón. Parecía buscar a alguien con la mirada. Nerviosa, fue a instalarse frente a la puerta del camarote del guía por si aparecía. Julia estaba tardando demasiado.

***

El primer lugar en el que se le ocurrió mirar al entrar en el camarote de Ahmed fue en el armario. Julia recordaba la camisa que llevaba el día anterior, y no estaba a la vista. En realidad, el cuarto aparecía ordenado, sin ropa en el suelo, sobre la silla o en el escritorio. Encontró enseguida la prenda, pero en el bolsillo no había nada. Así que continuó con el resto del vestuario, aunque con tres camisetas, cinco camisas y tres pantalones que colgaban de las perchas, pronto

finalizó con la revisión. No sin cierto sentimiento de intromisión, inspeccionó los cajones, pero solo había cinco calzoncillos. La bolsa en la que había transportado sus enseres estaba vacía. Quizá lo habría metido en la caja fuerte, sin embargo, y gracias a Dios, estaba abierta.

Tras el fracaso inicial, continuó con el baño. En el lavabo había un vaso con un cepillo y pasta de dientes, por lo que fijó su atención en la repisa que sobresalía de la pared. Allí descansaban un peine y un neceser. Sin perder un segundo, se abalanzó sobre él y lo abrió. Rebuscó entre las escasas pertenencias, donde había un frasco de loción para después del afeitado y la correspondiente máquina de afeitar, pero no encontró nada de su interés.

Miró el reloj y se puso nerviosa. Aunque a ella le parecía que acababa de entrar, habían pasado doce minutos. Tenía que darse prisa o marcharse, de lo contrario, Ahmed la pillaría.

Resopló y se instaló en el centro del camarote. Era posible que lo hubiese ocultado debajo del colchón o en cualquier otro escondite, como detrás de un cuadro o en el pie de la lámpara, pero buscar por esos lugares le iba a llevar mucho más tiempo.

Estaba pensando que tal vez lo llevara encima, lo que echaría por tierra cualquier intento de búsqueda, cuando se fijó en el lugar más lógico para guardar cualquier objeto pequeño: la mesilla de noche. Con el corazón acelerado, se arrojó sobre ella.

En cuanto abrió el cajón, se dio cuenta de que había dado en el clavo. Allí estaban lo que en un principio le parecieron papeles, pero ahora veía que lo que Inés le había entregado de malas maneras a Ahmed, para ser exactos, no eran papeles. Sin embargo, no era momento para especulaciones. Era momento de escapar.

Con una apabullante sensación de victoria, se dirigió hacia la salida. Pero, ya junto a la puerta, la voz a capela de Cayetana provocó que se quedara petrificada, con la mano pegada al picaporte. Su ritmo cardiaco se volvió a acelerar y notó cómo un reflujo procedente del estómago se le instalaba en la garganta.

36

Actualidad

Gabriel y yo estamos frente a un edificio de ladrillo rojo en una de las calles perpendiculares a Doctor Esquerdo. Hemos tenido la suerte de encontrar sitio en la zona azul, aunque el Smart de Gabriel es muy fácil de aparcar.

Ahmed le ha pasado la dirección de Rodrigo Aguirre y ahora, delante del portal, estamos pensando qué decirle para que nos atienda, si es que todavía vive aquí.

Tenemos la gran suerte de que un adolescente abre la puerta del patio y, como no nos pregunta nada, nos colamos y llegamos hasta el ascensor. Calculamos que la puerta ocho estará en el cuarto piso y ahí vamos, pero al llegar nos damos cuenta de que nos hemos equivocado. Hay tres puertas por planta y tenemos que bajar una.

Ya en el piso correcto, Gabriel me coge el dedo índice y juntos apretamos el timbre. Me entra un poco de risa nerviosa y él me da un beso en los labios de forma muy graciosa para que no haga ruido; eso me pone todavía más nerviosa, pero consigo quedarme callada.

Al segundo timbrazo nos abre un señor que, como si nos estudiara, nos mira de arriba abajo. Aunque de color gris, tiene mucho pelo y es alto y delgado. Lleva un suéter de pico amarillo encima de una camisa blanca y unas deportivas muy chulas. Pero lo que más me llama la atención son sus gafas de montura ancha y cuadrada, también en color amarillo. Me parece un tipo moderno y con estilo.

Me doy cuenta de que estoy pensando si este podría ser mi padre y creo que, o dejo de obsesionarme y de ver a mi padre en todos los hombres de más de cincuenta años que conocieron a mi madre, o a este paso voy a necesitar ayuda psiquiátrica.

—¿Rodrigo Aguirre? —Gabriel se da prisa en preguntar antes de que nos dé con la puerta en las narices.

—¿Quién os ha dado esta dirección? —Frunce el ceño y, con la puerta entreabierta, nos mira como si fuésemos sospechosos de algún asesinato.

—Mi nombre es Gabriel Lafont, estoy escribiendo un libro sobre las muertes que ocurrieron en el Nilo hace veinte años, y su dirección me la ha proporcionado Ahmed, el guía que acompañó a las pasajeras durante el crucero.

—Vaya —dice Rodrigo, más relajado, y abre un poco más la puerta —. Al parecer, a todo el mundo le ha dado por escarbar en el pasado. Y, si Ahmed os ha dado esta dirección, es que os tiene en alta estima, pero no estoy interesado en hacer ninguna declaración. Ni lo hice hace veinte años ni ahora tampoco. Lo siento, chicos.

—Solo serán unos minutos. Nada más, de verdad —le insiste Gabriel. Pero no logra convencerlo y Rodrigo mueve el brazo para cerrar, aunque antes noto cómo me mira por el rabillo del ojo.

—Bueno, tendremos que esperar a que tu madre regrese para que nos cuente algo más. Aunque si solo se acuerda de lo que ya escribió... Necesitamos otro punto de vista —me suelta Gabriel como si estuviese hecho polvo. Al darse la vuelta, me guiña un ojo—. Vamos, Lucía Soler.

—¡Un momento! —nos frena la voz de Rodrigo—. ¿Eres la hija de Julia Soler? Ya decía yo que tu cara me resultaba familiar. Te pareces muchísimo a ella. Ahora entiendo por qué Ahmed os está ayudando. —Sale al rellano con las llaves en la mano—. Esperad que cierre y hablamos en el bar de la esquina.

Gabriel me vuelve a guiñar el ojo. Con esa especie de telepatía que tenemos, no hace falta que me cuente que se ha fijado en cómo me miraba Rodrigo. Le he debido recordar a alguien, y él ha aprovechado y, ¡zas!, ha dicho las palabras mágicas: Julia Soler. En voz muy baja, le soplo:

—A partir de ahora, me llamas Talismán.

Llegamos a la cafetería y nos sentamos en una mesa. Pedimos unas cañas y nos sacan, además, unos cacahuetes. Para cuando nos traen las consumiciones, ya nos ha explicado que ese es su domicilio particular, en el que vive con su mujer. Antes le servía de oficina,

pero, al independizarse su hijo menor, el piso se les quedó muy grande y se mudaron a este.

Debo reconocer que Rodrigo es mucho más simpático de lo que había pensado en un principio y entiendo sus reparos iniciales ante una pareja de desconocidos.

—Así que Ahmed os ha contado el viaje tan idílico que compartimos por el Nilo. —Se ríe con ganas—. Supongo que se ha limitado a seguir las pautas que Julia, bueno, tu madre, escribió. Ella se vio forzada a redactar algo para que los medios de comunicación nos dejaran en paz a todos, y supongo que edulcoró la historia para que nadie saliera perjudicado. Eso, al menos, es lo que pensé cuando leí el reportaje.

—¿Había algo que pudiera perjudicar a alguno de los testigos? Quiero decir si existía alguna prueba que señalara a alguien como autor de los crímenes, o al menos si existió algún fallo en la resolución —le dice Gabriel con aspecto animado.

—No, fallos no vi ninguno. Al decir «perjudicar» me refería a dañar su reputación, solo eso. Nadie quiere que lo relacionen con crímenes, y menos si se es un personaje público. Aunque también los anónimos queríamos seguir siéndolo. ¿Crees que nos apetecía vernos envueltos en un escándalo? Ya te digo que no. Yo fui el primero en alejarme de la publicidad.

—Pero has dicho que las relaciones entre ellas no eran precisamente idílicas...

—Y no lo eran. Celos y envidias había para dar y vender, y a alguna le gustaban los hombres jóvenes y beber más de lo que se consideraría normal. Como también había un hombre que estaba rendido a los pies de una guapa fotógrafa. —Rodrigo sonríe mirando al techo y yo me pregunto a qué hombre se referirá, ¿Ahmed? Antes ha dicho que entendía por qué nos estaba ayudando. Pero elijo callarme y escuchar lo que sigue diciendo—: Sin embargo, si yo hubiera tenido que escribir algo para acallar a los periodistas, como hizo Julia, habría hecho lo mismo que ella. Es más, ahora os lo estoy contando *off the record* . Si tuviera una cámara delante, negaría cualquier desavenencia entre las pasajeras. Es mejor no remover el pasado.

—Entonces, en tu opinión, los hechos se desarrollaron de forma que encajaban con las acusaciones, por llamarlo de algún modo, que Sole escribió en su diario. Lo cierto es que Julia tampoco se explayó relatando los detalles del escrito; los comentó de pasada.

—Es que tampoco había muchas vueltas que darle. Julia hizo lo correcto.

—¿Se comprobó toda la información? —le insiste Gabriel.

—Eso no te lo puedo asegurar. Supongo que sí, pero vete tú a saber. Estábamos en Egipto y las comprobaciones se tuvieron que realizar aquí, en España.

—En ese caso, podría existir alguna fisura... —Por su tono, juraría que Gabriel está convencido de que es así.

—Como poder, puede ser. Aunque yo no lo creo. Pero una cosa —Rodrigo me mira con extrañeza—, ¿por qué no habláis con tu madre? Ella os lo puede contar mucho mejor que yo.

—Porque está de viaje y las cosas se han precipitado —le digo, encogiendo los hombros—. Pero, en cuanto esté de vuelta, se lo voy a preguntar.

—De paso, le das recuerdos de mi parte y le dices que me encantaría volver a verla. Sé que es una mujer muy ocupada, pero a ver si tiene un hueco y me llama. Toma —apunta su número en una servilleta y me la da—, es mi móvil, por si se anima. Por cierto, ¿cuántos años tienes? —me pregunta, arrugando la frente y observándome como si me estudiara. De repente, me acuerdo de que Ahmed me hizo exactamente la misma pregunta y, por un momento, se me vuelve a pasar por la cabeza la posibilidad de que Rodrigo sea mi padre. Pero, como me he dicho que no debo obsesionarme para no convertirme en una paranoica, aparto ese pensamiento con rapidez.

—Tengo diecinueve —le respondo con decisión. De todas formas, quiero saber por qué se le ha ocurrido esa pregunta y, como si no me importara mucho, le suelto—: ¿Por?

—No, por nada. Es que creo recordar que cuando nos conocimos tu madre no tenía hijos.

En eso lleva razón. Gabriel y yo nos miramos con complicidad y, como parece que por el momento no hay más que rascar, Gabriel le

tiende la mano para despedirse y yo le doy dos besos. Rodrigo ha decidido quedarse para tomarse otra caña mientras nosotros nos dirigimos a la puerta. Entonces caigo en la cuenta de que hay un detalle que me parece importante y vuelvo corriendo a su lado:

—Perdona, Rodrigo. Antes, cuando estábamos en el rellano de tu casa, has dicho que, al parecer, a todo el mundo le ha dado ahora por escarbar en el pasado. ¿A quién te referías?

Rodrigo da un trago a su cerveza y me doy cuenta de que está haciendo tiempo para pensar una respuesta. Después de tragar, me dice:

—Pues no sé. Si lo he dicho, habrá sido por decir. Después de tantos años apareces tú, la hija de Julia Soler, y supongo que me ha impactado escuchar tu nombre y el de Ahmed.

Le pongo una sonrisa bobalicona por no ser maleducada y chuparme el dedo descaradamente delante de él. Aunque no le digo nada, tiene que saber que no me lo he tragado.

Al salir de la cafetería, Gabriel me coge por la cintura y me da un beso.

—Además de guapa, eres muy lista. Ahora también sabemos que Rodrigo Aguirre no nos cuenta la verdad o, al menos, toda la verdad.

Cogidos de la mano, nos dirigimos hacia el coche. Me siento superfeliz.

37

ÓPERA EN EL PASILLO

Había ido en busca de Matilde e Inés para que el inspector Said las entrevistara, pero no se molestaron en abrirle. A través de la puerta le transmitieron que tardarían diez minutos más, lo cual le hizo suponer que serían veinte, ya que parecían estar parlamentando, y Ahmed decidió pasar por su camarote para ir al baño. La vejiga estaba a punto de reventarle.

Se quedó paralizado cuando, al llegar al corredor de proa, escuchó una voz muy aguda y armoniosa cantando ópera. Todavía se sorprendió más al reconocer a Cayetana tras aquella maravillosa interpretación. Estaba convencido de que había dejado de cantar, y opinó que resultaba fantástico que la soprano retomara su actividad. Sin embargo, ensayar en el pasillo de un barco le pareció de lo más cómico. Aunque ya se sabía que las estrellas eran excéntricas y hacían cosas peculiares.

—*O mio babbino caro. Mi piace è bello, bello Vo´andare in Porta Rossa a comperar lánello...* —entonaba la Diva. Con los ojos cerrados, andaba por el pasillo en dirección opuesta a la de él.

Metida de lleno en el papel, Cayetana bajó la cabeza con dignidad al tiempo que abría los ojos. Simuló desconcierto al cruzarse con el guía y su voz se apagó en seco. En un gesto de bochorno se tapó la boca, todavía abierta.

Ahmed caminaba de puntillas para no interrumpirla, pero, al verse sorprendido, le dirigió unas palabras de admiración:

—Qué bien cantas, Cayetana. Ahora entiendo por qué la gente paga por escucharte. Deberías seguir.

—Por desgracia, mi voz ya no es la que era —le dijo, agarrándose a su brazo. Así lo obligó a cambiar el sentido de sus pasos—, pero te agradezco muchísimo tu opinión. Por cierto, también me gustaría que me aconsejases en otras cuestiones más... más sentimentales, diría yo.

—Claro, estoy aquí para ayudarte en todo lo que pueda. —Ahmed le sonrió con paciencia.

—Se trata de Mario. No sé si es buena idea llamarlo cuando lleguemos a El Cairo... ¿Te importa si subimos a la terraza y te lo cuento con calma? Necesito un poco de aire.

Cayetana había conseguido atraerlo hasta el inicio del pasillo, casi ya en recepción.

—Sin problema. Mientras el inspector no me necesite para traducirle... —De repente, Ahmed se deshizo del brazo de la diva—. Pero antes, por favor, dame un momento para ir al baño. No puedo más.

Sabía que se iba a producir una tragedia y Cayetana trató de frenarlo con un grito, aunque solo le salió un hilillo de voz:

—No hace falta que subamos. También podemos hablar en recepción...

En el momento en el que Ahmed se inclinaba para introducir la llave en la cerradura, la puerta se abrió de sopetón. Sobresaltado, se irguió con rapidez y su cara se enfrentó con la de Julia. Ella, también del susto, dio un pequeño salto hacia atrás. Al dejar de escuchar el canto de Cayetana supuso que había conseguido llevárselo lejos y después de contar un minuto se decidió a salir del camarote como una bala. Como era obvio, las cosas no habían salido como esperaba.

—¿Qué haces aquí? —En el tono de Ahmed se entremezclaban el desconcierto y el enfado.

—Verás... Estaba un poco confundida. —Julia no sabía cómo salir del atolladero. Entonces recordó que la mejor defensa siempre es un buen ataque—. Sí, estoy un poco confundida porque no has parado de mentirme desde que empezamos este viaje. ¡Y estoy harta de mentiras! No han dejado de suceder cosas extrañas y quiero saber qué está pasando —exclamó con voz autoritaria—. A ver, entre otras cosas me dijiste que no tenías ningún problema con Inés, y lo que acabo de ver en el cajón de tu mesilla no me parece muy normal. Porque sí, he mirado ahí dentro. Y, si quieres, ahora vas al inspector y me denuncias por intromisión. Es más —volvió a entrar en la habitación y se acercó hasta la mesilla. Mientras abría el cajón con

rabia y sacaba algo del interior, continuó—: ¿me puedes explicar qué significa esto? Evidentemente lo que es, ya lo veo.

Cayetana se había situado junto a Ahmed y observó cómo Julia le tendía un par de fotografías. Él suspiró al recibirlas y las miró con detenimiento.

En la primera imagen aparecía Inés junto a la que debía ser su familia. Ella estaba en el centro, al lado de un hombre de abundante pelo cano, vestido con elegancia, sentado en una silla de ruedas. Por el accidente de equitación que Inés le había contado, Julia dedujo que tenía que ser su marido. A su alrededor, un hombre y dos mujeres jóvenes. El chico sería su hijo y la joven de pelo rubio, por cómo la abrazaba, su esposa. La otra chica, también con melena clara, no podía ser más que la hija fallecida. En primera fila también había dos niños: un bebé sobre una manta y a su lado un niño de unos tres años.

La segunda fotografía mostraba la cara de la hija de Inés, sacando la lengua con descaro, muy pegada a la del niño presente en la imagen anterior. Tanto sus vivos ojos negros enmarcados en unas pestañas rizadas como su boca sonreían a la cámara.

—Está bien —Ahmed se dio por vencido—, pero pasemos dentro. No me apetece que la gente de aquí se entere de mis problemas.

Ya en el interior, las dos mujeres se sentaron en la cama, como espectadoras, mientras que él se quedaba de pie, frente a ellas. Enfocó la vista en Julia.

—Verás, hace siete años, yo ya trabajaba de guía y conocí en el crucero a una chica. Era española y se llamaba Inés. Nos enamoramos y, bueno..., se quedó embarazada. —Con la cabeza gacha, parecía que Ahmed hacía esfuerzos por recordar—. Pero del embarazo yo me enteré bastantes meses después.

—Así que te enamoraste en tres días y la dejaste embarazada. —Julia lo dijo sin acritud, pero no pudo evitar sentirse un poco dolida al verse reflejada en la hija de Inés. ¿O tal vez eran celos? Prefirió no pararse a descubrirlo.

—No fue como tú lo cuentas, te lo juro —se defendió Ahmed—. Inés se quedó más tiempo en Egipto y nos fuimos de vacaciones al oasis de Siwa. Ella era una aventurera y no dudó en alargar su

estancia un mes más. No sabía que estaba embarazada y, aun así, le prometí que iría a estudiar a España. Entonces yo tenía veinticinco años y me sentía libre para ir hasta el fin del mundo.

Julia hizo un cálculo rápido y concluyó que le llevaba seis años a Ahmed. Quizá un poco joven para ella. Pero, si la opción se trataba de escoger entre un joven o un viejo, su elección estaba clara. Le entraron ganas de reír al pensar en Elvira; ella también los prefería más jóvenes, solo que en su caso podrían ser sus hijos.

—Pero no fuiste —le respondió Julia, levantándose y cruzándose de brazos.

—¿No te acuerdas de que te conté que traté de viajar a España y me denegaron el visado varias veces? —Ahmed hablaba con desesperación—. Al intentarlo por tercera vez fue cuando ella me dijo que esperaba un hijo mío. Por eso decidí probar suerte de nuevo. Pero fue imposible. Hablar por teléfono era muy difícil y al final perdimos el contacto.

—Y ahora aparece su madre para pedirte explicaciones... Ya entiendo por qué te tiene tanta manía y por qué le pidió a Elvira que te escogiese a ti como guía, no fuiste seleccionado al azar... Uff, Ahmed, no sé qué decirte.

—Bueno, sí, me ha dicho que su hija está muerta y que tengo un hijo al que debería conocer. Y no es que no quiera hacerlo, pero necesito... tragar que soy padre, con condiciones...

—Quieres decir digerir. Sí, sé muy bien lo que quieres decir —intervino Cayetana, sentada en la cama. Aunque su espalda se mantenía rígida, su cutis aparecía desvaído y su talante, decaído.

—¿Padre con condiciones? —preguntó Julia con extrañeza.

—Sí, solo puedo verlo en España y nunca, hasta que cumpla dieciocho años, podré traerlo a Egipto. —Ahmed miró a Julia con ojos tristes—. ¿Y sabes qué? Creo que fue Inés, la madre, quien impidió mi visado.

Respecto a ese punto, Julia no tenía ni idea, pero imaginaba el terror de Inés ante la posibilidad de no volver a ver a su nieto. Por las películas se sabía que, una vez el niño estuviera en territorio musulmán, era imposible sacarlo sin el consentimiento del padre. Al mismo tiempo, Inés sería consciente de la importancia que tiene la

presencia de un padre en la vida de cualquier niño, y más si le falta la madre, como en el caso de su nieto. Lo cierto era que el dilema de Ahmed e Inés era complicado de resolver.

—Entonces, ¿me puedes decir con quién hablabas por teléfono esta mañana? Parecías muy acalorado.

—Sí. —Ahmed alargó la vocal para dar énfasis a su respuesta—. Hablaba con un amigo que es abogado. Necesito ayuda legal para saber qué hacer. Por eso llegué tarde esta mañana.

Julia echó la cabeza hacia atrás, pensativa. A continuación, lo miró y le aconsejó:

—Lo único que te puedo decir es que yo, en tu caso, iría a conocer a mi hijo. Después es después, y ya vería qué hacer.

Tras una media sonrisa de gratitud, Ahmed abrió la boca con la intención de decir algo, pero, antes de que llegara a pronunciar una palabra, Cayetana se levantó de la cama.

—Me vais a perdonar, pero yo me retiro. Estoy cansada y antes quiero aprovechar para lavarme el pelo. Con este pañuelo —se señaló el turbante anudado en forma de flor que llevaba en la cabeza—, no he parado de sudar en todo el día.

—Después de la cena vamos a dar un paseo en calesa. Hoy es la última noche y no te lo querrás perder —la invitó Ahmed, mucho más animado. Como por arte de magia, parecía que sus preocupaciones se hubieran esfumado y volvía a ser el chico dulce a la vez que resolutivo y decidido al que estaban acostumbradas.

—Sinceramente, no lo sé. Ni siquiera os aseguro que baje a cenar. Lo más probable es que hable con Mario y después me acueste. Estoy de bajón, la verdad. El fallecimiento de Lola me ha hecho recordar el de Sole y no me encuentro bien. —La voz de Cayetana sonó indecisa. Ya en la puerta, añadió—: Luego os lo confirmaré.

Estaba tan concentrada en la historia de Ahmed que Julia no se había fijado en Cayetana. Cuando la dejó en el pasillo, parecía un cascabel y ahora juraría que al cascabel lo acababa de arrollar una apisonadora.

—Avísame si necesitas algo, Cayetana. Tienes mala cara.

Al quedarse a solas, Ahmed se acercó a Julia y la besó con pasión. Ella no lo apartó, pero en esos momentos se encontraba demasiado

aturdida para distinguir cuáles eran sus sentimientos o apetencias y prefirió posponer la escena romántica. Con tacto, se separó de él para cortar el beso:

—Yo también me voy, Ahmed. Estoy en el dormitorio de un hombre y no quiero que la gente de aquí se entere de mis problemas... sentimentales —le dijo con cierto retintín.

—Es verdad —reconoció él—. Además, he de ver al inspector por la traducción de Matilde e Inés. Te espero esta noche para el paseo. No sabes cómo me pones. Sueño con verte desnuda y hacerte el amor sin parar.

Si quería conquistarla, las dos últimas frases se las podía haber ahorrado. Tal vez a otra mujer le excitase oír esos pensamientos, pero en su caso solo había conseguido que la libido le bajara a los pies, pensó Julia. A pesar de eso, antes de abandonar el camarote, consintió un fugaz beso en los labios.

38

UNA FACTURA PENDIENTE

Al parecer había resuelto la cuestión que unía a Ahmed y a Inés, pero para pensar con claridad Julia necesitaba estar sola. Además, quería disponer de tiempo para releer el diario de Sole con calma porque en él estaba la clave que desataría los nudos que entrelazaban a aquellas mujeres.

Se alejó del camarote de Ahmed al galope y sus pensamientos le trajeron a la mente la imagen de Inés. Había un matiz relacionado con ella que se le escapaba; quizá algo que había dicho, tal vez una frase sin aparente importancia. Sintió rabia al no poder cazar la idea que volaba entre los pliegues de su cerebro debido a las prisas.

En lugar de subir las escaleras, continuó por el pasillo de popa. Allí, al fondo, seguía el camarero al que le había robado la llave. Le dijo algo para que pareciese que se interesaba por el estado de su chaqueta y, con disimulo, depositó la llave sobre la bandeja del medio, en un lugar bien visible, para que no tuviera que buscar mucho.

Una vez terminado su cometido, volvió hacia recepción, donde todavía quedaba un puñado de gente en espera de su turno para declarar. Allí distinguió a Matilde y a Inés. Estuvo a punto de detenerse a hablar con ellas, pero la repentina aparición de Rodrigo, que se colocó a su lado, se lo impidió.

Llevaba el pelo mojado echado hacia atrás y se había cambiado de ropa, con unos vaqueros y una camisa que le quedaban muy bien. Julia no pudo negar que Rodrigo resultaba atractivo. Cuando cierto olor a jabón y a limpio inundó su nariz, se dio cuenta de que ella también echaba de menos una buena ducha.

—Llevo toda la tarde buscándote —le dijo él—. ¿Todo bien? Solo quería saber cómo te encontrabas después de la noticia. ¡Vaya palo!

—Bueno, todo lo bien que se puede estar, dadas las circunstancias. Hemos ido al templo de Philae, es precioso y nos ha servido para distraernos un poco.

—¿Quieres que nos tomemos una copa en la terraza esta noche? Aparte de que me apetece muchísimo pasar la velada contigo, he de comentarte otra cosa.

—No sé si voy a poder. Tenemos un paseo en calesa después de la cena. Pero sí, al volver, seguro que tengo tiempo. Me apetece mucho estar cont...

No pudo terminar, los gritos indignados de Inés, procedentes del mostrador de recepción, hicieron que su atención se desviara. Hasta el inspector Said giró la cabeza en su dirección.

—¿Dónde está la sinvergüenza de Elvira? —chillaba la Pantera Rosa, al tiempo que golpeaba con nerviosismo la madera del mostrador.

Matilde estaba a su lado, pero parecía más calmada que su amiga.

Julia y Rodrigo se acercaron.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —Inés estaba furiosa, y prosiguió muy deprisa —: Que como mañana ya nos vamos se nos ha ocurrido venir antes a pagar los extras. Cuando el recepcionista nos ha dado las cuentas en libras egipcias, le hemos pedido que nos dijera los importes en euros, que luego hemos tenido que pasar a pesetas. Al ver el cambio, nos hemos quedado de piedra y le hemos dicho que nos desglosara la factura. ¡¿Y cuándo me he tomado yo cinco *gin-tonics* ?! ¿Y cuándo se ha tomado Matilde dos botellas de vino de cincuenta euros cada una? Ah, y también nos reclama la cuenta de la habitación de Sole. Al parecer, desde el más allá, se ha tomado unas cuantas copas y ha hecho unas llamadas de teléfono. —Tomó aire para apaciguarse y continuó—: Yo en tu lugar pediría la factura, Julia. Seguro que la golfa de Elvira también te ha hecho un agujero en el bolsillo. No tenía suficiente con robar las joyas de la pobre Sole que también nos tiene que robar a nosotras. Seguro que luego le echa la culpa a otra y santas pascuas.

Mientras Rodrigo hablaba con Inés para tratar de apaciguarla, y el recepcionista completaba la cuenta de Julia, Matilde agarró a Julia del brazo para distanciarse un par de metros. En voz baja le comentó:

—Yo también creo que detrás de esta jugarreta está Elvira, pero no me disgusto porque con una aclaración podremos arreglar el entuerto. Ningún camarero podrá afirmar que nos ha servido esas bebidas. —Matilde apretó los labios con fuerza—. La indignación de Inés se debe, sobre todo, a la mala pasada que Elvira le hizo hace unos años, en uno de sus viajes.

—¿Y qué le hizo? —Julia no salía de su asombro.

—A una de las mujeres que viajaba con ellas le robaron un broche de brillantes y unos pendientes a juego, que por lo visto eran muy valiosos. Elvira hizo correr la voz de que había visto a Inés entrando en el dormitorio de esa mujer. De esa manera consiguió que las sospechas recayeran en ella.

—¡Madre mía con Elvira! ¿Y qué sucedió?

Matilde suspiró antes de volver a hablar:

—Al principio, nada. Las personas que conocían a Inés sabían que ella no podía haber sido. Pero, pasados unos meses, cuando Inés iba a realizar un viaje a Nueva York y ya se disponía a embarcar, la policía la detuvo para interrogarla. Alguien, no le quisieron dar el nombre, había interpuesto una denuncia contra ella en una comisaría de Madrid acusándola de ladrona. Lo peor es que casi pierde el avión, además de la vergüenza que pasó al tener que dar explicaciones a las personas que viajaban con ella. Inés nunca pudo probar que la denunciante fuese Elvira, pero las cartas me dijeron que fue ella. Desde entonces no la puede ni ver.

—No la puede ni ver, ¿y viene a un viaje organizado por Elvira? —Julia no daba crédito—. No entiendo nada.

—Este es el primer viaje en el que coinciden desde que ocurrió aquello, y ya te digo yo que ha sido por un motivo de causa mayor, créeme.

—No me cabe ninguna duda.

Julia se quedó pensativa. Por supuesto que la creía. El viaje era a Egipto, con el atractivo de ser en grupo, e Inés tenía un motivo de peso para ir: quería conocer a Ahmed sin necesidad de identificarse. Por eso se tragó a Elvira y fue. Además, se buscó la excusa de que alguien le recomendó un guía fantástico para que Ahmed fuese el

elegido. Ahora solo le faltaba descubrir por qué Inés y Matilde, por separado, habían acudido al camarote de Sole.

El recepcionista la llamó para que comprobara su factura. Como cabía esperar, había sido inflada con algunas bebidas. Estaban comentando que lo mejor sería avisar a Elvira para que se explicara cuando apareció Ahmed. Lo pusieron en antecedentes y este le pidió al recepcionista que llamara a la habitación de Elvira. Ellas estaban deseosas de ver su cuenta, sin embargo, el guía estimó más oportuno que la interesada estuviera presente.

—Quiero comentarte una cosa, Ahmed —pronunció Matilde en voz baja.

Agachó la cabeza, avergonzada, y por cómo se frotaba las manos se diría que la Vidente estaba nerviosa. Lo que tenía que decirle no parecía que fuese fácil. Inés, en un acto instintivo, apretó los puños.

Todos los presentes la miraron con expectación, incluso Rodrigo no quería perderse ni un detalle, pero la aparición del Pez Napoleón originó que la atención se desviara hacia ella. Se presentó en recepción caminando con su actitud de apariencia ingenua, ataviada con un vestido azul que, como siempre, le quedaba corto. Se había lavado el pelo y se le había quedado encrespado. Lo único que no había cambiado era el collar de perlas australianas que perteneció a Sole.

—Ay, ¿qué ha pasado para que me llaméis con tanta prisa?

—Estamos repasando las facturas y hay algunos errores. Lo mejor es que solicites la tuya y veamos si a ti también te han cobrado de más —le indicó Ahmed con paciencia. Las demás la observaban en silencio.

—Claro, no tengo ningún problema —dijo, asiéndose del brazo del guía, con cara bobalicona.

Como el recepcionista ya la tenía preparada, al instante la tuvo delante de sus narices. Poco tuvo que comprobar, porque estaba en blanco. Elvira no debía ni una sola libra egipcia.

—¡Vaya por Dios, Elvirita! —exclamó la Pantera Rosa—. Contigo también se han equivocado, pero librándote de todo mal o, mejor dicho, de todo pago. Tus consumiciones nos las han cargado a nosotras. ¡Qué casualidad!

La aludida sonrió con inocencia.

—Ay, pues yo no sé nada. Será que los camareros, como no se enteran de nada, se han confundido...

—¿Confundido? —Inés se inclinó hacia ella con furia y le plantó en la cara los papeles que llevaba en la mano. Eran los justificantes firmados donde se indicaba la fecha, el número de camarote y el pedido—. Mira, aquí está mi nombre, con mi firma, pero evidentemente es una falsificación. ¡Eres una sinvergüenza, además de una golfa!

Elvira dio un paso atrás, sin soltarse del brazo de Ahmed.

—Matilde, párala, por favor. Me da miedo, seguro que quiere pegarme. Si ha habido un malentendido, lo pago y ya está.

La presencia del inspector Said provocó que el silencio se instalara entre las damas del grupo. Ya había terminado la ronda de interrogatorios, a excepción de Matilde e Inés, y debido al escándalo se había acercado a ver qué sucedía. Por la cara que traía, se notaba que deseaba marcharse a su casa.

Interrogó en árabe a Ahmed, seguramente para saber si había algún problema. Por la expresión del guía al responderle, que le hablaba con suavidad y una sonrisa, Julia supuso que le estaba quitando hierro al asunto.

De inmediato, el policía les hizo un gesto con la mano en señal de invitación a Inés y Matilde para que se sentaran y así pudieran contarle su versión sobre las últimas horas de Lola Robles. Ahmed ocupó su lugar junto a ellas para proceder con la traducción.

Julia aprovechó la coyuntura para despedirse de Rodrigo —a quien prometió ver más tarde—, decir un adiós descafeinado a Elvira y subir veloz por las escaleras en dirección a su camarote, como si el fin del mundo estuviera a punto de dar comienzo.

Tenía prisa por darse una ducha, pero pensó que tal vez fuera mejor releer antes el diario de Sole. Más tarde, el agua le enfriaría las ideas. Ella se inclinaba hacia la postura del asesinato, aunque si, como creía Ahmed, Lola solo estaba borracha y había caído por la borda por accidente, le iba a ser complicado averiguar la verdad sobre sus compañeras de viaje.

Sacó el diario, que había guardado en la caja fuerte, se sentó en la cama apoyando la espalda en los almohadones y se centró en los dos párrafos que le interesaban:

Lo último que hubiera esperado era encontrar aquí a dos personas que tienen tanto que ver, sin ellas saberlo. O tal vez sí que lo saben, pero prefieren aparentar lo contrario. Una me consta que es muy consciente, pero a nadie le gusta hablar de las dolencias sufridas y mucho menos, de las causadas, como es el caso. Y yo estoy ahí, en el medio, soy como el Ojo de Dios que todo lo ve.

Después, Sole hacía unos breves comentarios sobre su creencia en la justicia terrenal, según la cual antes de morir nadie escapa al pago de sus pecados —lo que a Julia le hizo pensar en Elvira y el pago de su factura por las consumiciones—, y continuaba con:

Y además de en este gran motivo de agitación, no puedo dejar de pensar en todas las casualidades que se han confabulado en este viaje: el nombre que por fin he recordado y las adúlteras que tampoco se van a librar de su pena. Yo misma me encargaré de hacer caer a la depravada. Pero, sin lugar a dudas, a la que le ha llegado el momento de pagar es a

Mientras dejaba que la lluvia de agua tibia la empapase de arriba abajo, se dedicó a darle vueltas al escrito. De las primeras frases se infería que dos de las mujeres que ahora viajaban con ella habían estado relacionadas en el pasado y, si hilaba fino, una había perjudicado a otra, posiblemente por alguna enfermedad. En ese sentido la mente de Julia señalaba a Lola como una de las afectadas, ya fuera víctima o verdugo. Había padecido clamidia o alguna afección similar que le había provocado una dolencia ocular de por vida. Al aparecer muerta, se inclinaba a pensar que Lola había sido el verdugo, pero en ese punto no podía estar segura.

Respecto del segundo párrafo dedujo que había al menos dos que Sole consideraba degeneradas, pero una destacaba sobre las demás. Su sentido común le repetía que tenía que tratarse de Elvira. Si a ella misma le habían sorprendido sus preferencias por los hombres jóvenes, qué no habría pensado una beata como Sole. Seguro que le habría parecido una aberración. Además, no podía olvidar el

comportamiento de Elvira desde que Sole había muerto; parecía como si se hubiese liberado de una carga, y no solo por quedarse con las joyas de la difunta con total frescura, sino que también había tenido la desfachatez de beber sin control y cargarlo en cuentas ajenas. De lo que no tenía ni la más remota idea era de cómo Sole tenía pensado encargarse de ella para que purgara sus delitos; como tampoco sabía si Elvira era consciente del castigo que le esperaba.

En cuanto a la otra u otras adúlteras, Cayetana y Lola eran firmes candidatas. La primera había convivido con un hombre casado y la segunda fue madre soltera. Si su hipótesis era correcta, Lola era culpable por partida doble, aunque le faltaban datos y, por tanto, no descartaba a ninguna de sus compañeras como posible culpable de algún otro «delito». Si leía bien el primer párrafo, en ningún sitio ponía que Sole no conociera a las protagonistas; al contrario, ella estaba en el medio y eran las dos mujeres las que podían no reconocerse entre ellas.

Así que seguía faltándole una incógnita de la ecuación. ¿Quién era la mujer que de algún modo estuvo relacionada con Lola en el pasado? Julia se embadurnaba la piel del cuerpo con crema hidratante de forma automática. Su cabeza no cesaba de darle vueltas a ese tema.

Otra cuestión que le quedaba por resolver se centraba en el nombre que, por fin, Sole había recordado. Aunque era posible que ese detalle no estuviera relacionado con el caso.

Sin perder más tiempo, terminó de maquillarse y se vistió con unos vaqueros de tela ligera, una camiseta de punto negra con reflejos de hilo plateado y sandalias, dispuesta a bajar a cenar.

En ese momento recordó que había quedado con Ahmed para dar un paseo por Asuán y se mordisqueó el labio inferior con dudas. Por alguna extraña razón, quizá porque una cuestión era que las cosas salieran rodadas y otra muy distinta, la premeditación, ya no le pareció tan buena idea. Además, estaba Rodrigo.

39

LA MEDICINA

Entre que Matilde e Inés parecían nerviosas y no abrían la boca más que para que les entrase la comida, la cena de las cuatro comensales era lo más parecido a un velatorio. Por no encontrar otra explicación razonable, aparte del cansancio, Julia lo achacó a la presencia de Elvira y a las ausencias de Mario, Cayetana y Lola. Tal vez ese ambiente de funeral fuese lo más idóneo dadas las circunstancias, pero una sensación de tristeza comenzó a apoderarse de ella. Tampoco tenía ganas de hablar y ni siquiera las tonterías que de vez en cuando soltaba el Pez Napoleón le hacían gracia. Se notaba que Elvira se había entonado con alguna copa antes de la cena, quizá para poder enfrentarse a sus compañeras sin sentirse violenta tras el numerito de las facturas.

Si Cayetana se hubiese animado a bajar, Julia habría adoptado una actitud más resuelta, pero había pasado por su camarote y le había dicho que tenía el cuerpo para pocas cenas, algo que además su digestión le agradecería. Por lo demás, prefería quedarse a esperar la llamada de Mario. Al relatarle la jugarreta de Elvira añadió que, si esa desvergonzada tenía algo que decir, no le interesaba en absoluto.

Por eso Julia, sentada a la mesa, se alegró al cruzar su mirada con la de Rodrigo Aguirre. Este pareció captar su apatía y le guiñó un ojo en señal de ánimo a la vez que hacía un gesto para indicarle que más tarde hablarían.

Al tener poco que decirse, las cuatro mujeres acabaron pronto de cenar. Cuando ya estaban con la fruta —todas habían elegido melón, a excepción de Elvira, que no había podido resistirse a los pastelitos —, Ahmed se acercó a su mesa. Llevaba el pelo mojado y una camisa clara que resaltaba sobre su piel morena. El aroma a loción para después del afeitado inundó el espacio.

Con su blanca sonrisa y su característico talante afable, les propuso dar una vuelta en calesa por Asuán. Había que reconocer

que, como guía, siempre atento, paciente y de buen humor, Ahmed no tenía precio.

—Yo te lo agradezco, pero apenas puedo andar —dijo Matilde en tono conformista—. Solo espero que en El Cairo se me pase este dolor de rodillas, que me está matando, y que mi espíritu se ilumine con el sol que inunda este hermoso y enigmático país.

—¿No has encontrado tu medicación? —quiso saber Julia—. Perdona, se me había olvidado preguntarte. Daba por hecho que sí y que aún te dolían las rodillas porque todavía no te había hecho efecto.

—No, no ha aparecido. —La Vidente agachó la cabeza y suspiró. No tenía más que añadir, pero su expresión delataba el dolor que padecía.

Se produjo un silencio, que rompió la voz de Ahmed:

—Ya verás cómo ahora, buscándola con tiempo, la encuentras.

Se hizo de nuevo un silencio. Al ver que Inés no se pronunciaba, Elvira, que hasta entonces temía algún comentario punzante respecto a su persona y al tema del pago de las consumiciones, se puso de pie y se atrevió a intervenir:

—Pues yo sí que quiero ir, pero no sé, siento como si tuviera el estómago revuelto. Me encontraba de maravilla, pero ahora, no sé bien por qué, se me ha puesto mal cuerpo. Habrá sido la cena. *Dejarme* que vaya un momento al camarote a ver si se me pasa y os digo.

Julia se fijó en ella, y lo cierto era que la cara se le estaba poniendo roja como un tomate; es más, juraría que se le estaba hinchando, porque si la hubiese conocido en ese momento, en lugar de llamarla Pez Napoleón, le habría cambiado el nombre por Pez Globo. Pero ya no tuvo tiempo de realizarse más observaciones, pues Elvira se acercó a su oído y le susurró:

—Me voy corriendo al váter.

Tras estas palabras, con prisa y sin sonreír ni mirar en todas direcciones, se encaminó a la salida.

Fue entonces cuando Inés, que había escuchado el comentario, se dignó a hablar:

—Menos mal que esa mujer tan horrible se ha ido ya. ¡Bendito váter! Uff —resopló—. Bueno, a mí me da muchísima pena no ir, pero estoy reventada y me voy a quedar. De paso, ayudaré a Matilde a buscar mejor la medicación. La pobre casi no se puede mover. Creo que tendremos que volver a Egipto en mejor ocasión y verlo todo con más calma.

—Tú no me fallarás, ¿verdad, mi guapa? —Ahmed entrecerró los ojos con picardía para observar a Julia. Sus espesas pestañas se hicieron más patentes. En el fondo estaba encantado de que Inés no pudiera ir.

—Bueno, parece que soy el único cartucho que te queda...

Iba a decir que lo acompañaba, pero Julia no llegó a hacerlo. La voz de Matilde se lo impidió:

—Antes de que os marchéis, tengo algo de lo que informarte, Ahmed. —La astróloga realizó una inhalación profunda. Inés la observó con los ojos muy abiertos y sin dejar de apartarse mechones inexistentes de la cara—. Se trata de mi medicación. Si no he dicho nada antes, es porque estaba esperando el momento oportuno. Elvira es una cotilla.

—No te preocupes —le dijo el egipcio, resolutivo—. Si no la encuentras, buscamos una farmacia y te compras otra. Ya verás que...

—Sí —lo interrumpió Matilde con autoridad—, sí que me preocupo. Después de todo lo que está ocurriendo, es para preocuparse. Veréis, la medicación contiene un veneno que es altamente peligroso. Si alguien la ingiere por error, podría morir.

Julia y Ahmed la observaron con escepticismo. Matilde obvió sus miradas y continuó:

—No pensaba contarlo porque a nadie le importa lo que yo me tome o me deje de tomar. Pero, llegados a este punto, en el cual estoy segura de que alguien me la ha robado, me veo en la obligación de decirlo.

—¿Y por qué no se lo has dicho al inspector? —Julia, que se había puesto de pie, volvió a dejarse caer sobre la silla.

Inés se anticipó a su amiga y fue quien respondió:

—Porque creemos que Matilde ha cometido una ilegalidad y no queremos que vaya a la cárcel, y menos en un país de estos que por menos de nada te cortan la mano o te condenan a muerte. Por eso necesitamos que Ahmed nos asesore.

Ante semejante revelación, el guía también optó por sentarse.

—Pero no será para tanto, ¿no?

Esta vez fue Matilde quien tomó las riendas de la explicación:

—Pues no lo sé. Para mí no es nada del otro mundo, pero quizá ahora sí que lo sea, ya que estoy convencida de que la muerte de Lola no fue accidental. El problema es que compré veneno de escorpión en el valle de los Reyes. Mi taitá Gabino, bueno, mi chamán, me aconsejó que vertiera dos gotas de veneno mezcladas con un antinflamatorio para que los dolores de mi artritis desaparecieran, como así ha sido. —La Vidente hablaba despacio y con aplomo. Al hacerlo público, se estaba quitando un peso de encima—. Ya sé que la mayoría de la gente me tachará de loca por seguir los consejos de un chamán. Pero con los remedios de los médicos no he conseguido nada y, en cambio, el veneno de escorpión me está dando unos resultados formidables. Vosotros mismos lo habéis comprobado. Parece un milagro lo que esa medicina ha hecho con mis dolores. Han desaparecido sin que me aumente la presión arterial y sin engordar.

Ahmed, como síntoma de desesperación, permitió que su cuerpo resbalara unos centímetros sobre la silla. Al igual que Julia, estaba anonadado. Aunque ella no entendía por qué se extrañaba tanto de una señora que se tintaba el pelo de rosa, echaba las cartas y adornaba su cuello con bufandas de lana al amparo de un calor que no se podía resistir.

—Eso es un delito, Matilde. No se puede comprar veneno de escorpión así como así. Hay que tener unos permisos especiales. ¿Cómo conseguiste hacerte con un frasco? —El guía se mostraba sereno a pesar de que lo que le apetecía era gritarle a semejante insensata.

—Por eso no se lo he dicho al inspector, por si había cometido un delito. Comprarlo fue fácil. Le pregunté al dueño del bar, que hablaba español, y él me indicó dónde y a quién debía dirigirme. Me

costó muy caro, pero valió la pena. La salud, ante todo. Ahora sufro por si a la persona que me lo ha robado le da por probarlo. Una cosa son dos gotas y otra muy distinta, el frasco entero.

—Claro, si se toma el frasco entero, ya no lo cuenta. Vamos, que estira la pata. —Inés hizo un gesto de corte a la altura de su cuello al tiempo que sacaba la lengua hacia un lado.

Julia hizo un esfuerzo para no reírse. No podía dejar de pensar que Inés era una experta en sacarle una carcajada a cualquiera en los momentos más insospechados. Esa cualidad la convertía en una persona que le caía bien. Pero enseguida volvió a centrarse en el tema del veneno y recordó el tiempo que estuvieron buscando a Matilde en el valle de los Reyes.

—Por eso tardaste tanto en aparecer cuando nos dijiste que te perdiste admirando tumbas. ¡Madre mía! Ahora también entiendo que estuvieras nerviosa.

—Lo que me interesa saber es qué puede pasarme si se lo cuento al inspector.

Ahmed se rascó la cabeza, pensativo. De todos los trabajos que le habían encomendado en sus años de guía, o que le hubiese comentado algún colega, ese era, con diferencia, el más insólito. Se sintió un ingenuo al habérselas prometido muy felices conduciendo a un grupo de dóciles ancianitas.

Apartó sus reflexiones a un lado y se dispuso a dar su opinión:

—Desde luego, lo que has hecho es ilegal, pero no tengo ni idea de la pena que pueda llevar. Creo que lo mejor es tranquilizarnos y olvidarnos del asunto. Si nadie conocía el contenido, lo más seguro será que el camarero, al limpiar la habitación, lo tirase por error y ahora mismo estará en la basura.

—Bueno, entonces damos el tema por zanjado —pronunció Matilde con gesto quejumbroso. Se estaba levantando y las piernas le flaqueaban por el dolor.

—Por favor, lo único que os pido es que a partir de ahora me informéis de todos los movimientos extraños que se os ocurra hacer —les suplicó Ahmed, cruzándose de brazos. En su fuero interno concluyó que era imposible que sucedieran más imprevistos. Aunque, bien pensado, tal vez, uno más.

***

Elvira entró como un rayo en su camarote, pero antes de pasar al baño se quedó unos segundos recuperando el aliento. Había subido las escaleras tan deprisa que quizá por ese motivo le costaba respirar. Aunque no descartaba que las dos copas que se había tomado antes de cenar también tuvieran algo que ver. El incidente del pago la había puesto muy nerviosa.

Con la espalda pegada a la puerta, se dijo que tenía que reponerse a cualquier precio o la rabia la iba a devorar. Ahmed le debía muchas explicaciones y no estaba dispuesta a consentir que se fuera a pasarlo en grande con «la niñata», que no había parado de hacerle carantoñas al guía desde que comenzaron el crucero.

Recordó cómo en un principio le propuso a Julia que las acompañara a Egipto por la comisión que le reportaría una pasajera más, aunque no podía negar que también le resultó simpática. Lo que no se le habría ocurrido pensar ni por asomo era que se convirtiera en competencia, ya que Julia era una mujer casada. Pero, por si eso fuera poco, le había confesado sus devaneos amorosos con Albertito, algo para lo que no tenía palabras que describiesen su arrepentimiento. Sin embargo, esperaba que, si por una de aquellas se iba de la lengua, nadie la creyera. Ya se había encargado de manchar su reputación de fiel esposa contándoles a Rodrigo y a Ahmed lo buscona que era.

Se consoló pensando que era imposible que a Ahmed le gustara una chica como esa. Por las palabras tan románticas que le había susurrado las dos primeras noches, sabía que él admiraba la experiencia y no la juventud.

Realizó varias inspiraciones para tratar de evitar la opresión que sentía en el pecho y creyó sentirse algo mejor. Era el momento de presentarse victoriosa y deshacerse de Julia. Sería ella quien pasease en calesa con Ahmed.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando sus intestinos se revolvieron para propinarle un fuerte latigazo en forma de retortijón. Con la respiración entrecortada, corrió al baño y se dobló sobre sí

misma. El bolo y los jugos gástricos que moraban en su estómago emergieron a propulsión.

40

UN PASEO EN CALESA

—Bueno, todas nos han abandonado. Parece que tendremos que ir tú y yo solos a dar ese paseo.

La voz de Ahmed sonó apenada, aunque la expresión de sus ojos, brillantes como purpurina, y su semblante risueño señalaban lo contrario. Julia también puso un gesto de decepción al mismo tiempo que sonreía. Las dudas acerca de pasar un rato con él se habían disipado y disfrutar de la vida nocturna de Asuán le pareció un plan excitante. Se imaginaba a la gente comprando especias en el zoco o tomando té en la calle, a esas horas en las que la temperatura era tan agradable, y sintió alivio al pensar en alejarse de la atmósfera asfixiante del barco. Existía la vida normal.

Todavía se encontraban en el restaurante, pero eran los últimos comensales que quedaban. Sin embargo, a Ahmed no pareció importarle el ir y venir de los camareros recogiendo las mesas y preparándolas para el día siguiente, y continuó diciendo:

—Aunque, en realidad, de lo que más ganas tengo es de meterme en la cama contigo y hacer el amor sin parar. Mira cómo se pone mi pene solo de pensarlo. —Ahmed se señaló la entrepierna—. Espera un minuto a que se me baje.

—Pues a mí, lo dices, y me sucede todo lo contrario. Las ganas me caen en picado —le comentó Julia con sinceridad—. ¿No podrías ser un poco menos directo y gráfico?

Ahmed era dulce y encantador, pero tenía la habilidad de deshacer los hechizos románticos para transformarlos en puro sexo.

—¡Pero si es una forma de decirte lo mucho que te deseo! —exclamó él a modo de queja—. Creía que eso os gustaba a las mujeres.

—Pues entonces será que yo soy rara y no me gusta que seas tan explícito. Ya sé que no me vas a jurar amor eterno, pero estaría bien algo de romanticismo. Así que, venga. Nos vamos a Asuán.

Por supuesto que a Julia le gustaba sentirse deseada. De hecho, era uno de los aspectos que le recriminaba a su marido. La falta de contacto físico había dado al traste con su matrimonio. Pero, ya que con Ahmed no había sido sexo desenfrenado, ahora tampoco era cuestión de pasar de un extremo al otro. No era tonta y sabía muy bien lo que había entre ellos. Sin embargo, alguna ñoñería del tipo: «No he podido dejar de pensar en ti desde que te cogí de la mano en el autobús» o «Cómo me gustaría tener más tiempo para estar juntos» le habría resultado bastante más estimulante.

—Ya nos podemos ir. Todo en orden, mi guapa —le dijo Ahmed, enfocando la mirada en su pantalón—. Cuanto antes nos marchemos, antes volveremos.

Julia elevó los hombros. Por mucho que intentara explicárselo, Ahmed no tenía remedio.

Al subir a recepción se toparon con Rodrigo. Estaba sentado en uno de los sillones y al verlos aparecer se puso de pie. Por cómo la miraba y por cómo se dirigió a ella, era evidente que la única que le interesaba era Julia. El guía era un personaje secundario.

Sin ningún disimulo, Rodrigo la observó con admiración. Iba maquillada y su melena, ya casi seca, formaba unas sugerentes ondas doradas.

—¡Por fin! Te estaba esperando para tomar una copa en la terraza, aunque, si lo prefieres, podemos salir por ahí. Pero, en ese caso, tendremos que olvidarnos de los *gin-tonics* .

—No hace falta —le aclaró Ahmed—. Nos vamos a dar un paseo en calesa por la ciudad.

—¿Los dos solos? —El tono que empleó fue de perplejidad. Rodrigo pensaba que Julia era una mujer muy atractiva y estaba convencido de que el guía opinaba lo mismo.

Pero esta vez Julia no dio opción a que Ahmed interviniera. Su intromisión había estado por completo fuera de lugar.

—Está incluido en el viaje y, como todas las demás se han ido a dormir, me voy yo con Ahmed. Pero en una hora estaremos de regreso. —Y añadió con coquetería—: Si me puedes esperar...

—Ningún problema. Hay cosas por las que vale la pena esperar.

Por el rabillo del ojo, Rodrigo echó una mirada rápida a Ahmed. A este no le pasó desapercibida y comentó, no sin cierta ironía:

—No te preocupes por ella. En Egipto no podríamos ir a ningún hotel sin estar casados. Para hacer el amor tendríamos que alquilar un piso, y ya no hay tiempo para eso. Una pena.

—No le hagas ni caso, Rodrigo. Él es así —dijo Julia, quitando importancia al comentario de Ahmed—. Luego nos vemos.

Al salir, ya había un carruaje esperándolos. Pero, antes de subir en él, a Julia le pareció que Ahmed se sentía incómodo. Con la pretensión de fastidiarlo, empleó un tono cándido:

—¿Estás celoso?

—Sí —le respondió mientras la ayudaba a montar—. No me ha gustado cómo te miraba. Se estaba fijando en tus pechos y en tus hombros.

—No seas moro —le replicó Julia entre risas.

—Es que soy moro.

—¿Y es verdad eso que has contado de que no podríamos ir a un hotel?

—Verdad.

Julia sintió un gran alivio, aunque ni ella misma entendía bien por qué, y continuó con animación:

—Lo cierto es que tiene sentido. Si a los musulmanes se os permite tener cuatro esposas, sería mucha cara echar una canita al aire con alguna amante.

Pero por su gesto ausente parecía que Ahmed no la escuchaba. Él todavía se encontraba con los pies en el suelo, junto a la rueda del carruaje, y miraba hacia el barco.

—Espera. Estoy un poco preocupado por Elvira y, si no te importa, quiero pasar a ver cómo está.

En realidad, quería tener unas palabras con ella, pero eso no pensaba confesárselo a Julia. Ella pensó que perder unos minutos no suponía ningún problema y, además, cuando se despidió, Elvira parecía encontrarse mal de verdad. Por eso, a pesar de que el Pez Napoleón no era de su agrado, con un movimiento del brazo le indicó que tenía permiso concedido.

Al quedarse a solas en la calesa, se fijó en su decoración. El asiento, negro, era mullido, pero había algún que otro agujerito por los que sobresalía la espuma que rellenaba el banco. Contrastaba con el interior de la capota, forrado de una tela fucsia con bordados de motivos florales en tonos dorados, un poco ajada por el uso y el paso del tiempo, pero que a ella le trajo a la mente la carroza de Cenicienta. Tal vez porque así era como se sentía, como la Cenicienta que en el baile se olvida de todas sus preocupaciones, pero que al dar las doce tiene que abandonar la fiesta para enfrentarse a su realidad cotidiana. Ella tendría que decirle a Varis que quería el divorcio, así que del bonito color rosa pasaría a un marrón muy oscuro. En realidad, tenía dos marrones, porque después le tocaría comunicárselo a su familia, y ese trago podría ser todavía peor.

El regreso de Ahmed la obligó a alejarse de sus reflexiones.

—Ya está. Todo solucionado. —De un salto, Ahmed se subió a la calesa.

—¿Ya se le ha pasado el malestar? Tenía la cara muy hinchada. Igual es una reacción alérgica a algo que ha comido.

—Sí. Se iba a acostar. —Le dijo unas palabras en árabe al cochero y la calesa se puso en marcha—. Pero no hablemos de ella, prefiero que me cuentes de ti. ¿Estás enamorada de tu marido?

—¡Vaya! ¿No se te ha ocurrido otra pregunta más personal? —Iban al trote por la carretera que discurría junto al puerto. Para no mirarlo a los ojos, Julia se centró en una de las embarcaciones, de la cual procedía una música de ritmos alegres. Por la ropa de la concurrencia, Julia intuyó que se trataba de una boda. También había puestos de comida a lo largo del paseo, pero estas apreciaciones no le hicieron perder el hilo de la conversación—. Bueno, no sé si enamorada es la palabra adecuada.

—Yo creo que no. Creo que has venido a Egipto porque estás harta de él. Si no, habríais venido juntos. Es la única explicación que se me ocurre para entender por qué has viajado con un grupo de ancianas. ¿Tengo razón?

—Hay una cosa en la que te equivocas. Este viaje me ha servido para darme cuenta de que la edad no tiene nada que ver con la

fecha de nacimiento que consta en el pasaporte, sino con cómo se siente uno con el paso de los años. Aunque te cueste creerlo, estas mujeres me están dando una lección de vida muy interesante. Tienen más ganas de hacer cosas que muchas de mis amigas, que solo hablan de niños y siempre están cansadas. Lo único que ha empañado el viaje han sido las muertes de Sole y de Lola.

—Pero todavía no has respondido a mi pregunta sobre tu marido.

—Aciertas en que nos hemos dado unos días para pensar. Yo me he comprometido a no serle infiel y él, a no llamarme continuamente. —Julia no estaba dispuesta a darle más información sobre su matrimonio, así que prosiguió con el otro asunto que le quitaba el sueño—. Aunque, en realidad, he venido para alejarme de mi familia. No entiendo por qué me eligieron a mí si, en realidad, querían un varón de su sangre. Mis padres me han reconocido que quieren más a mi hermano que a mí y por eso lo benefician con la herencia. Y no es el hecho material de la herencia, es lo que significa sentirse desplazada. —Los ojos de Julia se pusieron vidriosos—. Toda mi vida he estado aguantando sus desprecios, porque creía que yo hacía algo mal y tenía que encontrar el modo de repararlo. Pero ya estoy harta de ellos y de buscar una aprobación que nunca llegará.

—Me muero por abrazarte —le susurró Ahmed, acariciándole la mano—. Pero aquí no puedo. Te prometo que luego lo haré y, cuando esté dentro de ti, te haré sentir mucho más de lo que sentiste en el autobús al darnos la mano. Porque, igual que yo, sé que tú también lo sentiste.

Julia no comentó nada. Acababan de llegar a una plaza muy iluminada, abarrotada de gente y de cafés, en la que había más calesas paradas en fila. El cochero fue frenando hasta que el carruaje se quedó inmóvil. Habían llegado al destino.

—Disfrutemos del momento. Estoy loca por respirar el ambiente de Asuán y sentir normalidad. Este lugar me da buenas vibraciones.

Ahmed la sujetó por las axilas y los hombros para ayudarla a bajar y notó que le ardían hasta las entrañas.

—Qué preciosa eres, mi guapa. Haces que me suba todo. Fíjate y verás.

Sus pies ya estaban sobre el asfalto y Julia, tras un suspiro, se apartó un poco de él.

—¿Es necesario que expreses en voz alta cada uno de tus pensamientos o cada una de tus reacciones físicas?

—Sí. Me gusta decirte todo lo que me pasa relacionado contigo. —La cogió de la mano—. Venga, vamos a cruzar.

Unas veces cogidos de la mano, y otras con el brazo de Ahmed rodeándole los hombros, se entretuvieron por el mercado. Había de todo, desde tiendas de bolsos y telas, pasando por platerías, hasta puestos de fruta. Ellos se reían y hablaban de temas intrascendentes. El bullicio y la iluminación brillante del zoco despertaron en Julia un sentimiento de alegría. Era como si, desde un mundo tenebroso y opresivo, hubiera sido teletransportada a un remanso luminoso y claro, donde los obstáculos eran tan insignificantes que se convertían en invisibles.

Cuando dos chicos pasaron junto a ellos cogidos de la mano, Julia quiso saber si aquella actitud estaba admitida en un país con leyes tan estrictas en lo que a moralidad se refería. Ahmed le explicó que era normal que los amigos o familiares del mismo sexo anduvieran cogidos de la mano. Era una señal de cariño, no de homosexualidad.

En un bazar de esencias naturales se compró un par de frascos de aceite de argán. Le habían asegurado que era un magnífico antiarrugas y el precio, comparado con España, era más que asequible. Además, Ahmed la ayudaba con el regateo.

Entre risas y cuchicheos, como si de una pareja más de enamorados se tratase, volvieron a la carroza de Cenicienta, que los esperaba en la plaza.

En cuanto el caballo recorrió unos metros, las luces se atenuaron y las farolas, que a intervalos regulares recorrían la acera, los envolvieron en una acogedora penumbra.

Al resguardo de la capota y zarandeados por el suave vaivén del carro, Ahmed se giró hacia ella y la besó con vehemencia mientras con las manos, que parecían multiplicarse igual que los tentáculos de un pulpo ansioso, recorría el cuerpo de Julia. Por algún desconocido motivo, se sentía segura y protegida en el interior de aquella calesa; el único que podía pillarlos era el cochero, pero no parecía prestarles

atención. Ella no pudo resistirse a aquellos abrazos y, mientras sus lenguas bailaban al son de la pasión, también respondió acariciándolo con efusividad.

Con celeridad, su mano se dirigió a la camisa de Ahmed y sus dedos se colaron por la tela, palpando su fornido pecho. Al moverlos unos centímetros, se toparon con una fina cadena. Sin ser consciente de ello, sus yemas recorrieron los estrechos eslabones hasta que, en la parte más baja, rozaron un objeto que colgaba de la cadena. No era muy grande, pero sí pesado. En la cabeza de Julia se filtró la imagen de algún motivo egipcio o religioso. Con sus labios pegados a los de él continuó tocándolo, hasta que consiguió insertar su dedo anular en un agujero. No podía tratarse más que de un anillo, de base cuadrada. Su subconsciente provocó que el corazón le diera un vuelco.

Sin poder evitarlo, se separó del ardiente beso y agachó la cabeza a la vez que extraía el colgante del interior de la camisa. Lo observó unos instantes con incredulidad. A pesar de las sombras en las que se hallaban, se llevó la mano a la boca para sofocar el lamento que emitieron sus cuerdas vocales.

—¡Es la sortija de Sole! —exclamó con horror. Julia recordaba muy bien el sello de obispo que la enfermera llevaba en el dedo corazón, de reluciente oro macizo y una ancha y rotunda base cuadrada—. ¿Por qué la tienes tú?

Ahmed tragó saliva con lentitud. En realidad, no sabía qué contestar. Por eso fue ella, en tono indignado, quien continuó:

—¿Se la robaste a Sole, una vez muerta? O no, mejor, ¿te la regaló Elvira? Sí, seguro que te la regaló Elvira. —Julia se desplazó sobre el asiento para alejarse lo máximo posible de él—. ¿En pago a qué? ¿O en compensación de qué? Ahora me doy cuenta de que aquella mañana, cuando te vi bajar por las escaleras, salías del dormitorio de Elvira. ¡Estoy harta de tus mentiras, Ahmed! Pero, claro, ¿qué se puede esperar de alguien que se dedica a seducir a todas las turistas que le salen al paso? —Hablaba tan alto y sus palabras escupían tanta ira que el cochero, sin perder el ritmo de conducción, se giró para comprobar que todo iba bien. A Julia le trajo sin cuidado su mirada—. Lo peor es que Inés me advirtió y yo

no le hice caso. Creí que lo que pasó con su hija fue una bonita historia de amor, pero ¿también has tenido una bonita historia de amor con Elvira? Y yo, que por seis años de diferencia me veía un poco mayor para ti. ¡Qué idiota soy! No tenía ni idea de que te fascinaran los cuerpos «escombro», con todos mis respetos para los cuerpos que están para el derribo, que por supuesto tienen derecho a ser felices. A lo mejor vuelvo dentro de treinta o cuarenta años para que tu hijo se acueste conmigo, porque, desde luego, ahora, de mí ya te puedes ir olvidando.

—No..., no es como tú lo dices..., de verdad —balbuceó Ahmed—. Soy un hombre..., y necesito hacer el amor. No sabía que iba a conocerte a ti. Tú me encantas.

Julia se cruzó de brazos e inhaló una bocanada de aire, que fue soltando muy despacio. El ritmo de sus pulsaciones se apaciguó.

—Perdona por todo lo que he dicho. Si estoy enfadada, es conmigo misma. En realidad, no tengo derecho a pedirte...

No pudo terminar. Un ciclomotor destartalado, que circulaba en sentido contrario y emitía un ruido ensordecedor a cacharro viejo, cruzó la calzada. Con un inesperado derrape, se situó al lado de la calesa. Sin parar el motor y con el sonido del tubo de escape resonando en los tímpanos de los presentes, el motorista hizo señas para que frenasen. El cochero tiró de las riendas para que el caballo dejase de trotar.

Julia asomó más la cabeza y distinguió a Mohamed, el recepcionista.

Con el rostro descompuesto y a voz en grito, le dio varias explicaciones a Ahmed, que Julia no pudo entender. Este le dijo algo en árabe al cochero y la calesa comenzó a galopar.

A pesar del incómodo traqueteo y de la tensión instalada entre ellos, Julia quiso saber qué sucedía.

—No lo sé —le respondió el egipcio, frotándose las manos. Estaba empezando a sudar, a pesar de la brisa—. Mohamed no ha querido decírmelo delante del cochero, pero, por lo asustado que está y por la urgencia que me ha metido, tiene que ser muy grave.

41

UNA SORPRESA DESAGRADABLE

En la embarcación todo era silencio. La joyería y la tienda de *souvenirs* ya estaban cerradas, y ni siquiera el recepcionista de turno —que se trataría del propio Mohamed— se encontraba tras el mostrador. El resto del pasaje, en su mayoría de habla no hispana, estarían en su cama, soñando con los angelitos. Sus pisadas contra el pavimento mezcladas con la voz de Mohamed, quien en su idioma y de forma entrecortada daba alguna clase de explicación, componían un eco que aumentaba la sensación de vacío. Julia tuvo la impresión de adentrarse en un navío fantasma.

Ascendieron por la escalera. Por mucha prisa que Julia trataba de darse, no alcanzaba la velocidad de Ahmed. Al poner el pie en la segunda cubierta, el egipcio ya se encontraba frente al camarote de Elvira.

Mohamed y ella corrieron hasta frenar en seco cuando llegaron a su altura. La escena que tenía delante era tan irreal que los ojos de Julia se abrieron más que los de un lémur. Una oscuridad opresiva y tenebrosa se instaló de nuevo en su pecho, y notó un nudo en el estómago.

Como si de un pequeño auditorio a la espera del comienzo de un concierto se tratara, tres de las mujeres que formaban su grupo, a las que se añadían Rodrigo y el camarero de la planta, todos sentados, parecían hacer guardia frente a la puerta de la habitación de Elvira.

Cayetana, con un pañuelo en la mano, se enjugaba las lágrimas y hacía movimientos negativos con la cabeza. Profería palabras ininteligibles de desconsuelo en las que solo se descifraban abrecartas y robo. A pesar de las circunstancias, llevaba otro de sus turbantes y no había olvidado ponerse pendientes llamativos ni maquillarse los labios en tono carmín. Inés, en pijama y pálida como un muerto, miraba hacia el techo como si estuviese ida. Matilde, envuelta por un ancho camisón, daba golpecitos en el suelo con su

bastón inclinando el cuerpo hacia delante y hacia atrás, en un movimiento cadencioso.

Rodrigo fue el único que reaccionó en cuanto los vio aparecer.

—Tenemos que llamar al inspector Said —dijo dirigiéndose a Ahmed—. Los camareros, y también las señoras presentes, han preferido esperar a que tú vinieras.

El guía, con lentitud, asintió varias veces con la cabeza. Parecía estar asimilando la situación.

Julia se quedó conmocionada ante semejante panorama.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Elvira está muerta, pero es mejor que no entres, Julia. No es nada agradable —le advirtió Rodrigo, interponiéndose entre ella y la puerta—. Mira el efecto que ha causado en tus amigas. Yo acompañaré a Ahmed.

—Agradezco el consejo, pero pienso entrar.

Julia estaba tan decidida que Rodrigo se movió a un lado para cederle el paso.

—Como quieras, pero yo iré delante. —Cogió una servilleta del carrito y se la tendió—. Toma, también me lo volverás a agradecer.

El primero en cruzar el umbral fue Rodrigo. Acababa de empujar la puerta y un intenso hedor a putrefacción e inmundicia inundó la nariz de Julia. Con rapidez, se colocó la servilleta en la cara para aplacar el nauseabundo olor. Ahmed intentó cogerle la mano que le quedaba libre para entrar juntos, pero ella lo apartó sin miramientos. A pesar de que se adentraron muy pegados, la rabia contenida que Julia sentía hacia Ahmed todavía estaba presente en sus entrañas y no pensaba hacerle ninguna concesión.

No tuvieron que andar mucho. Al dar tres pasos, se situaron frente a la puerta del baño. Estaba abierta y el espectáculo era desolador. Julia tuvo que morder la servilleta para que no notaran que los dientes le castañeaban.

Ninguno de los tres se atrevió a subir el escalón que daba acceso al baño, tampoco hacía falta. Desde el lugar que ocupaban se observaba todo el escenario; la puerta solo tapaba la bañera.

La tapa del inodoro estaba abierta y en su interior resaltaba un fluido espeso, anaranjado y grumoso, salpicado de manchurrones

marrones. El suelo también estaba embadurnado con la misma mezcla pringosa y pestilente. La diferencia era que allí, sobre el pavimento, junto al inodoro y bocabajo, flotando en el centro de aquel mar de sustancias viscosas, yacía el cuerpo de Elvira. Con el puño apretaba parte del collar de perlas que perteneció a Sole. El resto de las cuentas se encontraban dispersas por la superficie del piso.

Aparte de un reguero parduzco pegado a su pierna, que por el color solo podían ser residuos líquidos de excrementos, llamaba la atención el abrecartas con empuñadura de plata y piedras de colores clavado a la altura de los omoplatos. Un charco de sangre coagulada, de reducidas dimensiones, manchaba la tela azul de su vestido y parte del suelo.

Si a Julia le hubiesen pedido su opinión, habría respondido que Elvira, en medio de un ataque agudo de vómitos y diarrea, había intentado llegar al inodoro. Se le hizo tarde y puso el baño perdido, pero al final alcanzó su objetivo y se inclinó sobre el sanitario para vomitar. En ese momento alguien le clavó la daga, la misma que Cayetana se empeñó en comprar en Edfú. Antes de morir, Elvira tuvo tiempo de echarse hacia atrás y caer sobre el suelo.

Se fijó en las pisadas que procedían del baño, continuaban por la moqueta, donde ellos se encontraban, y llegaban hasta el pasillo. Pero estaban desvaídas, y el movimiento circular visible en algunos tramos delataba que alguien había intentado frotar las huellas para hacerlas desaparecer.

Las piernas le flaqueaban y el tufillo reinante provocó que Julia se marease. Trató de mantener el tipo, pero, cuando tuvo que apretarse la servilleta contra la boca para contener la arcada que le subía por la garganta, decidió salir de allí y sentarse en la silla que había estado ocupada por Rodrigo. Los otros dos salieron enseguida. Ahmed se quedó apoyado en la pared y Rodrigo se agachó junto a Julia.

Al verla tan pálida, el camarero le ofreció un botellín de agua. Ella, agradecida, lo cogió y comenzó a desenroscar el tapón. Pero entonces, a pesar de la nebulosa que envolvía su cerebro y que le impedía pensar con claridad, sintió un miedo aterrador. No se había

dado cuenta de si la botella ya estaba abierta o cerrada, pero el hecho de que pudiera estar envenenada, porque no debía fiarse de nadie, originó que las manos le temblasen.

Con la botella tiritando entre sus manos, la dejó en el suelo y, con descaro, se levantó para coger otra al azar, de entre las que había en el estante inferior del carrito. A ninguno de los presentes le pasó desapercibida la acción, pero todos parecían igual de asustados que ella y nadie hizo cometarios. Al contrario, les pareció una gran idea.

Antes de dar un largo trago, Julia comprobó que el tapón estuviera intacto. Después de tragar el agua y respirar, se dirigió a Ahmed con resolución:

—Llama al inspector Said, que venga cuanto antes.

Mientras el resto permanecían en silencio, Ahmed y Mohamed se encaminaron a recepción para realizar la llamada desde allí.

En cuanto el eco de sus pisadas se perdió por los escalones, habló en voz alta, sin mirar a nadie en particular:

—Tendré que enseñarle el diario de Sole al inspector. No sé si será relevante, pero esto ha llegado demasiado lejos.

Estaba con los nervios de punta y sus pies la llevaron a la barandilla de acceso a la escalera, donde suspiró antes de permitir que su cuerpo resbalase hasta quedar sentada sobre el suelo, con la espalda pegada a los barrotes de metal. Rodrigo la había seguido y se colocó a su lado.

—¿Qué es eso del diario? —A pesar del aire acondicionado, en la camisa de Rodrigo, a la altura de las axilas, se apreciaban sendos rodales de sudor.

Con una breve explicación, Julia lo puso al día de las líneas que Sole había escrito antes de morir.

Rodrigo la observó con el ceño fruncido. La preocupación le había dibujado finas arrugas en la frente.

—En ese caso, yo también me veo obligado a informar al inspector de las personas que vi aquella noche, ¿no te parece? Al tratarse de la muerte accidental de Lola, no le di importancia. Pero ahora, como tú dices, las cosas han cambiado. No hay duda de que Elvira ha sido asesinada y es más que probable que todas las muertes estén relacionadas. ¿Tú qué opinas?

Julia no tuvo oportunidad de responderle. Ahmed parecía un caballo desbocado trepando por las escaleras y llegó hasta ellos con las manos apretadas contra la parte anterior del costado; le faltaba el aliento.

De forma entrecortada, con su peculiar acento árabe, les expuso las conclusiones de su llamada:

—He hablado con la policía. Van a tratar de localizar al inspector Said, no saben dónde está y a estas horas no tienen casi personal. De todas formas, hasta que venga algún responsable, enviaran a dos agentes para que nadie pueda entrar o salir. Hasta ese momento, me hacen responsable de que nadie abandone el barco.

—Pues mientras esperamos —Julia echó la cabeza hacia atrás—, ¿por qué no me cuenta alguien qué ha ocurrido?

—Yo me he enterado por casualidad —intervino Rodrigo—. Estaba en la terraza y he bajado un momento para ver si ya habías llegado. Entonces, al llegar a esta planta, me he encontrado con el panorama que acabas de ver. Les he preguntado a tus amigas y, por lo que he llegado a entender, ya que con el camarero ha sido imposible, este ha despertado a Cayetana al encontrar el cuerpo de Elvira. A continuación, ha sido ella quien ha levantado de la cama a Matilde y a Inés. Y también han avisado al recepcionista. Lo demás ya lo sabes.

—¿Y por qué habrá entrado el camarero en el camarote de Elvira? —preguntó Julia, arrugando la nariz—. Si cuando nos hemos ido, Elvira se encontraba bien... ¿no es así, Ahmed? Pregúntale al chico. Algo tiene que haber pasado para que haya entrado así como así.

Pero Ahmed no contestó. Estaba demasiado ocupado mirando al infinito y tragando saliva.

—Ahmed, ha sido así, ¿verdad? —le insistió Julia—, ¿verdad? ¡Ahmed, di algo! —gritó.

42

MUCHO CUIDADO

El alarido de Julia provocó que Ahmed bajara de la nube.

—Yo... Bueno, es que hay otra cosa que no os he dicho...

—Estupendo, pero primero nos cuentas por qué al camarero se le ocurrió entrar en la habitación.

De carrerilla, recitó:

—Entró porque yo le pedí que se pasara a verla al cabo de una hora. Dice que llamó antes unas cuantas veces, pero, al no contestarle y ver un reflejo de luz por debajo de la puerta, decidió abrir con su llave para comprobar que todo estaba bien.

Julia entrecerró los ojos con suspicacia. Algo le chirriaba.

—Pero si tú hablaste con ella y estaba bien, ¿para qué le pediste al camarero que se pasase a verla?

Se produjo un silencio incómodo, interrumpido por la llegada de Mohamed. Al verlo, el mozo, que estaba sentado junto al carrito y las tres mujeres, corrió a su encuentro. A pesar de no entender nada, ninguno quería perderse detalle.

Ahmed se decidió a continuar en tono dubitativo:

—En realidad, no llegué a entrar ni llegué a hablar con ella.

Después de tantas mentiras, Julia ya no se tragaba la versión del egipcio. Por eso, antes de entrar en otra cuestión, decidió terminar con el asunto:

—¿Por qué me mentiste y me dijiste que se encontraba bien? Y otra cosa: ¿en realidad, te interesaba la salud de Elvira?

—Vale —Ahmed se armó de valor—, no me interesaba su salud. Solo quería decirle que me dejara en paz y no me acosara más, que lo que pasó entre nosotros no tuvo importancia para mí... y que no te contara nada. —Con la mano en el corazón, continuó—: Pero llamé varias veces a su puerta y no me respondió. Por eso le pedí al camarero que se pasara a verla.

Rodrigo intervino de forma inesperada.

—Sí, la primera noche surgieron muchos «imprevistos» —señaló, poniendo énfasis en la última palabra—. Lo que no entiendo es, dada tu profesionalidad, cómo se te ocurrió meterte entre las sábanas de una clienta, y dos veces. —Lo dijo en un tono sutil, pero a ninguno de los dos le pasó desapercibida la mordacidad que encerraba el comentario. Ahmed prefirió tragarse su rabia y no seguirle el juego.

—O sea, que tú lo sabías —le recriminó Julia a Rodrigo, un poco enojada—. Parece que te enteras de todo, menos de lo que te tendrías que enterar. ¡Qué casualidad!

—Es que ese asunto no era de mi incumbencia, y no creí necesario comentártelo... Como tampoco me pareció relevante la relación entre Lola y el recepcionista... Lo siento si me equivoqué. Ahora tendré que contárselo al inspector.

—Bien. Lo entiendo, no tenías por qué darme explicaciones de lo que hacían otros pasajeros. Es que estoy muy nerviosa, y ahora mismo la vida sexual de algunas personas no es lo prioritario. —Julia se pasó la mano por el pelo y se encaró con Ahmed—: Ahora ya nos puedes decir eso que no nos has contado.

El guía movió los hombros hacia atrás con la intención de relajarse.

—Está bien. El policía que ha atendido mi llamada me ha dicho de forma... íntima —dudó al no estar seguro de que esa fuera la palabra adecuada— que tengamos cuidado con los escorpiones porque en la autopsia de Lola han encontrado veneno de escorpión.

De la garganta de Julia salió un grito seco y Rodrigo se limitó a abrir mucho los ojos.

—Veneno de escorpión... —repitió Julia deletreando las sílabas. Ahora, al nerviosismo por el asesinato de Elvira, tenía que añadir la desconfianza que le generaban todos sus compañeros de viaje.

Pero no pudo pensar más al ver aparecer a las tres mujeres por el pasillo. Su grito las había alertado y querían enterarse de lo sucedido. La Vidente cojeaba y se apoyaba en su bastón, escoltada por la Pantera Rosa. Cayetana, que seguía frotándose el pañuelo por la nariz y que tampoco estaba dispuesta a quedarse sola, las seguía

a escasa distancia. A Julia le salió un gesto de disgusto al pensar en cómo se lo iban a tomar al enterarse del asunto del veneno.

Al llegar, las tres se quedaron de pie junto a Ahmed.

—¿Por qué has chillado? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó Matilde con aparente calma.

—Habría preferido que estuvierais sentadas antes de daros la noticia, pero, como no hay sillas, os prevengo para que cojáis aire. Allá voy. —Julia hizo una pausa. También necesitaba respirar—. La autopsia de Lola determina que hay veneno de escorpión en su cuerpo.

Matilde hizo un quiebro con la pierna y casi perdió el equilibrio, pero, gracias al bastón, que con un movimiento rápido cambió de posición, logró mantenerse en la vertical. Inés dejó que su cuerpo tocara suelo hasta quedar sentada como un indio, mientras que Mohamed sujetaba a Cayetana para que no se viniera abajo.

Julia les dio tiempo para que digiriesen la noticia, pero, como tampoco quería que se le escaparan ciertos detalles que tenía en mente, se dirigió a Ahmed en un tono neutro:

—Le podías preguntar al camarero si ha sido él quien se ha dedicado a limpiar las huellas que había en la moqueta del camarote y en el suelo del pasillo.

El guía se dirigió al chico en árabe y enseguida tradujo sus palabras:

—Dice que sí, que cuando la vio en el suelo del baño se acercó a tocarla. Al ver que estaba muerta salió corriendo y lo manchó todo con los zapatos. Por si lo despedían, intentó limpiarlo. Lo que asegura es que no tocó la daga.

—Y lo que yo aseguro es que ha borrado cualquier huella que el asesino haya podido dejar —concluyó Rodrigo.

—Eso parece —apuntó Julia—. En mi opinión, deberíamos permanecer juntos hasta que aparezcan los agentes. Después, que cada uno se meta en su camarote y se cierre con llave hasta que venga el inspector o algún tipo de refuerzo. Lo que está claro es que en el barco hay un asesino en serie. —Como si le acabara de llegar la inspiración, con toda la candidez de que fue capaz, soltó—: Ah, y

alguien va a tener que explicar qué hacía en el camarote de Sole la noche de su muerte.

Enseguida se arrepintió de haber pronunciado aquella advertencia. Si alguna de sus compañeras estaba implicada en las muertes, podría actuar contra ella. Como no se atrevió a fijar la mirada en nadie en concreto, solo pudo ver de refilón la cara de pasmada que se le quedaba a Inés. Para no echar más leña al fuego, decidió mantenerse callada y guardarse para sí las ideas que, como cuervos de mal agüero, graznaban en el interior de su mente. Al pensar en cómo su grupo se iba reduciendo cada día, recordó la novela *Diez Negritos* , donde los personajes morían uno a uno. No tenía nada que ver con el libro, pero, de manera espontánea, concluyó que aquellas mujeres que habían emprendido el viaje con ella podían estar ajusticiándose unas a otras; sin excluir la firme sospecha sobre la existencia de un asesino, o asesina, en serie. De repente, volvió a pensarlo: ¿sería posible que se estuvieran matando unos a otros u otras a unas?

Tenía que concentrarse, pero el miedo le bloqueaba el cerebro y la presencia frente a ella de los personajes que configuraban la trama no ayudaba a calmarla; más bien, al contrario, solo conseguían que la intranquilidad que la invadía fuese en aumento. ¿Y si ella era la siguiente? En teoría, nadie tenía nada en su contra, pero a lo mejor el asesino era un loco o loca sin ninguna motivación. Aunque igual el motivo se lo acababa de servir en bandeja al ser una bocazas y soltar aquella estúpida amenaza. Nadie podía notarlo, pero hasta sus pensamientos temblaban igual que un flan.

Como a una diva le estaba prohibido sonarse en público para quitarse los mocos, Cayetana se dio unos toques por debajo de la nariz y, entre lágrimas, preguntó:

—¿Por qué no nos dividimos de dos en dos? Tengo miedo y no quiero estar sola.

Julia se dio por aludida y comprendió que quería ser su pareja, pero, para no ser maleducada, optó por la vía diplomática. Y no es que no confiara en Cayetana —en realidad, era la única de quien no recelaba—, simplemente prefería estar sola.

—No sufras, Cayetana. Lo más probable es que el inspector aparezca de un momento a otro y no hará falta que nos atrincheremos en los camarotes. Como mucho, será un ratito. Pero, por si acaso, mejor coger ahora el agua embotellada del carrito y alguna galleta o algo que esté empaquetado.

En cuanto acabó de decir eso aparecieron por recepción dos policías uniformados, cargados con sendos fusiles. El sonido de sus botas retumbó en los peldaños al ascender por la escalera. Antes de llegar ya se pusieron a proferir palabras en su lengua, lo que resultaba incomprensible para la mayoría. Ahmed se hizo cargo de la situación.

Los acompañó al camarote en el que se encontraba el cadáver y, tras unos minutos de inspección, volvieron para que el guía les transmitiera las órdenes. Eran las mismas que ya sabían: tenían que aguardar en sus camarotes y, hasta la llegada del inspector, nadie podría salir del barco. Ellos harían guardia en la puerta de acceso a la nave.

Antes de despedirse, como si Julia tuviese un imán, todos sus compañeros quisieron darle algún tipo de explicación, pero los policías tenían prisa por que se dispersaran y, en su idioma y con cara de pocos amigos, no les dieron tiempo a explayarse. Lo único que alcanzó a escuchar fue el comentario que Rodrigo le susurró al oído:

—Qué bien te has manejado con la situación. Me gustas mucho, Julia.

43

VISITAS A MEDIANOCHE

Al entrar en su camarote, Julia tuvo la sensación de estar introduciéndose en un iglú. El vello de sus brazos reaccionó ante el frío y los pelillos se tensaron como alfileres. Al parecer se había dejado el aire acondicionado encendido. Antes de apagarlo, dejó las botellas de agua que había tenido la precaución de coger sobre la mesilla y se puso una chaqueta.

Enseguida se acercó al escritorio y, por suerte, confirmó que en el cajón había un fino cuadernillo y un bolígrafo. Eso la ayudaría a poner en orden sus ideas. Tenía que dar vueltas a los asuntos del veneno y de la daga; en los dos casos habían sido robados, la diferencia era que el abrecartas de Cayetana era un objeto evidente y quitárselo era una tarea fácil. El tema del veneno era más complicado. ¿Quién podía saber que Matilde lo había comprado?

La inquietud le hizo mordisquear la parte superior del bolígrafo. Para serenarse, dio un trago de la botella de agua, que previamente había comprobado que estuviera bien cerrada, y a continuación escribió: «VENENO??».

Estaba pensando en quién más, aparte de Matilde e Inés, podría conocer la existencia del veneno cuando la sobresaltaron unos suaves golpes en la puerta. Soltó el bolígrafo en una reacción de pánico al mismo tiempo que su corazón comenzaba a galopar.

Decidió no responder y, con el mismo terror que si se estuviera frente a un fantasma, miró hacia la puerta. Dio un pequeño bote sobre la silla cuando los golpes se repitieron, esta vez con mayor intensidad.

Con todo el cuerpo en tensión, se descalzó y fue de puntillas hasta la puerta. Sin hacer ruido, pegó la oreja. Entonces escuchó una voz que susurraba: «Julia, abre, soy yo. Tenemos que hablar», seguida de otra tanda de suaves golpes. Al reconocer el acento árabe de Ahmed, sus músculos se relajaron.

Iba a quitar el cerrojo cuando la alarma de su cerebro comenzó a pitar. Antes de emprender el trayecto en calesa, Ahmed había ido en busca de Elvira. ¿Y si todo lo que le había contado era mentira? Desde luego, tuvo tiempo de matarla. Ella lo acosaba y él quería quitársela de encima como fuera, para que la propia Julia no se enterase de la relación que habían mantenido; ahí estaba el motivo. Y, en cuanto al veneno, ¿no fue él quien localizó a Matilde a bastante distancia del punto de encuentro en el valle de los Reyes? Había muchas probabilidades de que supiera de la adquisición que había realizado la Vidente.

La luz roja que seguía encendida en el interior de su cabeza le recordó que debía tomar precauciones si quería seguir viva. Estaba convencida de que Elvira había muerto por ser demasiado confiada. Su camarote no había sido forzado. Además, si Ahmed pretendía arreglar las cosas entre ellos, ese no era el momento. Lo último que se le pasaba por la cabeza era acostarse con él.

Decidió comunicarse a través de la puerta:

—¿Qué pasa, Ahmed?

—Quiero que hablemos. No podemos dejar las cosas así. Lo que pasó con Elvira fue un error. Déjame que te lo explique, por favor —le suplicó entre murmullos.

—No estoy enfadada, si eso es lo que te preocupa. Pero ahora no es buen momento; el inspector estará a punto de llegar y tú te estás jugando el tipo si los policías te pillan por el barco. Te prometo que mañana lo aclararemos todo.

—¿Me lo prometes? —Su voz sonaba a lamento.

—Te lo prometo.

No escuchó nada más, por lo que Julia dio por concluida la conversación. Respiró con alivio y fue a desplomarse sobre el colchón. No necesitaba estar sentada para pensar. Aunque quizá lo mejor sería no pensar en nada durante unos minutos. Sin embargo, no fue posible.

Otra serie de golpes, mucho más enérgicos y secos que la vez anterior, le impidió que su mente quedara en blanco.

Con más decisión se encaminó a la puerta:

—¿Quién es? —preguntó sin abrir.

—Soy Matilde. Quiero hablar contigo. Tengo que decirte algo sobre el nombre que Sole recordó. Fui a verla la noche de su muerte porque hace años coincidí con ella cuando me diagnosticaron la artritis. Quería refrescarle la memoria y darle las gracias de nuevo por lo bien que se portó conmigo.

En un instante Julia concluyó que los golpes sonaban diferentes porque habían sido dados con el bastón. Sin embargo, no tenía intención de dejarla entrar. Si ahora le confirmaba que había visitado a Sole la noche de su muerte, era porque ella misma le había dejado caer que lo sabía. Además, la astróloga acababa de admitir que había conocido a Sole en el pasado, y eso la convertía en firme candidata a ser una de las mujeres que la enfermera reconoció el primer día. En ese caso, también podría ser la asesina de Lola, se dijo Julia en una rápida reflexión. Y, por último, no podía dejar de lado que había sido Matilde quien había conseguido hacerse con el veneno de escorpión.

Iba a quedar de maleducada, pero en esas circunstancias le traía sin cuidado y no le iba a dar ninguna oportunidad.

—Perdona, pero estoy hecha un manojo de nervios, a la vez que muy cansada, y no tengo ganas de palique. Cuando venga el inspector o mañana, podremos hablar. Buenas noches, Matilde, espero que se te pase el dolor.

La Vidente no le respondió y Julia concluyó que estaría con un cabreo del quince, pero no tenía ganas de cavilar sobre el enfado de Matilde y se dejó caer en la cama, bocabajo. Además de inquietud y opresión en el pecho, sentía el peso de cientos de losas sobre la espalda y la cabeza.

No habrían pasado más de cinco minutos cuando volvieron a llamar a la puerta. Julia, desconcertada, estiró los brazos para incorporarse. No entendía qué especie de gancho podía tener ella para que todos quisieran hacerle confidencias a esas horas de la noche, y en semejante coyuntura. Aunque cabía la posibilidad de que el inspector Said ya hubiese llegado y solo quisieran avisarla. Pero no fue así.

No se movió de donde estaba —se estaba acostumbrando al desfile de personajes, por lo que sus nervios apenas se alteraron— y

elevó la voz para preguntar por la identidad de quien llamaba. A pesar de que comenzaba a sentir calor, la respuesta la dejó helada:

—Soy Rodrigo.

«¿Y qué querrá Rodrigo ahora? —se preguntó—. Rodrigo, el ave nocturna que todo lo ve. ¿Dónde estaba mientras Matilde se hacía con el veneno de escorpión?». En el valle de los Reyes, eso lo recordaba muy bien, y no le habría resultado difícil ver lo que hacía la Vidente. De repente, recordó una apreciación que él le hizo al hablar sobre Matilde: «Una excéntrica de pelo rosa que trapichea con los moros». El comentario demostraba que Rodrigo lo sabía. Desconocía sus motivos para los asesinatos, pero podría tenerlos.

—Rodrigo —dijo, acercándose a la puerta—, me pillas que iba a entrar en la ducha. Quiero estar preparada y fresca para cuando venga el inspector.

—No pasa nada. Solo quería ver cómo estabas y decirte que estés tranquila... No quiero que pienses que soy un caradura por lo que voy a decirte, porque sé mejor que tú que estoy casado, pero no puedo remediar sentirme atraído por ti. Me gustas, Julia..., mucho. Y nunca haría nada que pudiera perjudicarte.

Era un tipo enigmático y atractivo, que, si lo analizaba bien, se había metido donde no lo habían llamado. Debía andarse con cuidado con él.

—Gracias por tus palabras. Tú a mí también me gustas, Rodrigo —le dijo como despedida.

Hizo todo el ruido que pudo al introducirse en el baño y abrió la ducha. Tenía que disimular por si todavía no se había marchado. Salió con tiento y, con el eco del agua chocando contra la cerámica como música de fondo, se sentó encogida y se apoyó en la pared que enfrentaba con el armario. El espejo que hacía de puerta le devolvió su imagen. En aquella postura, parecía un pollito perdido en el monte.

Fue entonces cuando su corazón se puso a palpitar a mil por hora. Agradeció estar ya en el suelo porque de otro modo se habría caído, presa del pánico. El picaporte se movía hacia arriba y hacia abajo. Alguien estaba intentando entrar... por la fuerza.

Lo único que pudo pensar era que se alegraba de que la ducha estuviera abierta, así el intruso no podría escuchar el ritmo de sus pulsaciones ni el castañeo de sus dientes. El sonido metálico retumbaba como un tambor dentro de su cabeza, pero no podía hacer nada; el miedo la tenía paralizada.

La vista se le nubló cuando notó que el asaltante introducía algo en la cerradura con la intención de forzarla. Se llevó las manos a los ojos para frotárselos. Ahí se dio cuenta de que estaba llorando, pero esas mismas lágrimas le devolvieron el valor y la cordura.

Si el agresor conseguía forzar la puerta, también tendría que hacerlo con el pestillo, y eso le iba a costar un poco más si no traía unos alicates. Además, estaba al lado del pasillo y tendría tiempo de salir y gritar con toda la fuerza que le permitieran sus pulmones. Otros pasajeros la oirían.

Pero, de repente, el picaporte dejó de moverse y se hizo un silencio que le resultó más atronador y potente que los chasquidos metálicos de la cerradura al ser manipulada. Aunque enseguida la paz fue sustituida por tres puñetazos propinados sobre la puerta, que, por mucho que la alarmaron, no consiguieron que Julia se moviese. Tenía claro que ante todo debía permanecer junto a la salida.

En ese momento sonó el teléfono y, de forma providencial, los golpes cesaron. Sin embargo, continuó quieta; ni siquiera arañó la moqueta, donde tenía clavadas las uñas, y tuvo la impresión de que hasta dejaba de respirar. En ese instante, con el sonsonete del agua de la ducha y los timbrazos de teléfono, se fijó en algo que reptaba a través de la rendija del borde inferior de la puerta para colarse en el interior.

A partir de ahí ya no se produjo ninguna actividad en el picaporte y el teléfono dejó de sonar. Para asegurarse de que nada se alteraba, contó treinta segundos con la mente y alargó la mano para hacerse con la fotografía que yacía sobre la alfombra.

El teléfono volvió a sonar. Todavía no se había repuesto de la angustia sufrida y, un poco mareada, llegó hasta la cama y se sentó, dispuesta a contestar. Al mismo tiempo que se armaba de valor para descolgar el teléfono, ya que desconocía la identidad del interlocutor

y sus intenciones, sus ojos se entrecerraron para examinar la imagen. No era la primera vez que veía esa foto.

44

ME ESTÁS MINTIENDO

A pesar de que era imposible que la agrediesen físicamente por vía telefónica, Julia se hizo con el auricular con mano temblorosa. No sabía distinguir si la agitación de su cuerpo se debía al susto por el intento de intromisión en su camarote, quizá para atentar contra su vida, o al contenido de la fotografía. Sin embargo, lo pensó mejor y llegó a la conclusión de que quizá la persona que había intentado entrar en su camarote solo pretendía mostrarle la fotografía. Aunque era innegable que había empleado una manera muy poco ortodoxa. Ni siquiera llegó a pronunciar una palabra de interrogación. La persona que se encontraba al otro lado de la línea tenía ganas de hablar, ya que sus palabras salieron en tropel, con la misma intensidad que cae una tromba de agua al abrirse las compuertas de un embalse:

—Julia, ¿estás ahí? Intento conciliar el sueño, pero no lo consigo. No me quiero tomar las pastillas porque si viene el inspector no me van a poder despertar. ¡Estoy desesperada! ¿Qué puedo hacer?

Debía ser cierto, porque su voz transmitía impaciencia.

—No sé, Cayetana. —Julia, incrédula, le echó otro vistazo a la foto. Notaba gotas de sudor recorriéndole la espalda y pensó que tendría que enchufar de nuevo el aire acondicionado. En tono hastiado, le soltó—: Cuenta ovejas... O mejor, piensa en Mario.

—Ay, sí, Mario. Me llamó antes, qué hombre tan extraordinario. Pero eso fue antes de... antes. Bueno, tú ya me entiendes, que no sabe nada de lo de Elvira. ¡Qué horror! Estoy muerta de miedo. ¿Por qué no vienes un rato y me haces un poco de compañía? Me siento tan mal. ¿Tú no te sientes mal? Ay, no, quizá tú estás viviendo tu historia de amor con Ahmed y no eres tan consciente como yo de lo que significan todas estas muertes.

—Oye, ¿por qué no piensas en François? Desde que empezó el viaje, ya no te has vuelto a acordar de él... ¿O sí?

—La verdad es que tienes razón. Ya no me he vuelto a acordar de François para nada. Ha sido una liberación.

Julia se quedó callada unos segundos y concluyó que, además de ser una mujer acostumbrada a que se cumpliera su voluntad y poseer un egoísmo ilimitado, la Diva era una mentirosa compulsiva.

Y tenía la certeza porque la verdad la tenía enfrente de sus narices. Se trataba de la fotografía donde aparecía la familia de Inés, con su marido, sus hijos, su nuera y sus nietos. Solo que ahora, sobre el esposo en silla de ruedas, había un gran círculo rojo, y dentro de él, unas palabras en mayúsculas: François.

La primera vez que vio la imagen no se fijó, pero, para que no le pasara desapercibido y por si no le había quedado claro, en segundo plano aparecía otro círculo rojo enmarcando la portada de un disco en la que figuraba el rostro de Cayetana. Si no se equivocaba al interpretar el mensaje, eso significaba que François, su gran amor, con el que había mantenido una relación clandestina durante años, era el marido de Inés.

Si Cayetana no hubiera estado junto a ella cuando Ahmed, con la foto en la mano, les explicó por qué Inés le tenía tanta aversión, podría haberla creído, pero, dado que sí había estado, en algún momento tenía que haber pensado en él. Ahora entendía el malestar repentino que le entró en el camarote de Ahmed.

A Julia le resbalaron unas lágrimas por las mejillas, que se apartó de un manotazo. Hasta ese momento, la única en quien confiaba era en ella. Sin embargo, las cosas acababan de cambiar. Para su desgracia, tampoco se fiaba de ella. ¿Qué hacía su abrecartas clavado en la espalda de Elvira? Aquel rompecabezas la iba a trastornar.

—Entonces, ¿no vas a venir a verme? —le insistió Cayetana—. ¡Cuánto echo de menos a Sole!

Al nombrarla, Julia recordó el diario de la difunta. Sole había descubierto un nombre y ahora ella se daba cuenta de que el verdadero apellido de Cayetana era García; no Iranzo. Eso fue lo que dijo Mario Montenegro al saludarla, apreciación que la Diva corroboró. ¿Se referiría Sole a ese detalle? Si era así, Cayetana escondía algún que otro secreto más.

—No, Cayetana —le respondió con determinación—. Estoy agotada y es mejor que me quede a descansar.

—¿Y no lo podrías hacer por mí? Por favor. —Cayetana no estaba acostumbrada a recibir un no por respuesta y estaba empleando toda su artillería de seducción para salirse con la suya.

Una oleada de irritación recorrió el vientre de Julia hasta subirle a las mejillas. Pero, en lugar de chillarle, eligió una vía más hipócrita:

—Te he mentido, Cayetana. La verdad es que no puedo ir porque Inés me ha llamado llorando. Me ha pedido que no se lo diga a nadie, pero, por ser tú, te lo voy a contar. Se trata de algo relacionado con su marido y otra mujer. No sé. Estaba muy nerviosa y no la he entendido bien.

A través del teléfono, Julia escuchó un gemido ahogado. No la podía ver, pero se la imaginaba llevándose la mano al escote con estupor.

—¿Te pasa algo, Cayetana?

—No, nada... Creo que tienes razón. Lo mejor será descansar... —Titubeó—. Y ya me contarás qué te dice...

Sin más, Cayetana colgó. Julia hizo lo mismo y se dejó caer de espaldas sobre la cama. O mucho cambiaban las cosas, y conseguía más información, o le iba a resultar imposible colocar todas las piezas del puzle en su sitio. Lo único que tenía claro era que, en cuanto apareciese el inspector Said, le iba a entregar el diario. El problema radicaba en que estaba tardando demasiado. Con impaciencia, miró el reloj de su muñeca para comprobar que eran las dos de la madrugada y todavía no había hecho acto de presencia. ¿Cuánto más tendrían que esperar? Estaba loca por salir de aquel barco.

Todavía se estaba cuestionando la tardanza del policía cuando volvió a escuchar unos golpes en su puerta.

Julia irguió la espalda sin dar crédito. Concluyó que sería Cayetana. Nerviosa y presa del pánico, no se le había ocurrido nada mejor que presentarse ante ella.

—¿Sí? —pronunció con hastío mientras se acercaba a la puerta.

—Julia, soy Inés. ¿Podemos charlar?

Julia no salía de su perplejidad. Pero ¿qué le estaba pasando a todo el mundo? ¿No habían encontrado a nadie más a quien darle la tabarra? Con tanto desfile de gente por el pasillo, solo faltaba una orquesta.

Aunque esa vez se moría de ganas por dejar pasar a la Pantera Rosa, recordó su propósito de ser precavida. A fin de cuentas, ¿no había sido ella otra de las que había pasado a hacerle una visita a Sole? Eso la convertía en firme candidata a ser una de las aludidas en el diario. Por otra parte, ¿no conocía ella también la existencia del veneno? Y, por último, ¿no era la esposa de François? ¿Le había robado ella el abrecartas a Cayetana? ¿O fue Cayetana quien se había inventado lo del robo?

Sería una inconsciente si le abría la puerta, pero, al mismo tiempo, necesitaba obtener información. Había perdido la oportunidad con Matilde, y ahora no podía consentir que le sucediera lo mismo.

—Te dejaría entrar, Inés, pero he entrado en pánico y soy incapaz de abrir la puerta —le dijo con sinceridad. La estrategia de la franqueza solía funcionar—. Pero créeme si te digo que quiero escucharte.

—No me extraña. Yo también estoy asustadísima, pero lo he superado y he salido de mi habitación porque la preocupación que siento supera al miedo. Desde que has dicho que alguien estuvo en el camarote de Sole la noche de su muerte y que tendría que dar explicaciones, sé que te referías a mí.

—Así es, Inés. Ya sé que no es de mi incumbencia, pero me llama la atención que, si no os conocíais de antes, te presentaras por las buenas en su habitación.

—Lo sé, lo sé. —Su voz se escuchaba apremiante—. Sé que todo parece muy extraño, pero, si te lo explico, lo entenderás.

—Hasta que aparezca el inspector, tengo todo el tiempo del mundo. —Julia se sentó en el suelo, sobre la moqueta, dispuesta a prestarle atención. Por cómo le llegó su voz, a su misma altura, dedujo que la Pantera Rosa también se había sentado.

—Verás, hace años que no me llevaba bien con Elvira porque se dedicó a inventarse que yo le había robado unas joyas a otra de las mujeres que viajaba con nosotras. Después hubo una denuncia que

me causó muchos quebraderos de cabeza, aunque nunca supe con certeza quién la interpuso. Si he venido a este viaje es porque, al enterarme de que el país de destino era Egipto, supe que no tendría mejor ocasión de conocer al padre de mi nieto, quien, por desgracia, es Ahmed. No es mal chico, pero no deja de ser moro, y no quiero que mi nieto sea musulmán; mi nieto tiene que ser católico. Además, se acuesta con ancianas, véase Elvira. ¿Dónde tendría la cabeza mi hija, Señor? Por eso siempre he querido prevenirte contra él. Pero aquí ya me voy del tema. Esto te lo he contado para que entiendas por qué estoy aquí.

—Vaya, nunca me habría imaginado que estuvieras emparentada con Ahmed —dijo Julia, fingiendo sorpresa—. Perdón por la interrupción, sigue, Inés.

—Cuando volábamos en el avión, no pudimos evitar escuchar algunos comentarios de Sole. No parecía que Elvira fuese totalmente de su agrado y, lo que es más importante, sabía todo el asunto de las joyas. Fui a verla para que me contase si sabía quién interpuso la denuncia contra mí. Bueno, en realidad, quería que me confirmara que fue Elvira.

—¿Y te lo confirmó?

—Sí. Han pasado muchos años, pero Sole recodaba cuando Elvira le confesó que había tenido que denunciarme para darme un escarmiento por ladrona. ¡Dios mío! Y seguro que la ladrona fue ella. Por si me quedaba alguna duda, no he tenido más que ver con qué frescura se ha paseado con los collares de Sole. Elvira, aparte de borracha y golfa, era una choriza. Y mira que yo no hablo mal de los muertos, pero esa sinvergüenza...

—¿Sole te dijo algo más?

—Sí, conocía muy bien a Elvira. No te lo creerás, pero me contó que tenía un amante más joven que sus propios hijos. Sole se enteró justo antes de venir al viaje, la pilló saliendo de un piso que utilizan de «nidito de amor», vamos, comúnmente conocido como picadero. El tema es que a Sole aquello le pareció una burla hacia la iglesia y hacia las personas de bien que forman el coro, todo gente piadosa y creyente. Elvira era una estafa. Se hacía la santa rezando en la iglesia para que todos la vieran y criticaba los pecados veniales de

otros cuando ella estaba en pecado mortal. Lo que yo te dije, la reina de la doble moral. La cuestión es que Sole iba a poner a toda la parroquia y a su familia al corriente de sus fechorías. La muerte de Sole a Elvira le vino como anillo al dedo.

—¿Y cómo sabes tú que Elvira se acostó con Ahmed? Sole no te lo pudo contar y dudo que fuese la propia Elvira...

—No, eso me lo contó Lola. Como Sole había fallecido, y me daba rabia que Elvira se fuese de rositas, decidí abordar a Lola en el pueblo nubio, por si ella me aclaraba algo. Para sonsacarle, le conté lo mucho que Elvira la criticaba y ella, indignada, me enumeró la cantidad de amantes que habían pasado por la vida de Elvira, incluida su noche de pasión con el guía. Aunque me dijo que esto lo sabía por Mohamed, el recepcionista. Para mí que ella tenía algo con ese chico, pero eso me da igual.

Julia cayó en la cuenta de que ese era el detalle relacionado con la Pantera Rosa que había pasado por alto: ¿por qué había abordado a Lola en el pueblo nubio si no la podía ni ver? Ahora ya lo sabía.

—Entonces, tranquila, Inés. No tienes por qué preocuparte. En realidad, no depende de mí, pero es probable que, si no es estrictamente necesario, Rodrigo no le cuente nada al inspector de lo que vio aquella noche y no tengas que dar explicaciones.

—Al menos, ya me he desahogado aclarándotelo a ti. Gracias por escucharme.

—De nada. Nos vemos luego.

Sin moverse del sitio, Julia reflexionó sobre los datos que le había aportado Inés. No le había preguntado si escuchó más comentarios en el avión, pero tenía que dar por supuesto que sí. Así que lo más probable era que supiera que Cayetana tuvo un amante, y que se trataba de su marido. ¿Y si fue ella quien robó el abrecartas de Cayetana por celos?

Desde luego, hacía tantas suposiciones que en algo tenía que acertar. Su mente se centró en las muertes. La desaparición de Elvira beneficiaba a Inés y a Ahmed, mientras que la de Lola solo beneficiaba a Elvira. ¿Se estarían matando unos a otros? Aunque, si su suposición era correcta y la Ninfómana era una de las implicadas

en el diario de Sole, su eliminación también favorecía a la mujer de la identidad desconocida. Esa tuvo que ser su asesina.

Y la misma conjetura se podía aplicar a la defunción de Sole; la posición de esa desconocida se habría visto mejorada, como lo había sido para Elvira y Lola. A lo que tendría que buscarle una explicación era a los medios empleados para matar. Sole, con barbitúricos y las otras dos, con veneno de escorpión. ¿Cómo podía explicar eso?

Julia se levantó del suelo, volvió a quitar el aire acondicionado, apagó la luz y se tumbó en la cama. A pesar de que cerró los ojos, sabía que no podría dormir. Había algo que continuaba chirriándole.

De pronto, le vino la cuestión a la cabeza: ¿por qué Elvira se había exhibido ostentosamente con las joyas de Sole justo después del asesinato de Lola? ¿Y por qué el asesino había sido tan osado como para arriesgarse con otro crimen? Sintió una descarga de adrenalina y los latidos de su corazón se aceleraron al tiempo que los poros de su piel se abrían para dejar escapar gotas de un sudor helado. Sin ser consciente, se clavó los incisivos en el labio inferior mientras su mente se preguntaba cómo había sido tan torpe y no lo había visto antes.

Si su cerebro no la engañaba, la muerte de Elvira cobraba sentido. La única posibilidad sensata era que, a pesar de estar borracha, Elvira hubiese visto al asesino o asesina de Lola. Se creyó poderosa e impune al chantajearlo, y eso le había costado la vida.

En el momento en el que emitía un suspiro y se ponía de lado sobre el colchón, escuchó unos golpes en la puerta. Pero esta vez ya no iba a dar más oportunidades, solo se levantaría si era algún policía que la avisaba de la llegada del inspector. En caso contrario, tenía decidido hacerse la dormida y entregarle el diario al inspector en cuanto lo tuviera delante. Ya se las apañaría él para encontrar al criminal. Lo que no entendía era cómo los pasajeros de las habitaciones contiguas no se despertaban para quejarse.

Pero los golpes se volvieron más insistentes y fueron acompañados por el sonido metálico del picaporte, seguramente debido a movimientos bruscos de apertura ejercidos sobre él. Julia sintió un escalofrío de terror y, con mucho cuidado para no hacer ruido, se introdujo bajo las sábanas hasta que el último pelo de su

cabeza quedó cubierto. Sin perder tiempo, cogió la almohada y la apretó con fuerza contra sus orejas para silenciar el eco de aquel estruendo. Sin embargo, sus esfuerzos fueron en vano y hasta le pareció escuchar una voz que le exigía entrar.

Julia tiritaba de pánico y estrujó la almohada contra su cabeza con más ímpetu, pero tuvo el raciocinio suficiente para dilucidar que el inspector estaría a punto de llegar, además de que, si no llevaba un serrucho, le iba a resultar imposible quitar el cerrojo. Solo era cuestión de aguantar un poco más. Su decisión estaba tomada: no iba a abrir.

45

Actualidad

Estoy tan emocionada que espero que Gabriel no haya notado el tembleque de mi dedo cuando he apretado el timbre de la puerta. Para que se lleve una sorpresa, no he querido darle mucha información, y no tiene ni idea de por qué lo llevo a casa de mi vecina, aunque está un poco mosqueado porque le he advertido de que ni se le ocurra venir con zapatillas ni camiseta. Zapatos relucientes y una camisa bien planchada.

Anoche, en cuanto llegué a casa, subí a hacerle una visita a Ani, a la que quiero como a una abuela. Hacía días que no me pasaba a verla y se alegró muchísimo. La verdad es que, desde que he conocido a Gabriel y me he metido de lleno en el tema de la ecografía, la he descuidado un poco. En parte, porque no quería alarmarla y, en parte, para que no se lo cotillee a mi madre antes de tiempo.

Tenemos mucha confianza y siempre le cuento todo, pero esta vez no sabía bien cómo enfocar el tema. Al final decidí entrarle con la idea de que he conocido a un chico que me gusta mucho, lo que a fin de cuentas es verdad, y conseguí implicarla. Cuando ya la tenía en el bote, le solté que Gabriel estaba escribiendo un libro sobre las muertes en el Nilo y que me haría un gran favor si lo ayudaba.

Como me imaginaba, su primera reacción fue negarse y aconsejarme que tuviera cuidado con ese chico, pues igual se había acercado a mí por ser quien era. Pero, después de suplicarle hasta la saciedad, logré convencerla y le saqué un sí. Además, le prometí que no habría nombres ni nada porque es una historia ficticia basada en hechos reales.

Dolores, su asistenta, nos abre la puerta y yo le cojo la mano a Gabriel para entrar juntos. A diferencia de cuando voy a casa de mi abuela, aquí no tengo que esperar a que nadie anuncie mi visita y enseguida nos plantamos en el salón.

El día está algo nublado, pero por la cristalera entran unos rayos de sol que consiguen envolver a Ani en una atmósfera de grandiosidad, como si fuera una emperatriz sentada en un trono dorado. Noto que Gabriel se queda impactado al verla.

Ella está esperándonos y enseguida, sin ayuda del bastón porque es muy presumida, se pone de pie. Lleva el pelo negro recogido en un moño, que adorna con un gran broche, y se ha puesto unos pendientes de piedras amarillas que le llegan a mitad del cuello. Casi rozan la gargantilla con la que hacen juego.

—Mira, Ani, te presento a Gabriel —le digo mientras me acerco a darle un beso. Sin que ella me vea, le guiño un ojo a Gabriel—. Y Gabriel, te presento a Cayetana Iranzo. Siempre la he llamado Ani porque cuando era pequeña Cayetana era muy largo; de ahí pasó a Tana, que fue Tani y para mí, que apenas sabía hablar, Ani. Y así se quedó.

Más que mirarlo, parece que Ani lo esté estudiando, como si quisiera marcar las distancias. La conozco muy bien y sé que lo está poniendo a prueba. Como no lo he avisado de que a veces Ani es un poco perversa, cruzo los dedos para que Gabriel sepa reaccionar. Casi me pongo a aplaudir de la emoción al ver que se acerca a ella y se limita a estrecharle la mano. Ani hace un gesto de aceptación con la mirada, lo que significa que le ha entrado por el ojo. Menos mal. Así pondrá de su parte para ayudarlo.

—Ani te puede explicar mejor que yo por qué mi madre se vino a vivir a este palacete. Así verás que la cosa no tiene tanto misterio como pensabas —le digo a Gabriel, poniéndome a su lado.

Mientras nos sentamos en la especie de diván que está enfrente del sillón de Ani, ella empieza a hablar:

—Sí, al volver de Egipto, Julia tenía claro que se iba a divorciar y yo no tenía familia. Este edificio era muy grande para mí sola y pensé que podía venir a vivir aquí, de forma independiente. Ella, en el piso de abajo y yo, en este. A Julia también le pareció una idea excelente y, desde entonces, para mí ha sido como una hija y esta preciosidad, mi nieta.

Yo, por supuesto, eso ya lo sabía. En lo que ahora caigo, porque antes no me había parado a pensarlo, es en que mi madre ya estaría

embarazada de mí, o se hizo el supuesto tratamiento, cuando se vino a vivir a esta casa. Cayetana tiene que saber algo por narices. Pero decido que es mejor quedarme calladita y hablar con ella más tarde.

—Vaya —suelta Gabriel—. Es cierto que el misterio no era tal. Pero, después de todo lo que ocurrió en el Nilo —dice mirándome—, es normal que me llamase la atención.

—Lo que sucedió allí fue aterrador y todos los días lucho para olvidarlo. Recordarlo no me hace bien, pero he de reconocer que la amistad y el cariño entre Julia y yo, a lo mejor por haber sufrido tanto, salieron fortalecidos. Y, bueno —a Cayetana le sale una sonrisa nostálgica—, por ella y por otras cosas, dejé de sentirme sola.

—¿Y qué podría añadir sobre aquellas muertes, aparte de lo escrito por Julia Soler en su momento? He leído el reportaje cientos de veces y no parece que existan fisuras, pero es posible que se le escapasen detalles que, sin ella saberlo, pudieran ser importantes. —Gabriel se inclina un poco hacia delante—. ¿Qué opinaron al respecto el guía y otros pasajeros?

Cayetana suspira y responde:

—Todos opinamos lo mismo, que las muertes fueron una desgracia sin sentido. Nos consolamos pensando que al menos se habían resuelto y ya no corríamos peligro. Fisuras no hubo ninguna.

—Verá, Cayetana, para mí es una agradable sorpresa poder charlar con usted..., pero yo no esperaba verla hoy y no sé cómo orientar una cuestión que lleva unos años rondándome. —Gabriel tose para aclararse la garganta. Yo me quedo descolocada porque no tengo ni la más remota idea de por dónde va a salir—. Si no hubiera sido porque no localicé su dirección, hace tiempo que se lo habría preguntado; y ahora que la tengo delante, no quiero perder la oportunidad de hacerlo. De hecho, acabo de descubrir la dirección de otra testigo y, como usted parecía desaparecida del mapa, pensaba preguntárselo a ella. Pero, ya que estamos aquí, aunque le resulte extraño, más me lo pareció a mí en su día...

Hace una pausa. A mí tanto rodeo me está poniendo de los nervios. Entonces tira de la cadena que lleva al cuello y saca el sello

de oro que cuelga de ella. Recuerdo que se lo vi el día de la videollamada con Ahmed.

Se quita la cadena y se la tiende a Ani.

—¿Ha visto esto alguna vez?

Si me lo estuvieran contando, no me lo creería, pero, como resulta que lo estoy viendo con mis propios ojos, no me queda más remedio que creérmelo. Las manos de Ani están temblando y tiene la boca tan abierta que solo le falta que se le caiga la baba.

Sin responder, vuelve a mirar a Gabriel mientras se lleva la mano al corazón. Parece horrorizada.

Ante el silencio incómodo, que yo no sé cómo resolver, Gabriel decide seguir hablando:

—Me lo dio mi abuelo hace unos años. Al parecer, era de mi padre. Cuando le pregunté de dónde lo había sacado, me dijo que se lo había dado usted. En realidad, especificó que Cayetana Iranzo se acercó a entregárselo.

—¿Quién eres? —A Ani le cuesta articular las palabras.

—Me llamo Gabriel Lafont.

—Lo siento, no me encuentro bien —dice Ani, con la cara más blanca que la de un muerto.

Veo que coge el bastón con empuñadura de plata e intenta levantarse. Si no le importa que la vean así, es que la cosa es muy grave. Voy corriendo a ayudarla.

—Ani, ¿estás bien? —le pregunto, preocupada.

—Sí, es solo un ligero mareo. Me voy a acostar y al levantarme seguro que se me habrá pasado. Ya seguiremos la conversación en otro momento.

Flipo en colores mientras la acompaño a su habitación. No entiendo nada y sé que algo está sucediendo, pero en estas circunstancias tampoco quiero presionarla. ¿Qué habrá pasado? Gabriel también me tiene que dar muchas explicaciones.

Ya sentada sobre la cama, me coge por los hombros con una fuerza que no me espero para nada y, muy seria, me mira fijamente. Con una autoridad que me pilla desprevenida, me suelta:

—No quiero que vuelvas a ver a ese chico, ¿me oyes? Lo digo por tu bien. Y tampoco lo vuelvas a traer.

—Pero ¿por qué? —Estoy sintiendo angustia.

—Porque no te conviene y no me gusta. Déjalo, de verdad. Sabes que siempre he mirado por ti y por tu bien. Ese chico no es para ti.

La enfermera que la cuida entra y la termina de meter en la cama. Ani deja caer la cabeza sobre la almohada y cierra los ojos.

A mí todo me parece muy raro y me apoyo un segundo en la pared intentando entender algo. En este instante me doy cuenta de que estoy sudando, pero a la vez siento frío.

46

RESOLUCIÓN

Habían pasado casi seis horas desde que descubrieron el cadáver de Elvira y ya se intuían los primeros rayos de sol cuando unos golpes en la puerta seguidos de una voz que dijo: «*Five minutes* " avisaron a Julia de la llegada del inspector Said. Con alivio, supuso que ese era el tiempo del que disponía para bajar y resolvió que sería suficiente para darse una ducha rápida que le quitara los restos de sudor y la ayudara a despejarse. No habría tiempo para cremas ni maquillajes, pero en ese momento se daba por satisfecha con haber sobrevivido.

Al terminar, prefirió no mirarse en el espejo; seguro que la falta de sueño había originado que las pequeñas arrugas de su cara se volvieran más visibles y las ojeras, más marcadas.

Con la toalla enrollada al cuerpo, se aproximó al armario y eligió un ligero vestido blanco y unas sandalias. A continuación, extrajo el diario de Sole que había guardado en la caja y, tras colgarse la cámara al cuello, salió en dirección a la recepción. Allí se encontraba el inspector Said, dispuesto a interrogar a los testigos. Ya había examinado el camarote de Elvira y era el turno de la policía científica.

Sentado en el sofá encontró a Rodrigo, vestido de forma impecable. Su rostro desprendía serenidad, a pesar de su expresión seria. También estaba Ahmed, pero en su caso unas profundas ojeras enmarcaban sus párpados, que le ponían unos cuantos años encima.

—¡Vaya nochecita! —comentó Julia a modo de saludo—. Ha sido horrible y no he podido pegar ojo. Espero que la vuestra haya sido algo mejor.

Ellos asintieron sin mucha convicción. En realidad, estaba siendo difícil para todos.

Julia tomó asiento en el medio de los dos hombres y el inspector Said se acomodó en el mismo sillón de la tarde anterior. La actitud

de hastío había sido sustituida por otra de interés y se le veía más resuelto y animado. Quizá el asesinato de Elvira le corroboraba que no estaba perdiendo el tiempo.

—*Sabah alkhayr* —la saludó. Como era de las pocas expresiones que entendía, ella empleó las mismas palabras para darle los buenos días.

Entonces Julia tomó aire y se dirigió a Ahmed:

—Dile al inspector que quiero que vea el diario de Sole. Si no se lo enseñé ayer, fue porque se suponía que la muerte de Lola había sido un accidente, pero, ahora que sabemos que Elvira ha sido asesinada, sé que es importante.

El inspector, aunque sin entender una palabra, echó un vistazo al cuaderno mientras Ahmed le traducía la explicación de Julia. Acto seguido, le pidió que le leyera la parte del diario que, según Julia, era crucial.

En el instante en el que Ahmed pronunciaba la última palabra en árabe se escucharon unos golpes secos y rítmicos. Todos se volvieron al unísono y comprobaron que se trataba de Matilde y su bastón. Blanca como la leche y con el rostro desencajado por el dolor, se dirigía hacia ellos a paso de tortuga.

Antes de que la Vidente llegara a incorporarse al grupo, Cayetana hizo su aparición por las escaleras. A pesar de que no tenía buena cara, se notaba que había intentado mejorar su aspecto con el maquillaje y con los complementos que llevaba. Aún le faltaban unos cuantos peldaños por descender cuando, de forma teatral, elevó la voz para informarlos:

—He podido hablar con Mario. Está en El Cairo, pero va a volver para sacarnos de esta pesadilla. Está convencido de que en el barco hay un asesino en serie.

Matilde, con algunos pelillos rosas escapando por la bufanda que llevaba enrollada por el cuello y la cabeza, para que no le entrara el frío del aire acondicionado por las orejas, se dejó caer en uno de los pufs. Como si le faltara el aire, comentó:

—Estoy preocupada por Inés. Desde que nos han avisado de que podíamos salir, la he llamado por teléfono y después a su puerta, y no me ha contestado. ¿Puede ir alguien a avisarla? Por favor.

Ahmed estaba haciendo de intérprete y fue Rodrigo quien se prestó voluntario para ir a buscarla a su camarote. Sin dilación, se puso de pie, pero, cuando se disponía a dar un paso, la figura de Inés surgió por el pasillo.

Con la mirada perdida, se tambaleaba dando tumbos contra las paredes, de modo que, cuando sus piernas encontraban un obstáculo, cambiaban de dirección. El camisón que llevaba estaba manchado.

En un primer momento los presentes no supieron reaccionar y se quedaron observando la danza sin ritmo de la Pantera Rosa, que de forma automática solo buscaba mantener el equilibrio.

Julia acertó a gritar su nombre. Algo ocurrió en la cabeza de la interpelada, porque frenó en seco y alargó el brazo al tiempo que movía los labios tratando de decir algo. Pero lo único que consiguió fue que de su boca saliera un líquido viscoso de color indefinido que resbaló por su barbilla y luego por su camisón hasta tocar el suelo.

Rodrigo y Julia corrieron hacia ella mientras se desplomaba, pero solo pudieron sostenerla para que la caída fuese más ligera. Ya era un peso muerto y mantenerla derecha era imposible. Tuvieron que dejarla tumbada en el suelo.

—No, no, no, por favor. ¡No puedo más! Esto no puede estar pasando —lloraba Julia con desesperación, de rodillas junto al cuerpo de Inés.

Rodrigo se puso a su lado para intentar calmarla. Por el ritmo de sus pulsaciones y por los intentos de coger oxígeno, se intuía que estaba sufriendo un ataque de ansiedad.

El inspector Said, que también se había levantado, se agachó para tocar el cuello de Inés. Hizo un gesto negativo, en señal de que ya no había más que hacer, y se hizo con el papel que el cadáver todavía llevaba en el puño.

Cayetana emitió un agudo gemido y se desmayó sobre el sofá. Matilde, entre temblores, comenzó a sollozar sin consuelo.

Ante tal estruendo, los policías que se encontraban en el piso superior se asomaron para ver qué sucedía. Se quedaron atónitos ante la escena, pero reaccionaron con prontitud y formaron una

barrera para impedir el acceso de otros pasajeros que andaban por el pasillo en dirección a la cubierta inferior.

El inspector, con autoridad, le tendió el folio a Ahmed para que se lo tradujese. Entretanto, el policía que lo acompañaba echó con cuidado un poco de agua sobre el cuello de Cayetana. Esta se despertó farfullando frases inconexas, aunque enseguida volvió a la realidad.

Al escuchar la voz de Ahmed, se hizo un silencio sepulcral. Hasta Julia hizo un esfuerzo por que no se oyeran sus sollozos ni sus intentos por respirar. Pero, aunque pudieron escuchar el relato del guía, este hablaba en un árabe entrecortado y no entendieron nada. Rodrigo aprovechó para acercarse al carrito del camarero y coger varias botellas de agua. La primera fue para Julia, que bebió como si estuviera muerta de sed y se derramó casi todo el líquido por encima.

Al terminar de leer, el inspector dio una serie de órdenes a sus subordinados: unos cubrieron el cuerpo y otros se encaminaron al camarote de Inés para proceder a un registro. Él aprovechó para realizar una llamada de teléfono desde la recepción. A su vuelta, le dio permiso a Ahmed para que, en español, informara a los presentes del contenido de la misiva. Este dio un trago de agua para quitarse la sequedad de la boca y comenzó con la lectura:

Ya no puedo más. Aunque no era mi intención, esto ha llegado demasiado lejos y lo mejor es acabar con mi vida.

Reconocí a Sole en cuanto la vi en el aeropuerto, por eso aquella noche fui a verla a su camarote. Ella se portó como un ángel conmigo cuando me diagnosticaron clamidia, enfermedad que me impidió tener más hijos. Fue Soledad la que me llamó para hacerme un chequeo, yo no tenía ningún síntoma, pero me insistió porque otra paciente que mantuvo relaciones con mi marido padecía clamidia, y era más que probable que yo estuviera contagiada.

Al diagnosticarme la infección, me confesó que había dado conmigo gracias a mi marido; él se sentía culpable y no podía consentir que yo muriese por falta de tratamiento. Así que, durante

mi convalecencia, Soledad fue cariñosa y amable conmigo, pero, al terminar la cura y darme el alta, ya nunca más volvimos a vernos.

La otra noche, al hablar con ella a solas, se atrevió a darme el nombre de la mujer que me había causado tanto dolor. Era Lola. Lola fue la amante de mi marido que le transmitió la enfermedad.

Si Sole no hubiese muerto, yo me habría limitado a alejarme de Lola. Pero en ningún momento me creí el suicidio de Sole y la única persona que tenía motivos para acabar con su vida era la propia Lola. Al igual que yo, también la había reconocido. Por eso me vi obligada a poner fin a sus días; de otro modo, antes ella habría terminado con los míos. No quería que nadie se enterase de las maldades que había cometido durante su vida y me metió el miedo en el cuerpo.

Así que le robé la medicación a Matilde y, con la excusa de hablar con ella a solas, nos citamos en el solárium de proa. Ella misma propuso el lugar.

Aproveché un descuido para echarle el veneno en la copa y, cuando estaba mareada, y su visión era borrosa, la empujé para que cayera por la borda. De ese modo, esa golfa tuvo su merecido.

Fue mala suerte que Elvira nos viese bajar al solárium. No sentía ninguna simpatía por esa horrible mujer, que llegó a inventarse una historia disparatada sobre mí y el robo de unos brillantes, pero la habría aguantado si no llega a ser por el chantaje al que me ha sometido. No solo pensaba quedarse con las joyas de la pobre Sole: también pretendía quedarse con mi dinero. Esa mentirosa, chantajista y zorra tenía que pagar por sus pecados. Por eso, durante la cena aproveché que mis compañeras se acercaron al bufé y le puse veneno en la copa de vino.

Pero ahora sé que me van a descubrir y no quiero morir ejecutada en Egipto. No van a tener piedad de mí y, en cuanto se descubra que Elvira también fue asesinada con veneno de escorpión, no tendré escapatoria.

Como no sabía cómo se iban a desarrollar los acontecimientos, le robé el abrecartas a Cayetana. Sería una forma de desviar la atención y convertirla en sospechosa. Pero he comprendido que

tarde o temprano averiguarán que la causa de ambas muertes ha sido el veneno y que Cayetana no sabía nada de su existencia.

Las únicas que lo sabíamos éramos Matilde y yo, y como no quiero que una inocente a la que aprecio tanto cargue con mis crímenes, prefiero reconocer la verdad. Así me voy más tranquila y sin cargos de conciencia. Nunca imaginé que me convertiría en una asesina, y menos, por culpa de unas desalmadas que tanto daño me hicieron en el pasado.

Y, ahora que me he confesado, solo espero que Dios me perdone y me permita reencontrarme con mi querida hija.

Inés del Olmo

Durante un minuto no se escuchó ni el zumbido de una mosca, pero transcurrido ese tiempo el inspector Said, pensativo, se tiró de los pelillos del bigote y le dio una serie de órdenes a Ahmed. Este las tradujo al instante con su acento árabe:

—El inspector dice que da el caso por cerrado y que podemos irnos a El Cairo, como estaba previsto. Por favor, *sacar* las maletas para que un mozo las recoja y en treinta minutos nos vemos en el piso de arriba. Un autobús nos recogerá para llevarnos al aeropuerto.

47

Actualidad

Estamos en el salón de mi casa. Gabriel no ha querido contarme nada en el piso de Ani y yo no tengo ganas de ir a ningún bar. Lo que tengo es prisa por que me dé alguna explicación y no me apetece estar rodeada de gente que grita.

He cerrado la puerta para que Gladis no nos oiga y me he sentado en el sofá con vistas al Retiro, solo que ahora el cuerpo de Gabriel, que está de pie, me tapa parte de la perspectiva.

—Que conste que no te he mentido, solo que no te he contado toda la verdad. Te juro que pensaba decírtela hoy, pero me has sorprendido presentándome a Cayetana y no he podido dejar escapar la oportunidad. Créeme, por favor. ¿Cómo iba yo a saber que ella era tu vecina?

Lo dice de una manera tan convincente y le pone tanto énfasis que no me queda otro remedio más que creerle.

—Vale —le digo—. Pero cuéntame ahora toda la verdad.

Él se sienta a mi lado y me coge la mano.

—Verás, no voy a escribir un libro sobre esta historia. Bueno, no creo, depende del resultado. Si estoy investigando, es porque mi abuela se acusó de los asesinatos y mi abuelo nunca se lo creyó. Por eso necesito saber si existe alguna posibilidad de que se inculpara por algún otro motivo que desconocemos o por algo, no sé..., raro.

—¿Tu abuela era Inés del Olmo? —Me levanto de la impresión, pero enseguida me vuelvo a sentar.

—Sí, y, desde que mi abuelo me explicó lo que había ocurrido, siempre ha mantenido que no podía ser cierto. Dice que era demasiado buena persona y demasiado cabal para que se le fuera la cabeza de semejante manera.

—Ahora entiendo tu interés en descubrir la verdad. —De forma mecánica, me llevo el pulgar a la boca y me chupo la uña—. ¿Tu abuelo llegó a ver la carta que ella escribió? No sé, a lo mejor ahí hay algo.

—No. No tuvimos acceso a nada. Las autoridades egipcias le prometieron que le enviarían la información, pero no lo hicieron. Tendría que haber ido él con un abogado, pero estaba en silla de ruedas y se sintió desbordado por los acontecimientos. Además, ya no podía devolverle la vida a su mujer.

Me fastidia bastante que no me lo haya explicado antes, pero también entiendo que no era fácil soltármelo de buenas a primeras. Y como, además, no tengo ganas de discutir y muchas de que me cuente, lo perdono.

—Por lo que yo recuerdo, mi madre escribió que en la carta ponía que Inés se declaraba culpable porque, entre otras cosas, su marido, o sea, tu abuelo, conoció a Lola en el pasado.

—Y él siempre me juró que eso era mentira. Antes del accidente vivió en París y estuvo enamorado de otra mujer, pero no tenía nada que ver con esa Lola. —Gabriel me da un beso en la mejilla y me susurra al oído—: Y yo lo creo. Nadie se molestó en comprobar si las afirmaciones de la carta eran ciertas; las dieron por buenas y ya está. Tampoco estoy seguro de que la letra fuera la de ella...

—¿Y no podemos hacer algo ahora y que tu abuelo testifique que hay partes que son mentira?

—Mi abuelo murió hace un año. La tienda de antigüedades y decoración que tengo era suya. —Suspira—. Por eso ahora tengo más ganas que nunca de descubrir la verdad. Me he quedado solo y tengo que limpiar el nombre de mi abuela.

Sus palabras casi me hacen llorar y lo abrazo con fuerza para que sienta que toda mi fuerza y mi amor están con él. Gabriel está más solo que yo. Acurrucada junto a él, le pregunto:

—¿Y qué tiene que ver el sello que llevas en el cuello con Ani?

—Me lo dio mi abuelo hará cosa de cinco años. Me contó que, después de la tragedia, Cayetana Iranzo se presentó en su casa y se lo entregó. Era una especie de recuerdo de mi padre.

—¿De tu padre? —Estoy tan flipada que levanto la cabeza del hombro de Gabriel. Espero que a Ani se le pase pronto el bajón, porque necesito volver a hablar con ella—. ¿Quién es tu padre?

—No lo sé. Según mi abuelo, era un egipcio que mi madre conoció en uno de sus viajes por África, pero, como nunca apareció por

España, él no sabía su nombre. Al morir mi madre, fue mi abuela quien guardó la identidad de mi padre, pero siempre que se refería a él lo llamaba «el moro sinvergüenza». El resto ya lo sabes...

Me siento fatal por quejarme de mi situación familiar; la de Gabriel es infinitamente peor. Su madre murió, no sabe quién es su padre, su abuelo también ha muerto y su abuela se suicidó después de autoinculparse de tres muertes... Uff. Menudo drama. Pero esto hace que me sienta más unida a él.

Dándole un beso, lo empujo sobre el sofá y, abrazados, caemos sobre él. Siento que lo quiero. No sé cómo explicarlo, pero es como una corriente que no puedo controlar.

Entre susurros y besos, le pregunto:

—Por cierto, ¿quién es la testigo a la que pensabas preguntarle lo del sello?

Gabriel me está besando el cuello. Su mano se ha metido por dentro de mi camiseta y me acaricia la espalda.

—Matilde Gómez del Real y Córdoba, la que fue vidente de la alta sociedad. —Su lengua juguetea con la mía y, en un inciso, añade—: Todavía está viva. Tengo que entrevistarla.

—Oye —le digo entrecerrando los ojos. Mi cabeza no para de pensar—, ¿por qué no vamos antes al hospital en el que trabajó Soledad Contreras y tratamos de averiguar cuál de las otras pasajeras fue paciente del doctor con el que colaboraba? Esa es la mejor manera de descubrir si la otra mujer involucrada en el diario de Sole fue o no tu abuela.

—Ya lo había pensado, pero, con lo pesados que se han puesto en todas partes con la protección de datos, imagino que no nos harán ni caso.

Muy animada, le contesto:

—Pues tenemos que intentarlo, no podemos quedarnos con el «y si...». Después, iremos a entrevistar a Matilde.

Nos fundimos en otro beso que consigue ponerme a cien. Pero unos golpes en la puerta hacen que baje al cero. Es Gladis.

—Lucía —oigo que dice a través de la puerta—, es tu madre. Dice que te está llamando al móvil y que no se lo coges. Le he dicho que estás aquí con un joven.

Pongo los ojos en blanco con fastidio y Gabriel, aunque también le sienta a cuerno quemado, se ríe para que yo me sienta mejor. Gladis nos ha cortado el rollo y ahora me va a tocar llamar a mi madre. Si no lo hago, va a seguir insistiendo. Seguro que Ani le ha contado algo.

48

Al hablar por teléfono con mi madre, le prometí que me estaría quietecita con el tema de su viaje a Egipto y que la esperaría para que fuese ella quien me explicara todo. Pero, como Gabriel está decidido a ir al hospital en el que trabajó Soledad Contreras, me he sentido incapaz de dejarlo solo. En cuanto a las clases, también he decidido saltármelas. Estamos a principio de curso y, por perder un día, no va a pasar nada.

Por eso ahora mismo me encuentro frente a un edificio antiguo, de piedra amarilla con pinta de iglesia, que, aunque le han mantenido el nombre, Nuestra Señora de los Dolores, lo han convertido en una residencia privada para ancianos. Al interior se accede a través de dos verjas de hierro.

Antes de llamar al telefonillo, Gabriel y yo nos miramos un segundo para darnos ánimo, pero enseguida él aprieta el botón. Pensábamos que nos preguntarían algo, pero, sin más, escuchamos el sonido de apertura y nos da tiempo a empujar las dos verjas.

Nos encontramos con un pequeño patio rodeado de árboles y plantas. Hay unas cuantas mesas, unas vacías y otras ocupadas por ancianos en silla de ruedas acompañados por algún familiar. Seguro que a nosotros nos han abierto porque nos han confundido con alguna de las visitas.

Continuamos hacia la derecha, donde hay una gran puerta de madera y cristal. Al cruzarla, nos intercepta una enfermera para preguntarnos a qué paciente deseamos visitar mientras, con disimulo, nos empuja hacia fuera. Tengo la impresión de que no quiere que cotilleemos en el interior, pero me da tiempo a ver un pasillo frío, al que le hace falta una buena reforma. Apoyada contra la pared, hay una hilera de ancianos sentados en sillas de ruedas, que parecen mirar al infinito. Están sujetos a las sillas con las cintas que salen del asiento. Las buenas vibraciones que me había dado el jardín de la entrada se evaporan y, en su lugar, aparece una sensación de soledad que me resulta deprimente.

Escucho cómo, con dulzura y una amplia sonrisa, Gabriel le dice a la enfermera:

—En realidad, nos gustaría hablar con alguien de administración. Verá, mi tía abuela, Soledad Contreras, trabajó aquí de enfermera cuando esto era un hospital, y quería que me dieran unos informes sobre ella.

—Uyy, eso es imposible por varios motivos —le contesta, intentando ser simpática—. En primer lugar, está la protección de datos, pero, de todas formas, el edificio funciona como residencia desde hace diecisiete años y los archivos anteriores a esa fecha no están informatizados. Así que es imposible que os puedan proporcionar los informes que buscáis. Si lo sabré yo, que llevo años escuchando a las chicas de administración quejarse de lo que les ha costado subir las cajas que están en el sótano e introducir los datos. Pobrecillas, siempre de acá para allá por el pasillo con las cajas a cuestas.

—Bueno, en realidad, lo que queremos es ingresar a mi abuelo, que es hermano de Soledad, y saber si hay plaza para él. —Gabriel levanta una ceja, lo que le da aspecto de pillo, y continúa—: De paso, como ella trabajó aquí, saber si nos harían algún descuento.

La enfermera se ríe con ganas, como si por fin hubiera descubierto el verdadero motivo de nuestra presencia allí.

—No creo que os hagan ningún descuento, la verdad. Pero podéis intentarlo. Venid, os acompaño.

No entiendo para qué nos tiene que acompañar a la puerta de enfrente. Supongo que no quiere que nos metamos donde no nos llaman, porque se queda de guardia a nuestro lado hasta que la mujer que está sentada detrás de una mesa de despacho nos puede atender.

En cuanto la señora se levanta y se acerca a nosotros para tendernos la mano, Gabriel le da toda la explicación sobre su abuelo y se inventa unos cuantos achaques por los que es necesario ingresarlo. Ella nos cuenta con orgullo las virtudes del centro y, al finalizar, nos dice con mucha seguridad:

—Estamos al completo, pero, por ser hermano de quien era, le haremos un hueco —nos asegura, muy seria, la secretaria de

dirección que se ha presentado como Ángeles—. Otra cosa es el precio. Ahí ya no podemos hacer nada. Está muy ajustado y los servicios que ofrecemos son inmejorables. Os aseguro que tres mil euros al mes es un precio más que razonable.

Al oír la palabra «inmejorable» vuelvo a pensar en los ancianos de las sillas de ruedas. Seguro que ellos no utilizarían ese adjetivo.

—Pues muchas gracias —le digo—. Lo pensamos y en un par de días le decimos algo.

Cerramos la puerta con cuidado y Gabriel gira la cabeza a ambos lados. Sin saber muy bien por qué, yo también sigo su ejemplo. A la derecha hay una habitación donde un par de enfermeros levantan a un hombre de una cama. Están muy abstraídos en su trabajo y no se fijan en nosotros. Entonces, sin esperarlo, Gabriel me coge de la manga y tras decir: «Corre», tira de mí en dirección al corredor en el que he visto a los ancianos sentados en sillas de ruedas.

No sé muy bien a dónde me lleva, pero no me hace falta ser superdotada para deducir que busca el sótano. La enfermera nos ha dicho que ahí estaban los viejos informes y que las chicas de administración estaban hartas de recorrer el pasillo cargadas con las cajas. Así que vamos a intentar colarnos.

Pasamos la fila de abuelitos, que siguen como hipnotizados y no nos prestan la menor atención, y llegamos al final. Hay una puerta, está cerrada. Gabriel la abre y me arrastra tras él.

Descubrimos un pasillo con puertas a los lados, pero en el centro destaca una escalera.

—¿Estás decidida? —me pregunta con los ojos brillantes.

—Más que nunca.

En ese momento escuchamos el sonido de un ascensor y nos escondemos en el pequeño espacio que forma la pared ante el umbral de las puertas, cada uno en un hueco diferente porque en el mismo no cabemos. El corazón me va a mil por hora. Si nos pillan, se nos va a caer el pelo.

No me atrevo a asomarme. Oigo unas risas y unos comentarios que al poco desaparecen por la misma puerta por la que hemos entrado nosotros. Por el uniforme blanco que veo de refilón, se trataba de una pareja de enfermeros.

Sin hacer ruido, Gabriel se planta otra vez a mi lado y me coge de la mano para ir de nuevo a la escalera. Esta vez ya no nos detenemos para no dar opción a que aparezca más gente y, aunque cada vez hay menos luz, la bajamos saltando los escalones de dos en dos.

Al llegar al final está todo a oscuras y no puedo distinguir las filas de azulejos desgastados que, como en la escalera, adornan las paredes. Hablando muy bajito, decidimos no darle a ningún interruptor y guiarnos con la linterna del móvil. Con ella, encontramos enseguida una entrada. Por lo sucia que está y las telarañas que se ven en la parte de arriba, se deduce que hace años que nadie pasa por aquí.

Con bastante asco, cojo el pomo e intento abrirlo un par de veces, pero la puerta está atrancada. Gabriel me pasa la linterna para que sea yo quien alumbre y me pide que me aparte un poco. Se queda quieto unos segundos para asegurarse de que no se escucha ningún ruido en el piso de arriba. Cuando está listo, levanta una pierna y, con decisión, le mete una patada. No es que se haya abierto mucho, pero ha conseguido que ceda y se ha formado una rendija.

Me da un beso muy largo, con lo que logra tranquilizarme, y después de comprobar que todo continúa en silencio, repite la hazaña.

Aunque con un poco más de ruido, por el chirrido de la puerta, esta vez consigue que la abertura sea lo suficientemente grande para que, de lado, podamos pasar.

El interior me da escalofríos. Huele a humedad y a cerrado, y tengo la impresión de que me cuesta respirar; aunque puede que esto se deba a los nervios que tengo.

Con la luz del móvil, vamos recorriendo la estancia, que es muy grande y de techos altos; y más sucia y llena de polvo no puede estar. Además, las cajas se apilan por todos lados y, aparte de una estantería al fondo, no hay ningún tipo de orden. No le digo nada a Gabriel, pero el panorama me ha desanimado. ¿Cómo vamos a encontrar unos informes si no sabemos dónde buscar y, para más inri, todo está patas arriba?

—¡Qué bien que ya estamos dentro! —le digo, haciéndome la ilusionada—. ¿Por dónde empezamos?

—He calculado que los hechos a los que se refería Sole debieron ocurrir entre 1960 y 1965, cuando las candidatas debían tener unos treinta años más o menos. ¿Qué te parece si buscamos las cajas que se corresponden con esos años? Una vez localizadas, tendremos que seguir con los nombres. A ver a quiénes encontramos.

—Me parece una idea genial —le miento. A este paso, la nariz me va a crecer más que a Pinocho.

Alumbrados por la mierda de linterna y con el desorden en el que se encuentran los cientos de cajas, el plan me parece un disparate; además, nadie nos asegura que esos años sean los correctos. Pero debe ser verdad que el amor te vuelve idiota, aunque tú no lo notes, porque saco mi móvil, enciendo la linterna y me pongo como una loca a enfocar cajas.

Aunque en algunas no pone nada, es una suerte que alguna buena persona se dedicara en su día a marcar sobre los cartones los años a los que pertenecen los informes que contienen. La pena es que los años se repiten en varias de ellas y están desperdigadas al azar. Mientras recorro la habitación e intento no mancharme con el polvo, me topo cuatro veces con el año 1997. A pesar de mi derrotismo, continúo buscando. Contengo las ganas de chillar cuando veo una cucaracha, grande como una rata, que corretea a sus anchas por el espacio que hay entre dos cajas. ¡Qué asco! No quiero ni pensar en la de bichos que deben habitar aquí, ratas incluidas.

Llevamos quince minutos y todavía no hemos dado con las cajas en cuestión. Gabriel rastrea por la pared derecha, mientras que yo lo hago por la de la izquierda, a un lado y a otro del pasillo que forman las cajas. Al acercarme a la estantería del fondo, doy un grito de alegría. Acabo de localizar una caja marcada con el año 1965.

Gabriel me pide que la abra y compruebe el interior mientras él sigue por su lado.

Me agacho, tiro de ella para que las cajas de arriba no me impidan abrirla y rompo parte del cartón para ver las carpetas. Al menos los

nombres de los pacientes están en orden, y me doy cuenta de que no hay nada de nuestro interés.

Continúo con otra que también es de 1965 y que está junto a otra de 1957, pero no encuentro nada. Gabriel se ha puesto con una caja marcada con el año 1961, pero sin resultado positivo. Así, sin hablar, proseguimos durante media hora más.

Encuentro una de 1962 y miro en las carpetas los apellidos de los enfermos. La primera letra en que me fijo es la O, por Inés del Olmo, pero no aparece. Continúo con la G, por Matilde Gómez del Real y Córdoba, negativo. Paso a la I, de Cayetana Iranzo, tampoco hay nada. Repaso la L, por Elvira López; hay varios López, pero ninguna Elvira. De repente, sin poder contenerme, me pongo a dar gritos de alegría. Estoy tan emocionada que no puedo parar. Gabriel, sorteando cajas y cachivaches, se coloca a mi lado al mismo tiempo que me tapa la boca para que no arme escándalo.

Aquí, en mi mano, tengo el dosier de Dolores Robles. Ingresada en marzo de ese año, fue diagnosticada de clamidia. De todo el informe nos quedamos con que, debido a la falta de síntomas, la paciente acudió demasiado tarde. La bacteria ya había afectado a su organismo y le había provocado infertilidad y conjuntivitis crónica. Durante dos meses, estuvo acudiendo a la consulta del doctor Domingo, donde fue atendida por la enfermera Soledad Contreras.

Gabriel me abraza y me levanta por los aires mientras nos besamos. Al dejarme en el suelo, le digo:

—Al menos ya sabemos que en la historia hay una parte que es verdad. Lola Robles fue una de las pacientes que Soledad reconoció en el viaje.

—Ahora tenemos que encontrar a la otra mujer —me dice, mordisqueándome la oreja. No se lo digo, pero Gabriel me encanta. Nunca había sentido en el estómago unas mariposas tan juguetonas como estas—. Y nuestra búsqueda se centrará en los años 1962 y 1963, como mucho.

Después del subidón, nos ponemos de nuevo con las cajas. Esta vez los dos juntos y mucho más animados. Cada vez que encontramos una caja con los años en cuestión, el corazón me da un vuelco, pero de momento seguimos en ascuas. Lo único que

tenemos claro es que los informes que constan en cada caja son trimestrales, por eso hay nombres que se repiten en varias de ellas, y por eso hay cuatro cajas por año.

Llegamos a la estantería del fondo y Gabriel la enfoca con su linterna. Enseguida centra la luz en una que está en el estante superior, en la que pone 1962. Con mano temblorosa, pues mi pulso va a mil, dirijo mi móvil en la misma dirección. Está un poco alta y Gabriel tiene que subirse a otra caja para alcanzarla. Se va a poner perdido de polvo, pero, a estas alturas de la película, el polvo, el sudor y la suciedad son lo de menos. Debemos parecer un par de pordioseros.

La deja en el suelo y, como posesos, nos ponemos a rebuscar. La luz de la linterna de Gabriel se queda parada en un nombre. A mí, por los nervios, me entran ganas de llorar. Él saca la carpeta y me abraza antes de leer el contenido.

En diciembre de 1962 se certifica que la paciente Matilde Gómez del Real y Córdoba presenta un cuadro de clamidia que le ha causado esterilidad y artritis reactiva crónica. Tendrá que medicarse de por vida.

Hay una nota adjunta escrita a mano:

El 12 de diciembre, tras esclarecer la infección por clamidia sufrida por don Pedro Castillo, a modo confidencial contagiado por Dolores Robles, procedo a llamar a la esposa del antedicho paciente, doña Matilde Gómez del Real y Córdoba, para realizarle las pruebas pertinentes. La cita queda concertada para el próximo día 17.

Soledad Contreras, enfermera

En la penumbra creada por las luces de la linterna, puedo distinguir los ojos vidriosos de Gabriel.

—¿Ves cómo mi abuela no se contagió de nada? ¡Mi abuelo tenía razón! ¡Te quiero, Lucía! —A mí la baba me cae a chorros, pero me quedo callada, incapaz de articular palabra.

Sin esperarlo, Gabriel se apoya en mi hombro y comienza a llorar. Se está desahogando. Yo le acaricio el pelo y me muerdo la lengua. Por mucho que me cueste, tengo que tragarme mis ganas de llorar, aunque se me caen unas lagrimitas por la emoción.

Gabriel se repone en el acto. Con las manos sucias, cosa que le importa bastante poco, se seca las últimas lágrimas, se guarda la carpeta dentro de la camisa y me mira.

—Tenemos que ir a ver a Matilde para que nos cuente la verdad —me dice con rotundidad—. Pero antes tenemos que salir de aquí, y me he fijado en que la verja solo se abre a través del telefonillo. Como con estas pintas se nota que no venimos de dar un paseo, tenemos que correr sin que nadie nos descubra y llegar hasta el jardín de la entrada. Después nos escondemos y en cuanto entre o salga alguien, zas, desaparecemos por la verja. —Nos besamos—. ¿Preparada?

49

Vamos a casa de Gabriel para asearnos un poco y quitarnos el polvo y el sudor que llevamos encima, pero, sobre todo, para cambiar de coche. El Smart está bien para la ciudad, pero para salir a carretera es mejor el Range. De camino, me ha comentado que Matilde todavía está viva y que, como fue una vidente de prestigio, no le ha costado descubrir que vive retirada en una finca en la sierra. Al parecer, de vez en cuando organiza eventos esotéricos relacionados con la astrología, y en internet aparece la ubicación. Gabriel enciende el GPS.

En dirección norte, salimos de Madrid. El cielo está cubierto de nubes grises y apenas se ve el sol, pero no me importa para nada, porque me siento infinitamente feliz disfrutando del paisaje, que cada vez es más montañoso y verde, y de la compañía de Gabriel. Aunque estamos tan emocionados con el descubrimiento que solo podemos hablar de eso. Cuando me apetece, lo que me sucede muy a menudo, le pongo la mano en la pierna o le acaricio la mano o el hombro.

Al cabo de una hora más o menos, el GPS nos avisa de que tenemos que tomar la salida, y unos cinco minutos después nos indica que tenemos que dirigirnos por una carretera sin asfaltar y llena de baches. En realidad, es un camino de cabras que, al ir de subida por una pendiente, provoca que el coche no pare de dar botes.

Al llegar a la cima de la montaña distinguimos en el valle una gran masía construida en piedra en medio de árboles y vegetación; incluso hay una especie de lago. La finca es preciosa.

Un sonido tipo silbido, como el que imagino que haría una flecha a mucha velocidad, pasa por encima de mi cabeza. Al romper la paz que se respira, me hace salir de mi embobamiento y me quedo desconcertada. Enseguida escucho otro sonido igual que se mezcla con la voz apremiante de Gabriel.

—¡Al suelo! —me grita a la vez que me empuja sobre la tierra—. Nos están disparando.

A rastras, porque los disparos se repiten e impactan cerca, conseguimos resguardarnos en los bajos del Range.

—¿Qué está pasando? —le pregunto, muerta de miedo, mientras escucho otro estallido que rebota en el capó del coche.

—Nos están disparando. De lo que no tengo ni idea es quién y por qué. A lo mejor es un vigilante que Matilde ha puesto para que nadie pueda acceder a su propiedad. —Me roza el pelo con los dedos y, a pesar de la situación, consigue tranquilizarme—. Lo que sí tengo claro es que tenemos que subir al coche y largarnos cuanto antes. Mira, los disparos vienen de la parte derecha, así que tenemos que salir por la izquierda. Yo me subo al asiento del conductor y tú entras por la parte de atrás y te quedas agachada.

—¿Y si nos mata ese loco?

—Entonces, al menos, moriremos juntos.

Me da un beso rápido y repta como una serpiente para salir de aquí abajo y ponerse de pie. En cuanto me deja espacio, empiezo a moverme hacia ese lado para quedarme en el borde.

Él, en cuclillas, consigue abrir la puerta del conductor. Un disparo estalla y rompe el cristal de la que fue mi ventanilla, pero Gabriel no se detiene y, con la cabeza gacha, consigue subir al asiento. Corriendo, pero también agachada, me levanto y abro la puerta de detrás. El motor del coche ya está en marcha y yo, a una velocidad mayor que la de la luz, me tumbo en el suelo del coche.

Ninguno dice ni mu, pero, a pesar del traqueteo, noto que vamos de bajada. El coche cada vez va más rápido. Mientras saco el móvil para pedir ayuda, una bala rompe el cristal trasero.

—¿Estás bien? —me pregunta Gabriel.

—Sí. Me ha dado tiempo a cubrirme la cara. No te preocupes.

Pero en este momento siento un bajonazo en el ánimo que me llega a los pies. Para mi desgracia, no hay cobertura y el móvil no funciona. ¡Dios mío, noooo! Tengo que hacer esfuerzos para no ponerme a llorar con desesperación ni soltar las tres palabras que mi cerebro repite sin parar: ¡No quiero morir! ¡No quiero morir!

Me quito con los dedos unas lágrimas que no he podido evitar que salgan de mis ojos y noto cómo el Range coge velocidad. Los botes son cada vez más seguidos y violentos. La espalda se me está haciendo papilla. Desde el suelo del asiento trasero en el que estoy agazapada, le digo con voz angustiada:

—Gabriel, frena un poco, por favor. Vamos muy deprisa y ya no se escuchan disparos.

—¡Eso me gustaría a mí, cariño! ¡El freno no funciona y no puedo controlar el coche! —grita—. ¡Sujétate como puedas! Voy a estamparlo contra un árbol para no caer por el precipicio.

Me incorporo para agarrarme al asiento y, por el cristal delantero, veo que Gabriel, a pesar de que tiene las manos sobre el volante, ha perdido el control del Range. ¡Nos abalanzamos hacia el precipicio sin remedio!

Aprieto el reposacabezas de delante con todas las fuerzas de las que soy capaz hasta que los dedos se me ponen rojos. El coche cae cuesta abajo. Como a cámara lenta, me doy cuenta de que el capó empieza a volcar hacia delante, dispuesto a dar la vuelta.

—Te quiero —consigo susurrarle a Gabriel. Estoy tan bloqueada que ni siquiera tengo miedo.

—¡Ponte el cinturón! —me chilla con urgencia.

El grito de Gabriel me ha devuelto a la realidad y, de repente, entro en pánico. Pero ni siquiera me paro a pensarlo y sigo sus órdenes al pie de la letra. Me siento de un salto y le doy un tirón al cinturón de seguridad. Aunque ni lloro ni chillo, estoy tan fuera de mí que mis manos parecen gelatina y, por mucho que lo intento, soy incapaz de encajar la hebilla del cinturón en la ranura. Una vez, otra, y otra más. Me tiembla todo el cuerpo y no puedo. ¡No puedo! Siento desesperación y terror.

El coche empieza a dar la vuelta y escucho un clic. ¡Bendito clic! Bocabajo, recuerdo que ¡no le he dado un beso a Gabriel! ¡Dios mío, ayúdanosi ¡Ayúdanos a Gabriel y a mí! Otra vuelta, y otra. Padre Nuestro que estás en el Ciel...

50

—¿Cuándo cree que despertará, doctor? —escucho que pregunta una voz llorosa.

Sé que está preguntando por mí, pero estoy tan a gusto, aquí, con una sensación de paz tan irresistible, que me siento incapaz de despertarme, y mucho menos de hablar. Me prometo que solo cinco minutos más y me levanto. Pero una fuerza ajena a mí me obliga a reaccionar. No me puedo oponer a ella y, lentamente, empiezo a tomar consciencia. Por instinto, me paso la lengua por los dientes. ¡Qué bien, los tengo todos! No sé por qué pienso eso.

Con un esfuerzo sobrehumano, empiezo a abrir los ojos. A la vez, escucho una voz de hombre que dice:

—En cualquier momento. No se preocupe, la chica saldrá de esta.

Me están observando.

—Mire, aquí la tenemos.

Una mujer se abalanza sobre mí y empieza a darme besos por toda la cara. Fijo la vista en ella y reconozco a Ani. ¡Qué alegría! Va con su moño perfecto, sus labios perfilados en tono rojo y sus collares a juego con el vestido. Ni en los peores momentos se la puede pillar desastrada.

—Ani, quiero agua. —Tengo la boca pastosa.

Ella sigue pegada a mí, pero es el hombre de bata blanca el que me responde. Tiene pinta de médico.

—Por el momento, es mejor que no bebas, pero podemos pasarte por los labios una gasa mojada. Te refrescará un poco.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? —No reconozco para nada ni la cama ni la habitación en la que estoy.

—Has tenido un accidente y mucha suerte. A pesar de la brecha en la cabeza y un par de costillas rotas, estás bien. —El hombre me sonríe mientras Ani no para de llorar—. Llegaste inconsciente ayer por la tarde, y después has pasado la noche sumida en un sueño profundo. Te veré mañana y, si todo va bien, como esperamos, te daremos el alta. Si estornudas, te ríes o haces un movimiento

brusco, verás las estrellas, por las costillas. Así que intenta evitarlo y descansa. Mañana nos vemos.

—¡Ay, Dios mío, qué susto tan grande! ¡Menos mal que tu madre está a punto de llegar!

Ani me vuelve a llenar la cara de besos, pero yo me siento incapaz de moverme. ¿He sufrido un accidente? Aprieto los ojos para tratar de recordar y, de pronto, en mi cabeza aparece la imagen de Gabriel sujetando un volante descontrolado.

—¿Dónde está Gabriel? ¿Está bien? —Al intentar incorporarme, he hecho un gesto demasiado violento y, como me acaba de advertir el doctor, veo todo el sistema planetario, pero no me importa, necesito saber qué es de Gabriel.

El berrinche de Ani se vuelve más intenso y a mí el corazón me da un vuelco. Por favor, Señor, que esté bien. Que Gabriel esté bien... Pero Ani sigue con sus lágrimas y no me contesta. Así que le insisto con nerviosismo, a pesar de que me cuesta muchísimo hablar. Mi lengua parece esparto.

—¡Ani, deja de llorar y dime la verdad! ¿Cómo está Gabriel? ¿Está vivo?

Ella hace una inspiración, lo que parece serenarla, y me responde:

—Sí, está vivo.

Al escuchar esas dos palabras, siento un gran alivio y suelto por la boca el aire que estaba conteniendo.

—Pero ¿está bien? Ani, ¿por qué te andas con tantos rodeos?

—Está bien. Al igual que tú, tiene contusiones y algunos cortes, pero el doctor dice que nada grave. Casi seguro que ya se habrá despertado.

—¿Puedo verlo? Es lo que más me apetece del mundo.

—¿Por qué te empeñas en ese chico? ¿No ves que no es para ti? —Los labios de Ani tiemblan más que un flan.

Empiezo a notar dolores por todo el cuerpo; supongo que, si me han metido analgésicos, el efecto se está pasando. Y tampoco estoy para mucho palique. Pero, si Ani piensa que me voy a rendir, lo tiene claro. Intento que note que estoy indignada y le pregunto:

—¿Me puedes explicar por qué desde que lo conociste no has parado de repetirme lo mismo? ¿Y me puedes explicar también por

qué le diste a su abuelo el sello que le dijiste que era de su padre?

Sin parar de gimotear, Ani saca un pañuelo del bolso, pero la conozco bien y sé que tanta parafernalia es para ganar tiempo. El problema para ella es que no tengo ninguna prisa.

—Hay cosas que es mejor que te las explique tu madre. En cuanto llegue, le preguntas.

—No, Ani, hay cosas que son de tu incumbencia y quiero que me respondas ahora —le digo con voz débil pero tajante.

—Bueno... Hace muchos años, conocí a su abuelo... Quiero decir que nos conocimos mucho, pero mucho... Ya me entiendes.

—Vamos, que te acostabas con él. ¿Es eso?

—Dicho así... suena muy mal. —Estira la espalda y se pone digna —. Lo que hubo entre nosotros fue verdadero amor, pero él estaba casado y, cuando sufrió el accidente de caballo que lo dejó paralítico, decidió no decirme nada para no cortarme las alas y se alejó de mí. Yo entonces era una cantante de éxito y no quería interponerse en mi camino. —Ani está a punto de echarse a llorar—. Pero de esto me enteré muchos años después, cuando le entregué el anillo. Quise acercarme yo a dárselo porque quería verlo. —Se queda con los ojos fijos en el cristal de la ventana, como si lo estuviera viendo—. Quería ver a François.

A pesar de mis dolores, estoy tan concentrada en la historia que mi flipe me está haciendo de analgésico. Así que la amante del abuelo de Gabriel era ella.

—Sigue, por favor. Quiero saberlo todo —le pido con suavidad.

—Me emocioné muchísimo al verlo, y él también de verme a mí. Imagínate, después de tantos años y con lo que había pasado. Inés, que se había declarado culpable de los asesinatos, era su mujer. ¡Yo eso no lo sabía! —se excusa con tanto énfasis que los pendientes parecen bailar—. Me enteré casi al final del crucero y de casualidad, te lo prometo. Tu madre no incluyó todos estos pormenores en el reportaje porque no aportaban nada y eran intimidades que no le importaban a nadie. Si a una le gustaba pasarse una vela para espantar a los espíritus y a otra el vino, era algo que Julia no pensaba airear. Pero a lo que iba: Mario y yo ya habíamos hecho planes, y no me arrepiento en absoluto de haberme casado con él,

en lugar de con François. Con Mario he sido muy feliz, ya lo sabes. Vosotros tres habéis sido mi verdadera familia.

—¿Por qué has dicho que quisiste ser tú quien se acercara hasta su casa para darle el sello? ¿Se lo tenía que haber dado otra persona? —No puedo salir de mi asombro.

—Sí, tu madre. Por eso te he dicho que debería ser ella quien te contara la historia, y no yo.

Me da igual su comentario, necesito saberlo ya.

—¿Me estás diciendo que el padre de Gabriel se lo dio a mi madre para que ella se lo diera al abuelo de Gabriel?

Ani coge aire, lo suelta y, tras unos momentos de duda, dice:

—Ehhh..., sí. Pero, por favor, no me preguntes quién es su padre, porque es mejor que te lo cuente tu madre.

Sigo sin hacerle caso; más bien, todo lo contrario:

—¿Quién es el padre de Gabriel, Ani? —Como mira hacia la ventana para no responder, decido cambiar de estrategia—: Lleva toda la vida queriendo saber quién es su padre. Su madre murió cuando era muy pequeño, su abuela también, y hace un año que perdió a su abuelo. ¿No entiendes que necesita saber quién es? Su abuela Inés lo llamaba «el moro sinvergüenza», pero Gabriel no sabe más.

—Está bien. De todas maneras, ya da igual. No sé ni cómo ni por qué, pero está ahí fuera. —Me mira y dice con rotundidad—: Es Ahmed. Su padre es Ahmed.

En realidad, la revelación no me sorprende tanto, aunque al mismo tiempo se me forma un nudo en la garganta que me oprime el pecho y que hace que me entren ganas de llorar. Tengo un mal presentimiento. No lo quiero preguntar, porque en el fondo no quiero saber la respuesta, pero, aun así, me sale de sopetón:

—¿Y por qué era mi madre la que tenía el sello?

—Una vez el caso se dio por resuelto, nos quedamos unos días en El Cairo. Yo no tenía ganas de volver y quería pasar más tiempo con Mario. Él estaba a punto de jubilarse, le quedaba poco para regresar a Madrid y decidí esperar junto a él. ¿Sabes? La vida pasa demasiado rápido y hay que aprovecharla al máximo. Matilde prefirió regresar a España de inmediato, mientras que tu madre también se

quedó en Egipto; se sentía desbordada y necesitaba recuperarse antes de volver a España y afrontar la decisión que había tomado: divorciarse de su marido. —Se queda callada y pone un gesto como de quitar importancia a algo—. Bueno, él apareció por allí y se quedó un par de días para tratar de convencerla, pero, como ya sabes, no lo logró. En fin, la cuestión es que ella hizo muy buenas migas con Ahmed; en realidad, ya las habían hecho durante el viaje... Por eso se lo dio a ella. Ahmed quería que lo tuviera su hijo hasta que él pudiese ir a conocerlo. Le dijo a Julia que era lo único de valor que podía ofrecerle.

—Ani, ¿me estás queriendo decir algo con eso de que Ahmed y mi madre hicieron muy buenas migas?

Estoy a punto de llorar. Quiero y no quiero saber la respuesta.

—Nada, de verdad. Esa parte te la tiene que contar tu madre. —Ani me aparta la mirada.

A pesar de que tengo pocas fuerzas, me sale una voz chillona y le grito, como si ella tuviera la culpa:

—¡¿Ahmed también es mi padre?! ¡¿Me estás diciendo que Gabriel es mi hermano y por eso no quieres que salga con él?!

Sigue sin mirarme y, asustada como un pajarito, consigue decirme con voz dudosa:

—No... Sí... Puede... Te lo tendrá que contar tu madre.

—¡Vete, por favor! —le digo, hecha un mar de lágrimas.

Hago un esfuerzo y me giro en la cama para darle la espalda. Las costillas me dan unas punzadas horrorosas, pero nada comparado con el mazazo que acabo de recibir. ¡Gabriel es mi hermano! No me lo puedo creer. Estoy tan enamorada de él... ¿Qué va a ser de mí? Estoy desconsolada. No voy a poder superarlo.

Ani se agacha y llora a mi lado.

—Vete, de verdad. Quiero estar sola y no ver a nadie durante mucho tiempo.

Se me están cayendo los mocos y Ani me pasa un clínex de la caja que hay sobre la mesilla. Lo cojo sin mirarla.

La puerta se abre de repente. Estoy de espaldas y no puedo ver quién es, pero, por los pasos rápidos, intuyo que es la última persona a la que me apetece ver: mi madre.

Mi intuición no ha fallado. Es ella. Ha dado la vuelta a la cama y empieza a abrazarme. Por una parte, me reconforta, pero, por otra tengo, ganas de escupirle. La aparto de un manotazo y, con cuidado, me arrastro hacia abajo para meter la cabeza bajo las sábanas. Lloro con más fuerza.

—Pero ¿qué te pasa? —la escucho preguntarme—. ¡Madre mía! Con el susto que tengo en el cuerpo.

Ella siempre ha actuado con mucha determinación y, aunque hago esfuerzos tirando de la sábana para que no me la quite, lo consigue.

—Yo mejor me espero un rato fuera —dice Cayetana, andando hacia la puerta—. El médico ha dicho que Lucía está bien y que seguramente mañana le dará el alta.

—Sí, lo sé, gracias. Acabo de hablar con él, y también con la policía. —Me mira, levanta la barra de la cama y se sienta sobre el colchón.

—¿No te dije que te estuvieras quieta y que esperases a que yo volviera? —Me está acariciando la cara y su voz es muy dulce—. ¿Qué hacíais por la sierra? ¿Buscar a Matilde?

Estira el brazo y coge la caja de clínex para darme uno. Me sueno y, al hacerlo con tantas ganas, las costillas me juegan otra mala pasada. Suelto un «Ay», pero, a pesar del dolor, físico y moral, me decido a contestarle:

—Eso ahora no me importa, mamá. Lo que me importa es saber si Ahmed también es mi padre. Ani me ha dado a entender que sí. Y, entonces, Gabriel es mi hermano.

—Así que es eso lo que te pasa... —Me da un beso en la frente—. Perdona que no te haya contado antes la historia. Me juré que lo haría cuando tuvieras dieciocho años, pero, como nunca me preguntabas y a mí se me hacía difícil contártela, no lo hice. Ahora me arrepiento. Pero puedes respirar tranquila: Ahmed no es tu padre y, entonces —me sonríe—, Gabriel no es tu hermano. Eso es lo que piensa Cayetana.

Me seco las lágrimas con el clínex, pero me sale otra llantina; creo que provocada por el peso enorme que me acabo de quitar de encima. Aunque me da tiempo a observarla y ver lo guapa que está:

morenita, con su media melena a ondas y unos vaqueros que le hacen tipazo. Y encima tan inteligente. Adoro a mi madre.

—Cuéntamelo ahora.

Ella toma aire.

—Va a ser lo mejor. Total, ya se lo he explicado a él, que tampoco sabía nada, aunque se lo imaginó al verte. —Me coge la mano—. Ya sé que Cayetana pensó que tuve una aventura con Ahmed. Durante los diez días que estuve allí, él pasó muchas veces a verme, pero ella estaba demasiado entretenida con Mario para fijarse en otros asuntos. Verás, con quien en realidad mantuve una aventura fue con Rodrigo Aguirre. Él es tu padre.

Me acabo de dar cuenta de que me tiembla todo el cuerpo, pero la dejo continuar. Necesito saberlo todo.

—Rodrigo estaba casado, y los dos teníamos claro que aquello se iba a quedar en un romance pasajero. Yo no tenía ganas de un compromiso, solo quería divorciarme de Varis y ser libre. Por eso decidimos que, al llegar a Madrid, dejaríamos de vernos. Y así lo hicimos. Para mí fue una sorpresa enterarme de que estaba embarazada de ti, no había tomado precauciones, porque con Varis no era necesario tomarlas, pero me hizo muchísima ilusión. —Ahora me cuenta cómo era su relación con su exmarido y finaliza diciendo —: Como no quise interferir en la vida de Rodrigo, me inventé la historia de la inseminación. Los únicos a los que no pude engañar, aunque fueron muy discretos y nunca me preguntaron nada, fueron Cayetana y Mario. Ellos siempre creyeron que tu padre era Ahmed. Por eso el malentendido y por eso te dije que esperases a que yo llegara. ¡Impaciente! Que eres una impaciente —me recrimina cariñosamente—. Ani me llamó muy alarmada por ese motivo y también por tu insistencia en descubrir el pasado... Y siempre he pensado que Matilde era una mujer peligrosa. Ese ha sido el motivo principal de que no hayamos mantenido el contacto con ella. —De repente, se pone a llorar—. ¡Perdóname, Lucía, cariño! Te lo tenía que haber contado antes.

Estoy tan contenta de que Gabriel no sea mi hermano que apenas estoy enfadada con ella. Más bien al contrario, la entiendo. Explicar todo eso no es fácil. Por un momento, pienso en Varis, y no entiendo

por qué me vino con el cuento de que podría ser mi padre si hacía años que no se acostaba con mi madre. Tendrá algún complejo o se quedaría colgado de ella. Él sabrá. Lo importante es que ya está todo solucionado.

—Claro que te perdono. Mamá, eres lo que más quiero en el mundo —me sale decirle.

Ella me abraza y me dice que soy lo mejor que le ha pasado en la vida.

Por un segundo me viene Matilde a la cabeza y no puedo evitar decirle muy deprisa a causa de la emoción:

—Mamá, ¡Inés era inocente! ¡Estoy segura! Hemos encontrado un informe que señala a Matilde como paciente del doctor Domingo y de la enfermera Soledad Contreras. Tenemos que decírselo a la policía. Aunque no sé si es mejor que antes vayamos a verla. Después escribes otro reportaje y cuentas la verdad. ¡Tenemos que limpiar la memoria de la abuela de Gabriel!

—Mejor si va la policía, Lucía. Ya te he dicho que Matilde es una mujer muy peligrosa. Además, quieren tomarte declaración. —Ella me mira con esos ojos color miel tan bonitos—. Y antes está el tema de tu padre. Está en el pasillo y le gustaría verte.

Le aprieto la mano con mucha fuerza por los nervios que se me han puesto en el estómago. Después de tantos años, voy a hablar con ¡mi padre!

—¿Prefieres que me quede o que me vaya? —me pregunta, levantando los hombros. Ella tampoco sabe cómo actuar.

—Quédate, mamá. Quiero que estés conmigo. Luego quiero ir a ver a Gabriel.

51

Solo hace tres días que me dieron el alta y, por un lado, tengo la sensación de que ha pasado una eternidad, pero, por otro, todavía me siento como si flotara en una nube. Encontrar a Rodrigo —aún no me siento capaz de llamarlo papá y no sé si algún día lo conseguiré— ha sido un regalo. Hemos hablado muchísimo y hasta quiso estar presente cuando salí del hospital.
Como su mujer no sabe nada, y para él también ha sido una sorpresa, hemos quedado en que se va a dar un tiempo para decírselo, a ella y a sus hijos. Me ha asegurado que me voy a llevar de cine con Rodrigo y con Diego, aunque son bastante mayores que yo.

Gabriel, aunque con un poco de rencor hacia su padre por no haber aparecido antes, también está contento. Ahmed se ha disculpado por no haber tenido valor para presentarse antes. Al principio, fue el temor a tener que hacerse cargo de un niño al que no conocía y al que se sentía incapaz de cuidar y educar; después, aunque pensaba en Gabriel a menudo, creyó que era demasiado tarde. Pero, cuando le solicitó una entrevista, no lo dudó. A pesar de que nunca había atendido a ningún periodista, con Gabriel fue diferente. Era su hijo. Al conocerlo en la videollamada, se le acabaron las excusas. Habló con mi madre y se decidió. Yo animo a Gabriel diciéndole que lo importante es que, por fin, está aquí.

Y hoy parecemos todos una gran familia. Gabriel, que aún se encuentra dolorido como yo por el accidente, está decidido a enfrentarse a Matilde. Yo, por supuesto, no pienso dejarlo solo. Ahmed tampoco, y mi madre no piensa abandonarme a mi suerte. Lo mismo le sucede a Ani; a su manera, se siente responsable de Gabriel por la relación que mantuvo con su abuelo. Además, en eso coincide con mi madre, las dos se sienten culpables por permitir que Matilde se fuera de rositas. No se atrevieron a remover la porquería y decidieron dejar las cosas como estaban. Sabían que la amante de François no había sido Lola, sino la propia Ani. Como ella no fue

contagiada de clamidia, tampoco Inés pudo padecer esa enfermedad y siempre sospecharon de Matilde. Por eso prefirieron perder el contacto.

Las dos me han reconocido que, cuando escucharon la confesión de Inés en boca de Ahmed, se les cayó el alma a los pies. Así que ahora también quieren ayudar a que el nombre de Inés del Olmo quede limpio.

Rodrigo se ha encargado de hablar con un policía amigo suyo que, junto a tres compañeros más, nos van a hacer de escoltas, por si las moscas. Aunque no piensan intervenir y se mantendrán a cierta distancia, nosotros sabremos que están ahí. Todavía no se han esclarecido los hechos de nuestro accidente y solo nos han podido decir que un hombre realizó una llamada anónima para indicarles el lugar en el que debía recogernos una ambulancia. Hasta el momento no saben de quién se trata, quién pudo dispararnos ni quién cortó el latiguillo del freno para manipularlo.

La policía también se acercó a la finca en la que vive Matilde por si alguien había escuchado algo, pero, según les dijo la propia Matilde, no sabía de qué le hablaban. Sin embargo, sospechan que sabe más de lo que cuenta.

Hemos decidido ir en dos coches. En uno iremos mi madre, Ani, Gabriel y yo; y en el otro, Rodrigo y Ahmed.

Con una fotocopia de los informes que encontramos en el hospital —pues los originales se los hemos dado al abogado de mi madre para que estén a buen recaudo—, Gabriel se sienta en el asiento trasero, a mi lado. Ani ya está en el asiento del copiloto y mi madre arranca.

Apenas hablamos durante el camino. Yo estoy nerviosa y Gabriel me da la mano para tranquilizarme. Aunque creo que las que peor lo llevan son Ani y mi madre; para ellas, es un viaje al pasado en forma de pesadilla. Y encima, por si a mi madre le faltaba la guinda, cuenta con la presencia de dos ex, o lo que sea que fueran: Rodrigo y Ahmed. Se mantiene distante de los dos, pero yo me he fijado en cómo la miran y creo que cualquiera de ellos estaría encantado de, como mínimo, tener un lío con ella. Hasta me cuesta creer que Rodrigo no estuviera dispuesto a dejar a su mujer en aquel

entonces; pero eso es algo que nunca llegaré a saber. La cuestión es que no, mi madre no lo está pasando bien; en realidad, está un poco histérica. Por eso supongo que ha preferido dejar a su novio al margen y que se quede en su casa.

Con algún comentario acerca de Matilde y sobre cómo enfocar la situación, llegamos a la masía. En la subida del camino de cabras me entran ganas de vomitar, pero no estoy mareada. Es el mal rollo que me está entrando al recordar lo que nos pasó en este sitio hace cuatro días. Cierro los ojos con disimulo y hago como que miro por la ventanilla porque ni quiero ver el paisaje ni tampoco quiero parecer afectada, pero aprieto la mano de Gabriel y él me devuelve el apretón. Los dos lo pasamos muy mal.

Gracias a Dios, llegamos a una verja de hierro sin que haya ocurrido nada. Mi madre baja el cristal y estira el brazo para llamar al telefonillo. Nos abren sin preguntar. Rodrigo y Ahmed nos siguen en el coche de detrás.

Continuamos por un sendero de tierra hasta que nos situamos frente a la casa de piedra, que parece sacada de un cuento. Al bajar del coche, me alegro de haber cogido la chaqueta de plumas, hace un frío que pela. Los demás también se abrigan porque, además, hace viento.

No hace falta que llamemos al timbre, una mujer de poco más de sesenta años, pero que parece mayor porque se nota que no se preocupa nada de su físico, nos abre y nos invita a pasar.

—Matilde os está esperando. —Nos mira con cara un poco rara—. Aunque no sé si esperaba a tanta gente, la verdad.

Ahora la cara de extrañeza se nos pone a nosotros. ¿Cómo podía saber que íbamos a venir? Tras unos saludos de cortesía, la seguimos por un pasillo de paredes blancas y muros de piedra. La casa debe ser muy antigua.

Al final, abre una puerta muy grande de madera maciza. Asoma la cabeza por el interior y dice:

—Matilde, están aquí. No tienes buena cara, si me necesitas, llámame.

Lo primero en lo que me fijo es en la chimenea. Está encendida y por eso huele a humo y a leña. Me gusta este olor a hogar, me da

sensación de calidez. Además, la decoración es rústica y a la vez elegante, con un espejo dorado encima de la chimenea y el cráneo de un ciervo en otra de las paredes. Pero enseguida me llama la atención el perfil de la señora que está sentada en un sillón, de lado, junto al fuego.

Se gira a mirarnos y del susto que me llevo doy un paso atrás. Esa cara asusta al más *plantao* . Es una mezcla de bruja, momia y cadáver; no sé definirlo mejor. Para asegurarme, miro a los demás y compruebo que están tan pasmados como yo. Ani abre mucho los ojos y se lleva la mano al corazón. Hasta mi madre, con lo decidida que es, se queda clavada en el suelo como un palo mientras se pasa la mano por el pelo y agacha la cabeza.

Matilde se gira para observarnos. Su cara está más blanca que la leche, llena de arrugas, y tiene los pómulos superhundidos, igual que los ojos. El contraste de sus labios amoratados con el resto de la piel, tan lechosa, resulta aterrador. Tiene noventa y un años y parece que tenga ciento cincuenta.

—Qué pronto habéis venido..., y todos. —Su voz suena débil y temblorosa, y a la vez muy tranquila y segura—. Eso es porque estamos en la era de Acuario y ha llegado el momento de saldar cuentas.

De repente, se pone a toser. Un líquido viscoso le sale por la boca. Se nota que le cuesta respirar.

Gabriel da un paso al frente.

—Soy el nieto de Inés del Olmo...

—Sé muy bien quién eres —lo corta con amabilidad y dificultad. Hace esfuerzos por hablar—, y lo primero que quiero es pedirte perdón por no haber ido a verte cuando eras pequeño... Yo, yo... sentía vergüenza por lo que hice. Perdón por robarte a tu abuela.

Pero Gabriel no se ablanda y sigue hablando como si no hubiera escuchado la petición de perdón:

—Hemos encontrado los informes del año 1962 que demuestran que fue usted, y no mi abuela, la paciente contagiada de clamidia.

—Pues me quitáis un gran peso de encima... Así no tengo que explicar esa parte.

—¿Mató usted a mi abuela suministrándole veneno de escorpión y escribió la nota en la que se inculpaba, poniendo en su boca la historia que vivió usted? —Gabriel tiene los puños apretados, como si eso lo ayudara a contenerse. Seguro que se está clavando las uñas en las palmas de las manos.

Matilde es incapaz de responder y se limita a asentir con la cabeza. Entre ahogos, empieza a decir:

—La primera noche en el barco... fui al camarote de Sole. La había reconocido... Hasta ese momento, nunca supe quién fue la culpable de mi contagio... Mi marido solo me llegó a confesar que me había sido infiel, pero no con qué mujer... Pero Sole sí que me lo dijo. Estaba indignada con el comportamiento de Lola. —Le entra otro arranque de tos. Todos seguimos callados esperando a que pueda continuar—. Al morir Sole, pensé que, si Lola se había atrevido a asesinarla, la siguiente sería yo... Por eso tenía que anticiparme... Fue una pena que Elvira me descubriera y me chantajeara... Pero estaba en su camino morir así... No era una buena persona... Otra cosa fue Inés... En su próxima vida será muy feliz... También existe el *dharma* ... Pero de eso sí que me arrepiento... y le pido todos los días a Dios que me perdone.

Pone la mano izquierda sobre el reposabrazos del sillón y, con la derecha, coge algo que está a su lado, parece un bastón. Hace un esfuerzo para levantarse. Ninguno de nosotros se acerca a ayudarla.

—Mi hora ha llegado... Me he pasado todos estos años con miedo..., pegada a mi compañera —dice con dificultad—. Por eso, antes tengo que terminar con...

De repente, asustados, todos nos movemos hacia atrás. Lo que ha cogido no es un bastón, ¡es una escopeta! El terror se apodera de mí y me quedo paralizada.

Sin tiempo a pensar, Rodrigo da un grito y se abalanza sobre Matilde. Mi madre también da un salto para chocar con ella e impedir que nos dispare. Suena un estallido. La ventana salta en mil pedazos y cientos de cristales salen disparados en todas direcciones. Por inercia, me agacho mientras me cubro la cabeza. Creo que ha sido una bala. De pronto, escucho otro disparo. Me tiro al suelo.

Caigo en la cuenta de que los disparos los habrá hecho la policía desde el exterior y me atrevo a levantar un poco la cabeza. Necesito saber que mi madre se encuentra bien. Todo está sucediendo muy deprisa, pero me da tiempo a ver cómo Matilde y su escopeta se desploman sobre la alfombra. Rodrigo y mi madre se agachan a su lado. Ahmed y Gabriel corren hasta colocarse junto a ellos. Yo sigo sin reaccionar, pero también puedo ver a Ani. Ni idea de cómo ha podido colocarse en esa posición, pero está en cuclillas, pegada a la pared. Aunque se tapa la cara con las manos, por los hipidos de su cuerpo sé que está llorando. El corazón deja de latirme con tanta fuerza y me siento en condiciones de levantarme para ir a consolarla.

Pero antes giro la cabeza en el otro sentido. Hay un rodal de sangre al lado de la pierna de Matilde. Miro a Rodrigo, está de rodillas y con los dedos en su cuello. Hace un gesto negativo. Matilde está muerta.

Gabriel viene corriendo y me abraza muy fuerte. No me había dado cuenta, pero estoy tiritando. Con él tan pegado a mí, siento un calorcito recorriéndome por dentro. Esto es lo que quiero en mi vida. Escucho que me susurra:

—Tranquila, estoy aquí. Todo ha terminado. Te quiero.

Yo también lo quiero a él.

EPÍLOGO

DIEZ DÍAS DESPUÉS

Hacía viento y negros nubarrones cubrían el cielo de Madrid cuando, a primera hora de la tarde, Julia cruzó el umbral de las magníficas oficinas de Gormaz Abogados.

Habían pasado diez días desde la muerte de Matilde y lo último que le apetecía era hacerle una visita a su exmarido, pero la había llamado porque tenía urgencia en hablar con ella de algo importante y, pese a que era una mujer ocupada y estaba a punto de inaugurar una exposición en Londres, decidió escucharlo. Tampoco podía negar que, después de tantos años sin saber de él, le picaba el gusanillo de la curiosidad.

Se identificó ante las recepcionistas, que no le pusieron ninguna objeción, y en el ascensor se dirigió a la última planta. Tampoco el secretario de don Evaristo la hizo esperar.

En cuanto la vio, Varis se levantó para recibirla. Tras un par de besos, la invitó a sentarse en el sofá de cuero negro que decoraba su salita de estar, junto al ventanal.

—¿Quieres un café? —Aunque él mismo se corrigió y le formuló una nueva pregunta—: ¿O mejor una copa de champán? Lo que tenemos que celebrar bien merece una copa del mejor champán. ¿Cuál prefieres? ¿Dom Pérignon? ¿Veuve Clicquot? Por cierto, estás guapísima. No, qué va, me quedo corto, estás espectacular.

—Mira, Varis, no sé qué tendrás que celebrar tú, pero para mí está bien un café —le respondió Julia con sequedad. No sabía qué se traía entre manos, pero ver a Varis, con aquel traje tan impecable combinado con una corbata amarilla con ciervos naranjas, le olió a chamusquina. El Varis que ella conocía nunca se la habría puesto.

—Sí, tú también tienes algo que celebrar, aunque todavía no lo sepas. —Con ceremoniosidad, descorchó la botella. A continuación, llenó dos copas—. Brindemos por nuestra unión, Julia. Siempre te he querido y soy el hombre más feliz del mundo solo de pensar que

vamos a volver a estar juntos. —Acercó su copa a la de Julia para entrechocarlas.

Julia lo observó con disgusto. Varis se estaría medicando y los fármacos le estarían haciendo reacción.

—No me mires así. Y que sepas que te perdono por haber tenido una hija con Rodrigo. —Dio un sorbo—. Bueno, yo también tengo que disculparme por incumplir una promesa. Pero creo que ahora eso es una nimiedad. Por cierto, ¿cuándo lo descubriste?

Julia seguía sin dar crédito.

—¿Descubrir el qué?

—¿Qué va a ser? Que te puse un detective. Y mira, yo me lo tragué todo, como ahora hago con el champán —le dijo, antes de apurar la copa—. Pero, claro, cómo me iba a imaginar que te acabarías liando con él y que a él no le quedaría más remedio que mentirme al final. Sí, me refiero a Rodrigo Aguirre, el detective privado que contraté para que te siguiera. Lo que no se atrevió a decirme fue que tuvisteis una aventura. —Sonrió con malicia—. Pero no me mires así. Estaba en El Cairo, contigo, y sin embargo me dijo que le había salido otro trabajo en el extranjero y por eso no podía pasarse a darme el *dossier* en persona. Ya ves, coincidimos en El Cairo y yo ni me enteré. ¡Menudo detective de tres al cuarto!

Ella se quedó muda, pero reaccionó al instante:

—¿Rodrigo era un detective contratado por ti? —Julia tragó saliva con dificultad. En ese momento entendió por qué Rodrigo era el ave nocturna que todo lo veía. Hasta entonces no lo había sospechado.

Sin dejar de mirarlo, permitió que Varis prosiguiera con su disertación:

—Sí, y diariamente me iba informando de tus movimientos. Sé que Ahmed estaba loco por ti y que tú te sentías atraída por él, pero no pasasteis de un simple flirteo. Y también me contó otras cosas, a las que en ese momento no di importancia. —Aunque Julia apenas había bebido, Varis rellenó las dos copas—. Han tenido que pasar veinte años para que aparezca tu hija y yo haya podido encajar las piezas del puzle. Pero bebe, se te va a quedar la boca seca si no lo haces.

—No entiendo de qué va esto —le replicó Julia, sin acercar los labios a la copa. En su lugar, la dejó sobre la mesa y cruzó las piernas y los brazos—. Y, si la boca se me queda seca o no, es cosa mía.

—Como quieras, pero atiéndeme. Siempre he sabido que eras muy lista, pero yo también. —Varis se recostó en el sofá. Estaba paladeando el momento—. Te sentías atraída por Ahmed, pero acabaste teniendo una hija con Rodrigo. No lo entendí. Bueno, cuando apareció Lucía, ni ella ni yo sabíamos que era hija de Rodrigo. Por eso volví a acudir a él y por eso ahora lo sé. ¡Qué falta de profesionalidad! En fin, a lo que iba, que me pareció todo muy extraño. Entonces me acordé de esos pequeños detalles que en su momento solo me parecieron fuera de lugar. A saber, que la primera noche, con lo cansada que estaba, mi querida mujercita se presentó a las doce y media de la noche en el camarote de Sole. ¿Fue en el momento en el que te enteraste de que Rodrigo sabía de tus movimientos cuando decidiste engatusarlo? Al parecer, vio a Inés, luego a Matilde y, por último, a ti. ¿Qué hiciste, mi amor? ¿Asesinarla con somníferos? ¿Voy bien?

—¿Qué estás insinuando? Pero sigue, por favor. Si me da por escribir una novela, me basaré en tu historia.

—Bueno, pues que he estado enlazando tu visita al camarote de Sole a las doce y media de la noche con tu historia de amor con Rodrigo. —Varis se sentó al lado de ella—. Claro que esto lo he podido hilvanar ahora que tengo todos los datos. En su momento ni se me ocurrió, era imposible. Además, estaba claro que tú no tenías nada que ver con el resto de los asesinatos.

—¿Y por qué iba yo a querer asesinar a Sole?

—Eso mismo me he preguntado yo, pero, verás, he estado haciendo mis propias averiguaciones, y creo que la respuesta es: ¿por venganza?, ¿por rencor? —Tras decir eso, Varis comenzó a besuquearle el cuello.

Julia cerró los ojos. Con la mano de Varis recorriendo su pecho, le vinieron a la mente los acontecimientos que sucedieron la última noche en el crucero.

***

Los golpes en la puerta se le estaban haciendo insoportables. Había pasado tanta gente por su camarote que parecía que fuese a organizar una fiesta. Por eso estaba decidida a no atender a nadie más hasta que llegase la policía, pero entonces a los golpes se unieron unos gritos insistentes y ni siquiera la almohada, que apretaba con fuerza contra sus oídos, conseguían amortiguarlos:

—¡Julia, abre si no quieres que todo el mundo se entere de quién eres! ¡Te he dicho antes que tenía que hablar contigo y no me pienso mover hasta que me escuches! —Era la inconfundible voz rasposa de Matilde, que ahora también se escuchaba autoritaria.

Estuvo a punto de consentir que despertara a todos los pasajeros del barco, pero, en un arranque de ira, que le hizo superar su miedo, Julia se levantó de la cama y se encaminó hacia la puerta. La abrió con determinación.

—¿Qué quieres a estas horas? —En un susurro, añadió con retintín —: ¿Matarme a mí también?

Matilde entrecerró los párpados.

—No, solo quiero pasar y hablar contigo —le dijo, más calmada.

Matilde anduvo hasta el interior de la habitación con una agilidad inesperada.

—Vaya, qué suerte, ¿no? Ya se te han pasado todos los dolores. ¡Cuánto me alegro! —ironizó Julia, dejándose caer en la cama. Enseguida se quedó sentada y apoyó la espalda sobre los almohadones—. ¿Ha sido un milagro o es que ya has encontrado el veneno de escorpión que te robaron?

Matilde tomó asiento en la silla que estaba junto al escritorio. Las dos se observaron con atención. Ninguna era capaz de apartar la mirada de la otra.

—Deduzco que ya sabes lo que no me ha quedado más remedio que hacer.

—Sí, reconozco que me ha costado un poco, dudaba entre Inés o tú: las dos sabíais de la existencia del veneno y las dos tenéis una edad parecida. La diferencia es que Inés tuvo hijos y tú no. Por otra parte, Inés no cojea y tú sí. Imagino que la infertilidad y la artritis

son consecuencia de la clamidia. Podría haber pensado en Cayetana, pero su único amante fue François, marido de Inés; y en ese caso las afectadas por la clamidia tendrían que haber sido ellas. Lola no pintaría nada. Así que la única opción eras tú. Tu marido tuvo relaciones con Lola y, por su culpa, te contagiaste. Lo único que has conseguido asustándome y metiendo la foto de familia por debajo de la puerta es que exculpe a Cayetana. Tú le robaste el abrecartas y tú has escondido el veneno, que, por supuesto, sigues utilizando. Estabas buscando coartadas.

—Todo eso es cierto, pero ¿sabes?, maté a Lola por miedo, mientras que Elvira, por metomentodo y chantajista, fue un daño colateral. No era buena persona y tuvo su merecido. —Suspiró con pesar—. Supe de inmediato que Sole no se había suicidado y la primera persona en quien pensé fue en Lola. Cuando me di cuenta de mi error, era demasiado tarde. Ella ya se había bebido la copa en la que yo le había echado el veneno y comenzaba a sentir los primeros síntomas de ahogo. Veía borroso y se puso unas gotas de colirio. Los temblores provocarían que el envase se le cayera de las manos; de eso no me di ni cuenta. Lo importante es que antes de fallecer me suplicó perdón y me juró que ella no tenía nada que ver con la muerte de Sole, a quien después de tantos años ni siquiera había reconocido. Sin embargo, a mí sí, y lamentaba el perjuicio que me había causado. Por su cara y su insistencia en los últimos momentos, me convencí de que estaba diciendo la verdad. Fue entonces cuando recordé otra de las observaciones que me hizo Sole... —Matilde apretó los labios para fijar una sonrisa—. El nombre de una mujer: Julia Soler.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —le preguntó Julia, desafiante.

—Que fuiste tú quien acabó con su vida. Tú fuiste la que metió en la botella de agua una dosis letal de somníferos. ¿Los trajiste ya preparados y machacados desde Madrid? —Ahora era Matilde quien hablaba con ironía—. Seguro que sí, la botella era española. Imagino que te pasarías a verla con cualquier excusa, después de que yo saliera, y mientras charlabais de vuestras cosas conseguiste que se bebiera el contenido. ¿Te quedaste con ella hasta que murió? Al

menos te quedarías para ver que caía en un profundo sueño del que no habría de despertar. ¡Qué bien te ha venido el diario de Sole! Te has puesto a indagar como una loca para tener una coartada en caso de que algo te saliera mal. Aunque, en realidad, los pormenores no me interesan. Lo que nos interesa, a las dos —comentó remarcando el dos—, es salir de esta. No olvides que, por tu culpa, han muerto tres personas.

—¿Y qué propones? —le preguntó Julia, sin molestarse en negarlo —. Deduzco que ya has buscado una salida.

—Tenemos que encontrar un cabeza de turco...

—No —la cortó Julia con determinación—. No quiero que haya más muertes.

—Tú no tienes que hacer nada, solo déjalo en mis manos. Cuando venga el inspector, le muestras el diario y ya está —le dijo Matilde, poniéndose de pie.

Julia también se levantó para acompañarla hasta la puerta.

—Júrame que nadie más va a salir perjudicado, por favor. Estoy arrepentida de todo lo que ha pasado.

—No te puedo jurar nada —le respondió Matilde antes de salir—. El momento para los arrepentimientos y castigos llegará con la era de Acuario. No lo olvides.

***

Julia inspiró hondo mientras los dedos de Varis se introducían por debajo de sus medias.

—No tengo ni idea de si Rodrigo es consciente o no de lo que hiciste, supongo que no. Pero su silencio lo compraste a buen precio, porque nunca más me volvió a nombrar el episodio —le susurró sin dejar de tocarla. Varis tenía calor y se separó unos instantes de ella para deshacerse de la chaqueta y la corbata—. Hasta he llegado a pensar que fuiste tú quien pidió en la redacción hacer las fotografías del reportaje de Juana Nievas. Seguro que ya te habías informado de que Soledad Contreras formaba parte del club de lectura en el que se iba a realizar la sesión, y no perdiste la oportunidad. El viaje, al que ella también iba a acudir, te cayó del cielo. —La besó en los

labios y los saboreó con una complacencia exagerada—. ¡Qué momento tan maravilloso! Nunca creí que se volvería a producir.

—¡No lo puedes probar! —le gritó Julia, apartándolo. En ese instante recordó el momento en el que Rodrigo le dejó entrever que la había sorprendido entrando en el camarote de Sole. Aquella noche en la terraza del barco, al comentarle que también había visto a Inés y a Matilde, comprendió que ese «también» se refería a ella.

—Esto es difícil de probar, sí, pero quizá siembre una gran duda en Lucía, tu hija. Te admira tanto. Se nota que eres el espejo en el que se mira. Enterarse de lo que ha hecho su madre sería un duro golpe para ella. Además —añadió Varis con una amplia sonrisa—, podría costarme probar el asesinato de Sole, pero no el de Matilde Gómez del Real y Córdoba.

Los ojos de Julia se quedaron clavados en los de él. Desprendían odio.

—Sí, además de hablar con Rodrigo, también tengo amigos en la policía y, pese a que han zanjado el asunto con un suicidio, la causa de la muerte no se debió a un disparo, sino a una necrosis tisular provocada por la ingesta de una alta concentración de productos tóxicos. Qué le echaste, ¿aceite de motor? ¿Algún pesticida? ¡Eres muy malota, amor mío! —le dijo con ternura mientras le pellizcaba la mejilla—. Si se comprueba el GPS de tu coche o de tu teléfono, se descubrirá que estuviste en esa finca de la sierra. Me apuesto lo que quieras. Todos están de acuerdo en que, por muy vidente que fuese, es complicado entender cómo sabía que ibais a ir a visitarla. Ni la mujer que le hacía compañía se lo explica. —Soltó una risotada—. Con cualquier pretexto, irías a verla la noche anterior, a una hora intempestiva, así la señora que vive con ella no se enteraría, y le endilgaste el mejunje. ¡Eres una artista! Por lo que le dirías, Matilde imaginó que antes o después apareceríais por allí. La que no esperaría encontrársela viva serías tú. ¡Menudo encontronazo! —Varis volvió a reír—. La otra cuestión todavía más difícil de explicar es cómo iba a saber la astróloga que Gabriel y Lucía irían precisamente aquella tarde a verla. La respuesta es que Matilde no tenía ni idea. En cambio, tú sí. Bueno —aclaró—, pensabas que iría Gabriel solo, por eso te decidirías a contratar a algún tipo para que

lo asustase. El efecto de la manipulación de los frenos llegó tarde y tuvo que pegar unos cuantos tiros al aire. Pero, como tu intención no era acabar con su vida, se dio prisa en llamar a una ambulancia para que lo recogiera. No me puedo imaginar el susto que te llevarías al enterarte de que tu hija iba en el coche.

Julia suspiró, resignada. Aunque no lo dijo en voz alta, pensó en la insistencia de Matilde por sacar la verdad a la luz. Según se empeñó en afirmar, había llegado el momento. ¡Qué mujer tan tozuda! No quiso entrar en razón al repetirle que no era lo mismo tener noventa y un años que cincuenta y ocho y una hija en la universidad. Aunque lo que más la importunaba era lo mucho que su exmarido la conocía. Acertaba al afirmar que cuando vio a Matilde casi le da un soponcio, y acertaba con el asunto del accidente. Solo pretendía asustar a Gabriel, y a punto estuvo de darle un infarto al enterarse de que Lucía estaba herida.

Varis continuó con su monólogo:

—Pero hay dos cosas por las que quiero disculparme ante ti. La primera es por haber contratado a un detective cuando te prometí que no lo haría, y tú me fuiste fiel durante el viaje, así que entono el *mea culpa.* —Le cogió la mano a Julia y se la besó—. Aquí también incluyo mi insistencia al negar la realidad: hace veinte años yo tenía un problema, que sin ayuda era incapaz de superar. Me costó cinco años de terapia reponerme. Pero, por aquel tema, ya no tendrás que preocuparte; me encuentro en plena forma. La segunda disculpa es por no haberte hecho más caso. —Con parsimonia, cogió la copa y dio un sorbo—. No podía ni imaginarme que la situación con tus padres te estuviera afectando tanto y que odiaras con tanta vehemencia a la mujer que llevó a cabo la adopción.

—¡Esa maldita mujer! —estalló Julia—. ¿Quién se creía que era para actuar como si fuera Dios y robarle un hijo a su madre? Se dedicaban a eso. Ella y ese doctor Domingo. Haciendo de buenos samaritanos, se encargaban de llevar los embarazos de chicas jóvenes, a su entender descarriadas, que nunca podrían dar un futuro como Dios manda a sus bebés. Así que, llegado el momento del parto, las dormían y, al despertar, les decían que su hijo había nacido muerto. Por supuesto, tenían familias acomodadas, mucho

más adecuadas que esas depravadas para educar a un niño, que hacían cola para adoptar y que estaban dispuestas a pagar elevadas sumas de dinero. ¡Con razón la tía esa iba de joyas hasta los dientes! ¡Y todo por el bienestar de los niños! ¡Maldita hipócrita! —Julia sudaba indignación—. Pero ¿quiénes se habían creído que eran esos dos? ¿Por qué tuvieron que arrancarme de los brazos de mi madre y depositarme en los de una mujer que nunca me ha querido y me ha hecho sentir una mierda? Nunca sabré cómo habría sido con mi madre biológica, pero, si me hubiera arruinado la vida, al menos era mi madre.

—Sí, lo sé. Tuvo que ser duro. —Varis la envolvió en un abrazo—. Te juro que lamento no haberte escuchado. Como ya te he dicho, he hecho mis propias indagaciones y, aunque nadie se atrevió a denunciarlos, durante años en ese hospital corrieron rumores sobre sus actividades. Esta pista también me fue crucial para desentrañar la maraña.

—Cuando mi madre de pega me dijo que era adoptada, me puse manos a la obra. Me costó años encontrar gente dispuesta a hablar. Unos dijeron no saber nada y otros me dejaron caer que sucedieron cosas misteriosas, hasta que encontré a Fernanda Expósito, una de las enfermeras que trabajó con Sole. Ella fue quien me ayudó a encontrar mi expediente... y a mi verdadera madre. Según constaba, se llamaba Mercedes Muñoz y tenía diecisiete años cuando me parió. Al gritar como una loca y no parar de repetir que le habían robado a su bebé, el doctor Domingo solicitó su ingreso en un manicomio, donde murió cinco años después. —Julia levantó la vista, sus ojos estaban vidriosos—. Y esta era la información que constaba en el expediente. Ya no indagué más porque me pareció absurdo. La palabra defunción estaba inscrita con un cuño y bajo ella figuraban las firmas del doctor Domingo y Soledad Contreras junto a la fecha: 18 de mayo de 1970. Y, si bien es verdad que cuando me enteré el doctor Domingo ya estaba muerto, Soledad estaba vivita y coleando. Encima, cuando la conocí, estaba a punto de emprender un maravilloso viaje a Egipto. Lo siento, pero fue superior a mis fuerzas. Y, si no te conté nada de mi investigación, fue porque tú estabas demasiado ocupado en tus asuntos.

Con toda la dulzura de que fue capaz, Varis volvió a abrazarla.

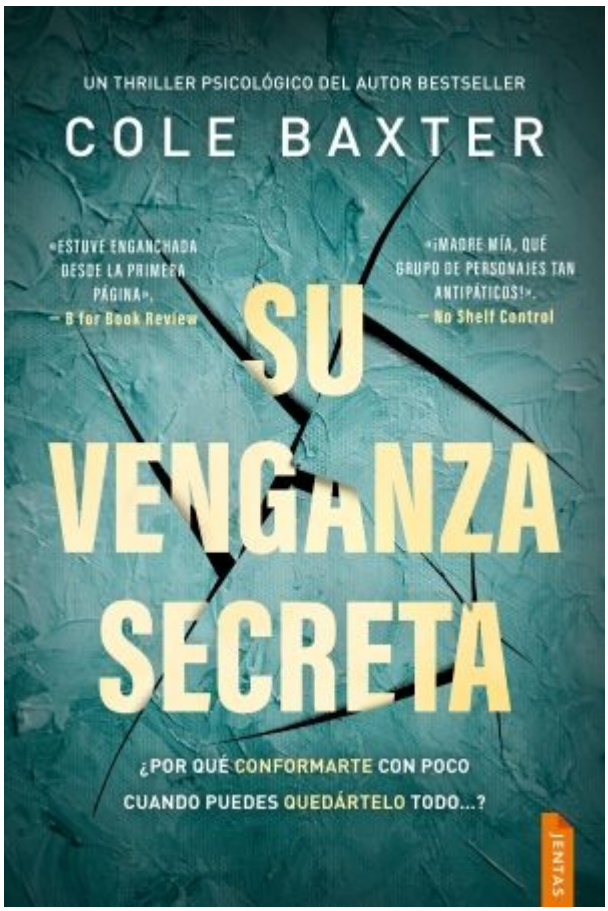
—Pero no creas que me voy a ablandar y te voy a dejar actuar a tus anchas. —Sin dejar de estrecharla entre sus brazos, continuó—: Si muero de forma violenta, ya sea accidente, envenenamiento, suicidio o cosas similares, Lucía, la policía y un juez recibirán un documento firmado por mí en el que explico lo ocurrido.

A Julia le entró un ataque de risa. Cuando pudo recomponerse, lo besó en los labios y comenzó a desabrocharse la blusa. Si esa iba a ser su cárcel, trataría de llevarlo lo mejor posible.

—¿Qué te hace tanta gracia? —quiso saber Varis, sin quitarle ojo al sujetador de encaje que Julia llevaba puesto.

—Que tú me has impuesto mi penitencia, pero a saber quién te la impone a ti. Yo viviré supeditada a tus designios, lo que a su manera es una prisión, pero tú tampoco saldrás indemne. ¿Sabes? Una cosa que se preguntaba Sole era si los pecados se pagan en esta vida o en el más allá. Ahora estoy en disposición de responder que nadie se libra de saldar la cuenta antes de abandonar la mesa. Y —se escuchó de fondo el impacto de las primeras gotas de lluvia contra el ventanal. Julia mantuvo el gesto de satisfacción y añadió muy despacio—: tú también pagarás.

Pegó su boca a la de él y, con un sutil empujón, cayeron unidos sobre el sofá.


UN THRILLER PSICOLÓGICO DEL AUTOR BESTSELLER
COLE BAXTER
«ESTUVE ENGANCHADA DESDE LA PRIMERA PÁGINA».
— B for Book Review
«¡MADRE MÍA, QUÉ GRUPO DE PERSONAJES TAN ANTIPÁTICOS!».
— No Shelf Control
SU VENGANZA SECRETA
¿POR QUÉ CONFORMARTE CON POCO CUANDO PUEDES QUEDÁRTELO TODO...?
JENTAS

Su venganza secreta

Baxter, Cole
9788742813966
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Por qué conformarte con poco cuando puedes quedártelo todo…?

Tras doce años de matrimonio, tanto Anna como Paul han decidido que quieren divorciarse, pero ninguno se lo ha dicho todavía al otro.

Cuando Anna descubre que su marido ha gastado una gran suma de dinero de la cuenta conjunta, contrata a un detective privado para averiguar qué está ocultando. Al enterarse de que Paul se está viendo con otra mujer, empieza a tramar un plan y contacta con el marido de la amante para que puedan vengarse.

Sin saber nada de los planes de Anna, pero harto de sus constantes reproches, Paul busca consuelo y amor en Marianne, una mujer de la que se ha enamorado profundamente. Pero además de su propio matrimonio, hay otro problema aún mayor:

Marianne también está casada y su marido, Cameron, un exsoldado con trastorno por estrés postraumático, podría convertirse en su peor enemigo si no tienen cuidado.

Las cosas se complican aún más cuando Paul se entera de que podría ser el único heredero de los bienes de su difunto tío. Anna enseguida ve la oportunidad perfecta para quitarle todo a Paul y dejarle sin un centavo, pero cuando su meticuloso plan da un giro letal, empieza a preguntarse hasta qué punto debe confiar en su cómplice… y qué estará dispuesta a hacer para recuperar lo que es suyo.

«**¡Madre mía, qué grupo de personajes tan antipáticos!** Todos con sus propios planes y secretos. **Me encantó cómo se fue desentrañando todo** ».
No Shelf Control ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

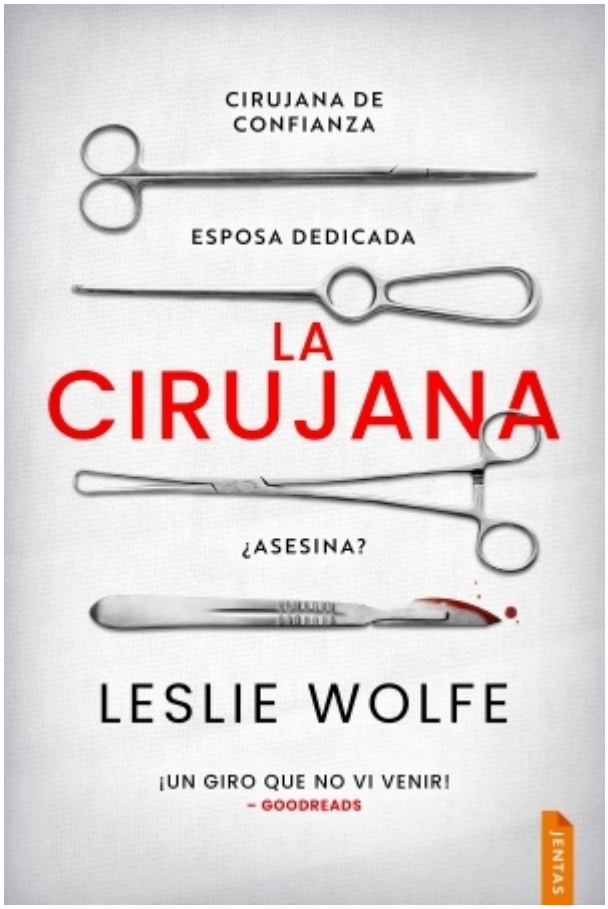
«Estuve **enganchada desde la primera página** . Me encantaron los personajes que ha creado el autor… Fue **una lectura realmente entretenida** y devoré el libro».
B for Book Review ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Imposible de soltar** … No empieces este libro por la noche si no estás dispuesto a quedarte despierto hasta el amanecer».
Books 4 Less ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Montones de giros impactantes** … **Recomiendo muchísimo este libro** a quien le gusten los thrillers psicológicos».
Jody's Bookish Haven ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Este libro tiene todo lo que buscas en un thriller: giros inesperados, relaciones prohibidas y** , además, **un detective privado** ».
Book Review Crew ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


CIRUJANA DE CONFIANZA
ESPOSA DEDICADA
LA CIRUJANA
¿ASESINA?
LESLIE WOLFE
¡UN GIRO QUE NO VI VENIR!
– GOODREADS
JENTAS

La cirujana

Wolfe, Leslie
9788742812631
320

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Cirujana de confianza. Esposa dedicada. ¿Asesina?

Antes de que mi mundo se derrumbara, lo tenía todo. Una exitosa carrera. Una casa de ladrillo rojo preciosa, donde podía relajarme frente a la chimenea. Un apuesto y devoto marido cuyos ojos azules y sonrisa encantadora siempre me hicieron sentir segura.
Cuando digo la hora de la muerte, mi voz es firme. Mis compañeros permanecen en silencio a mi alrededor con los ojos fijos en mí, confundidos, preocupados.

Nunca he perdido a un paciente hasta hoy.

Mis manos tiemblan dentro de los guantes de látex. Me deslizo por las frías paredes de azulejos. Mi corazón se acelera en mi pecho.

Nunca he odiado a un paciente hasta hoy.

Pero ¿qué opción tenía después de haberlo reconocido?

¿Y qué haré para protegerme si alguien se entera de la verdad?

Un apasionante thriller psicológico que te pondrá el pelo de punta y te hará contener la respiración hasta el sorprendente giro final**.**

Opiniones sobre "La cirujana":

«**¡¡¡Guau!!!... ¡¡¡Un thriller psicológico que no podrás dejar** !!!... ¡¡**Te sorprenderá una y otra vez** !!... Absolutamente adictivo»**.** – *Ratón de biblioteca86* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

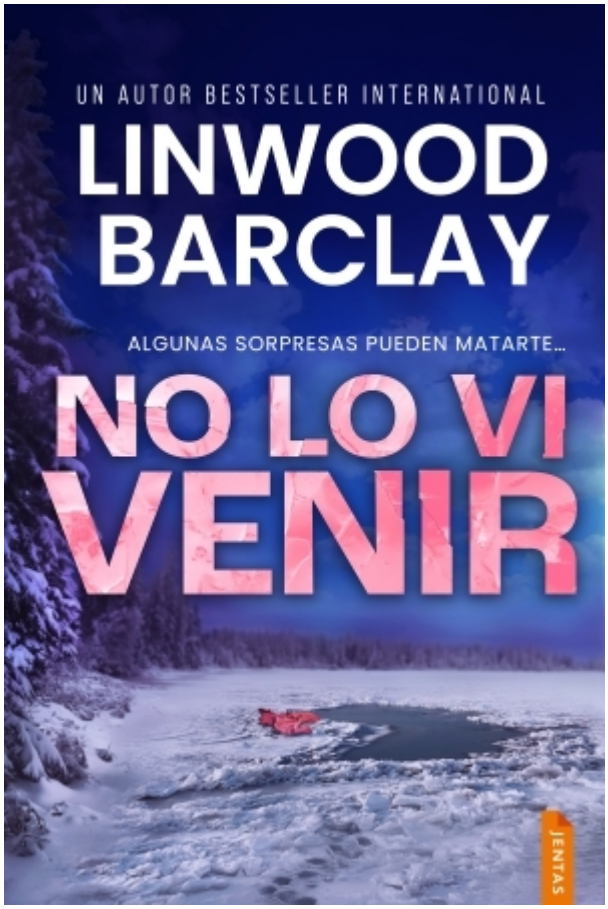
«**Me estaba aferrando a cada palabra** … **Suspense, intriga, acción, asesinato, misterio, traición y algunos giros inesperados** … ¡Definitivamente no te pierdas este libro!»**.** – *Reseña en NetGalley* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡¡¡**Nunca he leído un thriller tan fantástico en mi vida** !!! Estaba constantemente en suspenso, conteniendo la respiración y vigilando mi recuento de páginas porque no podía esperar a ver cómo terminaba el libro... ¡**Si pudiera, este libro tendría 10 estrellas** !». – *Reseña en Goodreads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Un thriller fascinante y de ritmo rápido... Te engancha desde el principio, llevándote en un viaje salvaje y retorcido... Pude leer este en unas 9 horas porque me negué a hacer nada más... ¡**Suspense increíble, absolutamente adictivo** !». – *@rubie_reads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡**Qué lectura más emocionante! Mi corazón está acelerado** ... Me enganchó de principio a fin. Devoré "La cirujana" en menos de 2 días... ¡Absolutamente perfecto!». – Reseña en NetGalley «**No podía dejar de leer** ... ¡Alucinante!». – *Reseña en Goodreads* ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


UN AUTOR BESTSELLER INTERNATIONAL
LINWOOD BARCLAY
ALGUNAS SORPRESAS PUEDEN MATARTE...
NO LO VI VENIR
JENTAS

No lo vi venir

Barclay, Linwood
9788742814000
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Algunas sorpresas pueden matarte...

Keisha Ceylon es vidente. O, al menos, eso es lo que ella dice. Sigue las noticias sobre personas desaparecidas, espera unos días y luego visita a la familia. Les cuenta que ha tenido una visión y que tal vez sabe dónde está su ser querido. Todo por un precio, por supuesto.

Su nuevo objetivo es Wendell Garfield, cuya mujer desapareció hace una semana. Keisha ha visto a Wendell rogando en la televisión que quien se la haya llevado la deje en libertad y le cuenta su visión de lo que podría haber sucedido. Por desgracia para ella, su visión resulta alarmantemente cercana a la verdad. A medida que se sumerge más en el misterio, Keisha se ve atrapada en una red de sospechas y violencia mucho más complicada de lo

que pensaba en un principio, y que podría provocar su propia desaparición...

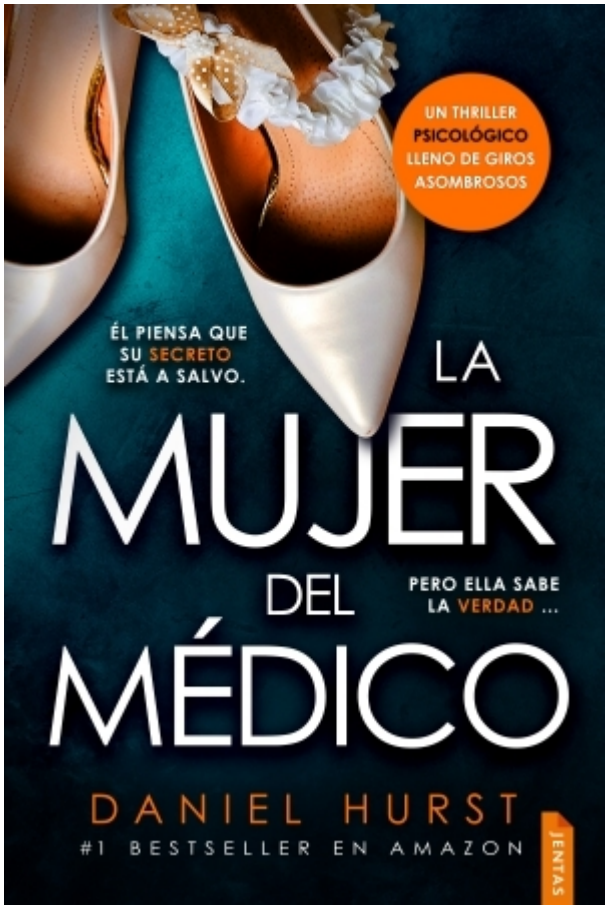
«**El título es muy adecuado** , ya que casi todos los capítulos terminan **con un giro astuto que deja al lector boquiabierto** ... **Prepárate para lo inesperado** ».
Crime Fiction Lover ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Barclay lleva la narrativa con maestría** en direcciones constantemente cambiantes. Y termina con **un desenlace que no vi venir** ».
A Bookworm's World ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Inteligente y resuelto con ingenio** ... Nos deja sorprendidos, con dudas sobre la moralidad y muy entretenidos. Un autor con talento para el realismo nos ha manipulado con astucia. **Este es un bestseller que se ha ganado su reconocimiento** ».
Gwen Moffat ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Una historia ingeniosa y entretenida** de un crimen que roza la farsa».
The Times ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


UN THRILLER
PSICOLÓGICO
LLENO DE GIROS
ASOMBROSOS
ÉL PIENSA QUE
SU SECRETO
ESTÁ A SALVO.
LA
MUJER
DEL
MÉDICO
PERO ELLA SABE
LA VERDAD ...
DANIEL HURST
#1 BESTSELLER EN AMAZON
JENTAS

La mujer del médico

Hurst, Daniel
9788742812716
282

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Él piensa que su secreto está a salvo. Pero ella sabe la verdad… Mi marido es médico. Es inteligente y encantador, y todo el mundo confía en él. Excepto yo. A simple vista, parece que lo tengo todo: el matrimonio perfecto, el marido perfecto, la vida perfecta. Pero nada más lejos de la realidad. El doctor Drew Devlin no es la persona respetable que parece ser. La razón por la que nos mudamos a esta preciosa y antigua propiedad con vistas al mar fue porque necesitábamos dejar atrás nuestro pasado. Debería haber sido un nuevo comienzo para los dos. Sin embargo, he descubierto que ha empezado a mentirme de nuevo. Está usando el poder que le proporciona su trabajo para manipular a las personas y conseguir exactamente lo que quiere, sin importarle a quién hace sufrir. Pero me ha subestimado. Sola en esta casa grande y aislada, he tenido mucho tiempo para pensar en todos sus errores. Y mi marido no tiene ni idea de lo que soy

capaz y de lo que está a punto de suceder… "La mujer del médico" es un thriller psicológico lleno de giros asombrosos que te mantendrá leyendo hasta altas horas de la noche.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Rencor sangriento

Marsons, Angela
9788742813669
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El pasado no perdona...
y ha llegado la hora de la venganza.

El cuerpo yace bajo los árboles, con los brazos levantados por encima de la cabeza, en una postura antinatural. Sus músculos están relajados. Sus ojos, vacíos. No hay signos de vida. Pero aún no está muerto del todo…

Cuando la detective Kim Stone llega a la escena del crimen, no hay un cadáver esperándola, sino que se encuentra con los sanitarios luchando desesperadamente por salvarle la vida. Por desgracia, muere de camino al hospital, y deja a Kim con un escenario donde todas las pruebas han sido destruidas. Aun así, tiene claro que se trata de un asesinato.

A simple vista, la víctima, Eric Gould, parece una persona normal y corriente, hasta que el equipo

empieza a investigar su pasado. De adolescente, lo encerraron por agredir a su novia, y Kim sospecha que en la actualidad estaba maltratando a su prometida.

Entonces aparece otro hombre al borde de la muerte, con los huesos rotos para forzar su postura, y el equipo se da cuenta de que el asesino les está enviando un mensaje con la colocación de los cuerpos.

Alguien parece conocer el oscuro pasado de las víctimas, pero ¿se trata de una venganza o se está tomando la justicia por su mano? Kim y su equipo tienen que encontrar respuestas con rapidez antes de que aparezca otra víctima.

«Definitivamente es **una de las mejores sagas** que he leído. **Amo a Kim Stone** desde el primer libro. ¡Dios mío! **¡Esta novela es increíble!** ».
@our.bookish.reads ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Después de diecinueve libros, **Marsons sigue siendo igual de astuta y retorcida** , con una historia tan **llena de adrenalina y emoción** como cabría esperar… **Otro libro espectacular** que les

encantará a los fans de la serie».
Jen Med's Book Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«Una vez más, **Marsons ha escrito una joya de libro** que he devorado casi de una sentada. Ya estoy esperando ansiosamente el siguiente».
The Book Review Café ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Otro misterio fascinante de la reina del crimen moderno inglés** ».
The Book Review Crew ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**¡Una lectura fantástica! Absorbente, llena de giros y completamente adictiva** … Me enganchó y disfruté cada palabra. ¿Qué más puedo decir? **¡Simplemente fabulosa!** ».
Stardust Book Reviews ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«¡Me ha encantado este libro! **Un thriller brillantemente adictivo** … Posiblemente **el mejor que he leído este año** . Muy muy recomendable».
Donna's Book Blog ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

«**Rápido, absorbente y retorcido** ».
It's All About Books ⭐ ⭐ ⭐ ⭐ ⭐

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Table of Contents

Tú también pagarás
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31

32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
EPÍLOGO